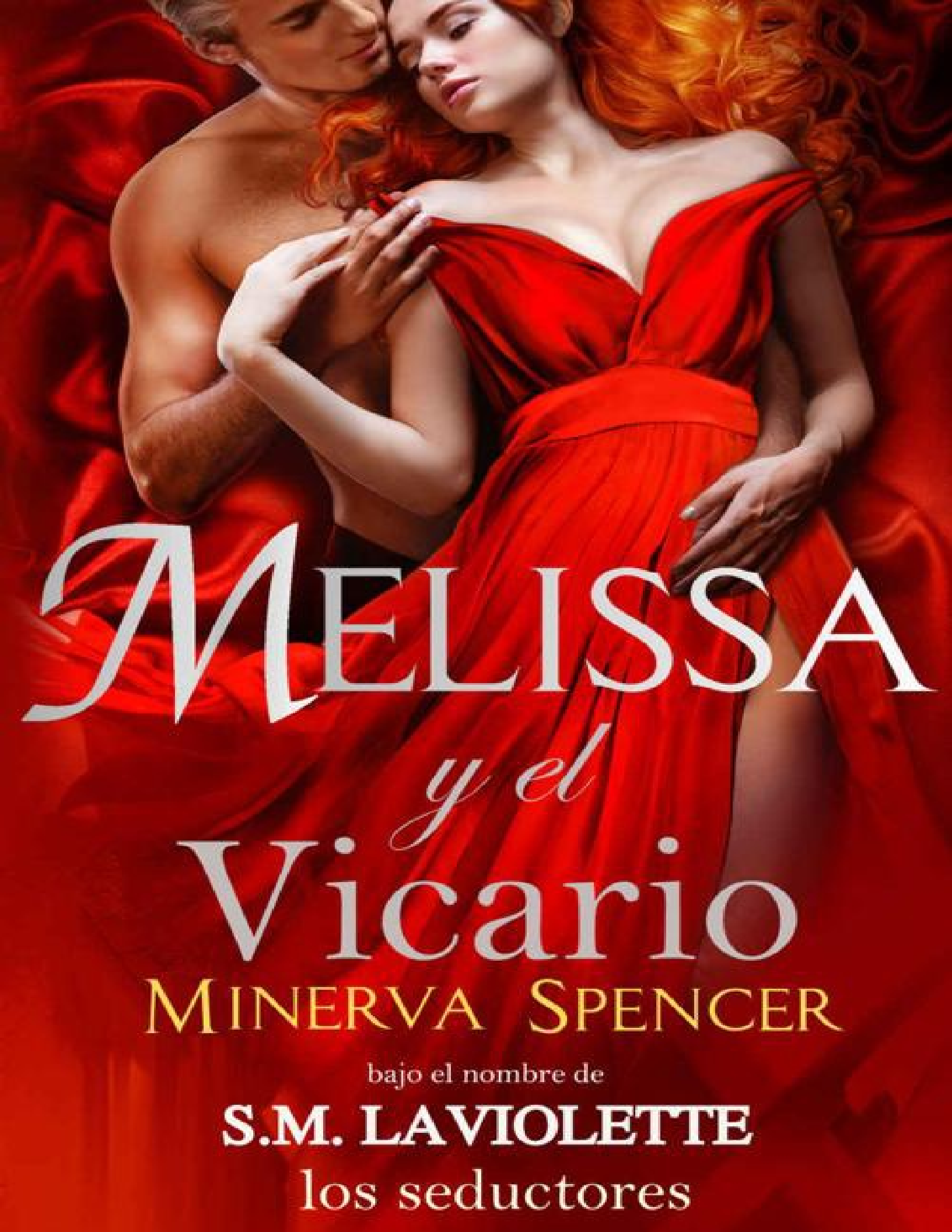




MELISSA

y el

Vicario

MINERVA SPENCER

bajo el nombre de

S.M. LAVIOLETTE

los seductores

Melissa y el vicario

Los seductores Libro 1

Minerva Spencer bajo el nombre de S.M. LaViolette

Contenido

[Melissa y el vicario](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo uno

Nueva Bickford, Inglaterra

Melissa Griffin clavó la mirada en unos ojos rojos que ardían con malicia.

La respiración se le congeló en el pecho, pero los latidos del corazón le resonaron en los oídos, intentando compensar el amotinamiento de sus pulmones. Dio un pequeño paso hacia atrás, pero quien la atormentaba se acercó sin piedad. Se desvió del camino, pero él la siguió de nuevo.

—¿Qué quiere de mí? —se obligó a decir entre dientes.

La bestia malvada y repugnante no dijo nada; siguió acercándose cada vez más.

Solo tenía dos opciones: huir o luchar, y no había ninguna posibilidad de que pudiera vencer a un rival tan implacable.

Mel contó en silencio hasta tres, se agarró las faldas con los puños y echó a correr mientras gritaba con desesperación:

—¡Ayuda!

Pasó a toda velocidad junto a una cabaña de bajareque que debería haber albergado ángeles y no ese animal despreciable. Algo la golpeó en la parte trasera de la pierna y se arriesgó a echar un vistazo a lo que la perseguía: estaba justo detrás de ella, tenaz y amenazante, y...

—¡Uf! —Melissa se dio de bruces con una pared dura, cálida y... humana.

La pared humana gruñó.

—Venga aquí, no tema —la calmó una voz profunda.

Mel no podía ver nada más que esos ojos rojos y las garras afiladas que la perseguían, pero, tras trepar por el cuerpo del hombre desconocido como si se tratase de un árbol, consiguió abrirse paso entre la espesura de las ramas.

Unos fuertes brazos la rodearon, la levantaron y la hicieron girar antes de volver a dejarla en el suelo; su cuerpo actuaba como un escudo (uno considerable, además) que se interponía entre Melissa y esa bestia.

—¡Héctor! —El tono de mando que revestía la profunda voz de su protector exigía obediencia.

Como solo obtuvo silencio por respuesta, Mel se puso de puntillas y echó un vistazo por encima de los anchos hombros vestidos de negro, con el cabello rubio platinado haciéndole cosquillas en la nariz.

Lo que vio la dejó boquiabierta: la bestia se había detenido en seco y había tomado el camino contrario, alejándose de ellos sin prisa, como si nunca hubiera roto un plato con esas manazas... o garras.

—¿Por-por qué ese... ese...?

—¿Ese gallo? —dijo la misma voz profunda, esta vez con un tono más divertido que autoritario.

Mel se dio cuenta de que había pegado la parte delantera de su cuerpo a la parte trasera del de él y se apresuró a dar un paso atrás. Él se dio la vuelta y ella parpadeó; tal vez se debía a la arrogancia de una habitante de la ciudad, pero no esperaba que un hombre tan encantador la salvara en mitad de un camino rural. De hecho, Melissa no recordaba haber visto nunca a un hombre tan hermoso (sí, hermoso) como ese. Y llevaba un alzacuellos.

—¿Un vicario me ha rescatado de ese... de ese demonio?

En lugar de sentirse insultado por su tono incrédulo, sonrió; una sonrisa cálida, encantadora y hermosa que no debería haber pertenecido a un hombre de la Iglesia. No es que ella supiera nada

sobre los vicarios y qué tipo de sonrisas deberían tener o tenían. Los hombres de la Iglesia tendían a ser escasos en su área de negocio. Por lo que ella sabía, todos los clérigos eran así de atractivos. ¿Tal vez era un requisito? ¿Así era como llenaban sus bancos los domingos?

—Me temo que no tengo el honor de ser vicario... todavía. Así que, como ve, la cosa pinta aún peor: en realidad la ha rescatado un simple cura. —Le dedicó una elegante reverencia—. El señor Stanwyck, a su servicio, señorita...

Melissa apartó la mirada de su boca, un desperdicio, ya que pertenecía a un vicario, y dijo:

—Eh... Griffin.

—Un placer, señorita Griffin.

Sus ojos eran del azul claro e inocente del cielo y se encontraron con los de ella sin dilación, en lugar de recorrerle el cuerpo. La voz crítica de la cabeza de Mel, tan escandalosa e implacable como un coro griego, le recordó que no todos los hombres de Gran Bretaña deseaban postrarse a sus pies, aunque así lo pareciera desde que tenía catorce años.

—Conozco a todo el mundo en Nueva Bickford, así que usted debe de estar de visita por aquí, señorita Griffin.

—Sí. He... he venido al campo a recuperarme.

Frunció el ceño y su rostro mostró una compasión genuina.

—Lamento escuchar que ha estado enferma. —No estaba siendo simplemente educado; parecía lamentarlo de verdad.

—Ya me estoy recuperando, pero...

—¡Señor Stanwyck! ¡Ahí está! —La voz les llegó desde la pintoresca cabaña que parecía ser el hogar del vil Héctor. En ese momento, dicho villano estaba escarbando plácidamente entre su harén de gallinas, deteniéndose de vez en cuando para ejecutar lo que debía ser algún tipo de movimiento lateral para atraer a las gallinas, con el pecho inflado.

Melissa lo fulminó con la mirada: ¿cómo se atrevía a parecer tan inofensivo?

El cura saludó a la mujer que se acercaba.

—Hola, señorita Philpot. ¿Cómo se encuentra esta tarde?

La mujer en cuestión era alta y desgarbada, fácilmente le doblaba la edad al cura. Lucía una sonrisa coqueta y el batir de las pestañas de una señorita bien educada.

—Oh, señor Stanwyck, Gloria se sentirá muy aliviada de que esté aquí. —Sus prominentes ojos verdes se giraron hacia Melissa y dejó caer sus cejas del color gris del acero como dos guillotinas—. ¿Y ha traído a... su hermana?

Pronunció la última palabra en un tono tan esperanzado que Melissa tuvo que morderse el labio para no reír.

El cura juntó esos labios tan preciosos en una suave sonrisa que se vio ensombrecida el brillo de sus ojos.

—Me temo que mis padres no consideraron conveniente bendecirme con hermanas, señorita, solo hermanos.

La señorita Philpot era, sobre todo, muy versátil. Le dio la espalda a Mel y se giró hacia el cura con una expresión suavizada.

—Bueno, eso es sin duda obra del señor, si todos son tan apuestos y dulces como usted, señor Stanwyck.

El cura aceptó el cumplido con una sonrisa y señaló a Melissa.

—Esta es la señorita Griffin. Me temo que acaba de tener un... bueno, no creo que se pueda decir que tuvo un altercado con Héctor si una de las partes estaba huyendo como alma que lleva el diablo.

Mel entrecerró los ojos ante su ocurrencia y fue recompensada con una de sus impresionantes sonrisas.

La señorita Philpot apuntó con el dedo índice al feroz animal en señal de advertencia.

—¡Oh, Héctor! ¿Has estado vigilando de más? —Habló en un tono tolerante y arrullador que hizo que Héctor ejecutara de nuevo ese movimiento lateral. La señorita Philpot se rio entre dientes con aprecio ante la maniobra. Parecía que los discutibles encantos del bicho no solo funcionaban con sus gallinas; tal vez Héctor era más inteligente de lo que parecía.

La señorita Philpot se volvió hacia Mel.

—Le pido disculpas por el entusiasmo de Héctor, señorita... eh... Griffin. —El afecto en sus ojos, un producto residual del encanto de Héctor, se desvaneció para revelar un ferviente brillo que habría enorgullecido a cualquier inquisidor español—. ¿Está visitando nuestro pueblo de camino a... algún otro lugar?

La señorita Philpot no era la única que esperaba con interés su respuesta. Los ojos azul cerúleo del cura también estaban fijos en ella.

Había algo en su mirada clara que hacía que Mel se sintiera tímida e inquieta, una sensación que no había tenido desde que vendía naranjas en las esquinas de las calles cuando era niña. Se sacudió la falda de su traje de paseo, como si Héctor pudiera haber estado arrojándole frutas y verduras podridas, cuando... —se detuvo para mirar al gallo y se vio obligada a admitir que estaba muy flaco— el único peso que sentía era el de su cuerpo.

—Me alojo en una casa que hay más abajo —hizo un gesto con la mano con la que no sujetaba su ridículo y entonces se dio cuenta de que había señalado en dirección al océano. Los dos miembros de su pequeño público tenían el ceño ligeramente fruncido, confundidos. Melissa le dedicó su sonrisa más encantadora a la señorita Philpot, esperando que surtiera algún efecto en la mujer, pero no lo consiguió.

—Lo siento, me temo que estoy un poco despistada. — Señaló el camino por el que había corrido unos momentos antes—. Me alojo en Halliburton Manor.

Los ojos de la señorita Philpot se abrieron de par en par.

—¿En Halliburton Manor?

—Así es. —¿Por qué la miraba de esa manera?

—Ah... Ya veo. Qué raro que no hayamos oído nada al respecto.

Mel se preguntó si tal vez debía poner un anuncio en el periódico local o ponerse en contacto con el pregonero.

—Supongo que es porque hice el trato con un agente en Londres y me traje a todos mis sirvientes.

—Ah, y ¿se quedará allí... eh... sola?

Melissa reprimió una punzada de irritación ante las preguntas indiscretas; ese era el tipo de curiosidad que debería haber esperado al ir a un pueblo tan pequeño.

—Pues...

—¡Señor Stanwyck! —gritó una voz desde la cabaña—. ¡Qué alegría verlo! Pero, Agnes, ¿por qué no ha invitado a entrar al reverendo...? Oh —dijo la recién llegada cuando se percató de la presencia de Melissa—. Discúlpeme. No la había visto.

—Gloria, esta es la nueva inquilina de Halliburton Manor. Señorita Griffin, esta es mi hermana, la señorita Gloria Philpot.

Mel habría sabido sin su ayuda que se trataba de la hermana de la señorita Philpot, ya que ambas mujeres eran como dos gotas de agua.

—¿Halliburton Manor? —La señorita Gloria observó a Melissa con curiosidad. ¿Por qué les

resultaba tan interesante su residencia?

La señorita Gloria abrió la boca, sin duda para tomarle el relevo de la inquisición a su hermana, pero el cura retomó las riendas de la conversación.

—¿Se dirigía a la ciudad, señorita Griffin? Tal vez pueda mostrarle el camino.

A Mel le pareció ver reflejado en él algo parecido a la... esperanza.

Las señoritas Philpot, en cambio, eran la viva imagen de la desolación.

—Pero, señor Stanwyck, si acaba de llegar de la ciudad. ¿No prefiere pasar y tomar el té con nosotras? —La mayor de las hermanas Philpot recriminó con la mirada a Melissa mientras hablaba, como si esta fuera una especie de sirena que guiaba al cura hacia unas montañas escarpadas.

—Y yo que pensaba que ibas a echar un vistazo a nuestro enrejado de glicinas, la parte que necesita arreglo —añadió la señorita Gloria cuando rechazó el té.

Mel no pudo contenerse.

—No se preocupe, señor Stanwyck. No me gustaría privarlo de tomar el té y de ver ese enrejado. Ante tal alegato, una de las comisuras de esa boca tan perfecta se contrajo.

—Solo acompañaré a la señorita Griffin hasta el pueblo y, de paso, le mostraré la iglesia. Estaré de vuelta en un santiamén. No se preocupen, me ocuparé del enrejado antes de que se ponga el sol.

Le puso la mano en el codo y se las apañó para que ambos se dieran la vuelta y comenzaran a caminar por el sendero antes de que Mel pudiera darse cuenta.

—Adiós, señoritas. Ha sido un placer conocerlas —les dijo por encima del hombro a las mujeres que ahora le fruncían el ceño. Luego se volvió hacia el reverendo, que caminaba a marchas forzadas, como si quisiera poner algo de distancia entre él y los dos miembros decepcionados de su rebaño—. ¿En un santiamén, señor Stanwyck? Vaya, sí que es usted ingenioso.

Él se rio entre dientes y le soltó el brazo.

—¿Por qué me da la sensación de que disfruta sembrando un poquito de caos, señorita Griffin?

—Desde luego, no huyo del caos como alma que lleva el diablo. Al menos, no tanto como de esas desagradables criaturillas emplumadas y con pico.

—Así que piensa usar mis palabras en mi contra, ¿no es así? —dijo tras chasquear la lengua.

—No va mal encaminado.

Le dedicó una mirada de fingida seriedad.

—Errar es humano, pero perdonar es divino, señorita Griffin.

—Me temo que estoy mucho más familiarizada con los errores, señor Stanwyck. —No tenía idea de hasta qué punto.

—Hmm, ya veo. Bueno, debo advertirle de que Héctor es, por decirlo de alguna forma, el favorito de estos lares. Su reputación se vería sepultada si la oyeran verbalizar tal oprobio sobre su carácter o... su estatura.

Mel soltó una carcajada.

—Bueno, me gustaría que mi reputación permaneciera inmaculada.

—En efecto —le dedicó una sonrisa nada propia de un clérigo de Gran Bretaña—. Ahora bien, me temo que nos marchamos antes de que la señorita Philpot pudiera sonsacarle la información más relevante.

—Adelante, reverendo.

—¿Cuándo llegó a Halliburton Manor?

—Ayer mismo.

—Ah, eso explica por qué ninguna de las señoritas Philpot sabía de su llegada. Suelen irse a la

cama pronto... con las gallinas, por así decirlo.

Mel lo miró de reojo y luego deseó no haberlo hecho. Con ese llamativo cabello rubio platino, esos enormes ojos azules (bordeados por pestañas oscuras, en lugar de rubias, por supuesto) y esos rasgos clásicos, realmente era un magnífico ejemplo de hombría, y esa era un área en la que ella podía afirmar ser una experta. Aunque parecía un ángel, debajo del traje holgado escondía una musculatura tan sólida como la de un toro; lo sabía porque antes la había rodeado con sus brazos.

El hecho de que estuviera vestido con el sobrio atuendo de un clérigo, de alguna manera, hacía que su buena apariencia fuera aún más atractiva. ¿O tal vez era porque él le parecía un soplo de aire fresco en sí mismo?

Aunque Melissa sabía más de hombres de lo que le hubiera gustado, rara vez se relacionaba con aquellos de moral íntegra, y nunca había hablado con un miembro del clero, al menos no que ella supiera. No sabía por qué, pero caminar a su lado la hacía sentir... inquieta. Lo más probable es que se debiera a que él no se parecía a ningún hombre con el que hubiera tratado. O tal vez fuera porque pensaba que Dios podría castigarla en cualquier momento por tener la osadía de relacionarse con uno de sus elegidos.

—Tenga cuidado, señorita Griffin. —Una mano firme y estable volvió a agarrarla del codo y la ayudó a bordear la prominente raíz de un árbol que bloqueaba el camino.

—Gracias. —Sería mejor que prestara más atención a dónde iba y menos a pensar en el hombre que estaba a su lado.

—¿Ha quedado con alguien en la ciudad o tiene tiempo para venir a ver las hermosas vidrieras de nuestra iglesia? —preguntó después de caminar un momento en silencio.

Tenía tiempo de sobra, pero ¿de verdad quería entrar en una iglesia? Al fin y al cabo, no tenía intención de asistir a los ritos religiosos ni de interactuar con ninguno de los habitantes del pueblo. Por eso mismo había alquilado una casa a las afueras de la ciudad.

—Nuestras vidrieras están consideradas unas de las mejores de esta parte de Inglaterra —añadió, y el tono humorístico de su voz hizo que se arriesgara a mirarlo de nuevo. ¡Dios Santo! Los ojos le brillaban cuando la miraba. ¿Era eso algo propio de un sacerdote? Seguro que no.

—Bueno, supongo que no puedo negarme, ¿me equivoco? —preguntó Mel en un tono más ácido del que pretendía—. Pero tendrá que ser breve; he de encontrarme con mi tía.

—Le enseñaré solo lo esencial, así podré llevarla hasta su tía a tiempo.

—Oh, no es necesario que me acompañe, estaré...

—Puedo presentarle al vicario, el señor Heeley, si está por aquí.

—Insisto, no hace falta que se desvíe de su camino. —Dios Santo, lo último que necesitaba era encontrarse con más clérigos. A este paso, sería un milagro que no se convirtiera en una columna de sal, o en humo, o en piedra, o que no sufriera otro tipo de castigo divino, aunque nunca había leído la Biblia ni tenía idea de qué tipo de castigos solían imponerse entre sus páginas.

—Sería un placer —dijo él, interrumpiendo su maraña de pensamientos, pero no antes de que ella se diera cuenta de que quería ver las vidrieras y que la acompañara al pueblo. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre se había preocupado lo suficiente por su seguridad como para llevarla a algún lugar? Bueno, un hombre que no fuera su querido amigo Joss, por supuesto. Quizás sería agradable recibir ese tipo de atenciones, pero la fastidiaba pensar en ello. No había venido al campo para involucrarse en ningún coqueteo casual, y mucho menos con un maldito vicario.

—¿Forma parte de sus exigentes deberes como sacerdote ofrecer un paseo adaptado a las necesidades de cada visitante de Nueva Bickford?

—Por supuesto. Se me encargan numerosas tareas: tomar el té con los feligreses, arreglar

enrejados, presumir de las vidrieras de la iglesia, rescatar a damiselas en apuros de las garras de depredadores emplumados... Ah, es por aquí, a la izquierda, si no le importa, señorita Griffin. — Señaló una puerta ornamentada situada en un viejo muro de piedra—. Ahora es la entrada trasera al cementerio, pero solía ser la puerta de entrada techada original. —Levantó el pesado pestillo en forma de herradura y abrió la puerta—. Es un ejemplar peculiar del estilo gótico. —Esperó a que pasara y cerró tras ella—. En aquellos entonces, a esta parte se la conocía como la «puerta de la resurrección».

Melissa se dio cuenta de que habían entrado en un cementerio lleno de lápidas desgastadas y ladeadas.

—¿Por qué ya no se usa esta puerta? —Frunció el ceño—. De hecho, ¿para qué sirve una entrada techada?

Él señaló las pesadas vigas que coronaban la puerta.

—Era un lugar destinado a proteger el ataúd antes del entierro, de ahí la inusual estructura de la puerta. El camino por el que acabamos de pasar es lo que la gente solía llamar el «camino de los cadáveres».

Mel se estremeció.

—¿Tiene frío, señorita Griffin? —Mostró preocupación en su mirada, pero también percibió un atisbo de burla.

—No, solo era un escalofrío, algo totalmente esperable después de lo que ha tenido a bien contarme. —Le miró con una ceja enarcada—. Confiéselo, señor Stanwyck: quería provocarme escalofríos.

Se rio, dejando ver unos dientes blancos y parejos que se sumaron a la lista de sus muchas perfecciones.

—Tendrá que perdonarme, no hay mucho por aquí con lo que divertirme.

De alguna manera, Mel dudaba que fuera cierto.

—En este punto del recorrido es donde señalo nuestra magnífica torre. —Se inclinó y se acercó, como si quisiera ver algo desde su altura y perspectiva, y luego extendió el brazo para señalar—. ¿Ve la punta que asoma sobre ese gran castaño?

Melissa percibió el calor de su cuerpo y su aroma, limpio y masculino. Ignoró los impulsos de curiosidad que provenían de su propio cuerpo y siguió la dirección que le indicaba con el dedo índice, hasta donde se veía una parte de piedra gris por encima de las copas de los árboles.

—¿La iglesia y la puerta se construyeron a la vez? —preguntó, consciente del pulso que le latía en la base del cuello; aliviada, cuando él se levantó y puso cierta distancia entre sus cuerpos.

—Tiene un ojo excelente para la arquitectura, señorita Griffin.

—Me halaga, señor Stanwyck.

Dejó escapar la misma risa cariñosa de antes y Melissa pensó que provocar un gesto tan encantador podría resultar un pasatiempo agradable. Antes de que pudiera prestarle la atención que merecía a ese pensamiento alarmante, otro hombre vestido con ropa de clérigo se acercó a ellos.

—Ah, señor Stanwyck. Buenos días.

—Esperaba que nuestros caminos se cruzaran, vicario. Señor Heeley, permítame presentarle a la señorita Griffin. Es nueva por aquí, acaba de instalarse en Halliburton Manor.

El vicario, un hombre tan delgado que estaba en los huesos, parecía tener entre sesenta y tantos o sesenta y pocos, y se puso rígido ante lo que dijo su sacerdote; su reacción no fue muy distinta a la de las Philpot. Sin embargo, se recuperó con rapidez y tornó unos hundidos ojos grises hacia ella, con la boca curvada en una cálida sonrisa.

— Bienvenida a Nueva Bickford, señorita Griffin. Me alegra mucho saber que Halliburton Manor hospeda de nuevo a alguien.

—Gracias, señor Heeley.

—Me encontré con la señorita Griffin no muy lejos de la cabaña de las Philpot. Le estaba... costando pasar.

El vicario se rio entre dientes.

—Ah, Héctor, ¿no? —Asintió ante su propia pregunta, sin parecer necesitar una respuesta—. Es un protector feroz, de los que ya no quedan. Un gallo excelente.

El sacerdote le dirigió una mirada que acusaba: «¿Ve? Se lo dije».

Mel no podía creérselo.

—Tiene toda la razón, vicario — intervino el señor Stanwyck al ver que Melissa no podía encontrar las palabras que buscaba para expresar sus pensamientos sobre Héctor. La miró de soslayo y se balanceó sobre los talones—. Héctor es un ejemplar único.

—Y ¿cuánto tiempo se quedará con nosotros, señorita Griffin? —preguntó el vicario, lo que hizo que Mel suavizara la mirada que estaba dedicándole al bufón de su sacerdote.

Era hora de compartir la historia que se había inventado.

—Hasta que acabe el verano. —Se aclaró la garganta—. Estuve enferma el pasado invierno y he venido al campo con mi tía para disfrutar del aire de aquí.

—Ah, ya veo. ¿Son de la ciudad?

—Sí, ambas somos de Londres.

—Bueno —dijo el vicario en un tono enérgico mientras se frotaba las manos, como si acabara de completar una tarea y estuviera sacudiéndose los restos—. Sé que no soy imparcial, pero creo que no hay ciudad en Gran Bretaña mejor que la nuestra para la paz y la sanación. Somos una comunidad unida, pero también respetamos la privacidad de nuestro prójimo.

Melissa esperaba que tuviera razón, porque cualquiera que indagara demasiado en su historia podría encontrar algo que no le gustaría descubrir.

—Bien, les dejaré que continúen con su visita. Ha sido un placer, señorita Griffin. La veré el domingo.

Melissa emitió una especie de sonido evasivo y esperó hasta que el vicario estuvo lo suficientemente lejos como para que no la oyera antes de volverse hacia el cura.

—No he podido evitar darme cuenta de que todos se sorprenden al enterarse de mi paradero en Halliburton Manor, ¿no es así?

Sus pómulos, altos, marcados y hermosos, parecían aún más atractivos con un leve rubor.

—Me temo que su última habitante... Eh, bueno, tuvo un final bastante trágico.

Mel bajó la barbilla al ver que no seguía hablando.

—Ah, ¿sí?

—Era viuda. Su marido era... —Hizo una mueca—. Bueno, murió en un enfrentamiento militar en la India. La señora Symes se suicidó.

Era una historia triste, por supuesto, pero no entendía...

—La señora Symes llevaba once meses sin ver a su marido. —Dudó un momento y dijo—: Estaba encinta cuando murió.

Ah, ahora sí entendía las miradas extrañas. Y el motivo la hizo enfurecer.

—Ya veo. Una tragedia y, encima, un escándalo. —Le dedicó una mirada que distaba bastante de ser pícaro—. ¿O acaso los inmaculados y rectos habitantes de este pueblo no lo consideran una tragedia?

Él parpadeó sorprendido.

—La muerte siempre es una tragedia, señorita Griffin. —Era una respuesta, pero no a la pregunta que había formulado. Se inclinó hacia ella, con esos ojos azules ensombrecidos por la preocupación—. Parece acalorada. Creo que la he agotado, no debería haberla arrastrado de un lado a otro.

Melissa se tragó el enfado que le produjo la historia que le había contado. Sabía que pasaba algo cuando las dos mujeres mayores, las Philpot, habían adoptado ese aire ligeramente castizo. Ella misma había sido objeto de tales miradas más veces de las que podía contar.

¡Tranquilízate, Mel!

Eso, más le valía calmarse. Al fin y al cabo, sabía que una comunidad pequeña a menudo era sinónimo de una estrechez de miras, pero había decidido ir de todos modos.

Has venido aquí para descansar y tomar algunas decisiones importantes, no para luchar contra los prejuicios rurales.

Se obligó a sonreír.

—Gracias por su preocupación, pero me encuentro bien. Sin embargo, me temo que llegaré tarde, así que tal vez sea mejor que me ponga en marcha. Quizá pueda enseñarme la iglesia otro día. —Aunque no entraba en sus planes, si podía evitarlo.

No, le dolía admitirlo, pero la historia que acababa de contarle dejaba claro que no necesitaba entablar amistad con nadie allí. De hecho, era una pésima idea. ¿Y hacerse amiga de un hombre del clero? ¿De ese sacerdote apuesto, amable y curioso? En fin, era lo peor que podía hacer. Por los dos.

Capítulo dos

Magnus sentía el cuello clerical extrañamente rígido, como si le picara, mientras observaba a la señorita Griffin alejarse por la estrecha calle principal de Nueva Bickford (la única calle con la que contaba, en realidad) de mano de su tía, la señora Daisy Trent.

La señora Trent había aguardado a su sobrina en la pequeña posada de Nueva Bickford, el Hurón Durmiente, disfrutando de una taza de té en su salón privado.

La señora Trent resultaba una tía bastante peculiar. Desde luego, no se parecía en nada a ninguna de las numerosas tías de Magnus, las cuales carecían de esa altura, voluptuosidad y mirada provocadora. Por otra parte, sospechaba que la señora Trent llevaba maquillaje, aunque no estaba muy familiarizado con esos asuntos como para afirmarlo.

Las dos mujeres no se parecían en nada. La señorita Griffin era una diosa delicada, pálida, de una belleza casi etérea y un cabello castaño rojizo, demasiado frágil para este mundo. Su tía, en cambio, era la personificación de lo terrenal, no solo por su exuberante cuerpo, sino también por sus labios carnosos y sonrientes y el brillo cómplice de sus ojos. Magnus había sentido que lo inspeccionaba como si estuviera desnudándolo con la mirada en el proceso. Era una sensación extraña y, sin duda, se lo había imaginado.

Tras despedirse de Magnus, las dos mujeres se adentraron juntas en la tienda de Cooper. No había planeado quedarse fuera y espiar a las recién llegadas a Nueva Bickford a través de los rombos de los cristales de la ventana, pero tampoco tenía prisa por irse.

Magnus estaba reviviendo su breve conversación con la encantadora señorita Griffin cuando una voz detrás de él lo sacó de su agradable ensimismamiento.

—Señor Stanwyck, ¿me concede un minuto?

Al darse la vuelta, vio que la señora Pilkington y sus tres hijas se acercaban a él, lo que le hizo reprimir un quejido.

—Ah, buenas tardes, señora.

Si le preguntases a alguien que conociera a Magnus, aunque fuera un poco, si este le resultaba arrogante, orgulloso o vanidoso, con toda seguridad echarían la cabeza hacia atrás y se reirían. Era cierto: no estaba orgulloso de su apariencia física, que consideraba más una herencia de sus atractivos padres que un mérito propio.

Nunca había aspirado a ser un miembro de la alta sociedad y su vestimenta, incluso antes de formar parte del clero, siempre había sido funcional y cómoda más que elegante. Su única contribución real a su apariencia física era mantener un cuerpo sano y en forma, lo que, por suerte, era una consecuencia inesperada de ser un cura rural activo.

El hecho de que Magnus no fuese vanidoso con respecto a su apariencia no significaba que le resultara indiferente su efecto sobre el sexo femenino. No había tardado mucho en darse cuenta de que el interés excesivo en su persona era un inconveniente para un cura que no estaba en condiciones de casarse.

No era su capacidad para resistir todas las tentaciones que se le presentaban lo que le preocupaba, sino el agotamiento absoluto que experimentaba al tener que luchar en tantas escaramuzas silenciosas e implacables.

Como esta que le presentaban la señora Pilkington y sus tres hijas, por ejemplo.

—Señor Stanwyck —dijo la señora Pilkington con voz estridente mientras sus hijas se dispersaban a su alrededor. La mayor de las señoritas Pilkington se colocó a su izquierda; la hermana del medio, a la derecha, y la más joven se puso en algún sitio detrás de él, una maniobra

que debían haber aprendido al estudiar algún mapa táctico de los movimientos de Aníbal en la batalla de Cannas.

Magnus se enorgullecía de enfrentarse a su oponente cara a cara, sin pestañear.

—Buenas tardes, señora Pilkington. —Se giró levemente y asintió con la cabeza hacia las chicas —. Señoritas.

—Aún no he recibido su respuesta a nuestra invitación a la velada de verano, señor Stanwyck.

Ah, sí, la maldita velada.

Magnus había empezado a sospechar que «velada» no era más que otra palabra para «subasta de sacerdotes».

—Disculpe la tardanza, señora Pilkington. No lo he olvidado. Me temo que todavía no estoy seguro de la fecha de la boda de mi hermano y no podía perdérmela.

Los ojos claros y reptilianos de la señora Pilkington se abrieron de par en par.

—¿Habla de su hermano, el conde de Sydel?

Magnus apretó los dientes; su parentesco solo había servido para aumentar su atractivo como objeto matrimonial.

—No, señora. Es mi hermano mediano el que se casa.

—¿Lord Michael?

El hecho de que supiera el nombre de su hermano le provocó un escalofrío de terror en la espalda. Era evidente que había adquirido una copia del título nobiliario.

La única razón por la que no lo llamaba a él «lord Magnusing» por todo el condado era porque, al principio del curato de Magnus, el vicario había dicho que el título de hombre de Dios reemplazaba a todos aquellos otorgados por los hombres, incluso el de rey.

—Sí, es mi hermano Michael quien... —Un movimiento al oro lado de la calle le llamó la atención. Eran la señorita Griffin y su peculiar tía saliendo de la tienda, cada una con sendos paquetes envueltos en papel.

—¿Quiénes son esas?

Se dio la vuelta y vio que la mirada penetrante de la señora Pilkington se encontraba fija en las dos mujeres.

—Son la señorita Griffin y su tía, la señora Trent.

—Ah, las nuevas inquilinas de Halliburton Manor.

—¿Las conoce? —preguntó con cierta sorpresa.

Ella le dirigió una sonrisa de suficiencia que resultaba molesta.

—Las manos del señor Pilkington fueron fundamentales para preparar la casa.

El señor Pilkington trabajaba en el sector de la construcción, así que esa fue su gran manera de decir que su marido había hecho algunas reparaciones en la casa que llevaba tanto tiempo vacía.

—Ha venido desde Londres para disfrutar de nuestro aire saludable —dijo Magnus.

En ese momento, la señora Trent echó la cabeza hacia atrás y se rio de una forma de lo más estridente, atrayendo la atención de varios transeúntes.

La señora Pilkington frunció el ceño ante esta abierta muestra de jolgorio.

—Espero que no sea una de esas mujeres alborotadoras.

La hija menor, Emily, la única que no tenía un brillo belicoso en los ojos, se avergonzó ante la dura declaración de su madre.

—Madre, por favor...

La señora Pilkington giró la cabeza de golpe, entrecerró los ojos y torció la nariz. Su expresión era muy parecida a la del hurón del cartel que, convenientemente, colgaba por encima. Le dedicó a su hija una mirada fría.

—¿Qué ocurre, Emily?

La muchacha la miró fijamente; le mantenía la mirada como un conejo cuando se encuentra ante un halcón.

Magnus intervino.

—Espero que me disculpe, señora Pilkington, pero me temo que llego tarde a casa de la señora Tisdale.

Un resoplido poco cristiano se le escapó por la boca.

—Oh, ¿otra vez ella? Hierba mala nunca muere.

Magnus reprimió el enfado que sintió ante ese comentario tan poco amable y se tragó la réplica de que la señora Tisdale no era una «hierba mala», sino una anciana enferma y solitaria. En cambio, sonrió, hizo una reverencia y se alejó calle abajo.

Resultó muy conveniente que se tratara de la misma dirección que habían tomado la señorita Griffin y su tía, aunque no es que tuviera planes de alcanzarlas.

El camino hacia la pequeña cabaña de la señora Tisdale, que no distaba mucho de la ciudad, lo alejó de la señorita Griffin, pero no pudo sacársela de la cabeza.

Magnus se dijo a sí mismo que su interés por ella era una reacción normal en cualquier hombre. Después de todo, no recordaba haber conocido nunca a una mujer tan hermosa como la señorita Griffin. Además de su llamativo cabello castaño rojizo, su tez cremosa y su figura notablemente voluptuosa cuyo vestido de paseo no había hecho más que acentuar, también poseía un labio superior felino que hacía que su labio inferior pareciera pecaminoso. Y, por si todo eso no fuera suficiente, esos ojos verdes rasgados habían brillado con un humor cansado que se le había clavado directamente en el pecho a Magnus.

Bueno, a decir verdad, también se le había clavado en otras partes del cuerpo. El hecho de que fuera un hombre de la Iglesia no significaba que fuera inmune a la belleza y los encantos femeninos.

Magnus se ajustó la correa de la maltrecha cartera de cuero que siempre llevaba consigo; los frascos y botellas que contenía la hacían más pesada de lo habitual. La esposa del vicario lo había colmado de gelatina de pata de ternera y una cataplasma que le había prometido a uno de los feligreses a los que planeaba visitar ese día. Magnus no tuvo el coraje de decirle a la señora Heeley que su gelatina a menudo pasaba de una casa a otra hasta que finalmente terminaba en un comedero para cerdos en una granja remota.

La señora Heeley se había granjeado la fama de ser la peor cocinera del condado, quizá de toda Gran Bretaña. Pero tenía tan buen carácter que nadie quería herir sus sentimientos, así que ella siguió conservando su peso corporal en mermeladas y jaleas horribles todos los años, para gran disgusto de sus feligreses.

—No sé cómo puedes soportarlo, a toda esa gente —había dicho el hermano mayor de Magnus, Cecil, la última vez que Magnus había ido a casa de visita.

Aunque Cecil y él eran el mayor y el menor de los seis hermanos respectivamente, seguían siendo los más cercanos. Magnus encontraba su mutuo afecto divertido a la par que extraño, porque no tenían nada en común. Cecil no tenía tiempo para la gente (de hecho, la evitaba activamente) y Magnus rara vez conocía a alguien que no le agradara.

—¿A qué gente te refieres, Ceec? —le había preguntado Magnus a su hermano.

—Me refiero a esos que se hacen pasar por enfermos, los jubilados viejos y solitarios, las solteronas desesperadas que se quedan para vestir santos. Todos luchan por llamar tu atención y se aferran a ti como lapas.

Magnus sonrió al recordar la aversión de Cecil. A su hermano le gustaban la caza, los perros y

los caballos. Aparte de eso, parecía desinteresado por el mundo que lo rodeaba, lo cual no hablaba muy bien de un hombre que algún día heredaría el marquesado y sus extensas propiedades y habitantes.

Hace mucho que sus padres habían perdido la esperanza de que Cecil se alejara de la vida deportiva lo suficiente como para casarse y tener hijos. No era que Cecil fuera un juerguista (no le gustaba beber ni jugar), sino que no le interesaba coquetear, bailar ni asistir a las fiestas que se organizaban en otras casas.

Cuando Magnus no fue lo suficientemente rápido para refutar las palabras de Cecil, su hermano continuó en la misma línea.

—No te entiendo, Mag. Tienes Briar House y una buena porción de tierra. Con algunos senderos increíblemente buenos —había añadido, porque no había nada más importante que la caza del zorro—. No necesitas ser coadjutor.

Magnus había mantenido esta conversación con miembros de su familia desde que, a los quince años, decidió unirse al clero. Cuando tenía veinte años, había dejado de intentar explicar su vocación a la Iglesia. Era el primer miembro de su familia, y tal vez el único, que se supiera, que había mostrado interés en una carrera que normalmente emprendían, en la mayoría de los casos de mala gana, los segundos hijos.

Si bien Magnus había dejado de intentar explicar su vocación a los demás, todavía tenía que justificar el hecho de mudarse tan lejos de casa para cumplirla.

—No hace falta irse tan al sur para ser un simple cura —Cecil pronunció la palabra sur como si fuera un epíteto vulgar, y, en realidad, lo era para la mayoría de los habitantes de Yorkshire.

—Ya lo sé, Ceec, pero me gusta Nueva Bickford y me agrada el reverendo Heeley. Y, por difícil que te resulte creerlo, me gusta ser cura y me gusta atender a ancianos, solteronas en apuros y... ¿a quién más decías?

Cecil hizo caso omiso de su broma.

—Nunca entenderé cómo un hombre puede dedicarse a rezar tanto y vivir como un monje.

El comentario sobre vivir como un monje sorprendió a Magnus; después de todo, Cecil era el hombre más leal del mundo a su amante, Alice Thompkins, una viuda mayor que vivía en una de las cabañas de la finca de su padre. Magnus supuso que su hermano se habría casado con la señora Thompkins hacía mucho tiempo si hubiera pensado que sus padres lo aprobarían.

En cambio, los otros hermanos de Magnus (Michael, Henry, James y Philip) eran completamente distintos a Cecil. En todas las tabernas de West Riding se contaban historias sobre los hijos menores del conde y sus locuras.

Señor, cómo se habían burlado esos cuatro de Magnus cuando cumplió los dieciséis y seguía siendo virgen. Era un testimonio de su naturaleza increíblemente testaruda (su único pecado, según afirmaba su cariñosa madre) el hecho de que no les hubiera permitido que lo arrastraran a un burdel. Pero se había mantenido firme. Y había permanecido casto incluso cuando otros hombres de su seminario visitaban burdeles o tenían amantes. Tal actividad no se alentaba, pero se toleraba siempre que se llevara a cabo con discreción. Después de todo, como más de uno de sus compañeros había observado, convertirse en vicario no era igual que convertirse en sacerdote católico.

No, no habían hecho ningún voto de castidad, pero a Magnus no le parecía bien pagar a mujeres para saciar sus necesidades físicas. Él mismo podía arreglárselas, aunque no quedara satisfecho, y esperaba con ansias descubrir los placeres del lecho matrimonial con su esposa. Hasta que llegara ese día, evitaba pensar demasiado en el acto sexual, al menos si podía evitarlo. Sin embargo, ese día le estaba resultando una tarea hartamente complicada.

La señorita Griffin tenía algo que le había reavivado dichos pensamientos de naturaleza carnal. Magnus subió los escalones de la casita de la señora Tisdale, con el rostro ardiendo ante las imágenes que se le agolpaban en la cabeza. No era culpa de la señorita Griffin que emanara una sensualidad seductora que lo envolvía como los zarcillos de la hiedra.

Una oleada de lujuria no deseada lo invadió al pensar en esos ojos rasgados y ese labio superior que le sobresalía. Magnus hizo una mueca; la joven inocente probablemente no era consciente del efecto que su rostro y su figura tenían sobre los hombres.

Alejó los pensamientos lujuriosos y llamó a la puerta principal.

Como nadie respondía, abrió un poco la puerta y asomó la cabeza. La anciana tenía problemas de audición y su criada solo acudía por las mañanas.

—¿Señora Tisdale?

No hubo respuesta, así que Magnus entró y dejó su cartera en el suelo de la entrada. Fue entonces cuando percibió un leve golpeteo y un suave grito por encima.

Magnus se apresuró hacia las estrechas escaleras. Nunca había estado en el segundo piso, pero supuso que allí tendría su dormitorio.

—¿Señora Tisdale? —llamó cuando llegó al rellano, donde había tres puertas. La primera era un trastero y la segunda, un dormitorio de invitados. Abrió la tercera puerta despacio—. ¿Señora Tisdale?

—Señor Stanwyck —dijo la voz, entrecortada y ronca, desde el otro lado de la cama, que estaba deshecha pero vacía.

Magnus encontró a la anciana en el suelo de madera, con la pierna doblada en un ángulo extraño. Se agachó a su lado y la movió con cuidado para evitar que el peso le recayera sobre la pierna. Entonces, profirió un grito.

—Lo lamento muchísimo, señora Tisdale —la tranquilizó, cubriéndole las piernas extremadamente delgadas y venosas con su camisón de franela antes de volverse para mirarla a la cara. Tenía los ojos cerrados y se preguntaba si había perdido el conocimiento justo cuando movió sus ligeros párpados.

—Tengo frío —dijo, aunque en la casa hacía un calor húmedo insoportable. Magnus se puso en lo peor.

—Voy a incorporarla y ponerla sobre la cama, donde podrá calentarse y estar más cómoda.

Hizo una mueca, pero asintió.

Por más cuidado que tuvo al levantarla, la anciana emitió un grito espeluznante que le desgarró el corazón. No se arriesgó a mirarla a la cara hasta que la hubo tumbado y cubierto con una pesada colcha.

Lo miraba con los ojos apretados del dolor.

—Debo ir a por el médico.

Su mano se movió mucho más rápido de lo que esperaba.

—¡No! Todavía no.

—Pero...

—No me deje sola. Quédese un poco más. —Respiraba demasiado rápido y los pómulos, tan afilados como cuchillos, se habían coloreado. Su mano se apretó sobre la de él, los dedos huesudos como las garras de un pájaro. —Por favor.

Era la primera vez que la oía pronunciar esa palabra en particular.

—Por supuesto que me quedaré. —Enganchó un pie alrededor de una silla cercana y la atrajo hacia la cama sin soltarle la mano.

—Tengo miedo. —Su respiración se había ralentizado, pero todavía era entrecortada.

Magnus levantó la vista de sus manos unidas al oír esa palabra. Los ojos azules de la señora, por lo general mordaces y despiadados, ahora estaban llorosos y perdidos.

—Estoy aquí con usted, señora Tisdale. No tiene nada que temer.

Ella asintió, con la mirada todavía fija en él y su agarre inquebrantable.

La señora Tisdale era la paria del pueblo. Magnus suponía que había alguien como ella en cada ciudad de Gran Bretaña. No tenía idea de qué había hecho para ganarse ese estatus y dudaba que sus vecinos lo recordaran. Simplemente había representado ese papel durante tantas décadas que era como un abrigo viejo que le resultaba demasiado cómodo como para quitárselo.

Sabía que no debía preguntarle la edad a una mujer, pero había visto un libro que ella había dejado abierto una vez y en la guarda se leía: «*Para mi querida Eunice, por esos momentos en que no podemos estar juntos. James*». La fecha debajo de la inscripción era 1751. Aunque solo tuviera veinte años por aquellos entonces, eso significaba que ahora rondaba los ochenta. Los elegantes rasgos de su rostro y sus enormes ojos de mirada intensa proclamaban que debía de haber sido una joven hermosa.

Magnus se dio cuenta de que su agarre se había aflojado y tenía los labios separados. Su respiración era estertórea, pero uniforme y profunda: por fin estaba durmiendo.

Desenredó con cuidado sus dedos, salió de la habitación de puntillas y luego corrió con una prisa indigna a buscar al médico.

Melissa se sirvió otra taza de té (que le resultó mucho más fácil de digerir que el café) y rompió el sello de la carta más reciente de Joss Gormley. Joss no solo era su mejor amigo, también se encargaba del burdel en ausencia de Melissa.

Querida Mel:

Espero que te encuentres sana, feliz y relajada en el pueblo de Nueva Bickford. Todo sigue como siempre. Laura me pide que te transmita sus saludos y también quiere que te recuerde la ampliación que propuso justo antes de que partieras de viaje.

Melissa suspiró. Había estado evitando pensar en la propuesta que le había hecho Laura Maitland, otra de sus socias. A decir verdad, había dejado de prestarle tanta atención a su negocio cuando empezó a toser sangre y creyó que no sobreviviría aquel día del otoño pasado. Un roce con la muerte hacía que uno reevaluara lo que era importante en la vida.

Frunció el ceño ante el desagradable recuerdo de aquel día, tomó otra tostada y volvió a leer la carta.

Por favor, no montes en cólera.

Mel negó con la cabeza.

—Oh, Joss, ¿qué diablos has hecho ahora?

Laura no se detuvo ante su recordatorio; se acercó al dueño del número nueve y le hizo una oferta independiente por la propiedad, que actualmente está considerando.

Mel soltó la tostada.

—¿Qué?

Sé que querías esperar hasta que Laura, Hugo y tú tuvierais la oportunidad de discutir el asunto y acordar una oferta por la propiedad, pero...

Melissa soltó un gruñido. Ella habría preferido esperar. Ahora, el vendedor, un hombre terriblemente astuto, sabría que querían el edificio y les duplicaría el precio. Apretó los dientes. Era evidente que Laura se estaba volviendo loca sin Melissa allí para frenarla. Si bien nunca podría gustarle ser la dueña de un burdel, la Casa Blanca era su porvenir. Si podía venderla y obtener ganancias, como la mujer a la que se la había comprado, entonces podría jubilarse dentro

de unos años.

Pero todo eso no pasaría si ahora pagaba una fortuna por su próxima ampliación.

—Maldita sea —murmuró.

Sé que su comportamiento te habrá molestado, pero no es nada comparado con el enojo de Hugo.

Se le escapó una carcajada ante la irónica observación de Joss.

—Apuesto a que estás en lo cierto, Joss —dijo, sonriendo al pensar en la reacción de su socio más quisquilloso ante el comportamiento imprudente de Laura.

No creí que Hugo fuera capaz de albergar sentimientos de ira, ni de nada más, en realidad, aparte del amor que siente por sí mismo.

Joss despreciaba a Hugo (el empleado más popular de Melissa, tanto entre las mujeres como entre los hombres) y no lo ocultaba. Por supuesto, gran parte de esa aversión se debía a una jugarreta que Melissa le había orquestado a Joss hacía unos meses, cuando había usado a Hugo para interponerse entre Joss y la mujer a la que este se negaba obstinadamente a admitir que amaba.

Había sido un plan irreflexivo y peligroso, pero había funcionado.

Sabía que debía estar agradecida de que los dos hombres no se hubieran matado esa noche. Bien está lo que bien acaba, según Melissa.

Por desgracia, Joss no lo había visto así. Aunque su ira hacia Melissa había menguado, su odio por Hugo se había duplicado. Y, después de haberle puesto un ojo morado a Hugo, el sentimiento era mutuo.

Mel chasqueó la lengua al recordarlo y volvió a su carta.

Como resultado de la precipitada acción de Laura, Hugo y ella se odian más que nunca. Creo que pronto habrá problemas entre ellos dos. Me alegro de haberte vendido a ti mi parte del negocio. Así al menos no tendré que preocuparme de que alguno de los dos me acose día y noche para que se la venda a ellos.

No, pero ya lo haría Melissa cuando regresara.

«Si es que regreso».

Mel hizo una pausa, la carta crujió al apretarla entre los dedos. ¿De dónde había salido ese pensamiento? Por supuesto que iba a regresar. ¿Adónde iba a ir sino?

Tensó la mandíbula. No había ningún otro lugar al que ir. Al menos no un lugar donde no tuviera que ocultar su pasado y su identidad. Incluso quedarse allí temporalmente le provocaba cierta ansiedad. Hombres de toda Gran Bretaña la conocían y siempre existía la posibilidad de —o más bien la *imposibilidad de evitar*— que se encontrara con uno hasta en un lugar tan bucólico como Nueva Bickford.

Bueno, no tenía sentido pensar en eso ahora. Apenas llevaba tres días allí y nadie la había reconocido por ahora. Se acordó del apuesto sacerdote y resopló. Era una cosa más que nunca podría tener y que debería sacarse de la cabeza. Los dos eran tan diferentes que bien podrían pertenecer a distintas especies.

Alisó las hojas arrugadas de la carta y continuó leyéndola. El resto trataba principalmente de negocios, algunos arreglos, otros dos nuevos empleados y un joven lord al que Joss había excluido de la parte masculina del negocio por deudas excesivas. Hasta el final no dijo nada de sí mismo.

Mi padre falleció apaciblemente mientras dormía la semana pasada.

Se llevó una mano a la garganta.

—Oh, Joss...

Como ya sabes, ha sido un alivio. En los últimos meses se había convertido en poco más que un vegetal y mi hermana trabajaba hasta la extenuación.

Aunque pronto se irá con Joseph, su prometido, quiero pasar una semana con ella antes de que se case. La he convencido de que se tome unas breves vacaciones en la playa. Por favor, dime si te sentirías incómoda si dejara a Laura y Hugo a cargo mientras yo estuviera fuera durante diez días.

¿Incómoda? No, esa no era la palabra. *Aterrorizada*, más bien; aterrorizada de que no quedase nada en pie a su vuelta. Pero eso no era culpa de Joss. Él solo se había ofrecido a ayudar a administrar el negocio para que Melissa aceptara quedarse en el país. Tenía su propia vida y esperar que la sacrificara por el futuro del burdel no era justo, sobre todo cuando ella tenía dos gerentes que se suponía que debían hacerse cargo del negocio.

Suspiró y leyó la parte inferior de la página.

Te echo de menos y espero que te encuentres bien. Dale saludos de mi parte a la fiera de Daisy y dile que más de un hombre está de luto por su ausencia.

Tu amigo,

Joss

Dobló la carta y pensó en lo que le había propuesto Joss sobre dejar a Laura y Hugo a cargo: era lo mismo que dejar a los pacientes a cargo del manicomio. Los dos juntos eran la peor combinación posible: Laura era tozuda y rara vez se detenía a tomar en consideración a otras personas.

En cuanto a Hugo...

Sentía que le iba a estallar la cabeza con solo pensar en su nombre. Hugo era una fuerza de la naturaleza, y, francamente, el hombre que más atracción sexual despertaba, tanto en hombres como en mujeres, lo cual resultaba asombroso, sobre todo teniendo en cuenta que no era nada atractivo. Era de complexión delgada y fuerte, tenía los ojos negros como el carbón y unos labios finos y despiadados. En su conjunto, debería resultar verdaderamente horrendo, pero había algo en él que cautivaba. En una habitación llena de gente, Hugo siempre atraía miradas.

Era el único empleado que jamás había rechazado la petición de un cliente. Cuando se trataba de sexo, Hugo hacía cualquier cosa.

Dejarlo a cargo de su negocio sería como poner al zorro del proverbio a cargo del gallinero. Un zorro que podría saquear el edificio, vender todos los objetos de valor y luego prenderle fuego a todo solo para verlo arder.

—¿Melissa?

Levantó la vista y vio a Daisy parada en la puerta.

—¿Sí?

—¿Dónde estabas? Te he llamado tres veces.

—Solo estaba pensando y relajándome. Para eso vine aquí.

—Bueno, pues se acabó eso de relajarse. Tienes visita.

—¿A esta hora del día?

—Ya es más del mediodía, cariño.

Mel miró el reloj que estaba en la mesilla de noche. Tenía razón.

—¿Quién es?

Los labios carnosos de Daisy se curvaron en esa mirada pícara que le había permitido amasar una fortuna a lo largo de los años.

—No me gustaría arruinarte la sorpresa.

Capítulo tres

—¿Le apetece otro bollito, señora Pilkington?

Daisy se había puesto algo que Mel nunca había visto antes: un recatado vestido azul pálido de cuello alto y mangas largas. Con él debería haber parecido más su «tía», pero no fue así.

—No, gracias, señora Trent.

Mel reprimió una sonrisa ante el tono y la mirada mordaces de la mujer de Pilkington. Era como un sabueso que podía oler algo, pero no encontraba el rastro. La actuación de Daisy no la engañaba ni por un segundo. Tendrían que tener cuidado con la señora Pilkington.

—El festival de verano se celebra dentro de tan solo tres semanas —dijo la señora Heeley, felizmente ajena a cualquier corriente subyacente en la habitación y tomando otro bollito, el cuarto, según los cálculos de Mel.

Además de la esposa del vicario, se encontraban en la habitación la señora Pilkington y sus tres esclavizadas hijas; la señorita Agnes Philpot; su hermana, que, por muy raro que resultara, se llamaba Gloria, y otras dos mujeres cuyos nombres Mel no recordaba en ese momento. Al parecer, todo el comité de la iglesia. Era una forma un tanto extraña de visitar a una completa desconocida, pero ¿qué sabía Mel de esas cosas?

Se dio cuenta de que todos la miraban y esperaban una respuesta. ¿De qué diablos habían estado hablando?

Miró a Daisy, que articuló las palabras *verano* y *festival*.

—Ah, un festival. —Mel se aclaró la garganta—. Me temo que nunca he asistido a uno. —Siguieron mirándose—. Al menos no en nuestra iglesia de Londres.

La señora Pilkington arqueó las cejas.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué parroquia pertenece usted?

Mel abrió la boca, pero no pudo decir nada.

Un golpecito en la puerta la salvó.

—¿Sí, Jenny? —dijo, queriendo besar a la joven y curvilínea doncella que parecía tan inocente como un querubín pero que, en realidad, había azotado a una parte considerable de la alta sociedad con una fusta.

—Tiene una visita, señorita Griffin. —Los ojos de la chica se encontraron con los de Mel de una manera impropia de una criada y vaciló como si estuviera a punto de darle una sorpresa pícara. Melissa tendría que hablar con Jenny sobre su actuación más tarde. La chica quería formar parte del teatro, así que más le valía aprender a aceptar su papel—. Dice que es un cura. —Pronunció la palabra de la misma manera que otra persona, que no había trabajado en un burdel hasta hacía unas semanas, diría «sirena» o «unicornio».

—Por favor, hazlo pasar, Jenny.

Todas las miradas en la sala se dirigieron hacia la puerta.

—Ah, buenas tardes, señorita Griffin. —Los ojos azules del reverendo Stanwyck se abrieron de par en par al ver la cantidad de personas que había en la sala—. Veo que estoy interrumpiendo...

—Es usted más que bienvenido —dijo Mel, pronunciando en silencio una oración de agradecimiento por el cura, cuya presencia desviaría la atención. Señaló a Daisy—. ¿Recuerda a mi tía, la señora Trent?

—Por supuesto. Buenas tardes, señora. —Le hizo a Daisy una elegante reverencia que hizo resaltar su sonrisa pícara y Mel quiso que se la tragara la tierra. Ni ensayándolo podría

comportarse más como una fulana.

La llegada del apuesto cura trastocó por completo la dinámica de la sala. Mel se acercó a Daisy.

—Rápido, ¿a qué iglesia de Londres asisto? —susurró mientras el sacerdote hacía sus reverencias y saludaba al grupo de mujeres.

—A mí no me preguntes, la única iglesia que conozco es la de San Pablo.

—Dios mío. ¿Acaso ofician ceremonias allí?

Daisy resopló.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —Hizo un gesto con la barbilla hacia el cura, que estaba sentado en medio de la multitud de mujeres y parecía mucho más cómodo de lo que cualquier hombre tenía derecho a estar—. Ahí tienes a tu experto local.

Mel la miró con mala cara.

—Con dos azucarillos y leche, por favor —le dijo el señor Stanwyck a la mayor de las señoritas Philpot, que, de alguna manera, había ganado la competición contra el resto de mujeres para servirle el té al ver que Melissa no se puso de pie de inmediato.

Tomó la taza y el platillo, le dio las gracias y se volvió hacia su absorta audiencia.

—Continúen, se lo ruego. Hablaba en serio cuando dije que no quería interrumpir.

—Estábamos hablando del festival de verano de San Botolfo —dijo Melissa, antes de que la señora Pilkington pudiera volver a sacar las garras y, con ellas, el temita de las iglesias de Londres.

—Sí, estábamos hablando de la venta benéfica y de lo que habíamos reunido hasta el momento.

—La señorita Gloria Philpot miraba con devoción al cura y se había deslizado hasta el borde de su silla, de modo que solo una diminuta franja de trasero le impedía caer al suelo.

—No estoy segura de saber en qué consiste una venta benéfica —intervino Daisy, como si estuviera realmente interesada.

—Es como una feria o un mercado, pero con una selección más variada de productos en lugar de solo verduras o derivados. Disponemos puestos en el parque y la gente vende diferentes cosas. Al final de la jornada se cuenta todo el dinero y el puesto que más dinero gane recibe un regalo sorpresa. Todo el dinero se destina a las vidrieras de la iglesia —explicó Stanwyck.

Ah, otra vez las vidrieras de la iglesia. Mel tenía que verlas.

—El señor Stanwyck tiene un puesto donde hace unos retratos de lo más bonitos —dijo una de las hijas de la señora Pilkington, la mayor, pensó Melissa.

Todas las miradas estaban centradas en el hombre en cuestión, que estaba comiéndose una galleta mientras los elegantes ángulos de su rostro adoptaban un ligero color. Así que se trataba de algo que lo avergonzaba.

Melissa no pudo resistirse a burlarse de él.

—Ah, entonces es usted un artista, señor Stanwyck.

Tomó un sorbo de té y dejó la taza y el platillo sobre la mesa antes de sacudir la cabeza, con los labios curvados en una media sonrisa.

—No, «artista» es una palabra que me queda demasiado grande. Soy un... aficionado.

Las mujeres estallaron en un coro de «no» y «qué humilde es».

Pero el señor Stanwyck estaba decidido a cambiar de tema.

—Dígame, señorita Griffin, ¿tiene usted algún talento especial que pueda permitirle ganar dinero para las vitrinas?

Daisy se atragantó y se escupió el té en el regazo. El señor Stanwyck se puso inmediatamente de pie y fue a su lado con una expresión de preocupación en ese hermoso rostro.

—¿Está bien, señora Trent?

Mel se acercó a Daisy y le dio una palmada fuerte en la espalda.

—Estoy bien —dijo Daisy con voz entrecortada, poniéndose de pie de un salto—. Por favor, discúlpeme. —Se tapó la boca con ambas manos y salió corriendo de la habitación. Mel la imaginó desplomándose de la risa en la cocina y entreteniendo a los demás con la inocente pregunta del cura.

—¿Le gustaría ir tras ella para...? —empezó a decir el señor Stanwyck, con el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Ayudarla? —terminó sin convicción.

Mel le dirigió una sonrisa adusta.

—Le aseguro que estará bien. Dígame —continuó, adoptando un tono más suave—, ¿qué venden en los otros puestos?

—La señora Heeley vende algunas de las mermeladas y jaleas que elabora durante el año. —Un silencio elocuente siguió a esta declaración.

—Un año, el granjero Sinclair trajo hielo y tuvimos helado de frambuesa, ¡en pleno verano! —Esa fue Emily Pilkington, la más joven de las tres niñas y, con diferencia, la que menos se parecía a su madre.

—Mi hermana y yo vendemos medias de lana —dijo una de las mujeres cuyo nombre Mel no conocía.

La señora Pilkington dejó escapar un sonido burlón.

—Mis hijas y yo venderemos diversos productos de costura, como antimacasares. —Su expresión era virtuosa, como si Dios prefiriera las fundas de los sillones a las medias de lana.

—Lady Barclay dona flores cortadas de sus invernaderos —añadió la señorita Philpot, para no ser menos que la señora Pilkington, una mujer a la que claramente consideraba su némesis.

Mel se preguntó dónde estaba Lady Barclay hoy y por qué no se había reunido en su casa junto con todos los demás.

—Sir Thomas y Lady Barclay aún no han regresado de Londres —dijo la señora Heeley, como si Mel hubiera pronunciado sus pensamientos en voz alta.

—Van todos los años por la temporada. —La señora Pilkington tenía el pecho henchido de orgullo y se vanagloriaba de las migas de resplandor que le dejaban sus augustos vecinos.

—El año pasado, Agnes y yo vendimos macetas de hierbas —dijo la señorita Gloria Philpot, cuya declaración le valió una mirada represiva de la señora Pilkington. Un silencio tenso se apoderó de la sala.

El señor Stanwyck se aclaró la garganta.

—Ah, a cada uno se le distribuye según su necesidad —intervino el cura cuando las dos formidables mujeres se enzarzaron en una pelea de miradas.

La señorita Philpot y la señora Pilkington se volvieron hacia el señor Stanwyck, pero Mel no pudo evitar notar que ninguna de las dos parecía completamente convencida de su aforismo.

—¿Eso es de la Biblia? —preguntó Mel, divertida por sus intentos de restaurar la paz.

Una vez más, ella captó un destello de humor profano en esos ojos azules celestiales.

—Sí, de los Hechos.

La señora Heeley le dirigió al joven sacerdote una sonrisa posesiva y maternal.

—El vicario siempre dice que nunca ha tenido un cura con un conocimiento tan amplio de las Sagradas Escrituras como el señor Stanwyck.

Las otras mujeres chasquearon la lengua en señal de aprobación, incluso las dos combatientes enterraron el hacha de guerra, mientras el hombre en cuestión se ruborizaba.

—Es muy loable, señor Stanwyck. —Mel tuvo que morderse el labio para no reírse cuando él la miró con los ojos entrecerrados.

El resto de la visita transcurrió rápidamente, con cada una de las mujeres compitiendo por ensalzar las virtudes del cura.

Daisy reapareció justo cuando los visitantes se estaban despidiendo, frustrando con gran habilidad los esfuerzos de la señora Pilkington de sincronizar su partida con la del cura.

Como resultado, Mel y el señor Stanwyck fueron los dos últimos en llegar al vestíbulo, mientras Daisy obligaba con firmeza a la prole Pilkington a acompañarla al jardín trasero con el ridículo pretexto de que necesitaba consejos sobre la flora local. Lo más cerca que ha estado Daisy alguna vez de la naturaleza han sido las flores de seda que adornaban sus gigantescos sombreros.

El señor Stanwyck sostenía su sombrero en sus manos mientras la miraba sonriendo.

—Ha sido malvado por su parte haber desafiado mis conocimientos bíblicos mientras intentaba apaciguar las aguas, señorita Griffin.

—Ah, ¿sí? No sé a qué se refiere, señor. —Mel sabía que podía parecer tan inocente como una virgen vestal, fueran lo que fueran. Tal vez estuviera en el Antiguo Testamento y el señor Stanwyck pudiera dedicarle algún tiempo a instruirla...

—No me engaña ni por un instante.

Mel se rió entre dientes.

—Lo siento, admito parte de mi culpa, pero debe admitir que se lo merecía. No le conviene recibir tantos halagos; de lo contrario, acabará subiéndosele a la cabeza. Si no, mire en qué han convertido a Héctor.

—¿Acaba de compararme con un gallo, señorita Griffin?

—Nunca me atrevería a tal cosa. Pero, si lo hubiera hecho, habría creído que apreciaría dicha comparación, dado el estatus del que goza Héctor en esta comunidad.

—*Touché*. —Le dedicó una sonrisa que le provocó una extraña sensación en el pecho. Melissa estaba tratando de averiguar exactamente de qué se trataba cuando él le preguntó—: Por cierto, se le dio de maravilla esquivar la pregunta de qué podría hacer en nuestra fiesta.

—¿Insinúa que soy deshonesto, señor Stanwyck? —preguntó imitando su tono.

—Nunca me atrevería a tal cosa —se burló él, para no quedarse atrás.

Mel se rio.

El cura se puso el sombrero en la cabeza y le dedicó una reverencia.

—Me temo que debo marcharme, señorita Griffin. Por favor, despídase de su tía de mi parte y transmítale mis disculpas por no haberla esperado. —Se detuvo al pie de los escalones y sonrió—. Tiene menos de tres semanas para pensar en algo para el festival.

Mel estaba admirando su altura y esos hombros anchos mientras se alejaba por el sendero, deseando que se detuviese y diera media vuelta, y... «¿Qué?».

Justo cuando llegó al final del camino, lo llamó.

—¿Qué pasa si no se me ocurre nada? ¿Me torturará públicamente?

Una risa contagiosa llenó el vacío que había entre ellos.

—¡No hay nada que motive más a una persona que la posibilidad de una humillación pública! —gritó por encima del hombro.

Y luego desapareció detrás del seto.

Aunque Magnus no habría sabido decir por qué, estaba más que sorprendido cuando llegó el domingo y la señorita Griffin y su tía aparecieron en la iglesia.

No había dicho que no iba a ir, pero tampoco se había mostrado muy entusiasmada cuando el vicario se lo había mencionado.

Llegaron unos minutos tarde y se sentaron en el último banco, el más cercano a la puerta, como

si ya estuvieran planeando su huida.

Esta semana no le tocaba a él pronunciar el sermón, un hecho por el que se sentía inexplicablemente agradecido. Nunca antes había sentido pudor a la hora de hablar en la iglesia. De hecho, disfrutaba tanto de idear como de redactar sus sermones. Entonces, ¿por qué se sentía agradecido por no tener que darlo hoy? ¿Era porque podía imaginarse la picardía en el rostro de ella al escuchar cualquier sermón suyo?

¿Y por qué se imaginaba eso? Ella no había dado ningún indicio de... bueno, de *irreverencia*. Entonces, ¿por qué iba a pensar algo así?

La verdad era que ella no había hecho nada para despertar tales sospechas. No, era más bien por su aspecto. Magnus se sentía avergonzado de solo pensar en algo tan horrible, como si la forma en que su cuerpo respondía a su belleza fuera de alguna manera evidencia de su naturaleza perversa, en lugar de un producto de su propia imaginación lujuriosa.

Sacudió levemente la cabeza; cuando se trataba de la señorita Griffin, sus pensamientos parecían del Antiguo Testamento. Debería considerar seriamente por qué la veía de esa manera.

A Magnus también le molestaba más de lo que le hubiera gustado admitir que la idea de que ella (o cualquier otra persona, en realidad) pudiera burlarse de él lo desmoralizara en lo que respecta a su fe o su vocación. Sí, llegaría al meollo del asunto la próxima vez que meditara.

Pero, por el momento, trató de concentrarse en asuntos más acuciantes, como la señora Tisdale. Le caía en gracia esa vieja cascarrabias y sabía que estar postrada en cama con una pierna rota probablemente la volvería loca (y también a Dori, la pobre chica a la que había contratado para cuidarla). Aunque sabía que la señora Tisdale estaría de un humor de perros, esperaba visitarla hoy después de la iglesia.

El señor Heeley dio un sermón sobre poner la otra mejilla, una referencia apenas velada al señor Dawkins y sus vecinas, las señoritas Philpot, que habían reanudado la misma batalla que libraban todos los años: el jardín del señor Dawkins contra el rebaño cada vez mayor de las hermanas, liderado por su amado Héctor.

La mirada de Magnus vagaba de un lado a otro, como su atención, y acababa quedándose fija en el mismo lugar sin importar cuántas veces la apartara. La señorita Griffin apenas llevaba allí una semana y ya parecía haber mejorado de salud. Todavía tenía un aspecto frágil y encantador, pero había abandonado ese tono pálido en la piel.

Justo entonces, levantó la mirada y lo encontró mirándola.

La respiración se le cortó, pero el resto del cuerpo le ardía. Quería apartar la mirada; de hecho, debía hacerlo. Sin embargo, no podía. Ella lo había cautivado con esos ojos verdes tan llenos de secretos como un bosque medieval. En ese instante, Magnus tuvo la certeza de que ella podía ver las imágenes con las que su prolífica imaginación lo obsequiaba cuando se encontraba a solas en su cabañita. En la cama.

Las comisuras de esos hipnotizantes labios se curvaron de una forma tan sutil que no estaba seguro de si se lo había imaginado. Y luego ella apartó la mirada.

Se sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima y resopló por la nariz, como un hombre que se está ahogando y jadea en busca de aire.

Sacar a Daisy de la cama, ponerle un vestido respetable y encaminarla hasta la iglesia había requerido toda la energía que Melissa poseía.

—Creía que habías venido a este lugar alejado de la mano de Dios para descansar, dormir y curarte —se quejó la mujer mayor, y su acento cuidadosamente cultivado se fue desvaneciendo por la ira—. Si hubiera sabido que planeabas levantarte antes de que cantaran los gallos y

obligarme a escuchar sermones, nunca te habría acompañado.

En ese momento, estaban pasando junto a la cabaña de las Philpot y Daisy había bajado la voz a un siseo, ya que a ninguna de las dos le interesaba llamar la atención de Héctor.

—Te pago para que te comportes como una carabina respetable —le recordó Mel después de que se apresuraran y consiguieran salir indemnes de allí—. ¿Por qué otra razón creías que te quería aquí? ¿Para una follada rápida y unos cuantos lametones de esa boca sucia que te gastas?

Daisy murmuró algo en voz baja.

Mel se detuvo y la agarró del brazo.

—¿Qué has dicho?

Daisy se apartó bruscamente.

—He dicho que quizá eso es exactamente lo que necesitas. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste a alguien entre tus piernas, hombre o mujer? Si me lo preguntas, lo que necesitas de verdad es un buen polvo para aclararte las ideas y sacarte de esa melancolía en la que llevas meses sumida.

—Bueno, no te he preguntado.

Daisy se cruzó de brazos.

—Es verdad, no me has preguntado. No le preguntas nada a nadie, porque te crees mucho más inteligente que todos nosotros, ¿no? Pues déjame decirte algo, señoritinga Melissa Griffin, a mí no me engañas. Te sientes abatida y has perdido la esperanza, y por muchas iglesias que visites, o por muchas prendas remilgadas que te pongas, o por mucho que nos mudemos al campo, nada de eso va a permitirte huir de la realidad.

Melissa movió la mandíbula de un lado a otro, tratando de calmarse. Se negaba a discutir con una empleada. Porque eso era Daisy: su empleada. Habían sido amigas e iguales en el pasado, hacía mucho tiempo, pero eso cambió el día que Melissa compró el burdel. Ahora, Melissa empleaba a ochenta y una personas; ochenta y un medios de vida que tenía en sus manos; ochenta y un futuros que dependían de que ella tomara las decisiones correctas.

Y mientras ella se aseguraba de que la gente tuviera comida, dinero y alojamiento, había otras personas (hombres, en su mayoría) a quienes nada les gustaría más que quitarle lo que era suyo. Y había otros hombres (hombres morales) que solo querían cerrar su negocio. Y luego estaban los que tenían autoridad y que querían sacar tajada a cambio de mantener la boca cerrada. Y luego estaban sus propios escrúpulos que la despertaban en mitad de la noche (sí, en su cama *vacía*) por ganar dinero a costa de los demás.

Los viejos argumentos que siempre había usado —que al menos les daba a las prostitutas un lugar más seguro, más saludable y más próspero para hacer el trabajo que hacían— bueno, esos argumentos estaban tan desgastados como una manta andrajosa que ya no ofrecía consuelo.

Pero, al fin y al cabo, todo eso no era más que divagaciones filosóficas que no podía permitirse. Una mujer como ella solo tenía dos opciones: o estar sola en lo más alto o que la usaran y abusaran de ella en lo más bajo. Melissa sabía que siempre elegiría la primera de esas opciones.

Miró a Daisy, que era unos quince centímetros más alta que ella.

—Si no quieres interpretar el papel por el que te pago, dímelo y podrás volver a Londres y yo me buscaré a otra tía. Y no creas que no me he dado cuenta de que también estás instigando a Jenny y Sarah para que se porten mal. —Jenny y Sarah eran dos de las prostitutas más jóvenes que Mel había traído consigo para que actuaran como criadas en esta farsa. Eran buenas chicas, pero era la primera vez que salían de Londres y ambas se dejaban llevar con entusiasmo y facilidad por las travesuras—. Sé que has sido tú la que las ha animado a escabullirse por la noche, Daisy.

Al igual que Daisy, Mel dejaba que su propio acento de San Giles se le escapara cuando se emocionaba o se enfadaba; todos esos años de cuidadosa práctica desaparecieron en un instante.

Mel sacudió la cabeza con disgusto; Dios, castígala con cualquier cosa menos con una puta llorona a primera hora de la mañana.

—Haz lo que quieras, Daisy. Yo voy a la iglesia. —Mel se puso en marcha sin mirar atrás. Solo cuando oyó un ruido de pisadas detrás de ella supo que Daisy la había seguido.

Caminaron sin cesar y en silencio durante un rato. Mel aminoró un poco el paso hasta que volvieron a caminar la una al lado de la otra.

Daisy fue la primera en hablar, tal como habían intuido ambas. No porque Mel fuera su jefe, no; Daisy habló primero porque la capacidad de Mel para guardar rencor era legendaria. No se sentía orgullosa de ello, pero tenía que admitir que, si estaba lo suficientemente enfadada, moriría de sed antes que abrir la boca para pedir un vaso de agua.

—Lamento haber amotinado a las otras chicas.

Mel soltó un gruñido.

—Y lamento haberte incordiado. Haré lo posible por comportarme como... una tía.

—Bien.

Después de eso, Daisy estuvo charlando todo el camino, sabiendo que no debía esperar demasiado de la respuesta. Otra cosa de la que Mel no estaba orgullosa era de cuánto tiempo tardaba en cambiar de humor una vez que se enfadaba. Pero cuando llegaron a la pequeña iglesia (tarde, por lo que parecía), se había calmado lo suficiente como para preguntarle a Daisy por su apariencia.

Daisy le colocó un pelo que se había salido de su sitio, le acomodó un poco el sombrero y le sonrió.

—Estás despampanante.

Mel le sonrió.

—Tú también.

Y entonces Melissa entró a una iglesia por primera vez en su vida.

Diez minutos le parecieron diez horas. El banco era duro e implacable, el reverendo Heeley hablaba sin cesar y su voz resultaba monótona, su sermón era hartamente aburrido y los demás feligreses, para desgracia de Melissa, estaban demasiado interesados en ella. De hecho, lo único bueno de toda la experiencia fue que el señor Stanwyck estaba sentado justo en frente, como un adorno preciado en la repisa de la chimenea. Su cerebro no había exagerado su aspecto atractivo y angelical; se merecía estar sentado en el centro, a la vista de todos.

Mel se entretenía preguntándose qué estaría pensando. Sus atractivos rasgos mostraban una expresión de atención reflexiva, como si cada palabra que salía de los labios del vicario (y eran muchas) fuera de suma importancia.

Pero sus ojos lo traicionaron. Se fijaban en Mel una y otra vez.

Al principio, fingió que no sentía el peso de su mirada, pero, una vez, sus miradas se cruzaron y se mantuvieron ahí un buen rato. Al final, Daisy tuvo que darle un codazo en las costillas.

—Eh —susurró—. Has dejado de respirar.

Cierto. Pero él también. Se lo había notado en el rostro. También lo había oído tomar aire desde la parte de atrás de la iglesia.

Evitó volver a mirarla a los ojos y el resto de la misa fue muy aburrida.

Cuando parecía que todo iba a terminar, Daisy susurró:

—¿Vas a fornicarte al guapo o prefieres irte ya?

Mel quería verlo, hablar con él, pero sabía cómo se pondrían las cosas una vez que las puertas se abrieran: una nube de hembras tan densa como moscas de verano se abalanzaría sobre él.

Así que se marcharon temprano, provocando varias miradas escandalizadas de los que estaban a su alrededor. Qué lástima.

—En cuanto lleguemos a casa voy a meterme de nuevo en la cama —dijo Daisy con un enorme bostezo mientras salían por la puerta trasera.

Mel estaba demasiado nerviosa para descansar, y, si volvía a casa, solo sería capaz de pensar en lo que estaba pasando en Londres, lo que Hugo y Laura estaban haciendo y un centenar de cosas más que se había prometido dejar atrás.

Se recordó a sí misma que había hecho el esfuerzo de ir hasta allí por su salud; más le valía intentarlo.

¿Qué le había dicho Joss cuando se despidió de ella ese último día?

«Sal a dar largos paseos, Mel. Aunque creas que no quieres hacerlo, te alegrarás de haberlo hecho».

Así que Mel dijo:

—Voy a dar un paseo.

Daisy se quedó mirándola fijamente.

—Caminar hasta la casa ya es un paseo.

Mel la ignoró y se dirigió hacia el pueblo. Si no recordaba mal, había otros caminos; tal vez uno de ellos conducía al agua. Nueva Bickford no estaba directamente sobre el agua, pero sabía que no estaba demasiado lejos. Había estado allí casi una semana y todavía no había metido los pies en el océano, otra cosa que Joss había sugerido. Mel debería haberle preguntado a alguien cuál era la mejor manera de llegar al agua (algunos de los acantilados de los alrededores eran demasiado escarpados para ir por ellos), pero uno tenía que llegar al agua si seguía caminando, ¿no?

Siguió el camino y tomó el primer giro a la izquierda que se encontró. Casi de inmediato se dio de bruces con una arboleda sorprendentemente densa. Mel dudó y se preguntó si se habría metido en el sendero de la propiedad de alguien.

Bueno, si querían que se fuera de allí, solo tenían que decírselo.

La zona boscosa terminó abruptamente y salió de entre los árboles hacia un pequeño claro. No muy lejos, el sendero pasaba junto a una cabaña. Mel se detuvo y miró a su alrededor. No había más construcciones, ningún jardín digno de mención, nada, solo una pequeña casa que parecía haber surgido de la tierra misma. Sin embargo, parecía bien cuidada, así que alguien debía vivir allí.

Mel estaba a punto de reanudar su marcha cuando la puerta principal se abrió de golpe y un torbellino con faldas salió volando.

—¡Vieja bruja malvada! —gritó el torbellino hacia la casa, que parecía oscura más allá de la puerta.

Se oyó una risa débil desde el interior de la casa. La chica dio un portazo, pero la puerta volvió a abrirse del impulso y golpeó la pared en lugar de cerrarse. Se dio la vuelta y pegó un grito al ver a Melissa.

Mel levantó las manos en un gesto que pretendía ser tranquilizador, pero la mujer se apartó.

—¿Has venido a ver a *esa*? —preguntó. Pero luego se dio la vuelta y escupió al suelo, sin esperar una respuesta—. Si sabes lo que te conviene, vete antes de poner un pie en sus redes. —Y dicho esto, pasó por su lado, furiosa, tan cerca que sus faldas rozaron las de Mel.

El pequeño claro volvió a quedarse en silencio; el único sonido era el de la puerta golpeando suavemente contra la pared.

¿A qué venía todo eso?

Mel entrecerró los ojos al entrar en la casa; no podía ver nada.

Tap, tap, tap.

Mel gritó y se dio la vuelta. ¿Qué diablos...?

Tap, tap, tap.

El ruido provenía de arriba y, al mirar en esa dirección, se encontró con una anciana que la observaba desde una ventana cerrada. Señaló a Mel y le hizo un gesto para que entrara.

Mel se quedó mirando y la mujer volvió a hacerle señas.

Bajó la mirada hacia la puerta por la que acababa de salir furiosa la mujer enloquecida y todas las piezas empezaron a encajar en su cabeza. La mujer del piso de arriba estaba obviamente postrada en cama y la chica que se había marchado furiosa era su cuidadora. Se mordió el labio, preguntándose qué clase de mujer podía hacer enfadar tanto a otra mujer.

Tap, tap, tap.

Bueno, parecía que estaba a punto de descubrirlo.

Suspiró, se recogió las faldas y subió los escalones.

Capítulo cuatro

Magnus se dijo a sí mismo que se alegraba de que la señorita Griffin y su tía se fueran antes de que terminara la misa. Ya había pasado demasiado tiempo pensando en ella. Por no hablar del ridículo que había hecho mirándola.

Estaba ayudando al Sr. Heeley a recoger los libros de oraciones cuando Dori Booker irrumpió en la iglesia.

Vio a Magnus y lo señaló con el dedo índice.

—¡Por fin lo encuentro!

Magnus sabía lo que iba a decir antes de que lo dijera.

Abrió la boca para suplicarle que lo reconsiderara, pero ella negó con la cabeza.

—No malgaste su aliento, señor Stanwyck. ¡No quiero su dinero! No pasaría ni un segundo más en ese... ese... nido de arpías acatando sus órdenes, soportándola... —Lo que fuera que hubiera estado alimentando su ira se apagó de repente y estalló en lágrimas, lanzándose a sus brazos.

Magnus le dio unas palmaditas suaves en la espalda.

—Calma, calma, Dori. —Se encontró con la mirada atónita del vicario por encima del hombro mientras intentaba consolar a la mujer—. Lamento que haya sido poco ama...

—¿Poco amable? —gimió a escasos centímetros de su oído—. ¡Es una b-b-bestia! —Comenzó a sollozar de nuevo.

Una vez que Magnus la hubo calmado, asegurado que no la odiaba por renunciar, despedido con algunas monedas por el tiempo que había pasado cuidando a la señora Tisdale y luego explicado la situación al vicario, estaba a punto de estallar en lágrimas.

—Siéntate conmigo un momento, Magnus. —El señor Heeley se dirigió al último banco.

El mismo lugar en el que se había sentado la señorita Griffin, pensó Magnus. Apretó los dientes ante la fatua observación mental.

—Magnus.

Miró al vicario.

—¿Sí, señor?

—Sabes que estoy sumamente complacido por la forma en que has atendido a nuestros feligreses.

Magnus ya intuía el «pero» que se avecinaba.

—Pero a veces ser uno de los pastores del Señor significa saber cuándo una oveja puede necesitar un rebaño más... eh... —hizo una pausa y se rascó la barbilla—. O tal vez debería decir un... eh... rebaño *diferente*. ¿O tal vez un pastor diferente? —El señor Heeley se rascó la cabeza.

Magnus reprimió una sonrisa ante la dificultad del padre con las metáforas, una de las razones por las que disfrutaba tanto trabajando con el señor Heeley. De hecho, no pasaba un día sin que al vicario no se le ocurriera algo que valiera la pena escribir.

—Es decir —continuó el vicario, apenado por su propia falta de expresión—, creo que quizá sea momento de asignarle otro pastor a la señora Tisdale, uno que no pertenezca a este rebaño en particular, no sé si me sigues.

—Sí que le sigo, señor Heeley, pero, por desgracia, no conozco a ningún otro... —hizo una mueca— pastor. Parece que está sola en el mundo, sin familia ni amigos. —Sin nadie más que Magnus.

El vicario asintió pensativo, pero no dijo nada más.

Magnus se levantó.

—Tengo que ir a comprobar que todo está bien, señor. Le daré una buena reprimenda y le haré entender que este tipo de comportamiento no puede repetirse.

—Ehm, de acuerdo, señor Stanwyck. Muy bien. Tome las riendas. —Le hizo un gesto vago a Magnus con la mano y se dirigió hacia la vicaría, dejando claramente de lado el asunto de las ovejas y los pastores.

Magnus se quitó la sobrepelliz, tomó su abrigo y su sombrero y aceleró el paso, como si sus pies quisieran igualar la velocidad de sus pensamientos. No tenía ni idea de por qué le caía bien la anciana. Era horrible con todo el mundo y se había ganado su aislamiento. Incluso era horrible con Magnus cuando le apetecía. Necesitaba encontrarle una cuidadora con una voluntad férrea, tan testaruda e impenetrable como ella. ¿Dónde diablos iba a encontrar a alguien así?

La cuchara golpeó el borde del cuenco, rebotó y esparció las gachas pegajosas por toda la bandeja.

—Odio las gachas.

Mel se rio del veneno que tenía las palabras de la anciana. Dios mío, si desperdiciaba tanto odio en un tazón de avena inofensiva, ¿qué haría contra sus enemigos? Porque Mel no albergaba ninguna duda de que la anciana que ahora se encontraba postrada en una cama debía haberse granjeado un gran número de enemigos a lo largo de su longeva vida.

En cierto modo, Mel se sentía como si se estuviera viendo a sí misma dentro de cincuenta años. O sesenta.

—¿Cómo te atreves a reírte de mí, niña?

—¿Es que reírse ahora es un delito y no se me había informado de ello?

La anciana frunció los labios como si los hubiera tensado con una cuerda.

—Si no le gustan las gachas, ¿qué es lo que le gusta? —preguntó Mel.

Pero se limitó a entrecerrar los ojos y apretar aún más los labios, por imposible que pudiera parecer.

Mel se encogió de hombros.

—Como desee. No soy yo la que se está comiendo algo que desprecia. —Se dio la vuelta para irse.

—Pues déjame en paz.

—Que tenga una buena tarde —dijo Mel por encima del hombro.

—¡Espera!

Se detuvo antes de pisar el primer escalón.

—¿Sí?

Pero no recibió nada más que silencio como respuesta. Estaba a punto de seguir andando cuando, por la puerta abierta, se escuchó:

—Vuelve.

Mel sabía que era más probable que los cerdos volaran que la anciana añadiera un «por favor» a su comanda, así que se dio la vuelta y regresó a la habitación.

—¿Sí?

La anciana tenía cara de haber mordido un limón.

—Suéltelo o me voy.

Su arrugado rostro pareció desmoronarse.

—Eres muy... cruel.

Mel se cruzó de brazos.

—Está bien, está bien —dijo la mujer, y la expresión le cambió tan rápidamente de la lástima al odio que Mel se dio cuenta de su increíble actuación. ¿Tal vez debería haber contratado a esa anciana para que fuera su tía?

—Me gustan los huevos cocidos a fuego lento, no muy hechos, y con un toque de crema. Quizá también una tostada. —Miró con asco el cuenco de avena—. No esta mierda que has hecho porque eres una puta vaga.

—¡Oiga, se acabó!

La cabeza de la anciana se irguió tan rápido que Mel oyó cómo se le crujían los huesos del cuello. Reprimió cualquier remordimiento que pudiera haber sentido por haberla asustado y estableció contacto visual con la vieja y agresiva arpía.

—Si vuelve a hablar así de una mujer en mi presencia, me iré. Y esta vez no volveré. ¿Me ha entendido?

La anciana se quedó boquiabierta, pero asintió.

—Bien. Ahora quédese quietecita y veamos qué tiene en la despensa.

Mel encontró un delantal detrás de la puerta de la cocina y se quitó el juboncito. Luego, encontró el cubo del carbón (medio lleno) y le echó más combustible a los pequeños fogones.

Acababa de encontrar un huevo y una pequeña botella de leche cuando una voz familiar la sobresaltó.

—¡Señora Tisdale! —Se oyó el ruido de una puerta al cerrarse de golpe y luego el sonido de unas botas sobre el suelo de madera—. Estoy muy enfadado con usted, señora Tisdale. —Se oyeron pasos subiendo las escaleras—. Ha vuelto a portarse mal y ha hecho llorar a la pobre Dori Booker. No sé si... —Su voz seguía murmurando, pero Mel ya no podía oír las palabras exactas. Sonrió para sí misma y abrió un paquete de papel marrón que contenía una hogaza de pan fresco: la señora Tisdale tenía suerte de que su anterior y furiosa cuidadora no se hubiera llevado el pan con ella.

Se puso a preparar la comida mientras escuchaba el murmullo de voces que provenía del piso de arriba. Unos cinco minutos después de su llegada, todo quedó en silencio y, de repente, unas botas bajaron las escaleras con estruendo y la puerta de la cocina se abrió de golpe.

Mel no se molestó en darse la vuelta.

—¿Señorita Griffin?

—Espero que no esté buscando que le den de comer porque solo tengo un huevo. —Mel deslizó la cacerola llena de agua y el pequeño ramequín dentro del horno y se giró para mirarlo—. ¿Qué hora es?

El hermoso señor Stanwyck frunció el ceño.

—¿Me pregunta por la hora?

—Sí. ¿Qué hora es?

Sacó su reloj.

—La una y diez. ¿Por qué?

—Gracias.

Se quedó mirándola.

—Se estará preguntando qué estoy haciendo aquí —empezó a decir ella al ver que él se había quedado en silencio.

—No. Ya veo que está preparando un huevo. —Miró la cocina y arqueó las cejas con evidente interés—. ¿Un huevo cocido?

Mel sonrió ante su tono esperanzado.

—Así es.

—Me encantan los huevos cocidos. —Ella se rio de su tono zalamero y él sonrió—. No se preocupe, me ha quedado claro: solo tiene un huevo. —Señaló la mesa pequeña con dos sillas—. Por favor, señorita Griffin, ¿no quiere sentarse un momento?

Melissa tomó asiento.

—Tengo entendido que se encontró con la pobre señorita Booker al salir.

—¿Es ella su cuidadora?

—Era, más bien.

—Quizás podamos convencerla de que regrese.

Soltó una risa áspera y se pasó la mano por el pelo; la piel bronceada de sus dedos contrastaba marcadamente con sus mechones de color platino; parecía un ángel frustrado.

—No, me temo que no será posible. La señorita Booker se mostró muy tajante al respecto.

Mel le dio un momento para que se recompusiese. Ella sabía mejor que nadie lo que era que tus empleados se marcharan sin previo aviso.

Alzó la mirada.

— Lamento que se haya visto obligada a hacer esto.

—No es su culpa. Además, no me importa cocinar un poco.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué estaba haciendo cuando vio a la señorita Booker marcharse?

—Buscaba el océano.

—¿Por este camino?

Mel sonrió ante su asombro.

—Supongo que me he equivocado de dirección, ¿verdad?

—A menos que sea un pájaro.

—Pero las olas se escuchan desde aquí.

—Eso es porque chocan contra las rocas que hay cien pies más abajo.

Mel se levantó, recogió el paño grueso y abrió la puertecita del horno. Se giró para mirarlo y lo sorprendió mirándola fijamente. Así que, después de todo, no era inmune a su cuerpo. Se aclaró la garganta y disfrutó del rubor que se había apoderado de esos adorables pómulos que tenía.

—Eh, ¿qué decía? —Su expresión era tan inocente como la de un bebé recién nacido.

—¿La hora?

Buscó a tientas su reloj.

—Han pasado solo unos minutos.

Mel sacudió la pesada sartén y asintió para sí misma cuando la mezcla de huevo y leche brilló.

Él se inclinó sobre su hombro para mirar más de cerca.

—A mí me gustan un poco más duros.

Mel se dio la vuelta para ocultar su sonrisa.

—A mí también también, señor Stanwkye. Pero la señora Tisdale me ha dado órdenes específicas, a fuego lento y no muy hechos.

Colocó la pequeña olla de cerámica en una bandeja y puso a tostar dos rebanadas de pan en la rejilla.

Él se apoyó en el borde de la mesa y cruzó los brazos.

—Se mueve con una eficiencia que demuestra que ya ha hecho esto antes.

—Estoy bastante acostumbrada a la cocina. —Se dio cuenta, demasiado tarde, de que un miembro de la nobleza (o al menos alguien que pudiera permitirse alquilar una casa como Halliburton Manor) probablemente tendría sirvientes para esas cosas. Se giró y se encontró con

una mirada inquisitiva que decía que justamente estaba pensando eso—. Después de que una de nuestras cocineras se fuera, mi madre creyó que era imperativo que aprendiera a cocinar. —Eso era cierto, en parte, aunque no había sido una cocinera en la casa de su madre, sino en su negocio. Y la persona que había decidido que no quería estar a merced de nadie más había sido la propia Mel.

Tomó un cuchillo y sacó un pequeño trozo de mantequilla que había encontrado en agua fría en la despensa. Con él, untó generosamente ambas tostadas.

Cuando fue a por la bandeja, se percató de que el sacerdote se le había adelantado.

—Por favor, permítame, señorita Griffin.

Melissa se giró y comenzó a colocar los utensilios sucios en el fregadero.

—¿No sube conmigo?

—¿Cree que ella quiere que suba? —preguntó Mel, limpiándose las manos en el delantal.

Él sonrió.

—Lo más seguro es que no. Es la anciana más celosa que he conocido. Pero le he dicho que tiene que aprender a controlarse o tendré que buscarle un nuevo pastor.

Mel frunció el ceño.

—¿Un pastor?

Pero él solo contestó:

—Venga conmigo. Tal vez pueda ayudarme a meterla en vereda.

Mel resopló, pero se llevó la mano a la cintura para desatar los cordones del delantal. Lo colgó sobre la puerta, se giró y lo encontró, una vez más, observándola atentamente con esos cálidos ojos azules.

—¿Por qué me da la sensación de que no le hará particularmente gracia que la ayude con esa tarea? —preguntó Mel.

Magnus siguió a la señorita Griffin por las escaleras con la bandeja vacía. Sintió algo parecido a la decepción cuando presenció el encuentro entre las dos mujeres más cercas que había conocido. La señora Tisdale se había quedado dormida casi inmediatamente después de consumir el contenido de su bandeja. Al parecer, aterrorizar y ahuyentar a su criada la había agotado.

En la cocina, la señorita Griffin comenzó a limpiar la vajilla sucia con la misma eficiencia con la que parecía hacerlo todo.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó.

Le dirigió esa mirada que él ya estaba expectante por ver: una mirada que resumaba calor y electricidad, como el aire que precede a una tormenta. Siempre había más de lo que dejaba ver en su mirada: burla, desafío.

—Podría traerme un poco de agua para poner en el fuego.

Y Magnus obedeció.

—¿Algo más? —preguntó tras poner la olla grande en el fuego.

—Tome asiento y entreténgame mientras pongo un poco de orden.

Le hacía ridículamente feliz que quisiera su compañía.

Acercó una de las sillas de madera y se sentó.

—¿Qué tipo de entretenimiento desea?

Ella le sonrió.

—¿Es este tu primer destino como sacerdote?

—Sí.

—¿Elegió Nueva Bickford o se te asignó este puesto?

Se rio.

—No son tan estrictos, pero uno debe tener contactos para saber de muchos de los puestos.

—¿Y qué contactos le han permitido a usted obtener tan privilegiado puesto?

Se encogió de hombros, incómodo por tener que hablar de su familia. Si nadie se lo había dicho aún, preferiría no tener que hacerlo él.

—En el seminario se pueden hacer muchos amigos y contactos, por supuesto. La gente habla y se corre la voz cuando surge una oportunidad.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Tanto como el vicario me permita.

—¿No arde en ganas de tener su propia congregación?

Magnus se reclinó en su silla, estiró las piernas y cruzó los brazos, sonriéndole.

—Nadie me ha hecho nunca tales preguntas.

Hizo una pausa mientras limpiaba un salero lleno de polvo, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Lo siento, no era mi intención entrometerme...

—No, no, no se entromete. Solo quería decir que la gente no parece pensar en esas cosas. Mi familia trata mi vocación como un pasatiempo o un fenómeno extraño del que acabaré olvidándome. Y los feligreses de Nueva Bickford asumen que estaré aquí para siempre (a la gente no le gustan los cambios, ya sabe) y que, con el tiempo, me casaré con alguien de la comunidad y me estableceré. —Magnus se encogió de hombros—. Pero ¿y qué hay de usted, señorita Griffin? Espero que no piense que me estoy propasando, pero, aunque lleva poco tiempo por aquí, ya parece tener mejor aspecto.

—Se lo agradezco. Me encuentro mejor.

—¿Echa de menos Londres?

Una extraña expresión se le dibujó en el rostro.

—No mucho. Al menos no todavía. Me queda mucho que descubrir por aquí.

Para entonces el agua ya estaba lo suficientemente caliente, de modo que Magnus se levantó y la vertió en el fregadero.

Tomó un paño limpio que ella había sacado de un armarito.

—¿La ayudo a secar?

Eso la hizo reír, lo que resaltó diez veces más su belleza, algo que Magnus no habría creído posible.

—Es usted un modelo a seguir entre los hombres, señor Stanwyck.

—No —dijo él, secando la taza de té que ella le había tendido—. Solo estoy soltero. Los hombres sabemos hervir agua, preparar té, fundir queso...

—¡Anda, queso fundido! Entonces es usted todo un cocinillas.

—La gente solía alabar mi queso fundido —dijo sonriendo, y tomó el plato que ella le estaba alcanzando—. ¿Cuenta si toda esa gente eran jóvenes hambrientos?

—Oh, señor Stanwyck. ¿Está a punto de embarcarse en una triste historia sobre su infancia? Porque es demasiado alegre, agradable y feliz como para hacerme creer que alguna vez estuvo rodeado de gente hambrienta de cualquier tipo.

Le dirigió una mirada ofendida, un poco fingida.

—¿Por qué habla de mí como de un gatito o de una mariposa, señorita Griffin? ¿Está tratando de decir que parezco superficial?

Su expresión se tornó, de pronto, seria.

—Lo que intento decir es que tiene usted un carácter poco común, señor Stanwyck, ya que trae

consigo alegría y deja felicidad a su paso.

Esas palabras dejaron a Magnus tan aturdido que se le resbaló el plato de las manos. Ambos intentaron atraparlo a tientas, pero fue la señorita Griffin quien lo interceptó justo antes de que cayera al suelo. Luego, se lo volvió a entregar sin mediar palabra.

—Gracias por salvar el plato y, probablemente, nuestras vidas en el proceso —bromeó, todavía pensando en cómo lo había descrito.

—¿La señora Tisdale no tiene familia? —Magnus se debatía entre el alivio y la decepción de que ella cambiara de tema y hablara de algo más prudente.

—Ninguna de la que haya hablado.

—Esta casa es bonita y tiene muebles de buena calidad. Dudo que sea pobre.

—No lo es —convino Magnus—. Parece que tiene suficiente dinero para vivir de manera holgada.

La señorita Griffin se llevó el paño y Magnus observó que no quedaban platos, así que recogió el agua de haber fregado y la vació afuera. Cuando regresó, ella se estaba quitando el delantal.

Hasta que no se hubo puesto el juboncito y el sombrero, él no habló.

—Gracias.

Ella se volvió hacia él y se ató la cinta de color prímula debajo de la oreja derecha.

—¿Quién cuidará de ella ahora? —preguntó, ignorando su agradecimiento.

—No lo sé. Tendré que ir a preguntarle a la criada de la señora Heeley si puede volver y atenderla mientras encuentro a alguien. Es la única mujer a la que la señora Tisdale no ha hecho llorar. —Le dedicó una rápida sonrisa—. Bueno, y a usted, por supuesto.

Sus fascinantes labios (unos labios que, según observó, solía mantener apretados) se curvaron en una sonrisa que recibió como un puñetazo en el estómago. Señor. Necesitaba controlar sus emociones.

—Volveré más tarde y traeré a una de mis doncellas conmigo. Sarah puede pasar la noche en la habitación de invitados.

Magnus la miró fijamente, absorto.

—Vaya... es *muy* generoso de su parte, señorita Griffin.

—La forma en que me está mirando no es precisamente halagadora, señor Stanwyck.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo es posible?

Su sonrisa se transformó en una amplia sonrisa.

—No pensé que un cura pudiera tomar el nombre del señor en vano. —Se río de la expresión de su rostro—. Lo que quería decir es que me ha mirado como si no esperara de mí tanta amabilidad.

Se sonrojó de inmediato. ¿Estaba en lo cierto? ¿Era eso lo que había significado su sorpresa? Pero no. Sacudió lentamente la cabeza. No había pensado eso. ¿Por qué se había sorprendido tanto entonces?

—Espero que no sea cierto —dijo cuando vio que ella esperaba una respuesta—. Si me sobresalté fue solo porque me alegré de que fueras tan generosa con una desconocida. —Desvió la mirada de esos ojos que parecían leerle el pensamiento. Magnus sabía que eso era imposible, pero la mayoría de veces percibía algo de sabiduría en su mirada. Si tuviera que describirla a la fuerza, lo primero que diría es que tenía unos ojos que aparentaban estar cansados del mundo, como si la vida ya no tuviera secretos que ofrecerles, aunque debía tener una edad cercana a la de Magnus.

Y luego estaba el resto de su persona.

La suya era una belleza tan intensa que a él le resultaba difícil mantenerle la mirada. Eso,

sumado a su arrojo, la convertía en una mujer formidable. Sí, por eso le sorprendió que quisiera tener trato con la señora Tisdale; no porque fuera poco amable, sino porque la habitación de la enferma no era un entorno con el que esperaba que tuviera paciencia.

Ella extendió la mano y se la puso sobre el antebrazo. Incluso con los guantes puestos y a través de la tela del abrigo y la camisa, podía sentir su calor. O al menos eso creía.

Entonces, le dio un fuerte apretón.

—Le estoy tomando el pelo, señor Stanwyck.

Estaba haciendo algo más que eso, pero su expresión calmada y divertida le decía que el hecho de tocarlo no provocaba nada en ella, al menos no lo mismo que provocaba en él.

Se esforzó por poner una expresión menos fatua.

—Gracias, señorita Griffin. No sabe cuánto significa su ayuda... hasta que encuentre a alguien.

Estoy seguro de que la señora Tisdale estará agradecida cuando se lo diga.

La señorita Griffin tomó su bolso y soltó un resoplido poco femenino; el sonido rompió la extraña tensión que se había acumulado en la habitación.

—Apuesto que se pondrá furiosa. —Le lanzó una mirada a Magnus por debajo de esas pestañas que le daban un aspecto tan sensual—. Sabe que le gustaría tenerlo solo para ella, ¿verdad, señor Stanwyck? —Los labios le temblaron levemente; esos párpados pesados sobre unos ojos verdes que de repente se volvieron más oscuros—. Le adora, igual que todas y cada una de las hembras de su rebaño desde los nueve hasta los noventa años.

Creyó que no podía sonrojarse más.

Ella se dio la vuelta y estaba a medio camino hacia la puerta principal cuando Magnus se armó de valor para preguntar:

—¿Y qué hay de usted, señorita Griffin? ¿Se considera parte de mi rebaño también?

La risa grave y seductora que había dejado escapar seguía resonando en la casa vacía mucho tiempo después de su marcha.

Capítulo cinco

Mi queridísimo Joss:

Te agradezco enormemente tu carta de cotilleo. Y sí, es sarcasmo, por si no se nota.

Primero, hablemos de negocios: dile a Laura que no me satisface su propuesta de comprar la propiedad contigua al señor Taylor y le pido que lo rechace si llega a aceptar su oferta. Ya me encargaré de ello cuando regrese.

Creo que ya sabes lo que tengo que decir sobre Hugo y sus recientes excentricidades. Siempre ha requerido mano dura. Imagino que responde de forma diferente a la autoridad masculina, pero tienes mi permiso para utilizar cualquier medio necesario (salvo estrangularlo) para obligarlo a obedecer tus órdenes. Te pediría que no lo despidieses, por mucho que quieras hacerlo. Es un gran valor para el negocio y siento cierta debilidad por él (no me preguntes por qué).

Me entristeció mucho saber de la muerte de tu padre. Sin embargo, entiendo que tu hermana ha trabajado hasta la extenuación y concuerdo con los efectos beneficiosos del aire del campo. Es una pena que yo sea una prostituta; la invitaría a venir aquí conmigo si no fuera a destruir su reputación.

Estoy de acuerdo en que deberías acompañarla y pasar juntos todo el tiempo que necesitéis. Laura y Hugo pueden arreglárselas al menos durante esos días y sé que a Belle le haría un gran bien tenerte con ella.

Ojalá estuvieras aquí conmigo, mi querido amigo. En cambio, debo conformarme con Daisy, que se queja sin parar de la falta de entretenimiento y de madrugar, y hace que Jenny, Sarah, Ben, Thomas e incluso la señora Bunch olviden sus modales. Si pudiera vivir sin su comida, enviaría a la señora Bunch de vuelta a Londres junto con el resto de la casa y contrataría a nuevos sirvientes de entre la gente del pueblo.

Ah, la gente del pueblo. Ese es otro tema que da que pensar. No sé qué opinarán de nuestra extraña familia. He visto confusión en más de un rostro cuando han tenido que intercambiar con Daisy, Sarah o Jenny más de una breve interacción. Sé que sospechan de todas nosotras en general, aunque no lo expresan, así que he decidido que me corresponde a mí hacer lo que pueda para convencer a los buenos habitantes del pueblo de que en realidad somos lo que decimos ser: mujeres honestas, morales y temerosas de Dios.

Me pasó algo de lo más divertido después de la misa del domingo pasado. Puedo oír tu risa desde aquí, mi querido Joss. Sí, entré en una iglesia y la mano de Dios no descendió para aniquilarme.

Después de la misa, dejé que Daisy se fuera a casa a dormir y seguí tu consejo: salí a caminar un rato sin rumbo fijo. Tenía la esperanza de ver el océano y acatar otra de tus órdenes (meter los pies en el agua) cuando me encontré con uno de los dramas domésticos que deben desarrollarse en miles de hogares todos los días sin que nadie se dé cuenta. Pero esta vez, mi querido amigo, no solo fui testigo de él, ¡sino que también intervine!

La alborotadora en cuestión era una señora de noventa y un años que acababa de despertar el lado homicida de su cuidadora.

Una servidora acudió al rescate y le ofreció ayuda en forma de huevos poco hechos y tostadas. El cura local (sí, hay uno aquí, junto con un vicario) parece haber convertido a la anciana en su proyecto personal y llegó al lugar justo a tiempo para verme con las manos en la masa.

Bromas aparte, el cura parece haber surgido plenamente formado de la imaginación de algún

escritor que se destaca por ensalzar los beneficios de una vida virtuosa y desinteresada. No solo es amable, atento e inteligente, sino que también ha sido bendecido con suficiente belleza física como para tener a la población femenina del lugar sumida en un verdadero frenesí.

A mí también deben haberme cegado sus encantos porque, de alguna manera, me convenció de que lo ayudara con su alborotada tarea hasta que pudiera contratar a otra cuidadora bien dotada para ella.

Melissa sonrió al mirar la página mientras la lijaba y luego le daba la vuelta. Podía ver el rostro de Joss leyendo la carta. Aunque era tan robusto como un armario, tan duro como una bota vieja y tenía un rostro tan maltratado que habría pasado perfectamente por un estibador londinense, poseía el alma de un romántico, bella y amante de la poesía. Esa característica lo había llevado a su actual estado de desdicha amorosa. Sin duda estaría leyendo todo tipo de situaciones románticas entre las líneas de su carta.

Mel mojó la pluma y continuó:

Si te preocupa que pueda poner en peligro mi prístina reputación en el pueblo de Nueva Bickford retozando sin supervisión con el exquisito señor Stanwyck (nuestro cura), consuélate sabiendo que le he pagado a la joven Sarah el doble de su salario para que se quede con nuestra querida anciana hasta que pueda encontrar una nueva ofrenda de sacrificio.

Ahora viene la parte divertida. (Probablemente estés pensando que esto ya era suficientemente divertido, ¿no? Serás gamberro).

La señora Tisdale fue una vez una mujer de mala vida. ¿O es todavía una mujer de mala vida? ¿Una vez te prostituyes, eres una prostituta para siempre? He aquí una cuestión filosófica sobre la que debes reflexionar, querido Joss. Si una prostituta ya no se prostituye, ¿sigue siendo una prostituta? No, no fue ella la que me confesó este hecho tan impactante, fui yo misma mientras husmeaba entre sus pertenencias.

Ahora estarás estupefacto.

Sé que estuvo muy mal de mi parte, pero sentí que merecía alguna compensación (además de la gratitud del inestimable señor Stanwyck) por sacrificarme en la pira de la señora Tisdale... Bueno, parece que perdí la noción de adónde quería llegar con eso. Baste decir que tenía ganas de fisgonear y lo hice. Sí, me aproveché de una anciana mientras dormía. Otra mancha negra en mi alma.

Era un miembro estimado de la sociedad durante el reinado del último monarca. Has leído bien: Jorge II, sí, II. Leer sus diarios y cartas era como viajar a través de una novela histórica. Te habría encantado, querido Joss. Parece que la señora Tisdale alguna vez fue amiga íntima de las hermanas Gunning, especialmente de la desafortunada María, de quien se cree que se suicidó con polvos faciales letales o algo por el estilo.

La señora Tisdale (llamémosla Eunice para abreviar) conoció a las hermanas al comienzo de sus carreras, por así decirlo. En un principio se llamaba Eunice Sheridan, hija del mismo director de teatro que les proporcionó a las Gunning el vestuario (eran demasiado pobres para tener vestidos lo suficientemente finos) para hacer su presentación ante el conde de Harrington.

¿No te parece fascinante?

Según el diario de Eunice, María llevaba el traje de Lady Macbeth y su hermana, Elizabeth, el de Julieta. Haz lo que quieras con esa información, no tengo nada ingenioso que añadir.

Por cierto, siento que debería cobrarte por esta carta, al menos el precio que pagarías por una de tus muchas suscripciones a bibliotecas.

Pero te daré este primer fascículo sin costo alguno.

Por desgracia, parece que he llegado al final de la página, mi querido y encantador Joss, y creo

que te he proporcionado suficiente entretenimiento por un día. Debes estar sorprendido de que no haya tenido tiempo de escribirte una descripción detallada de las bellezas rurales que han mitigado mi hastiada sensibilidad urbana. Me temo que tendrás que esperar tanto para esa alegría como para las nuevas aventuras de Eunice en Londres hasta la próxima.

*Con cariño desde la felicidad del hogar,
Mel*

Cerró la carta con uno de los sellos rosas que la anterior residente de Halliburton Manor había dejado en su escritorio y la guardó en su bolso. Si caminaba lo suficientemente rápido, podría asegurarse de que la carta saliera en el carruaje de correspondencia de esa noche. Después de entregar la carta, pasaría a visitar a la señora Tisdale y vería cómo le iba a Sarah con su malhumorada pupila.

Magnus estaba holgazaneando (no había otra palabra para describirlo) en la cocina de la señora Tisdale.

Debería haber estado de camino a casa de sir Thomas, donde tenía una cita para discutir la tutoría del hijo mayor del escudero antes de que se fuera a la escuela en unos meses.

En cambio, había ido a ver a la señora Tisdale y se enteró de que estaba comiendo mientras la sirvienta que le habían buscado por ahora (Sarah, la doncella de la señorita Griffin) limpiaba la cocina y horneaba el pan. Todo estaba bajo control. Magnus debería irse y hacer las otras cien tareas de esa lista que no dejaba de aumentar.

—¿Le preparo algo de comer, señor Stanwyck?

Magnus miró hacia abajo, a esos cálidos ojos marrones, y sonrió.

—Se lo agradezco, Sarah, pero ya he comido.

Los labios de la muchacha se transformaron en una sonrisa cómplice y pícara que provocó que le ardieran el cuello y la cara.

Al igual que la criada de Halliburton Manor, Jenny, Sarah hizo que Magnus se sintiera extrañamente consciente de sí mismo, de su cuerpo, del hecho de que era un hombre. Con necesidades de hombre.

Apretó los dientes ante dichos pensamientos absurdos que parecían asaltarlo con más frecuencia últimamente.

—Voy a pasar a ver a la señora Tisdale —dijo, desconcertado por el efecto que ella tenía sobre él.

—Oh, claro, seguro que lo aprecia, reverendo. Aún le gustan los jovencitos, incluso a su edad.

Magnus se quedó boquiabierto ante tal declaración, pero Sarah simplemente se rio y siguió limpiando.

—¿Dónde está la chica? —preguntó la anciana en el momento en que Magnus entró en su habitación.

—Supongo que se refiere a la señorita Griffin. —Tomó la silla que estaba apoyada en la pared y la acercó a la cama.

—¿Así es como la llama? —soltó tras un resoplido.

—Así se llama, señora Tisdale.

Volvió a resoplar, como para mostrar su escepticismo, pero Magnus decidió ignorar el gesto. Estuvo tentado de preguntarle exactamente quién creía que era en realidad la señorita Griffin, pero no quería alentar críticas por su parte.

—El doctor Bryant ha dicho que la pierna se está curando adecuadamente y que pronto podrá volver a levantarse y caminar.

—El doctor es un idiota. Me moriré en esta cama.

Magnus suspiró irritado.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ya estoy vieja. Voy a cumplir noventa y dos años. Y la gente que tiene casi noventa y dos años solo puede estar segura de una cosa: morirá más pronto que tarde.

La frustración (y algo más) le quemaba el pecho. Antes de que pudiera decidir qué era, la anciana se rió de él.

—Nunca llegarás a ser vicario si te niegas a aceptar la muerte, Magnus.

—Puedo aceptar la muerte, señora, pero no cuando una persona la desea. Dejando la pierna a un lado, goza de más salud que un toro. —Carraspeó ante la comparación y Magnus sonrió—. Perdona la expresión.

—No te perdono.

—Hagamos un trato: no la compararé con bestias taurinas y, a cambio, no hablará de morirse en el lecho.

Lo miró con enfado, pero asintió bruscamente.

Se inclinó para abrir su cartera.

—Te he traído un libro nuevo.

—¿Qué es? —Entrecerró los ojos con desconfianza—. ¿Un panfleto con deseos de mejoría enviado por el vicario?

Magnus sonrió.

—No, aunque eso es exactamente lo que se merece. Es algo que envió mi madre con sus últimas provisiones. —Lo levantó, aunque sabía que ella no sería capaz de leerlo—. *Sentido y sensibilidad*, escrito por una dama.

—Parece una tontería.

Se rio.

—Si ni siquiera sabe de qué trata. —Se lo entregó, pero ella no lo cogió—.

—¿Me leerás algo? ¿O estás demasiado ocupado para esta anciana?

Sí que estaba ocupado, pero no podía decirlo.

—Le leeré un poco.

Y eso hizo durante un cuarto de hora, hasta que se quedó dormida.

Después de dejar el volumen en su mesita de noche, bajó y le llevó un poco de carbón a Sarah, que supo apreciarlo incómodamente.

Y ahora estaba de pie en el pequeño vestíbulo de la señora Tisdale, con el sombrero en la mano y holgazaneando. Esperándola.

—Eres un idiota. —Se puso el sombrero de mala gana, abrió la puerta de golpe y avanzó por el sendero como un hombre que no esperaba encontrarse con la señorita Griffin antes de tener que desviarse hacia la casa de sir Thomas.

Magnus no se encontró con ella ni con nadie más antes de tomar el camino que conducía a la mansión del señor. Fue una buena media hora de caminata y cuando Magnus llegó, el aire estaba denso por la humedad y el cielo se estaba tornando rápidamente de un gris metalizado. Predijo que se vería atrapado en un diluvio de proporciones bíblicas de regreso a casa.

El anciano mayordomo del señor, Quarles, lo recibió.

—Ah, señor Stanwyck, sir Thomas lo está esperando.

—¿Y cómo le va todo, Quarles? —preguntó Magnus, quitándose el abrigo y entregándole el sombrero antes de seguir al hombre mayor por los desgastados escalones de piedra.

—Muy bien, le agradezco el interés. Por cierto, a la señora Quarles y a mí nos gustó mucho su

último sermón, el que hablaba de sacarse primero la viga del ojo propio.

—Gracias. —Magnus tuvo que admitir que él mismo estaba bastante orgulloso de ese sermón. Lo había escrito con la esperanza de incitar sutilmente a la señora Pilkington y a la señorita Philpot a que examinaran el origen de su mutua animadversión. Hasta donde sabía, no había tenido éxito en ese aspecto, pero varios feligreses habían hecho comentarios positivos al respecto.

Quarles condujo a Magnus al segundo piso y abrió la puerta de la sala de libros que Magnus ya conocía y admiraba profundamente.

Sir Thomas estaba sentado en su enorme escritorio de estilo Tudor leyendo lo que parecía ser un periódico. Magnus se sorprendió, a decir verdad (y tal vez mezquindad), al descubrir que el hombre leía algo. Sabía que sus pensamientos no eran propios de un miembro del clero y le dolía admitirlo, pero no podía llegar a simpatizar con sir Thomas. En parte se debía a los persistentes rumores de que el susodicho se había aprovechado no solo de sus sirvientes, sino también de al menos una de las hijas de su arrendatario. Si hubiera sido un simple rumor, Magnus habría puesto más empeño en olvidar tales acusaciones. Pero, por desgracia, hubo varias manifestaciones físicas de sus sospechas. La más reciente fue un par de gemelos. Su madre, Etta Felix, tenía solo quince años y había muerto dando a luz a sus hijos. Antes de morir, le había dicho a su madre quién era el padre. Magnus se enteró porque la señora Félix se había derrumbado en sus brazos un mes después, acercándose a él, en lugar de al vicario, en busca de consejo.

Cuando Magnus se acercó al señor Félix —un granjero de sir Thomas y padre de diez hijos, sin incluir a los gemelos de su hija— para ofrecerle su ayuda, el anciano se volvió loco y le dijo que se ocupara de sus propios asuntos. La siguiente vez que Magnus vio a la señora Félix, ella tenía la mandíbula hinchada y se negó a mirarlo a los ojos mientras le rogaba que olvidara sus desacertadas imaginaciones.

Sin su palabra, difícilmente podría acusar a sir Thomas y poner fin a tal comportamiento. Así que allí estaba, respondiendo a la llamada del hacendado como un cura bondadoso y obediente.

Sir Thomas no levantó la vista hasta que Quarles se aclaró la garganta.

A Magnus esa actuación le pareció divertida en lugar de humillante. Ambos sabían que Magnus era hijo de un marqués y, por lo tanto, se encontraba varios peldaños más arriba en la escala social que un simple baronet. Sir Thomas también sabía que Magnus no dependía económicamente de ese puesto (ni de ningún otro), por lo que resultaba más difícil de atormentar que un clérigo medio empobrecido.

—Ah, Stanwyck —hizo un gesto hacia una silla frente a su escritorio—. Siéntese. —Miró de reojo a su mayordomo y dijo—: Ve a buscar al señorito William y tráelo a la biblioteca.

La puerta se cerró tras el mayordomo y sir Thomas se puso de pie.

—¿Le apetece una copa, señor Stanwyck?

Aún no eran las tres. Además, Magnus sintió una reacción visceral al pensar en compartir una copa con aquel hombre.

—No, se lo agradezco, sir Thomas.

—Como quiera. —Se dirigió a una mesa consola con varias licoreras. Era un hombre corpulento al que le gustaba vestir con ropa de montar, a pesar de que era un jinete terrible y demasiado pesado, torpe e inepto para la caza de zorros. Magnus solo lo había visto a horcajadas una vez, a lomos de un magnífico semental. El hombre lo había montado con tanta fuerza que le había cortado la boca al caballo y le había dejado espuma rosada en los labios, así como los flancos ensangrentados por las espuelas.

«Nunca confíes en un hombre capaz de causar dolor a un animal», le había dicho más de una vez Belkin, el antiguo capataz de su padre. Belkin era un hombre respetado en todo Yorkshire del Oeste por su habilidad con los caballos y los perros.

Sir Thomas se sentó detrás del escritorio, se llevó a los labios un vaso medio lleno de líquido ámbar y bebió al menos un tercio de él.

—Bueno —dijo, dejando el cristal en la mesa con un fuerte golpe—. ¿Cómo van las cosas en Nueva Bickford desde la última vez que estuve por aquí? Tengo entendido que hay un nuevo inquilino en Halliburton Manor.

—Sí, una señorita y su tía.

El hombre le dirigió una mirada lasciva que lo hizo sentir sucio. Y hostil.

—¿Atractiva?

Aunque había cerrado los labios en una fina línea, Magnus se obligó a sonreír.

—La señorita Griffin ha venido a Nueva Bickford para recuperarse.

—Ah, conque es... una de esas que van fingiendo enfermedades. —El desagrado y el desinterés reemplazaron a la lujuria y soltó un gruñido para quitarle importancia a la señorita Griffin, lo cual Magnus agradeció, ya que había tensado las manos, y una ira que no estaba acostumbrado a sentir había comenzado a apoderarse de él.

—Aun así, apuesto a que tu rebaño se pondrá nervioso con cualquier hembra que llegue. —El escudero soltó una risa grosera y una mirada el doble de desagradable—. ¿Cuándo te casarás con una de ellas? —Su sonrisa se ensanchó, dejando al descubierto unos dientes amarillentos y torcidos—. ¿O disfruta de tenerlas a todas detrás jadeando? Como si fueran perras en...

—Sir Thomas.

El otro hombre parpadeó, como si le sorprendiera que Magnus no se uniera a sus crudas insinuaciones.

Por un momento, Magnus pensó que podría molestarle ser objeto de un tono tan amonestador por parte de un simple cura, sin importar sus contactos, pero luego se echó a reír.

—Lamento haberlo ofendido, reverendo. No estoy acostumbrada a tratar con hombres de Dios y me temo que mis compañías no son tan... eh... puras.

La puerta de la biblioteca se abrió y entró un niño de unos once años, con un cuerpo tan corpulento como el de su padre y una expresión hosca y desagradable.

—Ah, aquí está el joven salvaje —dijo sir Thomas, orgulloso de haber tenido un hijo así—. Ven a saludar al reverendo como un auténtico caballero.

El chico se acercó a él con una mirada mordaz que pasaba del cuello de Magnus a sus ojos.

—Señor Stanwyck.

Había tenido encontronazos con el señorito William en más de una ocasión. Cada vez que había visto al chico, este había estado atormentando a un niño más pequeño, rompiendo algo o maltratando a un animal. De tal palo, tal astilla.

Una vez más, Magnus se obligó a sonreír.

—Buenas tardes, William.

—Will irá a Eton a finales de verano. Usted fue a Eton, ¿no es así, señor Stanwyck?

Había ido a Eton, pero no era algo de lo que se enorgulleciera en exceso ni tampoco le interesaba rememorar sus días escolares con ese hombre.

—¿Tienes ganas de ir a la escuela? —le preguntó a William, en lugar de responderle a su padre.

—Sí, señor Stanwyck. —Una expresión maliciosa apareció en los ojos del chico y Magnus supo que era la clase de niño que disfrutaría de los brutales entretenimientos del internado.

—Está deseando meterse en problemas, más bien —dijo sir Thomas; sus palabras eran un eco

desagradable de los pensamientos de Magnus—. Pero es un idiota ignorante en lo que se refiere a las letras y necesita unos meses de tutoría para ponerlo en forma. —Los pequeños ojos de cerdo de sir Thomas reflejaron, de pronto, maldad—. O tendré que azotarle con un látigo de verdad.

Magnus luchó contra la oleada de repulsión que sintió. Si el castigo físico a un animal le resultaba repugnante, el castigo físico a un niño era un anatema. Incluso si se trataba de un niño repulsivo como William.

—Me temo que no tengo tiempo para impartir clases particulares, sir Thomas. Sin embargo, ya sabe que el señor Dinkins, que vive en el pueblo, es un maestro jubilado y tiene alumnos. Preguntaré y...

—No quiero al viejo de Dinkins, lo quiero a usted.

Magnus respondió a su mirada beligerante con frialdad.

—Me temo que no tengo tiempo. Como le he dicho...

—¿No tiene tiempo o le faltan las ganas?

Magnus frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—¿Se cree demasiado elegante para ser el tutor del simple hijo de un terrateniente, lord Magnus?

—Le aseguro, sir Thomas, que no hay nada más lejos de la verdad. Pero tengo muchos quehaceres...

El terrateniente se acercó al escritorio con una postura amenazante.

—Pues hágale un hueco.

Magnus se puso de pie. Sir Thomas podía pesar más que él, pero no tenía ninguna duda de que sería capaz de tumbar al otro hombre con los puños.

Se estremeció ante la violencia inusual de sus propios pensamientos; el simple hecho de estar cerca de sir Thomas era suficiente para envenenar a una persona. Ya era hora de poner fin a este encuentro.

—Lo siento, señor, pero no puedo.

La sala rebosaba de emociones y Magnus se preguntó por un momento si el otro hombre lo golpearía. Lo que lo sorprendió fue que lo aceptaría con agrado; aceptaría con agrado la oportunidad de responder de la misma manera.

Pero el terrateniente, un hombre que era básicamente un matón y un cobarde, debió haberlo visto en sus ojos. Se río y señaló con la barbilla a su hijo.

—No le entretendremos, ya que está tan *ocupado*. Muéstrale al reverendo la salida de mi casa, William.

El trayecto desde la biblioteca hasta la puerta principal lo hicieron en silencio. Magnus acababa de ponerse el sombrero y abrir la puerta cuando el chico habló.

—Será mejor que tenga cuidado, señor Stanwyck —dijo con un tono más propio de un niño cinco años mayor—. La gente que se opone a mi padre no prospera.

Magnus miró los ojos astutos y demasiado sabios del chico.

—Te deseo mucha suerte en la escuela, William.

Capítulo seis

Mel no podía dejar de pensar en él.

Cuando llegaba a casa de la señora Tisdale, él siempre acababa de marcharse. O bien, visitaba Halliburton Manor mientras ella daba sus paseos y exploraba. El segundo domingo que pasaron en Nueva Bickford, no fue a la iglesia porque tenía que visitar a un feligrés enfermo.

Incluso ayer, cuando tuvo la mala suerte de encontrarse con Héctor en el camino (y la pequeña bestia la persiguió hasta la mitad del camino hacia la ciudad), el señor Stanwyck no apareció para rescatarla. Su valiente protector parecía haberla abandonado.

Mel sintió que el destino estaba conspirando contra ella y luego se recordó a sí misma que era más probable que el destino (o Dios, si uno era más propenso a creer en esa doctrina) estuviera protegiendo al cura manteniéndolos separados.

Fue en la casa del vicario donde Mel, por fin, se lo encontró. Él regresaba justo cuando ella se iba, como era de esperar. La señora Heeley había invitado a Mel y a su «tía Daisy» al té semanal de las mujeres. El té de esta semana había tenido una gran concurrencia, ya que todos se preparaban para el inminente festival.

En aras de ser una mejor tía, Daisy se vistió con su «ropa de tía» y acompañó a Mel sin rechistar. La hora no le había resultado tan tediosa como había temido, aunque pudo apreciar que la paciencia de Daisy se había agotado con temas como si se le debía permitir al señor Skiperson estar al cargo del ponche después de lo acontecido el anterior año, si debían tener una ubicación alternativa, en el interior, para el baile que se llevaría a cabo esa noche porque Jemmy Henderson, el residente más veterano del pueblo, con noventa y siete años —la señora Tisdale le pisaba los talones, por así decirlo—, había predicho lluvia y solo se había equivocado una vez, en el 71.

Y otros temas parecidos.

La delgada coraza de amabilidad de Daisy se estaba resquebrajando cuando casi llegaba al final de la velada.

Acababan de despedirse y cerrar la puerta cuando el señor Stanwyck, que volvía de la ciudad, se acercó a grandes zancadas.

—Qué agradable sorpresa. —El rostro se le iluminó de tal manera que Daisy le dio un codazo en las costillas a Mel.

—Para ya —susurró Mel con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor Stanwyck. —A Mel le entraron ganas de poner los ojos en blanco al oír el tono de voz de Daisy, que no parecía el propio de una tía.

—Señoritas, han debido estar en la reunión que la señora Heeley había organizado. ¿Han arreglado todos los detalles del festival?

—Ah, ¿así que era una reunión? —preguntó Daisy con exagerada inocencia—. Parecía más bien un motín con té y galletas.

El cura sonrió.

—Paciencia, señora Trent. No siempre el diablo ha de estar detrás de la puerta.

Daisy soltó una risita pecaminosa y gutural.

—Ah, ¿no está ahí? Porque me vendría bien...

—Sí, discutimos los últimos arreglos para la fiesta, gracias a la paciencia de la señora Heeley —intervino Mel, prometiendo estrangular a Daisy a la primera oportunidad que tuviera.

Sonrió ante lo que ella no había dicho: que las disputas entre la señora Pilkington y la señorita Agnes Philpot habían causado estragos.

Hubo un momento de silencio incómodo mientras todos se esforzaban por encontrar algo que decir.

Daisy, por fin, tomó la palabra.

—Voy a dar un paseo hasta el pueblo, Melissa —dijo, dedicándole al cura una sonrisa insoportablemente amable que le advirtió a Mel lo que se avecinaba—. Tal vez podría acompañar a mi sobrina a casa, señor Stanwyck.

Mel se sonrojó.

—No, no hace fal...

—Me encantaría. —Y parecía encantado de verdad.

—Seguro que debe estar muy ocupado... —insistió.

—En realidad, iba a pasarme por casa a buscar un libro que tenía que entregarle a la señora Felix.

—Ladeó la cabeza con encanto—. ¿Conoce a los Felix? Son vecinos suyos. Viven cerca de su residencia, al este.

—Deben ser las únicas personas que no nos han visitado en las últimas dos semanas —dijo Daisy con gran ironía.

Esta vez el cura se rio con cierta inseguridad.

Mel se puso delante de Daisy y miró esos perfectos y claros ojos azules del sacerdote.

—Si de verdad no le supone una molestia...

—Por supuesto que no, tengo mucho tiempo libre.

Mel estaba bastante segura de que estaba mintiendo. Al fin y al cabo, la gente lo llamaba constantemente para pedirle una cosa u otra, pero ella quería pasar tiempo con él; lo deseaba con una intensidad que la asustaba.

—Volveré en un santiamén —dijo, y su sonrisa burlona le indicó que recordaba muy bien la última vez que había usado esa frase.

Mel lo observó mientras se alejaba a grandes zancadas, intentando no dejar que sus ojos se desviaran por todo su cuerpo alto, musculoso y de miembros flexibles. Y fracasando en el intento.

Daisy le dio un codazo en las costillas.

—Me debes una, Mel.

Se dio la vuelta y vio a Daisy sonriéndole.

—Pensé que ibas al pueblo.

—Una respuesta más apropiada sería: «Gracias, tía Daisy».

—Intenta controlarte, Daisy, y recuerda que se supone que tú eres la madura.

Daisy resopló.

—Tal vez deberías haber interpretado tú a la tía.

—Sí, ya lo sabemos para la próxima vez.

Daisy abrió los ojos de par en par.

—La próxima vez...

—Vaya, ¿ahora quién es la que no sabe aceptar una broma? —Mel hizo un gesto con las manos

—. ¡Vamos, vete!

Agradeció tener unos momentos de paz para recomponerse antes de que el reverendo volviera.

Mel sabía que debería estar de camino al pueblo con Daisy en ese momento. Esta atracción que sentía por el glorioso cura no era más que una gran decepción en ciernes. Solo podía ofrecerle mentiras... o la desgracia si alguna vez averiguaba quién era ella en realidad. Y sabía que tal

revelación era cada día más probable. Daisy no era la única que no cuidaba sus modales. Uno de los dos lacayos que habían traído consigo estaba corrompiendo a una criada de la casa del terrateniente local. Jenny se había escapado dos veces, que Mel supiera, para reunirse con el hijo del posadero. Su casa estaba fuera de su control.

Su sueño de quedarse un poco más de las cinco semanas que había planeado en un principio parecía cada vez menos una idea sensata, y no solo para ella. Podía ver cómo empezaba a agraderle al señor Stanwyck y cómo se preocupaba por ella. No era el tipo de hombre que se andaba con vueltas u ocultaba sus sentimientos. Todo lo que hacía era honrado: nunca había conocido a otra persona, hombre o mujer, con tan poca malicia.

Mientras que todo lo que hacía Melissa, todo lo que se refería a ella, hasta su nombre, no era más que una mentira. ¿Qué diría el apuesto, amable y honrado reverendo Stanwyck si supiera que se estaba ofreciendo a acompañar a casa a la *madame* más famosa de Londres? Ella ya sabía que él la consideraba mucho más joven de lo que era, un error nada infrecuente dada su diminuta estatura.

Por muy halagador que le resultara, sabía que debería haberlo corregido cuando hizo esa referencia de pasada a las señoritas del pueblo y la incluyó entre ellas. Dios mío, estaba bastante segura de que en realidad era mayor que él.

—¿Está lista?

Se dio la vuelta y lo encontró sosteniendo en las manos un pequeño paquete de libros envueltos en cordel.

Sí, estaba más lista que nunca.

No esperó a que le ofreciera el brazo porque tener contacto con él en ese momento no sería nada beneficioso para su estado mental. Así que caminaron el uno al lado del otro, sin tocarse.

Fue el señor Stanwyck quien rompió el incómodo silencio:

—¿Cómo se está comportando Héctor?

Mel no pudo evitar sonreír. “Creo que hemos llegado a un acuerdo. Yo le llevo pan duro y le dejo fingir que es él quien se lo lleva a sus gallinas, y, a cambio, me deja pasar sin ningún altercado.

Él se rio y el sonido le resultó reconfortante.

—Me alegra saber que ha logrado entenderlo tan rápido —dijo el señor Stanwyck—. Dígame, lleva aquí dos semanas: ¿qué le parece la vida en el campo?

—La estoy disfrutando. —Mel se sorprendió al darse cuenta de que era cierto. Disfrutaba del ritmo de vida más lento y tranquilo. También disfrutaba de librarse de la carga de dirigir un negocio, pero no podía decírselo—. Al principio pensé que nunca me acostumbraría al silencio, pero ahora me gusta.

—¿Es de verdad la primera vez que sale de Londres?

—Así es.

—¿Y lleva mucho viviendo con su tía?

—La mayor parte de mi vida, desde que mis padres murieron en un accidente de carruaje. —Había inventado esa parte de su historia antes de ir al campo.

—Oh... Quiero decir, lo lamento profundamente.

Melissa se sintió mal por hacer que él se sintiera mal.

—Por favor, no se disculpe. Era tan pequeña que no los recuerdo. —Lo cual no era del todo mentira. Desde luego, no recordaba a su padre.

—Está hecha de otra madera si es capaz de soportar los veranos de Londres.

—El negocio de mi tío lo retenía en la ciudad —dijo, inventándose este nuevo capítulo de su

historia en el momento.

Se volvió hacia ella y le preguntó:

—Ah, ¿y a qué se dedicaba?

Melissa se quedó embelesada con esa dulce mirada azul.

—Eh...

Las mejillas bronceadas del cura se ruborizaron.

—No pretendía entrometerme. Solo...

—No se entromete; su negocio no es ningún secreto. —Excepto para Melissa, cuyo cerebro daba vueltas como una mantequera tratando de encontrar algo. El rostro de Joss le vino a la mente y dijo: —Era carnicero.

—Ah —asintió con la frente ligeramente arrugada.

Mel se sintió estúpida: ¿por qué no iba a poder un carnicero salir de Londres durante el verano?

—Tenía varias carnicerías —añadió, ahondando más en la mentira—. Siempre decía que se tomaría unas vacaciones, pero tenía constantes problemas con sus empleados. —Eso era así en el burdel, ¿por qué iba a ser diferente en cualquier otro negocio?

El cura asintió, aparentemente convencido por su argumento.

—¿Y su tía todavía posee todas esas... eh... tiendas?

—No, gracias a Dios, de lo contrario no estaríamos aquí. —Antes de que él pudiera seguir con el tema de su vida en Londres, señaló el paquete de libros—. ¿Qué lleva ahí?

Los levantó para que pudiera ver los lomos.

—Son solo algunas novelas que me envió mi madre. Es una lectora voraz.

—Qué amable de su parte compartir sus libros.

—Sí, es una mujer muy amable, además de una madre maravillosa.

Una punzada despiadada de anhelo la hizo tropezar, y él se apresuró a tomarla del brazo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, mirándola con preocupación.

Asintió y, entonces, la soltó. Por si no estuviera ya sufriendo suficiente, siguió indagando.

—Parece muy unido a su madre.

—Sí, estamos muy unidos —le sonrió—. Mis hermanos se burlan de mí porque soy su ojito derecho, pero creo que solo están celosos.

¿Qué se sentirá al tener unos padres a los que uno ama y respeta? No es que no hubiera querido a su propia madre. Alguna vez.

—¿Dónde está su familia?

—Soy de Yorkshire.

Eso la sorprendió.

—No habla como ningún hombre de Yorkshire que haya conocido.

—¿Ha conocido a muchos?

Mel no estimó oportuno confiarle esa información.

—Unos cuantos.

—Mi madre es del sur y se mantuvo firme en su deseo de acabar con todo dialecto local, aunque no es que no podamos hablarlo, de todos modos.

—¿Y cómo se sintió su padre al respecto?

—Él adora a mi madre, así que dejó la crianza de los hijos en sus manos.

—Parece que tuvo una infancia idílica.

Debió haber notado algo en su voz, porque de pronto sintió que la miraba.

—Sí, fui feliz. Muy feliz. Y sé que eso me convierte en una persona afortunada. Tuve suerte de haber nacido en mi familia y gozar de buena salud. —Hizo una pausa y levantó los libros—. La

familia Felix, la gente a la que le llevo estos libros... Bueno, ellos no han sido tan afortunados.

—¿Por qué lo dice?

—Su hija mayor murió el año pasado, después de dar a luz a dos hijos gemelos. —Dudó un momento—. Me temo que los niños nacieron fuera del matrimonio.

Mel tardó un momento en asimilarlo.

—El señor Felix es un agricultor arrendatario que tiene diez (bueno, ahora nueve) hijos a los que alimentar. La señora Felix se dedica a vender huevos y leche y a lavar la ropa, pero apenas tienen lo suficiente para alimentar y vestir a todos, por no hablar de permitirse lujos como los libros.

Caminaron un rato en silencio.

—¿Aún los visita a pesar de que su hija dio a luz sin estar casada? —Le tomó un momento darse cuenta de que él había dejado de caminar. Se dio vuelta y lo miró. Su expresión la dejó atónita.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿De verdad cree que un vicario o un cura se dedica a llevarles más miseria a personas como los Felix juzgándolos y negándoles ayuda?

Mel se quedó desconcertada por su vehemencia. Abrió la boca, pero antes de poder responder, se ruborizó.

—Le pido disculpas, señorita Griffin. No debería haberla reprendido así. Me temo que si he reaccionado de una forma tan vehemente a sus palabras es porque esconden algo de verdad. Me avergüenza admitir que hay gente en nuestra comunidad que evita a los Felix.

Mel se figuraba quiénes serían algunas de esas personas, pero decidió dejar el tema. Se sintió más aliviada de lo que hubiera creído posible al descubrir que, en realidad, él no estaba enfadado con ella.

—Ha sido una pregunta tonta, señor Stanwyck. Tiene todo el derecho a estar molesto.

—No existen las preguntas tontas.

—Le apuesto a que yo podría idear unas cuantas.

Esa respuesta lo pilló desprevenido y lo hizo reír.

Esta vez, ella tomó el brazo que le ofrecía y reanudaron la caminata.

Después de unos momentos de silencio, dijo:

—Debo confesar que a menudo me enfada no poder hacer más por ayudar a algunos miembros de la congregación.

Mel estaba demasiado sorprendida por su confesión como para responder.

—Me duele no poder hacer nada por los Felix, aunque sé que su hija fue gravemente deshonrada.

—¿Quiere decir que fue...?

—Sí, creo que la obligaron... —se apresuró a contestar, como si no quisiera que ella tuviera que decir esa terrible palabra.

—¿Se lo contó ella?

Él negó con la cabeza, con la mandíbula tan tensa que podían vérselo los músculos debajo de la piel.

—No, pero se lo dijo a su madre antes de morir.

A Mel le hubiera gustado poder decir que estaba sorprendida, pero había visto casos como ese con demasiada frecuencia. La mayoría de las mujeres (y hombres) que iban a trabajar para ella habían empezado a venderse después de incidentes similares. Aunque tenía que admitir que no esperaba que las violaciones fueran algo habitual en una comunidad tan pintoresca y aparentemente feliz como Nueva Bickford.

—Me temo que la he sorprendido con mi forma de hablar tan franca. Le pido disculpas. No es un tema apropiado para una joven.

—Creo que es un tema que concierne precisamente a mujeres jóvenes, o a cualquier mujer. — Mel se dio cuenta, por la postura rígida del cura, de que sus palabras no eran propias de una mujer joven e inocente. Pero bueno, ya era demasiado tarde para retractarse, de modo que continuó—. ¿Sabe quién fue el responsable?

Ella percibió su vacilación, la lucha interna que libraba entre lo que era apropiado divulgar y si ya había dicho demasiado. No se le escapó que ese hombre al que todos contaban sus problemas estaba considerando desahogarse con ella. La idea la conmovía y la asustaba al mismo tiempo.

—Sé quién fue —hizo una pausa larga—. Pero no tengo pruebas e incluso si acusara a este hombre particular con pruebas, sería difícil obtener justicia para los Felix. De hecho, probablemente empeoraría aún más su situación.

—¿La empeoraría más que tener una hija muerta? —Aunque las palabras se le escaparon de la boca, quiso reprimirlas. Él no merecía su ira.

Él se puso rígido ante sus palabras y la ira que había en ellas, pero no se amilanó.

—Sí, la empeoraría para sus gemelos y los nueve hijos del señor y la señora Félix que aún están vivos.

Tenía razón y lo sabía, aunque admitirlo la desgarraba por dentro. La ira se le fue con la misma rapidez con la que había estallado. ¿Por qué ella, precisamente, iba a creer que la justicia aguardaba a los pobres y a los indefensos? La única forma de protegerse en este mundo era tener dinero, mucho dinero.

Ante su insistencia, Magnus la dejó en la puerta principal.

—Gracias, señor Stanwyck. Por favor, no es necesario que me acompañe hasta la puerta. —Ya no había rastro de ira en ella y los labios se le curvaron en la sonrisa perezosamente divertida que él había empezado a esperar. Pero esta vez la sonrisa no le llegó a los ojos. Magnus deseó que supiera que no tenía que fingir por él.

Notó que quería marcharse, así que se inclinó sobre su mano y la observó hasta que llegó a la puerta principal, por la que entró sin mirar atrás.

Magnus se alejó sintiéndose como un cobarde, un ladrón y un salvaje.

Un cobarde porque se sintió aliviado cuando ella dejó de hablar de los Felix.

Un ladrón porque su tía había dicho sin cuidado su nombre de pila y él se lo había guardado como una ardilla codiciosa atesoraba una nuez: Melissa. Se llamaba Melissa.

Y un salvaje porque había sacado a relucir un tema en el que ninguna joven bien educada debería tener que pensar.

La mayoría de las mujeres, sin importar su edad, se habrían quedado pálidas o se habrían asustado, pero ella había afrontado el problema directamente. Magnus soltó un suspiro. En lugar de encontrar su reacción insensible o descarada, la había considerado un indicio de inteligencia y de una determinación inquebrantable para decir lo correcto.

Sabía lo que ocurría: se estaba enamorando de ella. Era posible que ya se hubiera enamorado. Sin embargo, como nunca antes le había pasado, no podía estar seguro. Pero si el amor significaba querer estar con una persona más que con cualquier otra o pensar en ella cuando no está o querer saberlo todo sobre ella... Bueno, si eso era amor, definitivamente se había enamorado.

Y, por supuesto, también tenía que contar con la reacción física que le provocaba. Magnus era dolorosamente consciente de esa sensación, aunque no se avergonzaba. Creía que Dios había creado al hombre y, con él, todas las emociones que sentía, incluso la lujuria. Era su responsabilidad decidir cuándo y si una emoción en particular era apropiada.

Magnus estaba de acuerdo en que el acto del amor físico era para la procreación, pero también

creía que debía ser *disfrutado* tanto por el marido como por la mujer. Lo que había estado pensando y sintiendo durante el breve tiempo transcurrido desde que conoció a Melissa, la *señorita Griffin*, no era apropiado.

La noche anterior, cuando no había podido dormir, se había vestido y había ido a la iglesia. Le encantaba la inmensa tranquilidad y paz del edificio por la noche casi tanto como le encantaba verlo lleno y animado los domingos.

A veces, el simple hecho de sentarse en un banco y estar allí era suficiente para despejar la mente de las pequeñas distracciones de la vida. Sí, la señora Heeley era una cocinera terrible que insistía en preparar algo de cada cena a la que invitaba a Magnus. Sí, el vicario tendía a dejar que Magnus se encargara de las tareas desagradables que se acumulaban. Sí, a veces Magnus se irritaba con las calumnias y los chismes que se originaban entre los feligreses cuando se reunían más de dos personas.

Pero todas esas pequeñas cosas podrían acumularse y obstaculizar el camino si una persona no presta atención; si una persona no se recuerda a sí misma lo que realmente importa.

La noche anterior, Magnus se había recordado a sí mismo lo que importaba. Se había convertido en clérigo por el deseo de servir a Dios sirviendo a su pueblo. No importaba dónde estuviera o entre cuál de los miembros del pueblo de Dios se encontrara, siempre podía servir a Dios.

Pero los sentimientos hacia la señorita Griffin eran cada vez más profundos, hasta el punto de que se estaban convirtiendo en una distracción para el propósito que había elegido, y no quería verla a ella ni a sus sentimientos por ella como una distracción. Así que había ido a la iglesia a pedirle a Dios que lo guiara.

Magnus conocía a miembros del clero y a algunos laicos que afirmaban que Dios les respondía, y él les creía. Durante su primer año en el seminario empezó a pensar que tal vez era insuficiente, indigno, porque Dios nunca le había hablado. Su ansiedad por la falta de comunicación divina había crecido hasta convertirse en una crisis de confianza: ¿era realmente el instrumento elegido por Dios o un simple impostor?

Por suerte, un hombre mayor y más sabio (un vicario retirado que había sido casi como un dios en lo que respecta a edad y sabiduría) notó la creciente inquietud y tristeza de Magnus e intervino antes de que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse.

El hombre se había limitado a explicarle que las respuestas de Dios (su voz) se presentaban en una infinita variedad de formas. Como el destello de iluminación del que se habla tan a menudo en las novelas, Magnus comprendió que había pecado de inexperto y que había tomado al pie de la letra lo que había oído.

La comprensión lo había atravesado como un rayo, pero Magnus había tardado años en reconocer que la sensación de paz que Dios a veces le concedía con sus oraciones era su respuesta. La noche anterior su respuesta había sido la decisión de declararse ante la señorita Griffin. No tendría paz hasta que le hiciera saber lo que sentía. Si ella lo rechazaba, seguiría adelante. Pero si no hablaba, para no herir su orgullo, se estaría haciendo un flaco favor a sí mismo y también sería menos hombre. El orgullo no tenía cabida en el amor, y lo sabía.

Magnus asumió que había una posibilidad de que su afecto por él no hubiera progresado tan deprisa como el suyo por ella. Oh, sabía que le gustaba, disfrutaba de su compañía y lo encontraba físicamente atractivo: se lo había dicho. Pero todo ello distaba mucho del amor. ¿Era prudente confesarle sus sentimientos tan pronto?

En otra situación, nunca se le habría ocurrido apresurarse tanto, pero ella se marcharía en unas semanas. Aunque no había indicado una fecha exacta, no estaría en el pueblo más de un mes.

Solo disponía de un mes. Después, ella volvería a Londres y él seguiría en Nueva Bickford.

Se cambió de mano los libros que les llevaba a los Felix y miró los lomos dorados, cuya visión le recordó lo que iba a hacer. ¿Acaso querría la señorita Griffin ser la esposa de un cura?

Pensó en cómo ella había asumido la responsabilidad de cuidar a la señora Tisdale sin que nadie se lo pidiera; desde luego, eso demostraba que disfrutaba de ofrecer cuidados.

Pero Magnus pensó en la apasionada y poco convencional respuesta que le había dado antes: ¿era el tipo de mujer que sería aceptada por la sociedad más bien provinciana que conformaba la mayor parte de la Gran Bretaña rural? Era una mujer joven, pero no una niña recién salida de la escuela. El hecho de que fuera tan agradable y atractiva y, sin embargo, siguiera soltera a su edad, debía significar que no deseaba un esposo. ¿Quizás ningún hombre cumplía con sus expectativas?

Dejó el camino y subió por los escalones que conducían a la granja de Felix, mientras repasaba mentalmente las pocas ocasiones en que la había visto con otras personas. Era cierto que se llevaba con la señora Tisdale mejor que nadie (sin contar a su sirvienta, Sarah), pero la señora Tisdale era una forastera. ¿Cómo se llevaría una mujer de carácter tan fuerte con alguien como la señora Pilkington?

Magnus hizo una mueca ante esa idea, que tal vez fuera injusta. Al fin y al cabo, ¿quién se llevaría bien con la señora Pilkington? Incluso a la señora Heeley, la persona más imperturbable de todas, le parecía una mujer agotadora. Pero la señora Heeley se limitaba a ignorarla y sonreír. No podía imaginar a Melissa actuando del mismo modo. ¿No sería más prudente centrar su atención en una mujer que fuera más dócil, reservada y adecuada para el trabajo de su vida?

Magnus intentó pensar en las jóvenes que habían manifestado de una forma bien clara su interés por él desde que había llegado a la parroquia tres años antes. Pero el único rostro que podía evocar era el de la señorita Griffin, el de Melissa. Sí, un cura debía cierta consideración a sus feligreses cuando se trataba de elegir esposa. Pero ¿y sus deseos? ¿No merecía él tener voz y voto en la elección de su compañera de vida?

Vislumbró el techo de paja de la cabaña de los Felix y Magnus se sintió aliviado de poder centrarse en asuntos más inmediatos y mundanos.

Capítulo siete

Querido Joss:

Voy a optar por creer que el silencio de tu parte se debe a que el negocio va muy bien y no a que te haya sobrevenido alguna catástrofe.

Sin duda, has estado en ascuas esperando Las nuevas aventuras de Melissa en el campo. Bromas aparte, me he mantenido bastante ocupada.

Estoy segura de que recuerdas a la anciana que mencioné en mi última carta, una tal señora Eunice Tisdale. Y sé que mencioné que Sarah aceptó una doble remuneración por trabajar como enfermera y ama de llaves. Pues no creerás lo que voy a decir a continuación: Sarah ha decidido que se quedará en Nueva Bickford cuando yo regrese con los demás a Londres.

Sí, es la misma Sarah que ambos conocemos, esa a la que he tenido que regañar innumerables veces por escabullirse a los establos, escabullirse de la casa, por... bueno, hablaré sin rodeos: por escabullirse en general.

Podría decirse que Eunice es una especie de flautista de Hamelin, porque Sarah no es la única que se ha dejado engañar por su rudo encanto.

Pero lo más sorprendente es que Eunice ha decidido que soy de su agrado. Aunque me interpongo entre ella y su amado reverendo Stanwyck, no puede negar que ha empezado a disfrutar de mi compañía.

Será anciana, pero también muy avispada; no tardó mucho en ver de qué madera estaba hecha.

«Dios las cria, y las putas se juntan» me contestó irritada cuando le dije que corría el riesgo de convertirse en mi amiga. «Pero no esperes juntarte con nuestro cura», me advirtió ayer mismo, sin mala intención.

Sé que estarías jactándote de ello si no fueras una persona tan amable, Joss. Sí, es cierto: el cura local me ha dejado con el corazón en la mano. Antes de que saques conclusiones apresuradas, debes saber que no hablo en broma cuando digo que todas las mujeres de la zona, con o sin perspectivas de matrimonio, están al menos medio enamoradas de él. ¿Cómo no iban a estarlo?

El señor Stanwyck no solo posee un atractivo angelical, sino que también es ingenioso, divertido, amable y acepta por igual a sus semejantes, sin importar cuán difíciles puedan ser muchos de ellos (¡como la señora Pilkington!).

Poco a poco me he ido acercando a la señora Heeley, la esposa del vicario (puedo oír tu asombro desde aquí), ya que es probable que ella sea la que más información pueda darme sobre el señor Stanwyck. Estoy segura de que la señora me contará toda su historia... ¡en cuanto adivine cómo hacerla hablar!

Pero si todos estos relatos sobre su bondad te hacen pensar que le falta carácter, te equivocas.

Aunque trata a quienes lo rodean con una cortesía y un buen humor constantes, posee una personalidad férrea y un temperamento peligroso, aunque de combustión muy lenta. Sí, he podido atisbarlo.

¿He captado tu interés? ¿O te reconcome la envidia porque me haya topado con semejante ejemplar de masculinidad? Ah, y menuda masculinidad. No, con el señor Stanywick hay mucho más que pasteles, té, festivales y sermones.

Te daré un ejemplo que debería servir para ilustrar lo que quiero decir. Te ruego que no permitas que esto te lleve al borde de la obsesión por los celos. Sigues siendo el primero en mi corazón, querido Joss, aunque ya no me calientes la cama...

Pero me estoy desviando del tema con mis burlas.

Hace dos días estaba explorando el camino en dirección opuesta a la ciudad (¿ves en qué buena campesina me he convertido?) caminando a paso lento entre la maleza y arriesgando mi vida y mis extremidades en nombre de la aventura y la buena salud cuando me encontré con un paisaje fascinante.

Al menos media docena de personas se habían reunido alrededor de una valla y miraban fijamente algo cerca de uno de los pocos árboles que permitían dejar en el pasto.

Una de las personas, una mujer, estaba particularmente agitada, estrujándose las manos (sí, por lo visto, la gente hace esas cosas de verdad) y llorando. Cuando le pregunté si había algo que pudiera hacer (¿ves en qué buena samaritana me he convertido?), me explicó lo que ocurría.

Al parecer, su hijo, un niño de cuatro años, se había adentrado en su pasto. Antes de que pudiera preguntarle por qué le preocupaba esto, vi una enorme bestia holgazaneando cerca de la valla opuesta que, en ese momento, estaba ocupada con su comida, pero movía la colita, que se asemejaba a un látigo, como si fuera un gato a punto de cazar.

Sí, probablemente lo habrás adivinado, siendo el caballero rural que eres: el niño había entrado en el pasto reservado para el toro premiado del granjero arrendatario.

Y adivina quién había entrado tras él.

¿El granjero de quien era hijo? No.

Por supuesto, la madre tampoco, porque otros dos hombres la estaban sujetando.

Se trataba, sin duda, del reverendo Stanwyck.

Estaba a punto de escabullirse hacia el árbol, manteniéndose junto a la valla tanto tiempo como fuera posible, pero se acercaba el momento en que tendría que atravesar el campo para llegar hasta el joven Robbie, que, por increíble que pueda parecer, se había quedado dormido no muy lejos del árbol.

El toro, cuyo nombre es —¿estás preparado?— Odiseo, masticaba un bocado de hierba, con una postura engañosamente relajada. Excepto por la cola.

No te mantendré en suspenso por más tiempo. Cuando el reverendo llegó hasta el niño, Odiseo estaba más interesado en lo que hacía el señor Stanwyck que en lo que comía. Había empezado a hacer movimientos incesantes que indicaban, según el creciente grupo de espectadores, un interés que pronto se volvería contra el señor Stanwyck.

Ahora puedo bromear sobre esto, Joss, pero en ese momento me quedé paralizada del miedo.

El señor Stanwyck le quitó la camisa al niño, una prenda hecha con retazos de tela de colores brillantes. Al principio no entendí por qué lo hacía y me entraron ganas de gritarle que el toro empezaba a acercarse.

Pero resulta que el señor Stanwyck no solo es atrevido (además de todas esas cualidades que mencioné anteriormente y no repetiré para no irritarte) sino también intrépido. Antes de levantar al niño, hizo algo con la camisa y luego la sostuvo en una mano mientras mantenía al niño despierto sobre su cadera, usando el otro brazo.

En ese momento, el toro estaba... caminando con tranquilidad... hacia él.

El reverendo Stanwyck es, por si me he olvidado de mencionarlo, un hombre de gran tamaño.

No se acerca en nada a tu tamaño, por supuesto, pero ¿quién podría superarte, querido Joss?

Nunca me hubiera imaginado que un hombre tan grande y musculoso pudiera moverse tan rápido. Por supuesto, Odiseo también es grande y musculoso.

El reverendo corrió hacia las vallas más cercanas en lugar de darse la vuelta. Odiseo le alcanzó en un tiempo aterrador.

Justo cuando el toro había bajado la cabeza de forma amenazante, el señor Stanwyck arrojó la

camisa del muchacho hacia un lado. Debió haberla atado a unas rocas o a tierra, porque la camisa revoloteó en el aire lo suficiente para distraer a Odiseo, quien, sorprendentemente, se desvió para seguirla.

El reverendo saltó la valla de una manera bastante ignominiosa y se desgarró los pantalones negros en el proceso. (Antes de que me lo preguntes: no, no se vio nada sorprendente. Por desgracia).

Como el verdadero héroe que es, se limitó a sonreír a la madre agradecida y llorosa y aceptó los elogios de sus espectadores con humilde agradecimiento.

Melisa hizo una pausa y se acarició el mentón con la suave barba de la pluma mientras decidía si compartiría o no la siguiente parte. Si bien era cierto que Joss era su mejor amigo en el mundo, no estaba segura de querer compartirlo todo.

No, tal vez se guardaría para sí lo que sucedió después del asunto de Odiseo. No fue nada sorprendente, pero había disfrutado de esa hora más que de cualquier otra que pudiera recordar de los últimos tiempos. Lo cual, probablemente, era un triste reflejo de lo poco que había disfrutado en su vida durante el último año.

Una vez que el reverendo llevó a Robbie junto a su madre y escuchó con paciencia la gratitud de la docena de transeúntes, Mel logró reunir el coraje suficiente para acercarse a él.

—Tiene una buena rasgadura en el chaleco, señor Stanwyck.

Una encantadora preocupación se reflejó en esos ojos azul cielo mientras examinaba el frente de su prenda.

—Está en la parte de atrás, donde la costura sube por la prenda. No puede verla desde su posición. Debe haber tirado en la dirección idónea para romperla.

Él la miró a los ojos con una mueca de buen humor.

—Es una lástima. Me temo que no soy muy cuidadoso con mi ropa y este es el último chaleco decente que me quedaba. —Recogió su abrigo, que había tirado con descuido al suelo junto con su sombrero, los cuales habían sido pisoteados y raspados durante el fragor del momento.

Observó cómo golpeaba con desinterés su sombrero con la mano para sacudirle el polvo.

—Veo que tampoco es cuidadoso con sus sombreros. Lo va a estropear si sigue por ese camino —añadió en tono de reproche.

Levantó la vista del maltrecho sombrero y sonrió antes de dejarlo caer sobre su deslumbrante cabello claro, que estaba erizado en todas direcciones y algo sudoroso por sus valientes esfuerzos.

—¿Hacia dónde se dirige, señorita Griffin?

—Iba de vuelta a la mansión —mintió.

—¿Me permite acompañarla? Yo iba a la casa del vicario.

—Sería un placer.

Así pues, se despidieron de los demás y partieron juntos.

—¿Tiene usted por costumbre protagonizar rescates tan dramáticos, señor Stanwyck?

—Me temo que solo una vez al mes.

—Pero eso no es cierto. —La miró con curiosidad—. No puede haber olvidado que me rescató de Héctor hace poco.

Sonrió.

—Si no recuerdo mal, estaba salvándose usted misma cuando me interpose en su camino y me arrolló.

—Un verdadero caballero no me recordaría mi cobardía.

Se llevó la mano al corazón.

—Tiene razón, no ha sido muy amable por mi parte.

—Le perdonaré. Esta vez.

—Dígame, ¿ya ha dado con el agua? Cuando pasé por allí ayer, la señora Trent me dijo que se había aventurado en esa dirección.

—No sabía que me había visitado ayer —respondió Mel—. Me temo que mi tía no me lo ha mencionado. Últimamente ha estado distraída. —La distracción era un mozo de cuadra que había conocido en el Hurón Durmiente, podría haber añadido Mel, pero decidió no hacerlo. En su lugar, dijo: —¿Me buscaba con algún propósito específico?

Como no respondió de inmediato, ella le dedicó una mirada furtiva. Las mejillas se le habían sonrojado. ¿Cuál sería el motivo? ¿En qué estaría pensando? ¿O se debía simplemente a sus esfuerzos anteriores? Al fin y al cabo, había estado corriendo y el día era excepcionalmente cálido. ¿O era porque...?

—La señora Heeley me encomendó una misión. Parece que habrá un poco de competencia por los dos puestos más grandes el próximo sábado, así que me mandó preguntar cuánto espacio necesitarían para sus productos.

Mel se tragó la decepción que le produjo la pregunta tan prosaica. ¿Qué esperaba que dijera? ¿Por qué se comportaba como una ilusa enamorada en lugar de como una prostituta de casi treinta años?

Discutieron sobre la logística de los puestos y las mesas hasta que llegaron al desvío hacia la mansión.

—Bueno —dijo, quitándose el sombrero—, supongo que aquí es donde nuestros caminos se separan.

—Si entra, puedo pedirle a Jenny que le arregle el chaleco. —Ni siquiera sabía si Jenny estaba en casa. Últimamente la había desobedecido tanto como Daisy cuando se trataba de pasear por la ciudad.

Dudó un momento.

—¿Está segura de que no ocasionaré molestia?

—En absoluto. Jenny es una maga con la aguja. —No mentía en absoluto. Había sido la costurera de un sastre antes de que un día él la acorralara y le quitara algo más que su trabajo.

—Bueno, entonces se lo agradecería. —Levantó las manos, largas y bien formadas, pero también con cortes, rasguños y quemaduras, signos de sus labores diarias—. Me temo que soy un completo manazas en lo que a esos asuntos se refiere.

Caminaron por el sendero que conducía a su casa.

—¿No tiene a nadie que le ayude en la vicaría?

—La señora Dennis, la criada del vicario, siempre está encantada de hacerlo, pero me temo que últimamente está muy ocupada con todos los preparativos para el festival.

Abrió la puerta.

—¿Jenny? —gritó Mel mientras se quitaban los sombreros en el pequeño vestíbulo. Cuando nadie respondió, arrojó el sombrero y los guantes sobre la mesa consola—. Póngase cómodo en la sala de estar, señor Stanwyck. Iré a buscar a Jenny y prepararé una taza de té.

Lo dejó ahí y se dirigió a la cocina, que estaba en la parte trasera de la casa. La señora Bunch levantó la vista del pan que estaba amasando.

—¿Estás sola? —preguntó Mel, mirando a su alrededor.

La señora Bunch frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No, la chica del pueblo está aquí, está afuera sacudiendo una alfombra en este momento, pero esa maldita de Jenny desapareció en cuanto me di la vuelta.

—¡Diantres!

—¿Qué ocurre? —La mujer mayor dio una palmada a los panes para darles forma y emitió un gemido bajo mientras se enderezaba y se limpiaba las manos con un paño.

—Tengo al señor Stanwyck en la sala de estar.

La señora Bunch se espabiló de repente y se dio cuenta de lo que significaba:

—Tendré una bandeja de té lista enseguida.

Mel ladeó la cabeza y sonrió, divertida por todos los intentos de sus empleados de juntarla con el señor Stanwyck. Era cierto que no había nadie más optimista que una prostituta.

—Gracias, señora Bunch. —No mencionó nada sobre el remiendo, era tan pequeño que ella misma se encargaría.

Lo encontró en la sala de estar examinando el gran paisaje sobre la chimenea apagada.

—Esto es espantoso.

Melissa se rio y él inmediatamente pareció horrorizado.

—Dios mío, por favor, dígame que no lo trajo con usted.

Ella le dirigió una mirada de fingida severidad.

—Voy a ignorar ese insulto no tan sutil a mi gusto, señor Stanwyck. No, estaba aquí cuando llegué, junto con una biblioteca llena de libros e incluso ropa en algunos de los armarios. Hablando de ropa, Jenny está haciendo un recado. —Miró a su alrededor y vio una cesta de remiendos—. Pero puedo ocuparme yo.

—¿Está segura?

—¿Duda de mis habilidades como costurera?

Se rio.

—No puede dársele peor que a mí.

—Ahora quítese el abrigo. Se lo daré a la señora Bunch cuando llegue con el té. Ella podrá quitarle todo el polvo y limpiarlo con una esponja.

Primero obedeció, pero luego dudó, con las manos suspendidas sobre los botones de su chaleco, como si de pronto se diera cuenta de que estaba a punto de quitarse la ropa hasta quedar en mangas de camisa y corbata. Su hermoso rostro se sonrojó una vez más. Señor, qué hombre tan adorable.

—No puedo coserlo mientras lo tenga puesto, reverendo —bromeó—. O sí que podría, pero sería mucho más impactante para cualquiera que nos viera.

Pareció aliviado por su ligereza y asintió.

Mel se ocupó de buscar en la cesta de remiendos lo que necesitaba en lugar de mirarlo como si fuera una niña hambrienta ante el escaparate de una tienda de dulces.

Él le entregó la prenda y ella lo miró mientras la tomaba. Se le heló la respiración en el pecho. Sus ojos —sus amistosos, amables, bondadosos, soleados ojos azules— eran de un azul oscuro, con las pupilas dilatadas mientras la miraba. Ella reconoció la expresión que veía en ellos. Era una expresión que había convertido en su especialidad: deseo. O lujuria, más concretamente. Y oh, qué atractivo le parecía en ese instante.

—Gracias, señorita Griffin. —Había una dureza en su voz que también reconoció, y se aclaró la garganta, mientras sus mejillas se ruborizaban aún más.

—Melissa, señor Stanwyck.

Asintió con lentitud, como si de repente hubiera comprendido algo.

—Magnus.

—Magnus —repitió—. Qué... inusual. —Su voz sonaba entrecortada, vacilante; en otras palabras, completamente distinta a su voz.

Entonces sonrió y, en un instante, el agradable y alegre reverendo Stanwyck regresó; había desaparecido el hombre intenso y peligroso que solo había vislumbrado.

—Es algo inusual y desafortunado. Te contaría todos los nombres horribles que me pusieron en la escuela si no me dolieran todavía las cicatrices.

Mel se apresuró a recuperar el sentido mientras él se giraba y se dirigía a la silla frente a ella.

Aún podía sentir el calor de su cuerpo en la prenda que sostenía en las manos. Casi se la llevó a la cara para inhalar su olor, pero se contuvo a tiempo.

Mientras Melissa recordaba su reacción, miró sin ver la carta que le había estado escribiendo a Joss, atrapada en ese momento, que permaneció tan claro como el cristal en su mente.

«Oh, Dios», pensó. «Oh, Dios. Estoy perdida».

Se estremeció al recordarlo. Qué desastre para una mujer como ella enamorarse de un hombre como él. No podía compartir ni el incidente ni sus verdaderos sentimientos con Joss, sin importar lo cercanos que fueran.

Melissa garabateó su nombre en la parte inferior de la carta antes de dejar a un lado la pluma.

No, pensó, con el corazón tan dolorido que casi se le rompía, algunas cosas era mejor guardarlas para una misma.

Capítulo ocho

Magnus sacó su pañuelo y se secó la frente.

—Podría llamar a Jem Brown para que haga esto, señor Stanwyck.

Sonrió al vicario y arrojó su pañuelo sobre la pila de ropa que se había quitado pieza por pieza mientras luchaba con la maldita puerta de entrada.

—Ya casi lo tengo, señor Heeley. Mire esto. —Señaló la enorme bisagra, que de alguna manera se había doblado y ahora emitía un chasquido áspero cada vez que se abría la puerta.

El vicario miró hacia la puerta y asintió.

—Son los gemelos de la señora Dennis. Les gusta subirse a ella y balancearse de un lado a otro.

Magnus lo sabía, pero no había querido señalar a los hijos de la criada.

—Bueno —dijo, tomando la barra de metal que había traído para doblarla hacia atrás—. Creo que un poco más y estará arreglado. —Introdujo la barra y tiró con cuidado. Las bisagras eran viejas y sospechaba que el metal se había vuelto quebradizo con el tiempo, así que no quería manipularlas con demasiada brusquedad.

Dio un paso atrás y movió la puerta. Se oía un pequeño chirrido, pero nada comparado con lo de antes.

—Ya está. Creo que así se mantendrá hasta que podamos conseguir que el señor Brown lo examine. Tal vez sea necesario sacarlo para golpearlo hasta darle la forma adecuada.

El vicario empujó la puerta para ponerla a prueba mientras Magnus devolvía las herramientas a la gran caja de madera que había sacado del establo de generosas dimensiones que servía tanto a la vicaría como a la cabaña del cura. En ese momento solo había tres caballos de doce que cabían en el establo: los viejos caballos de tiro del vicario y el castrado castaño de Magnus, Friar.

—Hola, viejo amigo —murmuró cuando el caballo se acercó trotando—. Soy un mal amo, ¿no?

—preguntó, acariciándole el hocico suave como el terciopelo—. Necesitas una buena cabalgada y te he estado descuidando.

—¿Por qué no lo sacas?

Magnus se sobresaltó al oír la voz del vicario. No se había dado cuenta de que estaba detrás de él.

El anciano se apoyó en la barandilla y rascó al gran castaño bajo la mandíbula.

—Es una bestia hermosa —murmuró, con un tono casi codicioso en la voz. Debió haberlo oído porque le lanzó a Magnus una mirada ruborizada y ligeramente avergonzada—. Solían considerarme un tipo bastante activo cuando era más joven.

Magnus esperaba que no se le notara la sorpresa.

—¿Le gustaría llevarlo a dar una vuelta, señor?

El vicario se rio.

—No, me temo que esos días quedaron atrás hace mucho tiempo.

—Dicen que montar a caballo es algo que nunca se olvida.

—Puede que sea cierto, pero a mis viejos huesos les costaría recordarlo. Y también a la señora Heeley.

Ambos se rieron.

—Pero tú no te cortes —dijo el señor Heeley acariciando a Friar con nostalgia—. Apuesto a que corre una brisa fresca junto al agua.

Magnus asintió con la cabeza cuando recordó algo.

—La señora Pilkington me está esperando. Yo... eh... paso media hora con su hijo todos los jueves a esta hora.

—Ah, sí, ¿el que necesita recibir órdenes?

Bueno, su madre quería que lo hiciera.

—Sí, señor.

—Vete, yo hablaré con el joven James. —Se dio la vuelta y dejó de mirar a Friar—. Hace tiempo que no hablo con los miembros más jóvenes del rebaño. —Magnus vaciló y el vicario hizo un gesto para que partiera—. Hace tiempo que no tienes un día libre. Adelante.

—Gracias, señor. —Magnus recogió la ropa que había descartado y se puso su traje de montar. Se sentía extraño al llevar sus pieles de ante y sus botas altas, y sin lo que sus hermanos, en broma, llamaban su «traje de Dios». El vicario tenía razón: había pasado más de un mes desde que se había tomado medio día para sí mismo. El señor Heeley estaba cada vez mayor y Magnus tendía a asumir las tareas que implicaban viajar a las distintas casas de los feligreses.

Eso lo mantuvo ocupado y el reciente problema con la señora Tisdale no hizo más que añadirle más tareas a la agenda. Aun así, disfrutaba más de estar con los feligreses que de estudiar teología o de ocuparse de los aspectos administrativos de la parroquia. Ahí fue donde él y el reverendo Heeley divergieron, lo que los convirtió en un buen equipo.

Al pensar en la señora Tisdale, pensó irremediamente en la señorita Griffin.

No la había visto desde que la acompañó a su casa después de lo que los aldeanos habían apodado «las desventuras de Odiseo», hacía dos días.

No, no la había visto, pero sin duda había pensado en ella lo suficiente. Y había reflexionado sobre las cosas que había pensado. Magnus intentó contener las vívidas imágenes, pero no pudo. Uno pensaría que la había visto bailar los siete velos en lugar de remendar un miserable chaleco. Pero la acción prosaica le había resultado de alguna manera doméstica y salvajemente exótica.

—Eres idiota —se reprendió.

Tal vez cabalgando se agotaría tanto el cuerpo como la mente y podría dormir un poco esa noche.

Melissa gimió de placer mientras sumergía los pies calientes y doloridos en el agua helada. Joss había tenido razón, una vez más: no había nada como quitarse los zapatos y las medias en un día abrasador y sumergir los dedos de los pies en el agua.

Se tumbó de espaldas sobre la roca calentada por el sol y cerró los ojos. Tenía la piel clara de una pelirroja (aunque, por fortuna, no tenía pecas) y se quemaría sin remedio si permanecía descubierta demasiado tiempo. Pero, aunque fuera por un momento, quería disfrutar del sol.

Su caminata matutina desde la mansión hasta la casa de la señora Tisdale había sido más agotadora de lo que esperaba. El ambiente era pesado y húmedo y parecía que las nubes blancas que flotaban en el cielo estaban a punto de regalarle un poco de lluvia.

Había querido descansar una hora antes de reanudar su viaje a casa, pero, después de soportar cinco minutos de abuso por parte de la señora Tisdale, que estaba de mal humor, como lo llamó Sarah, Mel se puso el sombrero en la cabeza y dejó que una sonriente Sarah se ocupara de la anciana descontenta.

Se sentía como debió sentirse la pobre Dori aquel aciago día; estaba demasiado irritable para irse a casa, donde probablemente le gritaría a Daisy, siempre y cuando no estuviera en un pajar con su nuevo novio.

Así que, en lugar de volver de inmediato, marchó hacia el camino que el señor Stanwyck le había indicado varios días antes. Recordó, demasiado tarde, que él le había advertido que no era la

playa más cercana, pero sí la más privada.

Había llegado incluso más lejos de lo que había pensado y estaba a punto de dar media vuelta cuando los árboles ralos dieron paso a las praderas marinas.

Y de repente allí se encontraba: una extensión de agua inabarcable e impresionante.

Había elegido descansar no muy lejos de la pared del escarpado acantilado, en una colección de grandes rocas redondas que estaban parcialmente sombreadas por la empinada pared de roca detrás de ellas.

Incluso cinco minutos de sol abrasador resultaron ser demasiados y Mel sintió que el rostro comenzaba a enrojecérsele. Se apoyó en los codos antes de atarse el sombrero y luego retrocedió hacia la parte sombreada de la roca.

Ante ella, la playa se extendía en una curva larga y suave, y el agua bañaba una costa formada por piedritas diminutas en lugar de la arena que esperaba encontrar. No es que hubiera estado nunca en una playa, pero todo el mundo sabía que debería haber arena.

Árboles atrofiados crecían en riscos que reflejaban la curva de la costa y su única compañía eran las ruidosas aves playeras que parecían vivir en los acantilados y correr de un lado a otro con las olas.

Mel nunca había creído que disfrutaría tanto de la soledad. Crecer en Londres, especialmente en el estrecho y sucio barrio de San Giles, donde se había establecido su madre y donde acabó muriendo, no le daba a nadie muchas oportunidades de estar sola.

Mientras contemplaba el horizonte infinito, supo que no se había equivocado al ir a Nueva Bickford. Cuando el costoso médico de la calle Harley fue a verla el año pasado y le dijo que moriría si no se cuidaba, tuvo que sopesar con seriedad sus palabras. ¿Quería morir?

Se quedó atónita (y aterrorizada) al darse cuenta de que no sabía la respuesta a esa pregunta. Sí, se le daba bien vivir (o al menos sobrevivir), pero no recordaba la última vez que había encontrado verdadera alegría en algo. Al parecer, su falta de alegría le había pasado factura a su cuerpo y había empezado a enfermarse.

La enfermedad había ido apareciendo tan lentamente que no se había dado cuenta hasta que tosió sangre. El médico la había llamado úlcera gástrica y había dicho que era lo suficientemente grave como para matar a una persona. La había puesto a dieta lo suficientemente blanda como para matarla, pero la había hecho sentir mejor casi de inmediato. También le había dicho que el descanso era la clave para mejorar.

Mel se había sentido mucho mejor después de unas semanas siguiendo su terrible dieta, tanto que había olvidado la segunda parte de la cura prescrita: ir al campo a descansar.

Y luego, cerca de Año Nuevo, empezó a toser, al igual que varios de sus empleados. Poco después, todos habían enfermado, algunos durante semanas. Pero, a finales de abril, cuatro meses después, ella notó que todavía tosía. Y más tarde tosió sangre. Otra vez.

—No estoy seguro de que comprenda lo que quiero decir, señorita Griffin, así que permítame decirlo de la forma más clara que pueda: no es una cuestión de si morirá, sino de cuándo —le había dicho el médico después de administrarle un tónico de sabor repugnante.

Así que, a regañadientes, hizo planes y tardó demasiado en irse. En lugar de partir en primavera, no abandonó Londres hasta...

Un destello de movimiento llamó la atención de Mel y se giró justo cuando un caballo y su jinete saltaron de un peñasco.

—Dios mío —susurró, con la mano en la garganta mientras el hombre y la bestia volaban por el aire durante un momento increíblemente largo antes de aterrizar ágilmente en la orilla, sus movimientos no vacilaron ni un instante mientras batían las finas rocas y la grava.

Mel se sentó y se inclinó el sombrero para protegerse los ojos, pues no quería perderse ni un momento de ese magnífico espectáculo. Había visto jinetes en los distintos parques de Londres y jóvenes borrachos entrando y saliendo de la Casa Blanca, pero nunca había visto nada parecido. El poder del magnífico cuerpo del caballo era sobrecogedor. Y el hombre que lo montaba cabalgaba como si ambos compartieran una misma mente. Justo cuando llegaron al punto donde las piedras cedieron ante el agua, tiró de las riendas y saltó del lomo del caballo. Se inclinó hacia delante y tomó a la bestia por el arnés, dándole lo que parecía un beso en la nariz.

Mel se cubrió la sonrisa con una mano, como si alguien pudiera sorprenderla disfrutando de la vista de un hombre siendo amable con su caballo. Él le quitó lo que ella pensó que eran las riendas y luego le hizo algo a la silla antes de soltar al caballo. A continuación, se quitó el sombrero y lo arrojó a la orilla mientras el caballo se dirigía hacia la mata de pastos marinos más cercana.

Mel había sospechado que se trataba del señor Stanwyck, pero la visión de su pelo rubio ceniza lo confirmó. Conque era un excelente jinete, cualidad que se sumaba a todas sus otras habilidades.

Y luego empezó a quitarse la ropa.

—Maldita sea —murmuró ella, inclinándose hacia delante y acomodándose aún más el sombrero, pues no quería que la brillante luz del sol interfiriera con lo que estaba viendo.

Sus movimientos eran seguros y rápidos y no le importaba la ropa, pues la arrojaba detrás de sí sin siquiera mirarla.

Incluso desde su —por desgracia— lejana distancia, podía ver que su torso desnudo estaba en tan buena forma como había intuido aquel primer día cuando la rescató de Héctor.

Se quitó una bota mientras aún estaba de pie y luego la segunda, saltando sobre un pie con medias; su aullido era audible incluso desde su posición privilegiada. Mel sonrió. Sí, las piedras podían resultar duras para un pie descalzo y tierno.

Sus manos desaparecieron por la parte delantera de su cuerpo y Mel se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. La exhaló en un siseo, junto con una palabra vulgar, cuando lo vio bajarse los pantalones, los calzoncillos y las medias con un movimiento brusco, y se quedó tan desnudo como el día en que había llegado al mundo.

Pero, oh, cuánta majestuosidad.

Corrió hacia el agua, con su trasero compacto y musculoso y sus impresionantes muslos flexionándose mientras saltaba y luego se zambullía en una ola que se acercaba. Mel contuvo la respiración una vez más mientras esperaba que saliera a la superficie. Los segundos pasaban...

Y entonces emergió del agua con un grito.

El siguiente cuarto de hora fue uno de los más agradables que podía recordar. Jugaba en el agua como una alegre criatura marina y Mel captó excepcionales destellos de su piel mojada por el agua mientras brincaba y retozaba.

Mel se debatía entre querer que siguiera jugando y desear que saliera a la superficie. Pronto se dio cuenta de que se estaba dejando llevar por el agua. Eso significaba que, para alcanzar su ropa, tendría que caminar no del todo, pero casi, hacia ella. Mel era lo bastante hipócrita como para encajar su cuerpo entre el acantilado y la roca, lo bastante dentro de la grieta para estar oculta, pero aun así seguir teniendo un excelente punto de observación.

Qué mirona tan despreciable era. Hacía tiempo que pensaba que esos clientes que pagaban por mirar no estaban del todo bien de la cabeza. Ahora se daba cuenta de que había una emoción asociada con saber que estabas haciendo algo malo, pero hacerlo de todos modos.

Mel se retorció para ponerse cómoda, deseando té y galletas, o tal vez incluso un vaso del buen

brandi que a menudo disfrutaba, aunque se suponía que una dama no debía hacerlo, para poder apreciar el espectáculo adecuadamente.

También dedicó un breve pero ferviente momento a dar gracias a la deidad que la había hecho perseverar y caminar los tres cuartos de hora adicionales para llegar a esa zona tan poco transitada. A una playa que él había mencionado.

Se resguardó contra la dura roca y entrecerró los ojos para buscarlo, pero estaba demasiado soleado para ver algo más que el reflejo cegador del agua.

Como si alguien hubiera escuchado su queja, una nube se deslizó ante el sol y el resplandor del agua disminuyó, brindándole una vista ininterrumpida.

—Alabado sea el Señor —dijo en voz baja.

Parecía que iba a tener suerte. La repentina falta de sol debió haber refrescado de más al bañista. Había estado dando brazadas hacia el horizonte, pero ahora se había dado la vuelta y se dirigía hacia la orilla. Una vez más, Mel contuvo la respiración mientras él se acercaba cada vez más y... Se alegró de que nadie más pudiera oír el ruido que se le había escapado.

Decir que parecía un dios del agua sacado de la mitología era muy poco original, pero también se acercaba bastante a la realidad.

Se alejaba de las olas como una versión masculina de El nacimiento de Venus, o El nacimiento de Adonis, o Zeus, o uno de esos griegos o romanos lujuriosos que siempre se quitaban la ropa en un abrir y cerrar de ojos.

Melissa se dio cuenta de que se estaba resbalando de la roca porque se había inclinado demasiado hacia adelante, así que se metió otra vez en la grieta, un poco decepcionada por su propia avidez, pero no tardó en reprimirla.

Él se inclinó por la cintura y se secó el agua de las piernas con ambas manos.

Ella tragó saliva.

Cuando se incorporó, hizo lo mismo con los brazos y luego, Gran Dios Todopoderoso, con el pecho. Incluso desde esa distancia, podía ver que tenía el pecho liso y casi sin vello que a menudo poseían los hombres extremadamente rubios. Caminó hacia su pila de ropa y se inclinó de nuevo, esta vez con el trasero hacia ella.

Se le escapó un gemido humillante que le recordó que hacía mucho tiempo, casi un año, desde la última vez que había llevado a un amante a la cama. Y había pasado aún más tiempo desde la última vez que había llevado a un *hombre*.

Mel tragó saliva dos veces mientras él se agachaba y hacía algo con su ropa. Cómo deseaba estar lo suficientemente cerca para ver con claridad lo que solo podía imaginar a esa distancia.

Sacudió la cabeza como un perro grande, haciendo que destellearan grandes gotas de agua, como diamantes. Luego se dio la vuelta y se dejó caer sobre su ropa, con los brazos y las piernas separados para secarse al sol.

Melissa dejó caer la cabeza entre las manos. Bien. Por Dios.

Debajo de la fina muselina de verano de su vestido, su sexo estaba húmedo y palpitaba de una manera que la hacía querer atender los persistentes impulsos de su cuerpo en ese mismo instante. No era que los escrúpulos morales la estuvieran frenando; no, era que estaba enfrascada en una violenta discusión mental. Su cuerpo quería liberarse, pero su mente ansiaba mirar más de cerca. Mel sabía que debía tomar una tercera bifurcación (sugerida por la débil voz de su conciencia) que la llevaba de regreso a la mansión.

El sol volvió a brillar sin tregua y, al levantar la vista, se dio cuenta de que la nube había desaparecido por completo. Tenía... calor, y no solo entre los muslos. Tenía calor por todas partes y estaba algo más que empapada por el sudor. Y si ella tenía calor y estaba empapada, él

también estaría...

Como si estuviera en trance, se puso las medias y las ligas y se ató los cordones de las botas hasta los tobillos. Habría sido fácil volver a subir por el sendero sin que la vieran, pero su cuerpo se veía atraído hacia él, tal como intuía. El sonido de las piedras crujiendo bajo sus zapatos fue casi completamente absorbido por el oleaje. Aun así, le sorprendió que él no la oyera.

Aunque lo primero que vio fueron las plantas de sus pies, se obligó a mirarle la cara antes de examinar el resto de su cuerpo. Tenía los labios ligeramente entreabiertos y su respiración era profunda y regular: se había quedado dormido.

Melissa cerró los ojos brevemente y le pidió al cielo que siguiera durmiendo, ya que había logrado llegar hasta allí.

Y entonces abrió los ojos y se dio un festín.

Se quedó aún más boquiabierto cuando lo recorrió desde el rostro hacia abajo con los ojos. Debía de jugar al sol a menudo; aunque tenía los antebrazos y el rostro más oscuros que el resto del cuerpo, el pecho y las piernas estaban bronceadas. Tenía vello en el torso, solo un poco, disperso alrededor de unos pequeños pezones de color rosa coral, más en la zona intermedia, y luego ese fascinante rostro fino y dorado que atraía miradas.

Melissa apreciaba un buen torso masculino, sobre todo si era como el del señor Stanwyck. Tragó saliva; como el de *Magnus*. Era la primera vez que pronunciaba ese nombre, incluso en su mente, desde el día en que se lo había dicho. Había evitado incluso pensar en él, como si eso fuera una especie de restricción.

Bueno, ya bastaba de restricciones...

Tenía el torso delgado y tan musculoso que provocaba que la boca de Mel, que ya se le estaba haciendo agua, se humedeciera aún más. Dejó que sus ojos vagaran por los músculos redondeados de sus hombros, pasando por el poderoso bulto en reposo de sus bíceps y el cinturón de Apolo que comenzaba en su vientre tenso, hasta abajo, y más abajo...

Se tomó su tiempo antes de llegar a su destino, con los ojos muy abiertos al ver lo que yacía sobre ese abdomen plano, sobresaliendo orgullosamente entre unas caderas compactas.

Ay, no. Ay, no. Ay, no.

Melissa sonrió; el angelical cura poseía un arma diabólica. Y era tumescente, como si flotara en un mundo de sueños eróticos, con los ojos moviéndose inquietos bajo los párpados, y su magnífico cuerpo cubierto de gotas de agua que se evaporaban rápidamente bajo el sol abrasador.

Se movió ligeramente y emitió un sonido apenas audible, posando la mano sobre el miembro. Mel se quedó mirando mientras se hacía más grande, más grueso y más duro. El contraste entre su antebrazo bronceado y de vello dorado y su pene largo, grueso y rojizo era...

Bueno, no había palabras para describirlo.

Mel hizo un ruido fuerte al tragar saliva y se esforzó todo lo que pudo por no dejarse caer y metérselo en la boca. Ante ese pensamiento, se quedó paralizada, horrorizada. De hecho, había comenzado a arrodillarse. Se sentía mareada por lo que había estado a punto de hacer y, lo más importante, a quién: a un cura, por el amor de Dios.

Menudo lío se habría armado.

Reprimió un gemido ante la frustración y la lujuria que se cernían tan altas y poderosas como un maremoto en su interior. Pero nadó contra la corriente de su naturaleza, porque algo le decía que al cura no le agradaría despertar y encontrarla pegada a su miembro.

Una pena, pues podría haberle dispensado gran placer.

Mel contuvo la humedad de su boca y los pensamientos carnales mientras lo miraba. Una última

mirada antes de irse. *Oh, señor Stanwyck, qué agradable sorpresa ha resultado ser.*

Mel no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que él se retorció y se movió, apretándose con fuerza el miembro rígido. Y entonces abrió los ojos y se encontró con los de ella. Por una fracción de segundo, sus hermosos labios se curvaron en una sonrisa perezosa de bienvenida que le llegó hasta los ojos, aún pesados y atolondrados.

Un instante después, soltó un grito.

Magnus estaba teniendo un sueño de lo más delicioso. Se encontraba desnudo, caliente y duro, sentado en la cocina de la señora Tisdale. Eso debería haberle alarmado, pero era la señorita Griffin y no la señora Tisdale quien lo acompañaba. Estaba preparando algo en los pequeños fogones y llevaba el mismo delantal con el que la había visto antes, pero esta vez sin nada debajo.

Una palpitación de placer le recorrió los testículos, apretados y doloridos, hasta su miembro erecto, mientras la miraba, hipnotizado por la forma en que los cordones del delantal se unían en la base de su columna vertebral, con los extremos colgando entre unas nalgas suaves y redondeadas que se asemejaban a las dos mitades de un melocotón. Y, al igual que un melocotón, exigían ser tocadas, saboreadas...

Magnus se arrodilló detrás de ella, acercó la boca hasta una de esas mejillas aterciopeladas y deslizó la mano entre sus muslos ligeramente separados. Gruñó ante el desbordante y húmedo calor que emanaba; tenía el miembro tan erecto que podría haber cortado un cristal con él.

Ella se giró y lo miró, como si la hubiera llamado, con su hermoso rostro lánguido y sonriente.

—Oh, señor Stanwyck...

Magnus le sonrió mientras la acariciaba entre los muslos. Pero el sol detrás de ella brillaba tan fuerte que no pudo ver su expresión cuando...

Y entonces se dio cuenta de que no estaba soñando.

Dobló el cuerpo hasta llevar las rodillas al pecho para ocultarse.

—¿Qué demonios? —gritó, con la voz al menos tres octavas más alta de lo habitual.

Ella no se movió ni se dio la vuelta.

—¡Señorita Griffin!

Ladeó la cabeza, como si estuviera confundida, pero no dejó de mirarlo. De hecho, bajó la mirada hacia donde se estaba rodeando las rodillas con los brazos. De repente, él imaginó la visión que debía haber tenido de sus partes pudendas expuestas hacía apenas unos instantes.

—Señorita Griffin —repitió las palabras con lentitud y severidad, usando el tono que empleaba con los chicos desobedientes a los que solía dar clases particulares.

Sus palabras parecieron sacarla del trance en el que se encontraba.

—Oh —dijo ella, con la voz y el rostro igual de pálidos, como si su atención estuviera a miles de kilómetros de distancia, en lugar de estar en su dura y expuesta (¡Dios mío!) erección goteante. Pero entonces se dio la vuelta.

Magnus emitió un sonido vergonzoso, como el de una gallina asustada, y se apresuró a buscar su ropa. Parecía moverse en un charco de melaza y sus movimientos eran torpes y lentos. Se equivocó tres veces al meter el pie en la pernera de sus botas antes de poder ponérselas.

Se metió a la fuerza la camisa húmeda y arrugada, se dio cuenta de que estaba al revés, se la sacó por la cabeza con tanta fuerza que oyó que algo se rasgaba y luego se la volvió a poner en la posición correcta. La corbata era demasiado aparatosa, así que simplemente se colgó la tira de tela maltrecha sobre los hombros. Estaba buscando sus medias cuando vio que Mel estaba justo encima de una de ellas.

Cerró los ojos. Si él estaba aturdido, conmocionado y nervioso, ¿cuánto peor debía ser para ella? Si bien era cierto que era una mujer de unos veinte años y no una chica recién salida de la escuela, seguía siendo una dama. La pobre se había quedado *paralizada* por la sorpresa al mirarlo.

Aunque no tenía experiencia personal con mujeres desnudas, al menos había visto representaciones del cuerpo femenino en libros. Y, por supuesto, cuando estuvo en el seminario, su compañero de cuarto había metido a escondidas a una mujer, y luego...

¡Dios mío! ¿Qué hacía pensando en eso en un momento como ese?

Pobre señorita Griffin. Lo más seguro era que todo cuanto había visto de un hombre en su vida fuese hacía dos días, cuando Magnus se había quitado el chaleco. Y mantuvo los ojos fijos con modestia en su costura, según recordó. Solo cabía esperar que no la hubiera asustado de por vida en lo que respectaba al cuerpo masculino.

Necesitaba calmarse, abordar este asunto de manera racional, no asustarla más de lo que ya estaba, necesitaba...

Ella se inclinó y recogió la media que le faltaba a Magnus.

—¿Está decente, señor Stanwyck?

Se quedó boquiabierto. No parecía incómoda... De hecho, parecía... ¿divertida?

Cambió de posición de un pie a otro y se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta. Con impaciencia, al parecer.

—Ah, sí —dijo con voz ronca mientras metía los brazos en el abrigo—. Bastante decente.

Ella se giró y lo miró, tan enigmática como una esfinge.

Se quedaron mirándose un rato y fue la señorita Griffin quien rompió el silencio.

—Su media.

Le miró la mano.

—Esto... Gracias.

Un suave relincho hizo que ambos se volvieran. Friar se había acercado para ver a qué se debía tanto alboroto. El maldito caballo. ¿Por qué no había hecho el trabajo de un fiel corcel y le había hecho saber antes que no estaba solo? ¿Por qué no había vigilado a Magnus mientras dormía y...?

—¿Puedo acariciarlo?

—¿Hmm? —La miró mientras saltaba sobre un pie, poniéndose la media que acababa de recuperar—. Eh, sí, por supuesto. —Se volvió hacia Friar y Magnus cedió y se sentó en la grava con un golpe poco elegante.

—Es precioso.

Se puso la bota y fijó la mirada en la mano larga y esbelta de la joven, que acariciaba el cuello de Friar. Qué caballo tan afortunado.

—¿Cómo se llama? —Se volvió hacia él—. ¿O es una hembra? No sé mucho de caballos —añadió cuando vio su expresión de sorpresa.

—Se llama Friar. Es un macho.

—Ah, entonces es un semental. —Asintió, como si estuviera almacenando dicha información.

—Bueno, está castrado, pero ya sabe... —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

Su boca se curvó en una media sonrisa que lo hizo mirar hacia otro lado. Señor. Estaban sentados allí hablando de caballos castrados cuando ella acababa de ver su...

—¿Friar?

Magnus percibió el humor en su voz. Se puso la bota que le faltaba y se levantó, sacudiéndose

los pantalones.

—Sí, bueno, al principio lo llamé Flyer, pero mis hermanos decidieron que sería divertido cambiarlo.

Ella le dirigió una tímida sonrisa y él la miró fijamente. ¿Ahora mostraba timidez? ¿Ahora? ¿Cuando ambos estaban vestidos y hablando de caballos? Él no creía que su rostro pudiera recuperar una temperatura o un color normales.

—Es muy divertido —dijo ella, interrumpiendo el concurso de miradas.

Magnus resopló.

—Así lo creyeron ellos.

—Mencionó que tenía cinco hermanos —dijo, sin apartar la mirada ni la mano del caballo—.

¿Son más jóvenes, mayores...?

—Yo soy el pequeño.

Esa información la hizo mirarlo.

—El pequeño de seis hermanos. Todos deben adorarlo.

—Sí, bueno, en realidad me consideran más una mascota familiar que un hermano; al menos eso es lo que le dirían mis hermanos si le preguntara a cualquiera de ellos.

Ella se rio, y el sonido le resultó reconfortante, aunque le recordó la singularidad de su conversación. Acababa de verlo desnudo, despatarrado y, bueno, con el miembro erecto. ¿Y aun así estaban hablando de hermanos? ¿Quizás seguía en trance?

—¿No tiene hermanas?

—No, para gran disgusto de mi madre —le acarició el otro lado del cuello a Friar, ganándose un relincho de aprobación.

—¿Cuántos años se llevan?

—Yo soy siete años más joven que Philip, el más cercano a mí en edad, y diecisiete años más joven que Cecil, mi hermano mayor. —Acariciaron a Friar en silencio mientras ella asimilaba esa información—. ¿Usted tiene hermanos o hermanas, señorita Griffin?

Ella sacudió la cabeza con lentitud de un lado a otro.

—No, soy hija única.

—Sé que su tía la crio. ¿No tuvo hijos propios?

—Ella y mi tío no podían tener hijos.

—Entonces deben haber disfrutado de su compañía.

Dejó de acariciar al caballo y se volvió hacia él.

—Lo siento, señor Stanwyck.

El rostro, que apenas empezaba a recuperar la normalidad, se le encendió.

—Eh...

—No debería haberme quedado mirando mientras estaba, hm...

Magnus se aclaró la garganta.

—Ah, sí, así es. —Jugueteó con el ronزال de Friar—. Bueno, no ha pasado nada. Estoy bien. Y tú también, al menos... —Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que notó el sabor a sal y metal—. Al menos parece que tú estás bien, pero...

Magnus, idiota, ¡cierra el pico!

Maldijo, afortunadamente solo en su mente, y apretó la mandíbula para evitar soltar más idioteces por la boca. En cambio, se centró en Friar, consciente todo el tiempo de la quietud de Mel, que se hacía aún más evidente por su propio nerviosismo, que le hacía sentirse como un pez aleteando en el agua. ¿Le había afectado? ¿Era por eso por lo que estaba tan callada? Estaba conmocionada. ¿Cuánto tiempo había estado de pie allí? ¿Y qué estaba haciendo él? En su

sueño, había estado arrodillado entre sus...

—¿Señor Stanwyck?

—¿Sí, señorita Griffin? —A Magnus le alegró que la voz no le fallase.

—¿Me perdona por invadir su privacidad?

Percibió humor y un poco de arrepentimiento en el rostro de la mujer, pero ni un atisbo de vergüenza. ¿Cómo podía ser así cuando él deseaba que se lo tragara la tierra? ¿O tal vez a ella se le daba mejor ocultarlo?

—Por supuesto, señorita Griffin. Quiero decir, no hay nada que perdonar. Soy yo quien estaba...

—Hizo una mueca, deteniéndose antes de que las palabras «desnudo y excitado» se le escaparan

—. En cualquier caso, ¿iba de regreso?

Asintió.

—Permítame acompañarla.

Miró al caballo.

—Lo guiaré y caminaré a su lado.

Tomaron el camino por el que ella debía haber andado y no por el que él había llegado a la playa, que era más ancho y largo, y, por tanto, menos transitado por la gente del pueblo. Pero él había salido a dar un paseo y no le preocupaba el tiempo. Después de todo, era su medio día de libertad. Bueno. Qué momento más bochornoso había vivido. Y probablemente había cometido más de un delito procesable. ¿Exhibicionismo? ¿Corromper la moral de las mujeres de Inglaterra?

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Se dio la vuelta y la encontró mirándolo.

—Por supuesto.

—¿Cuándo decidió que quería ser vicario?

No era la primera vez que le hacían esa pregunta. Aun así, no podía evitar sentir que le había formulado la pregunta por unos motivos muy distintos a los que estaba acostumbrado. Pero era mejor eso que darle vueltas a lo que acababa de pasar.

La ayudó a subir por el acantilado antes de responder.

—Estaba en un funeral. Debía tener nueve o diez años. —La miró e hizo una mueca—. Odio admitirlo, pero ni siquiera recuerdo para quién era el funeral. Lo que sí recuerdo es que mi padre, mi hermano Cecil y yo éramos los únicos dolientes junto a la tumba. Parecía que el difunto hubiera estado solo en el mundo, sin familia, sin amigos, excepto nosotros tres y el vicario. En cualquier caso, recuerdo las palabras del vicario con bastante claridad. Dijo que la otra vida era algo que cada persona tenía que afrontar sola, pero la muerte en sí no lo era. Continuó diciendo que uno de los deberes de un clérigo era administrar los últimos sacramentos, pero ese no era su único deber, ni siquiera el más importante, que era evitar que una persona moribunda estuviera sola. Recuerdo que pensé: «Qué honor ser la última persona en ver a otro ser humano que emprende su viaje hacia una nueva vida, asegurarme de que nadie se sienta solo al partir, incluso si en esta vida solo ha experimentado soledad». —Se encogió de hombros y bajó la mirada. Ella lo miraba con la boca abierta.

Ante su reacción, se sonrojó.

—Me está mirando como si acabara de decir algo... impactante.

—Oh, perdóneme, no era mi intención. —Su hermoso rostro tenía una expresión de desconcierto

—. Es solo que... —Magnus la miró fijamente: ahora era ella la que se estaba sonrojando. Por fin. Pero ¿por qué se sonrojaba justo ahora?

Negó con la cabeza, como para descartar lo que fuera que había estado a punto de decir. Magnus

se detuvo y le puso una mano en el antebrazo para detenerla.

—Espere. Es solo que... ¿qué? ¿Qué iba a decir? ¿Por qué ha guardado silencio?

Apretó los labios, como si no fuera a responder, pero entonces dijo:

—Es solo que pensé que sus razones serían guiar al pueblo hacia Dios o salvar almas o algo por el estilo.

Magnus se rio.

—Debe tomarme por alguien terriblemente pretencioso si creyó que diría una cosa así.

Las mejillas se le ruborizaron aún más y apartó la mirada, centrándose en sus propias manos.

—No, no, no es eso en absoluto.

Se inclinó hacia ella, sintiéndose mal por reírse de su respuesta después de habérsela sonsacado.

—Sé que no pensaría en algo tan poco caritativo, señorita Griffin. Solo estaba tomándole un poco el pelo.

En ese momento, levantó la vista y su rostro quedó apenas a un centímetro del suyo; había destellos dorados en esos ojos verdes que lo miraban. Una expresión que reflejaba pura agonía contorsionó sus perfectos rasgos y, de repente, lo tomó del rostro con las manos y apretó sus labios contra los de él.

Capítulo nueve

Melissa se sintió como si hubiera dejado de habitar su cuerpo y estuviera siendo testigo de un desastre. Un desastre causado por ella misma.

Había empezado a sentirse extrañamente aliviada cuando él le había explicado sus razones para entrar en la Iglesia: no quería que nadie muriera solo. Había estado a punto de romper a llorar. Melissa nunca lloraba. O al menos no lo había hecho desde aquel día: el día en que su madre la había vendido por menos de lo que Melissa ahora gastaba en un par de guantes.

Pero hoy, sin duda, había sentido ganas de llorar, no de pena, sino de la implacable belleza del hombre que estaba a su lado. No solo era hermoso por fuera, sino por dentro. Y, como la malvada destructora que se consideraba, aquella que despojaba de pureza a todo ser inocente, no podía quitarle las manos, o en este caso, los labios, de encima.

Él permaneció inmóvil como una estatua —una estatua cálida que inhalaba y exhalaba— mientras ella le deslizaba las manos desde la mandíbula hasta la nuca, atrayéndolo inexorablemente hacia abajo. Inclino la cabeza y le acarició los labios, flácidos por el beso, pero la acción lo hizo estremecerse y apartarse. O al menos lo intentó, pero Mel lo sujetó con fuerza, acercando su cuerpo al suyo cuando vio que no podía retenerlo. Lo acarició una segunda vez, esta vez en los brazos. Sin embargo, la apartó, con suavidad y firmeza.

Sus miradas se cruzaron. A ella le alegró ver que él también respiraba con dificultad, que su piel clara estaba profundamente sonrojada y que sus ojos, normalmente celestes, eran del intenso azul del océano. Vio cómo tragó saliva con fuerza y su mirada pasaba de su boca a sus ojos, hasta que volvió a centrarse en ella. Entonces dejó escapar un gemido, con una voz grave y animal, y una expresión atormentada mientras la acercaba más a él con los brazos, como si sus extremidades, en lugar de su voluntad, estuvieran controlando su cuerpo. Esta vez no se mostró indeciso. La estrechó contra él, su boca se inclinó sobre la de ella y la visitó con la lengua.

Mel metió las manos bajo las solapas desabrochadas de su abrigo, deseando desesperadamente que no hubiera una camisa y un chaleco que se interpusieran entre sus ansiosos dedos y su cuerpo. Recordó cómo lucía él, desnudo, mojado y excitado, bajo el sol, como si fuera una ofrenda pagana, y gimió, aferrándose a su lengua y chupándosela de la forma más sugerente que pudo. Muchos hombres se desmoronaban al llegar a este paso.

Pero el señor Stanwyck, al parecer, estaba hecho de una madera más dura.

La empujó y dio un paso tambaleante hacia atrás, rompiendo el contacto, y solo el gran cuerpo de su caballo le impidió alejarse aún más.

Se quitó el sombrero e hizo una mueca, cerrando los ojos con fuerza antes de abrirlos de nuevo.

—Lo lamento profundamente, señorita Griffin. No sé qué me ha pasado.

Se le escapó la risa antes de poder evitarlo y se mordió el labio, apenada por que se sintiera tan avergonzado. Extendió la mano para tomar la suya, para apretarla, para decirle que no se estaba burlando de él. Pero la expresión gélida en su rostro la detuvo.

—Deshonrar a mujeres jóvenes no es un asunto que me tome a risa, señorita Griffin —habló en un tono que ella nunca había oído: un tono hueco, frío y enfadado, casi divino, que sería perfecto para hacerte arder en las llamas del infierno.

De alguna manera había logrado convertir a este hombre afectuoso y cálido en un predicador del Antiguo Testamento.

—Lo sé —dijo ella, apartando la mirada de esos ojos que brillaban con el mismo azul que la

parte más candente de una llama—. Tiene razón.

Permanecieron en silencio, solo con el ruido de su respiración y el canto de los pájaros.

Se puso el sombrero en la cabeza y dijo:

—Muy bien. ¿Partimos?

—No es necesario que me acompañe. Puedo...

—Tonterías. —Levantó la vista al ver su tono, que una vez más era desenfadado, amable y decidido, aunque ahora podía apreciar las nubes que cubrían el azul de sus ojos.

Mel miró su antebrazo; luego, su rostro, y, al fin, le puso la mano sobre la manga.

Caminaron en un silencio incómodo durante unos minutos, hasta que el señor Stanwyck habló:

—Hoy todavía no he visitado a la señora Tisdale. ¿La ha visto?

El tema de la anciana hizo que el ambiente volviera a la normalidad bastante rápido.

—Sí, pero me temo que me fui un poco enfadada.

Él se rio entre dientes y el sonido relajó un poco la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Bueno, sería raro que no enfadara a nadie.

—Pero a usted parece no sacarle de sus casillas.

—Se equivoca —dijo, mientras con la mano libre jugueteaba, distraído, con las riendas, un gesto inquieto que desmentía sus palabras y su tono tranquilos—. Incluso ha conseguido que el vicario pierda su serenidad casi legendaria.

Mel se rio.

—Necesito saber qué hizo.

Los minutos restantes, hasta que llegaron a la bifurcación del camino, transcurrieron en una conversación ligeramente forzada.

—Pensé que se dirigía a la casa de la señora Tisdale —inquirió cuando se giró hacia ella.

—Así es, pero primero la llevaré a Halliburton Manor.

—Pero se desviará de su camino —protestó ella.

—Cierto —convino él—, pero a lomos de Friar llegaré en unos instantes.

Notaba por su tono que estaba decidido.

—He oído un rumor —dijo, cambiando de tema.

Un escalofrío de terror le recorrió la espalda.

—¿Ah, sí?

—Sí, tengo entendido que venderá algunas de sus elegantes prendas londinenses en el festival.

Mel suspiró, aliviada.

—Sí, ha oído bien.

—La noticia ha provocado gran júbilo entre la población femenina.

—Bueno, espero que nadie se haga demasiadas ilusiones. Me temo que no tendré nada parecido a un vestido de fiesta.

La miró fijamente.

—¿Ah, no? ¿Va a quedarse con esos?

—No tengo ninguno.

—Me sorprende.

—¿A qué se debe su sorpresa?

—Creía que en Londres no hacían otra cosa que asistir a bailes, comer helado en Gunter y pasear todos los días por Hyde Park.

Mel sonrió.

—Lamento decepcionarle, pero no hago ninguna de esas cosas.

—Pero seguro que acogió alguno de los bailes de temporada, ¿no?

Detectó una nota de incertidumbre en su tono, como si quisiera saber más sobre ella, pero no quisiera entrometerse. Por suerte, este era un tema en el que había pensado últimamente.

—No como tal —dijo—. Mis tíos tenían un pequeño círculo social, pero mi tío estuvo enfermo durante mucho tiempo y no parecía correcto deleitarse en esos momentos.

—Ah, parece complicado. —Casi podía oír cómo giraban los engranajes en su cabeza mientras buscaba otro tema—. ¿Y cómo pasas el tiempo?

Mel se preguntó qué diría si le dijera la verdad. El recuerdo de sus besos —apasionados, aunque un poco torpes— dejaba claro que tenía muy poca experiencia en ese aspecto, lo cual tenía sentido dada su profesión. No parecía el tipo de hombre que frecuentaba burdeles; Mel habría apostado una buena cantidad de dinero a que consideraba que el sexo antes del matrimonio era un pecado.

—¿La he dejado sin palabras o solo está ignorando mi desconsiderada intromisión? —preguntó en tono de burla.

—Ninguna de las dos cosas. Es que no hago nada fuera de lo normal —mintió—. Visito la biblioteca, de vez en cuando voy al teatro o ceno con amigos. —Eso era cierto, aunque todas sus amigas eran putas y los palcos a los que iba pertenecían a hombres que llevaban a mujeres que no eran sus esposas—. Nada emocionante.

—Desde luego, es más emocionante que Nueva Bickford.

—Sí, tal vez. Pero vine aquí a descansar y Nueva Bickford es ideal para eso.

—Casi me había olvidado de que estaba convaleciente —admitió—. Ahora se ve radiante.

Un silencio incómodo siguió a su sincera declaración. Melissa se dio cuenta de que era el tipo de cosas que probablemente les decía a las mujeres todo el día, sin ninguna incomodidad. Sin embargo, con ella...

Una vez más, fue él quien rompió el silencio:

—La entiendo cuando dice no extrañar la ciudad. Confieso que, en ocasiones, echo de menos algunas cosas que me ofrecía esa vida.

—¿Vivía en Londres? —Lo miró de reojo, aliviada al ver que miraba hacia delante. Su perfil era tan perfecto como el resto de él.

—No, pero viví en Oxford mientras estuve en la universidad.

—Ah.

—Vaya, parece el tono despectivo propio de un londinense al hablar sobre cualquier otra ciudad.

—Le dio un codazo y ella se puso rígida ante el toque casual. Él debió haberlo notado, porque caminaron en silencio hasta que doblaron la esquina y vieron la mansión.

—Bueno. —Ella se detuvo no muy lejos del rosal que conducía al camino de entrada—. Ya hemos llegado.

—Así es. —La miró con unos ojos cautelosos que ya no brillaban con afecto natural.

—Bien —dijo ella, tragándose la decepción y esbozando una sonrisa mientras le tendía la mano—. Gracias por acompañarme.

—Ha sido un placer. —Se inclinó sobre su mano, con un gesto suave y ensayado, casi como si lo hiciera todo el tiempo.

Mel lo observó montar a Friar y luego se despidió con la mano mientras se alejaba. No apartó la vista hasta que desapareció por la esquina.

Magnus se quedó mirando fijamente la oscuridad que rodeaba la habitación, incapaz de dormir, reviviendo una y otra vez en su mente los acontecimientos de la tarde anterior, tal como había estado haciendo casi constantemente desde que sucedió. Por lo general, era capaz de ordenar sus

pensamientos y pensar racionalmente, pero no cuando se trataba de ella, de *Melissa*.

Pensó en levantarse y vestirse, ir a la iglesia, dejarse caer de rodillas y pedir fuerzas, pero estaba tan excitado que dirigirse a un lugar sagrado con tal erección le parecía... profano.

Además, necesitaba dormir. Hoy había estado tan cansado que se quedó dormido durante su sesión de tutoría de la tarde. Y se había despertado con el miembro duro. Gracias a Dios había estado sentado detrás de un escritorio. No quería ni imaginarse la diversión que les habría proporcionado a esos dos chicos adolescentes si hubieran visto a su cura con una erección.

Gimió, con las manos apretadas a los costados, la polla palpitando, los testículos llenos a punto de estallar.

No tenía sentido. Tendría que conseguir algo de alivio o nunca podría conciliar el sueño. Sí, eso es lo que haría: no se deleitaría en el acto, sino que simplemente emplearía un enfoque práctico y profesional que...

—Oh, cállate, Magnus, imbécil —murmuró mientras tomaba aire con fuerza y se la rodeaba con las manos. Estaba tan cerca que no tardaría mucho. Se acarició, agarrando su miembro con tanta fuerza que le dolía, como si causarse dolor lo convirtiera en un acto menos pecaminoso. Como un monje católico mortificando su carne desobediente con un látigo.

Magnus apretó los dientes, pero no logró evitar que las imágenes de ella comenzaran a acumularse en su mente. Cada vez que eliminaba una, aparecían otras tres, como malas hierbas persistentes en un césped. Y todas eran producto de la lujuria. Dios, ¡cómo había disfrutado de tenerla en sus brazos y besarla! Con esos pechos generosos y firmes, una cintura tan pequeña que, al rodearla, sus manos casi se tocaban, y cómo le había chupado la lengua...

El cuerpo de Magnus se arqueó de un dolor delicioso y familiar, con los músculos de sus nalgas empujando y empujando y...

—Ah —gruñó, sus músculos se pusieron rígidos hasta que las violentas pulsaciones de su pene fueron lo único que se movía en su cuerpo. En la cabaña. En el mundo.

Puso el suficiente empeño para alcanzar la barbilla, y el chorro de líquido caliente le hizo poner los pies en la tierra con una velocidad despiadada. Mientras se desplomaba sobre la cama, con la mano todavía sujetándose el miembro, al que todavía le quedaba mucho para dejar de estar duro, supo que no podría dormir, y menos aún descansar. Ni esa ni la noche siguiente, hasta que pudiera convertirla en su esposa. Debería haberle confesado sus sentimientos ese mismo día, si no hubiera sido un maldito cobarde. Pero lo haría pronto. Tendría que decírselo pronto.

Capítulo diez

Querida Mel:

Te pido disculpas por la demora en responder a tus cartas. Sí, sé que me has escrito cuatro cartas y yo solo una. Debería haberme dado cuenta antes de que se trataba de una competición. Te alegrará saber que la vida sigue su curso, por lo general, sin incidentes. Laura se ha visto obligada a guardar cama debido a una enfermedad repentina. Está segura de que Hugo la envenenó. Naturalmente, Hugo encontró dicha acusación sumamente divertida.

«El veneno es el arma que usan las mujeres, cariño», respondió a su acusación, aprovechando una mañana que, al fin, se había dignado a bajar a desayunar con él. «Si un día te despiertas y descubres que te han cortado la cabeza, sabrás que fui yo».

Mel no pudo evitar reírse.

Aunque he de admitir que sus palabras fueron hilarantes, no fueron las más propicias para rebajar la tensión del ambiente, de modo que la he enviado a Clarendon para que se recupere, un precio que tendrá que pagar la Casa Blanca.

Mel dejó caer su taza de té con tanta fuerza que el platillo se rompió.

—Maldita sea.

Daisy, que había entrado en su vestidor sin que nadie la invitara a rebuscar entre su ropa, se limitó a reír.

—¿Hugo o Laura?

—Ambos —gruñó Mel.

Puedo oír tus aullidos de rabia desde Londres. Sé que no es la forma más barata de sacarla de casa, pero permitirá que se calmen las cosas. Además, estaba demasiado enferma para trabajar y solo estaba dedicando su tiempo a echar leña al fuego.

Hugo, por supuesto, está encantado.

—Cómo no —murmuró.

Para mi eterna gratitud y alegría, he descubierto que, cuando está feliz, puede ser muy cooperativo. Ha asumido la parte de las tareas que le corresponde a Laura sin quejarse.

—Claro.

Hablando de asuntos más serios, creo que deberías saber que cierto duque real ha pasado mucho tiempo aquí últimamente.

Mel se irguió en su asiento, apretando la mandíbula ante lo que estaba a punto de leer.

Sé que Hugo es responsable de sus propias acciones, pero le advertí encarecidamente que no lo hiciera. Por supuesto, no me hizo caso. No ha sucedido nada, bueno, nada fuera de lo normal en una situación como esta, ni tengo motivos para sospechar que pueda suceder algo, pero parece que hay un grado de peligro que no es necesario fomentar.

Mel estaba agradecida de que Joss pudiera hablar de un tema tan explosivo con tanta discreción. La verdad era que permitir que se produjeran actos de sodomía bajo su techo era un peligro para todos, pero, al mismo tiempo, varias personas muy poderosas, ricas e influyentes habían invertido en el futuro de la Casa Blanca precisamente porque permitía que se llevara a cabo esa actividad.

A ella, personalmente, no le importaba quién se acostaba con quién. De hecho, creía que habría menos guerras si los hombres dedicaran más energía al sexo en lugar de a la guerra. Estaba segura de que la frustración y la represión sexuales eran buena parte de todos los problemas a los

que se enfrentaba la civilización moderna.

Pero su postura no contaba con muchos adeptos, y tampoco era legal.

El castigo por lo que sucedía en algunas de sus habitaciones era la muerte. Pero eran adultos y todos conocían el riesgo que debían asumir. Sin embargo, jugar con un duque real era una buena manera de terminar en el fondo del Támesis. Los que estaban en el poder se dedicaban a hacer un seguimiento de la prole real. También creían que era su trabajo rectificar cualquier... problema que pudiera surgir. Preferiblemente antes de que surgiera. Mel sabía que un duque real que participaba en actividades homosexuales sería considerado un problema que ya se había salido de control. Si alguien iba a sufrir las consecuencias, serían Mel, sus empleados, su negocio y, con toda seguridad, Hugo. Esto era simplemente...

—Mira, ¿qué te parece? —preguntó Daisy, sacando a Mel de su ensimismamiento y deteniéndose frente a ella, luciendo el sombrero de paja más nuevo de Mel.

—¿Que qué me parece? —repitió Mel con el ceño fruncido—. Me parece que es mío, eso es lo que me parece.

—¡Pfff! No seas tan tacaña. —Daisy se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Mel, aunque ya se barruntaba la respuesta.

—Al pueblo.

—Serás discreta, ¿no? —No tenía sentido pedirle que suspendiera por completo sus actividades, pero la discreción...

—Lo prometo. —Se humedeció el dedo índice y lo dibujó en un patrón que Mel supuso que debía ser una cruz.

—¿Ya te has ocupado de todas las prendas que vamos a vender mañana?

—Sí, ya están embaladas y esperando en la sala de reuniones de la posada, junto con las de todos los demás.

—Y estarás allí mañana por la mañana para ayudar a preparar todo y...

—¡Caray, Mel! Que sí, allí estaré.

Le dolía la cabeza.

—Quizás es mejor que vayas terminando las cosas con tu amante, Daisy. Y dile a Jenny y a Sarah que hagan lo mismo. Nos iremos como estaba previsto, a finales de mes.

Daisy le dirigió una mirada indescifrable y por un momento Mel pensó que iba a discutir. En cambio, respondió:

—¿Y se lo vas a decir tú al cura o se lo voy a decir yo?

Mel apretó la carta entre las manos.

—¿Por qué lo preguntas?

Daisy puso los ojos en blanco.

—Porque mientras tú lo evitabas, él te acechaba. Como si no lo supieras ya.

Mel sabía que él la había estado buscando desde aquel día en la playa, hacía casi una semana. Pero no podía mirarlo a la cara, no porque estuviera avergonzada, sino porque simplemente se moría de ganas de tocarlo. Y eso la atemorizaba. La atemorizaba más que Hugo y sus travesuras reales, o la idea de que Joss acabara yéndose, o cualquier otra cosa que se le ocurriera. Se había enamorado por primera vez en su vida, y la había calado hasta los huesos. Se dio cuenta de que Daisy la estaba examinando como un cirujano a un paciente con una enfermedad mortal.

—Se lo diré mañana. Seguro que lo veo en el festival.

Daisy la miró con dureza, pero se fue sin mediar palabra, cerrando la puerta detrás de sí para dejar clara su opinión.

Mel suspiró aliviada. Estaba demasiado agitada como para estar cerca de alguien, especialmente

de alguien tan presumida como Daisy. Sabía que todos ellos, desde la señora Bunch hasta los lacayos, disfrutaban de ver a su jefa en un estado de agitación emocional. La famosa *madame* de la Casa Blanca, una mujer de la que se rumoreaba que había rechazado a Wellington (una historia muy exagerada que ella nunca se había molestado en corregir). Una mujer que era famosa, cuando prefería no estar sola, por su hábito de llevar a dos hombres o a una mujer a la cama. Este último rumor era cierto, pero había sucedido con tan poca frecuencia en los últimos cinco años que bien podría ser una mentira.

Mel tuvo que admitir que también le parecía divertido. Había caído tan bajo como una señorita de escuela. Ella, Hannah Baker, una mujer que había tenido tantos amantes que no podría contarlos ni aunque hubiera querido.

—Idiota. —Dobló la carta de Joss con furia y luego se lo pensó mejor. En lugar de eso, acercó la esquina a la vela más cercana y sostuvo las páginas hasta que casi se consumieron antes de arrojarlas a la chimenea fría. No importaba cuán cuidadosamente redactada estuviera la carta, era mejor borrarla de la existencia.

Magnus no vio a la señorita Griffin durante seis días, casi siete, y no por falta de esfuerzo. De hecho, visitaba a la señora Tisdale todos los días, lo que despertaba sospechas con su asiduidad. Le hubiera gustado decir que se debía a su devoción cristiana, pero la verdad era que quería encontrarse con ella.

Y no pudo ser.

Tampoco la vio en la ciudad. Vio a su tía, quien, tras insistirle cuidadosamente, le reveló que su sobrina no estaba enferma, sino ocupada con algo que no sabía precisarle y relacionado con Londres.

Quizá era mejor que no la viera porque, con toda seguridad, haría el ridículo. Tal como estaban las cosas, había planeado su estrategia con el cuidado de un general que planea una campaña. Daría el sermón al día siguiente y se encontraría ese mismo día con ella en el festival, así que le preguntaría si no le importaría esperarlo después de la misa. Tendría que figurarse por qué. Podía acabar con su sufrimiento negándose en rotundo o podía dejarlo en una nube hasta la tarde del día siguiente.

Ese había sido su plan hacía un par de días, pero en la mañana del festival de la iglesia había comenzado a cuestionar la sabiduría de este enfoque. La distancia y la ausencia no le habían servido para calmarse, sino más bien para sumirse casi en la locura de tanto pensar en ella. También lo habían convertido en un peligro para sí mismo y para los demás. Había caminado delante del carruaje de la señora Peevy, se había golpeado el pulgar con la puerta de la entrada y había dejado que su atención se distrajera mientras la señora Tisdale le hablaba; esto último era lo más peligroso para su salud.

Sus días habían sido desolados, pero sus noches... bueno, esas habían sido peores.

Cuando su cuerpo no le dejaba dormir, encendía una vela e intentaba leer. Cuando su cuerpo no le dejaba leer, sacaba su cuaderno de dibujo.

Eso dio lugar a docenas de bocetos de un mismo tema, muchos de los cuales eran, por decirlo de alguna manera, imaginativos, lo que, a su vez, hizo que su cuerpo estuviera aún menos interesado en dormir.

Había renunciado a resistirse a las incesantes exigencias de su cuerpo. Tenía dos opciones: masturbarse o hacerse daño a sí mismo o a otra persona por puro agotamiento.

Por desgracia, la masturbación no pareció aclararle la mente. Al menos no más de unas horas. Al sexto día después de su interludio, estaba completamente en carne viva y no había alivio a la

vista.

Además, casi había llenado su cuaderno de dibujo.

Bueno, hoy todo terminaría, de una forma u otra. Era la mañana de la fiesta y se había despertado muy temprano para visitar a la señora Tisdale. Su visita de ese día era legítimamente por el bien de la mujer mayor, y no por otros motivos más cuestionables.

Sabía que se avecinaba un día frenético y que le sería imposible verla más tarde. También quería ver a Sarah para asegurarse de que hubiera alguien que cuidara a la anciana cuando empezara el festival.

Cuando llegó, encontró a Sarah lavando los platos del desayuno.

—Buenos días, reverendo —le dijo por encima del hombro, lanzándole una de sus sonrisas pícaras, una sonrisa que, pensándolo bien, le recordó mucho a la tía de la señorita Griffin. Magnus se quitó de la cabeza ese pensamiento sin sentido.

—Buenos días, Sarah. ¿Cómo se encuentra la señora Tisdale esta mañana?

—Hoy está radiante la vie... —hizo una mueca—. Uy, la señora. —Dejó a un lado una sartén limpia y se apartó el pelo húmedo de la frente con el dorso de la muñeca. La acción atrajo la mirada del cura hacia su escote pronunciado, pero levantó inmediatamente la vista y la encontró sonriendo. A Magnus le pareció extraño que los sirvientes de Melissa fueran tan sencillos mientras que ella parecía, en su mayor parte, bastante formal.

—¿Qué decía, señor? —preguntó Sarah, sacándolo de sus cavilaciones.

—¿Cuándo partirá al festival?

—Ah, no, yo no voy.

—¿No?

—No, me quedaré aquí con ella.

—¿Ocurre algo? ¿No se encuentra bien?

—No, se encuentra mejor que bien. Pero no le gusta la otra mujer. —Señaló con la barbilla en dirección a la vicaría... Ah, la señora Dennis, la criada.

—Bueno, puede que sea cierto, pero no puede quedarse aquí para siempre. También necesita tiempo para usted misma.

Ella le lanzó una sonrisa descarada.

—No se preocupe, aquí tengo tiempo de sobra para mí.

El rostro de Magnus se sonrojó por razones que desconocía.

—Eh, bueno, si usted lo dice... —terminó sin mucha convicción.

—Además, disfruto escuchando las historias de la vieja urraca.

Magnus hizo una mueca.

—No estoy seguro de que le permita llamarla así, Sarah.

Ella se rio, provocando que su apretado corpiño se moviera.

Se obligó a mirarla a los ojos.

—¿Seguro que no le importa? Ya había hablado con alguien para que la dispensara.

—Estoy bien.

—Si no le importa que le pregunte, ¿qué tipo de historias le cuenta la señora Tisdale?

—Ah, pues ya sabe, esto y aquello. De su juventud, sobre todo. —Una mirada evasiva se deslizó por sus rasgos normalmente abiertos, pero desapareció con la misma rapidez.

—Bueno, me alegro de que se quede. Creo que a ella también le agrada usted.

La dejó con la limpieza y subió las escaleras para confirmar que la señora Tisdale se encontraba bien. Ella le hizo un gesto con la mano, concentrada en una caja de cartas viejas. Entonces, Magnus se dirigió a la plaza del pueblo, donde debía ayudar a preparar el festival.

Había esperado encontrarse con la señorita Griffin, pero no se encontró con nadie hasta llegar a la ciudad. Una vez que llegó al parque, la mañana pasó volando en un torbellino de crisis de último minuto y no fue hasta las once que la vio. Ella y la señora Trent estaban en su puesto clasificando la ropa en diferentes montones.

Magnus estaba a punto de ir a saludarlas cuando la señora Pilkington se abalanzó sobre él y lo arrastró para que lo ayudara con la sombrilla que protegía el puesto de sus hijas. Las tres niñas estaban vendiendo más muñecas de las que él había visto nunca juntas.

—Todas eran parte de nuestras colecciones —indicó Emily, la más joven.

Observó una muñeca de aspecto particularmente infame con un cabello rubio rizado que se parecía, para su sorpresa, al suyo. Entrecerró los ojos; el cabello tenía un aspecto...

—Marie le quemó el pelo con una tenaza —dijo Susan, la mediana, en voz baja.

—¡Susan! —El sencillo rostro de Marie se sonrojó hasta adoptar el color de una amapola.

—¿Qué? Es la verdad.

—¿No os importa venderlas? —preguntó, con la esperanza de evitar una discusión.

—Nuestra madre dice que ya estamos mayorcitas para jugar con muñecas —respondió Emily.

No sabía sus edades exactas, pero sabía que Marie y Susan eran lo suficientemente mayores como para que la señora Pilkington le hubiera dejado claro a Magnus que era su deber elegir a una de ellas como esposa. Sospechaba que Emily tenía cerca de dieciséis años.

—Cállate, Emily. —Era Marie de nuevo, quien se había proclamado responsable del puesto.

Emily parecía tan apenada y desamparada que le llegó al corazón.

—¿Cuál es tu favorita? —preguntó Magnus.

Miró a Marie y luego sacudió la cabeza. Posó la mirada en una muñeca que era solo una fracción del tamaño del resto. Una monada que llevaba una pequeña tiara, como una princesa.

—¿Cuánto cuesta esa? —preguntó, señalándola con el dedo.

Susan se burló.

—Oh, señor Stanwyck, ¿por qué querría una muñeca?

—Cállate, Susan —dijo Marie, avergonzada—. Quizá tenga una sobrina o una prima pequeña.

Él las ignoró.

—¿Cuánto, Emily?

Murmuró un precio y Magnus sacó su pequeño monedero de cuero.

—Toma —dijo, entregándole dos monedas pequeñas—. Quédate con el cambio.

Le temblaron los labios cuando le entregó la muñeca. Él sonrió y negó con la cabeza.

—La he comprado para ti, Emily.

—No puedes quedártela —la reprendió Marie, mientras tomaba la muñeca que Emily escondía detrás de ella—. Mamá se pondrá furiosa.

—¡Oh, señor Stanwyckyyke! —La voz penetrante de la señorita Agnes Philpot fue, por una vez, como música para sus oídos.

—Me temo que el deber me llama —dijo, escapando antes de que Emily comenzara a llorar o sus hermanas se quejaran.

La señorita Philpot necesitaba que nivelara la mesa donde ella y su hermana habían colocado las plantas de la casa. Una vez que terminó, tuvo que ayudar al vicario a resolver una disputa sobre qué grupo de músicos (se habían presentado dos) tocaría en el baile y cuál tocaría durante la fiesta. Cuando tuvo un momento libre, llegó el momento de montar su propio pequeño puesto, que en realidad solo consistía en una mesa, dos sillas y una sombrilla que podía inclinar para protegerse del sol.

Había esperado tanto que su puesto, tal como estaba, había terminado en el último lugar, lo que

le impidió ver el de Melissa. La señorita Gloria Philpot, su primera clienta, llegó antes de que tuviera la oportunidad de sacar los lápices y su cuaderno de dibujo.

—Me gustaría un retrato, señor Stanwyck.

Magnus recordó haberle hecho uno el año pasado, pero no le pareció que fuera de buen gusto señalarlo, así que le ofreció asiento y cogió su libro. La primera página que abrió estaba ocupada por una señorita Griffin desnuda. Cerró el libro de golpe.

—Ah, en este no me queda más espacio. —Fue a guardarlo de nuevo en su bolso, pero su voz lo detuvo.

—¿Puedo echar un vistazo a sus bocetos?

Una punzada de pánico le recorrió la espalda al imaginarse lo que podría pasar si le permitía hacerlo. Le dedicó una sonrisa de pesar.

—Me temo que los que hay aquí son solo rayajos que no están lo suficientemente pulidos como para compartirlos. —Mentira. Eran algunos de los mejores bocetos que había hecho en su vida, aunque todos eran fruto de su imaginación.

Después de la señorita Gloria, llegó el hijo del posadero, Joe Biddle, un hombre tranquilo que no había dicho más de tres palabras durante el tiempo que Magnus había estado en Nueva Bickford. Cuando Magnus le preguntó, bromeando, para quién era el retrato, Joe se ruborizó tanto que el resto de la sesión se desarrolló en silencio.

Para su sorpresa, la siguiente fue la señora Heeley.

—Quiero que me hagas uno para su cumpleaños. Será una sorpresa. —El cumpleaños del vicario era a mediados del mes siguiente.

—No he tenido la oportunidad de deambular un poco. ¿Cómo le va al resto de puestos? —le preguntó, sonriendo mientras ella desenvolvía algo (un dulce de algún tipo, sin duda) y mordisqueaba mientras él trabajaba.

—La concurrencia ha sido excelente, mejor que el año pasado. La señorita Griffin y la señora Trent son las más populares. —Su mirada se deslizó hacia el lugar donde se encontraba el puesto de lady Barclay. La esposa del hacendado tenía una expresión de disgusto y miraba con celos en dirección al puesto de Melissa.

Magnus hizo una mueca.

—Quizás pueda pasarme por el puesto de lady Barclay cuando haya terminado con su retrato.

—Excelente idea, Magnus —le dirigió una sonrisa pícar—. Tienes todos los instintos de un excelente vicario.

Después de terminar su retrato, les dijo a las dos personas que se acercaron a continuación que volvería en media hora e hizo un cartel para su mesa a tal efecto.

Había una mujer comprando flores cuando fue al puesto de lady Barclay, pero la esposa del hacendado casi la empujó a un lado cuando vio a Magnus esperando. Al igual que su cónyuge, era tan presuntuosa como lisonjera. Intentaba no juzgarla con dureza —tener un esposo así no debía de ser agradable—, pero ella no se lo ponía nada fácil.

—¡Ah, *mister* Stanwyck! —dijo *mister* como si se tratase de una broma privada que compartían los dos. Magnus sabía que gente como lady Barclay no podía comprender que una persona prefiriera el título de *mister* al de *lord*—. Tengo entendido que nos visitó la semana pasada. Qué vergüenza que no viniera a verme.

—Le pido disculpas. Me temo que tenía muchísima prisa ese día —mintió, apartando la mirada de ella para fijarla en los cubos que había llenado con flores recién cortadas—. Me gustaría comprar unas flores.

—¿Para alguien especial? —susurró de forma sugerente.

—En realidad, para varias personas. Me gustaría hacer algunos arreglos pequeños como agradecimiento para algunas de las damas que se han encargado en organizar el festival en su mayoría.

El rostro se le apagó y le cambió la expresión de tal manera que casi se sintió culpable por privarla de un nuevo cotilleo.

Charlaron sobre asuntos generales mientras ella preparaba cuatro ramilletes. Estaba terminando el último cuando llegó el hacendado.

—Por fin lo encuentro, Stanwyck. —Sir Thomas lanzó una mirada llena de diversión e hipocresía a las flores—. ¿Va a cortejar a alguien? ¿Quién es la afortunada? —Se rio entre dientes—. O las afortunadas, por lo que veo.

Su esposa soltó una risita nerviosa y Magnus le entregó las monedas que le había pedido.

—Gracias, lady Barclay. —Se volvió hacia su marido, a quien tenía que decirle algo—. ¿Ha venido a ayudar con las ventas, terrateniente?

Resopló.

—He venido a juzgar la feria de ganado.

Ah, sí, Magnus se había olvidado de esa parte, de la que se encargaban varios de los granjeros locales y sus esposas.

Miró al cielo, que empezaba a oscurecerse.

—Es un poco tarde, ¿no le parece? ¿Podrá acabar antes de la cena y el baile?

El hacendado estaba mirando algo por encima del hombro de Magnus.

—Thomas —dijo su esposa, dándole un codazo—, el señor Stanwyck te ha hecho una pregunta.

Sir Thomas apartó la mirada de lo que la había retenido, su frente se arrugó en una expresión que se parecía mucho a la incredulidad.

—¿Qué quieres? —le preguntó a su esposa en un tono descortés.

Magnus respondió:

—Solo decía que es bastante tarde para comenzar con el juicio. Al fin y al cabo, la cena y el baile darán comienzo en una hora.

El escudero pareció sacudirse.

—Sí, lo sé. Pero yo solo voy a juzgar a los caballos. El señor Leveret se ha encargado de los otros animales. —Su mirada volvió a posarse sobre el hombro de Magnus y apretó la mandíbula—. Bueno —dijo, lanzando a Magnus una mirada brusca e ignorando por completo a su esposa—, será mejor que me vaya.

Una vez se hubo marchado, otra pareja se acercó a la mesa y Magnus pudo darse la vuelta y mirar hacia donde el señor había estado mirando. La señora Trent debía haberse ido a alguna parte y los puestos que rodeaban el suyo estaban, por el momento, vacíos. La única persona que los miraba en ese momento era la señorita Griffin. Estaba charlando con dos chicas jóvenes que agarraban una prenda cada una, y debió sentir que la observaban porque levantó la mirada. Por un momento su expresión vaciló, pero luego sonrió y saludó.

Magnus se acercó a ella a grandes zancadas, sintiéndose un poco como un tonto con el brazo cargado de flores.

—Hola señorita Griffin; hola Sally, June.

—Hola, señor Stanwyck —respondieron las niñas al unísono y luego se echaron a reír. Las conocía de la escuela dominical, donde pasaban el tiempo riéndose y chismorreando.

—¿Qué habéis comprado? —preguntó educadamente, asintiendo correctamente con la cabeza cuando le mostraron sus productos—. Bueno, esto es para vosotras. —Le entregó a cada niña un ramillete de flores, pues pensó que las jóvenes probablemente los apreciarían más que la señora

Pilkington, la mujer que había hecho la mayor parte del trabajo, o la esposa del vicario, la mujer que se había asegurado de que la señora Pilkington no ahuyentara a todas las demás voluntarias. Las niñas aceptaron los ramos y a las risas se sumaron rubores y murmullos de palabras de agradecimiento.

—Y estos dos son para ti y la señora Trent —le dijo a Melissa cuando las niñas se fueron corriendo, sin duda con prisa por mostrarles a las demás lo que el reverendo Stanwyck les había dado.

Ella le sonrió y ladeó la cabeza.

—En realidad no iba a dármelos a mí ni a esas niñas, ¿verdad?

Magnus sonrió.

—Y bien, ¿qué se supone que debe responder un hombre ante una pregunta como esa?

Se rio con una alegría más rebotante de lo que él jamás había visto.

—Tiene razón, me limitaré a agradecerse. —Levantó el ramo e inhaló profundamente—. Son preciosas. Un producto del invernadero del terrateniente, según tengo entendido.

—Sí, ¿conoce a su esposa, lady Barclay? —Ambos se volvieron hacia el puesto de flores, que ahora estaba abarrotado de clientes.

—No he tenido el placer todavía.

Un nuevo par de chicas risueñas se acercó y comenzó a revisar las pocas prendas que quedaban.

—No parece que le quede mucho.

—No, creo que vendí toda mi ropa en los primeros diez minutos. Lo que queda es de mi tía. —Le sonrió de soslayo—. Me aseguraré de decírselo.

Magnus se rio.

—¿Y cómo le va con sus retratos?

Dio un paso atrás y miró hacia los últimos puestos, donde había una multitud apiñada. Le hizo una mueca.

—Hay una buena cola. Me temo que he estado eludiendo el trabajo y debo irme.

—Gracias —dijo, levantando las flores. Luego dudó un momento y añadió—: Espero que se siente con mi tía y conmigo en la cena.

—Será un placer.

Ante la respuesta, se sonrojó y se dio la vuelta, como si estuviera avergonzada. En cambio, Magnus sintió como si flotara de regreso a su puesto.

Daisy fue la primera en verlo.

La cena se sirvió bajo las estrellas, lo único que se veía en el cielo, a pesar de las terribles advertencias de lluvia.

Había mesas dispuestas por todo el espacio verde; incluso las mesas que habían servido para los puestos se usaban ahora para la cena. Lámparas y faroles de colores proporcionaban la luz, y las risas, la comida y la afinación de los músicos llenaban la noche. Melissa tuvo que admitir que era mágico.

Estaba mirando a su alrededor en busca de Daisy —a quien le había advertido con severidad que no la abandonara por su novio, Joe Biddle, al menos hasta la mitad del baile—, cuando una mano le agarró el brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

—Tenemos problemas, Mel.

Cuando se iba a dar la vuelta para mirarla, Daisy la detuvo.

—No, no te des la vuelta. Ven conmigo. —Prácticamente arrastró a Mel hasta el pequeño pabellón cubierto que habían destinado a un área de descanso para mujeres.

Una vez dentro, ambas fingieron examinar el dobladillo de Mel hasta que las tres mujeres que estaban en la pequeña área se fueron.

Melissa soltó el dobladillo y se volvió hacia Daisy.

—Por el amor de Dios, ¿qué...?

—He visto a uno de nuestros clientes aquí.

La miró fijamente.

—Y tampoco es que sea alguien celoso de su intimidad, sino ese miserable de sir Thomas.

Mel se llevó una mano a la boca y cerró los ojos.

—¡Qué idiota soy! Escuché el nombre, pero hay tantos hombres que se llaman Thomas que nunca imaginé...

—Lo sé —dijo Daisy—. Yo tampoco había reparado en ello.

Sir Thomas era uno de los pocos hombres a los que Melissa había tenido que expulsar del burdel a lo largo de los años. Ocurrió después de que abusara de una de las chicas más nuevas, una mujer tímida que había insistido en que ya había trabajado antes. Pero debía de ser inexperta, porque en lugar de armar un escándalo y huir del bastardo, había sufrido una salvaje violación anal de la que Mel solo se enteró cuando la mujer necesitó un médico.

Después de eso, los hombres de la puerta le dijeron dos veces a sir Thomas (Mel no creía que hubiera dicho su apellido nunca, la mayoría no lo hacía) que la casa estaba demasiado llena y lo invitaron a irse. Pero la tercera vez, causó un revuelo y exigió ver a Mel. Cuando ella le dijo por qué ya no era bienvenido, él lo negó todo y llamó a la chica, Lucy (que salió tan perjudicada del incidente que Mel la trasladó permanentemente a la cocina), zorra y mentirosa.

Si había una palabra que la enfadase mucho más que «puta», era la palabra «zorra». Los hombres como sir Thomas violaban a una mujer y luego la llamaban zorra. La palabra fue la gota que colmó el vaso, y Melissa hizo algo que rara vez hacía: alzó la voz y le dijo exactamente lo que pensaba de él. Al final, hicieron falta Hugo y otro hombre para arrastrarlo a la salida.

—Tenemos que irnos las dos —dijo Daisy, haciendo eco de lo que estaba pensando Mel—. Ahora.

Sería extraño que se marcharan sin más, sin decir nada, pero la alternativa era impensable.

—Ya le dije a Joe que necesitaremos que alguien nos lleve. Fue a buscar el carruaje de su padre y se reunirá con nosotras en las afueras de la ciudad.

—Oh, Daisy... ¿de verdad hace falta? Hay luna llena y seguro que podríamos ir a pie...

—Me gustaría despedirme.

Mel vio el dolor y el arrepentimiento en el rostro de Daisy, que normalmente solo irradiaba alegría, así que asintió.

—Por supuesto.

—Podemos irnos por la mañana. La señora Bunch y las chicas pueden encargarse de preparar el equipaje. Sir Thomas no conocerá a ninguna de ellas. —Vaciló—. Pero quiero que esta noche sea para mí y para Joe, Mel. —Su mirada era firme y suplicante a la vez—. Solo esta noche.

—Por supuesto —repitió Mel. Daisy le tendió la mano y Mel la tomó. Se abrazaron, como si se estuvieran despidiendo.

—Fue divertido mientras duró, ser una mujer normal —le susurró Daisy al oído.

A Mel le empezaron a doler los ojos al oír el tono desesperado de su amiga.

—Sabíamos que esto terminaría tarde o temprano, querida.

—No creí que dolería tanto —confesó Daisy.

Mel sintió una lágrima caliente deslizándosele por la mejilla.

—Yo tampoco, Daisy. Yo tampoco.

Capítulo once

Magnus estaba buscando a Melissa, pero intentaba que no se notara demasiado. El hecho de que la gente lo detuviera y le pidiese que la acompañara en su mesa dificultó aún más la búsqueda. Acababa de separarse de las hermanas Philpot cuando una mano pesada le tocó el hombro. Se giró y se dio de bruces con el hacendado, de modo que tuvo que esforzarse para fingir una expresión de simpatía.

—Sir Thomas, ¿me buscaba?

—No, en realidad estaba buscando a la mujer que vendía ropa usada. Mi esposa no sabía su nombre.

—Oh, ¿se refiere a la señorita Griffin?

Parecía sorprendido.

—¿Su nombre es *señorita* Griffin? ¿No *señora* Griffin?

—No, definitivamente es una señorita. ¿Quizás esté pensando en su tía? Aunque su apellido es Trent.

—¿Su tía?

Magnus se preguntó si el terrateniente estaría borracho y olfateó sutilmente el aire. Percibió un olor a cerveza, pero nada más fuerte.

Sir Thomas resopló, sin mirar nada en particular y con expresión de asombro.

—Y un cuerno.

—¿Terrateniente?

El viejo pareció recordar la presencia de Magnus. Le dirigió una de sus miradas lascivas, aquellas que siempre hacían que Magnus sintiera que necesitaba un baño caliente para limpiarse.

—Tendrá que disculparme, señor Stanwyck. Necesito ver a alguien.

Magnus lo vio alejarse y negó con la cabeza. El hombre no solo era repugnante, sino también extraño.

—Ah, aquí estás, Magnus.

—Hola, señor Heeley. ¿Me buscaba?

—Ven a nuestra mesa.

Magnus dudó un momento antes de decir algo que sin duda dejaría claras sus intenciones. Pero iba a declarársele mañana de todos modos, así que...

—En realidad, esperaba encontrar a la señorita Griffin y a su tía. Tenía previsto cenar con ellas.

El vicario parpadeó y luego le dirigió una sonrisa arrepentida.

—Me temo que no las vas a encontrar. La vi a ella y a su tía subiendo al carruaje de Joe Biddle. Deben estar de camino a casa. —Hizo una pausa y se mordió el labio—. Espero que no haya enfermado otra vez. Vino aquí para convalecer, pero nunca supe de qué.

¿Se había ido? Y sin decirle nada. Pero....

—Deberías hacerles una visita mañana.

Magnus asintió.

—¿Te sientas con nosotros?

Salió de su ensimismamiento y sonrió.

—Sí, sí, por supuesto que lo haré. Solo necesito guardar mis cosas y buscar mi cartera y luego estaré de regreso.

El vicario se alejó con lentitud hacia donde lo aguardaba su mesa y Magnus lo miró, atónito. Acababa de mentirle descaradamente al vicario. No tenía intención de volver. Iba a Halliburton

Manor. No podía soportar la espera hasta la mañana siguiente para saber si estaba enferma.

Solo estaba la señora Bunch en la mansión cuando Mel regresó a casa, y ya se encontraba en la cama.

Daisy entró a buscar algo a su habitación y luego regresó a la entrada, donde Mel se había sentado.

—Oh, mírate, todavía con el sombrero y la capa —dijo Daisy, deteniéndose frente a ella, con una bolsa de tela en la mano—. Te ha calado hasta los huesos, ¿no es así?

Mel no se molestó en negarlo.

—¿Necesitas que me quede? Puedo...

—No, ve con Joe. —Mel dudó y luego dijo—: ¿Vas a algún lugar privado?

—Sí, tiene una casita. Allí vive cuando no está ayudando en la posada.

Mel se puso de pie y la acompañó hasta la puerta.

—Deberías irte. Estaré bien.

—¿Estás segura?

Antes de que pudiera responder se escuchó un fuerte golpe.

Daisy se agarró los brazos.

—Oh Dios, ¿crees que es él, que viene a por ti?

La furia bullía en el pecho de Mel al pensar en ese hombre entrando a la fuerza en su casa, especialmente porque ya la estaba obligando a marcharse del pueblo.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Abrió la puerta de golpe.

Magnus esperaba fuera, con la mano levantada como si estuviera a punto de tocar otra vez.

—Gracias a Dios —suspiró Daisy.

Magnus se alertó de inmediato.

—¿Ocurre algo? —Miró por encima del hombro—. He visto que Joe está esperando afuera. Dijo que estaba esperando sus órdenes.

Mel se volvió hacia Daisy.

—Será mejor que no lo hagas esperar.

Daisy se fue sin mediar más palabra.

—Entre, señor Stanwyck.

Tenía la frente arrugada de la preocupación.

—¿Ocurre algo? —preguntó de nuevo mientras cerraba la puerta.

—Todo va bien —mintió—. Daisy se olvidó de que le había prometido un libro a la señorita Philpot y quería ir corriendo a casa a buscarlo. Y yo... —titubeó cuando entraron en la sala de estar—. Bueno, estaba cansada. —Se dio la vuelta y lo encontró de pie en la puerta abierta—. Entre, reverendo, y cierre la puerta.

—Tal vez debería marcharme. Sobre todo, si la señora Trent no está.

Mel se sentó en el sofá, repentinamente exhausta y demasiado cansada para discutir.

—Si así lo desea, adelante.

Pero en lugar de irse, se acercó al sofá, se puso en cuclillas y luego extendió la mano y le tocó la barbilla, inclinándole la cara hasta que tuvo que mirarlo a los ojos.

—¿Qué ocurre, Melissa?

Más tarde se diría a sí misma que fue oír cómo pronunciaba su nombre lo que la derritió. Pero era mentira, la había derretido desde el primer día que se conocieron: su caballero protector de cabellos dorados.

Lo que vio en su rostro hizo que la rodeara con los brazos mientras se acercaba para sentarse a su

lado, sosteniéndola como si fuera tan frágil como porcelana fina. Su mano le acarició la espalda y Mel se dio cuenta entonces de que la había tomado en sus brazos porque creía que necesitaba consuelo, mientras que la realidad era que lo deseaba por razones mucho más terrenales.

Se reclinó en el asiento lo suficiente para que ella pudiera verle el rostro, su expresión era tan dulce como cuando había depositado al pequeño Robbie en los brazos de su madre.

—Eres tan...

Mel lo besó, un beso suave y dulce que le decía todo lo que ella no podía decir. Sus ojos azules estaban sorprendidos, pero luego bajó los párpados y tomó su boca en un beso profundo y pausado que la sacudió hasta los huesos. La exploró con paciencia y minuciosidad; era el tipo de beso que siempre había imaginado que disfrutaban los jóvenes inocentes la primera vez que hacían el amor. Jóvenes que no habían sido vendidos a un hombre treinta años mayor que lo último que quería hacer era besar.

La lengua de Magnus la acarició, la veneró, aprendiéndose las curvas de sus labios, su boca e incluso el cielo rugoso y extrañamente sensible de la misma.

Se reclinó y sonrió.

—¿Te he hecho cosquillas?

Ella asintió, incapaz de hablar.

Le apartó el pelo de la sien con una expresión de alegría incontenible, y todo porque la había besado y la estaba abrazando, desarmando.

—No debería estar haciendo esto, Melissa, lo sé. Pero no podía esperar para preguntarte... —Se interrumpió, respiró profundamente y luego dijo—: Cuando me enteré de que podrías estar enferma... Bueno, para ser honesto, lo usé como excusa para desobedecer y venir aquí a una hora tan escandalosa. —La besó en la frente—. Te amo, Melissa. Sé que ha sucedido ridículamente rápido, pero quiero que...

Mel no podía. No podía oírle formular una pregunta que solo podía responder de una manera. Él le estaba ofreciendo abierta e inocentemente su corazón y querría el de ella a cambio. No tenía forma de decirle que lo único que podría darle era su cuerpo; su corazón se había convertido en polvo y esparcido por el viento hacía mucho tiempo.

Debería haberle pedido que se fuera, pero no podía. No sin darle lo único que podía darle: una noche de placer. Dentro de unos años, cuando fuera feliz con una esposa cariñosa y una numerosa descendencia, recordaría esa noche con afecto, aunque ya no pudiera recordar su nombre.

En un momento estaba en sus brazos, haciendo realidad todos sus sueños. Al siguiente, se había apartado.

—¿Qué ocurre, Melissa? ¿Te he asustado?

La mirada que le dirigió no era la cautelosa con la que lo había recibido en la puerta. Era diferente a cualquiera que le hubiera visto antes en el rostro y le provocó un escalofrío de sorpresa que le recorrió la espalda, un hormigueo que le alertaba del peligro.

Pero también le provocó otro escalofrío en la ingle.

Ella se agachó hasta el suelo, con un movimiento tan fluido y elegante como una onda en el agua.

—¿Magnus?

Él tragó saliva mientras ella le ponía una mano sobre cada rodilla, mirándolo a través de sus pestañas.

—¿Sí? —dijo, con un sonido similar al croar de una rana. Ella deslizó las manos por sus muslos,

excitándolo sobremanera. —¿Qué...?

Se detuvo y ladeó la cabeza.

—¿No te gusta esto?

Sus ojos se posaron en sus labios, que de repente estaban húmedos y fruncidos. Apartó la mirada y levantó la vista. Pero ella no lo estaba mirando a él, sino a su ingle, que estaba siendo muy consciente de su atención.

Empezó a tocarle los muslos, sus delgadas manos eran mucho más fuertes de lo que él hubiera imaginado, y su tacto... exquisito. Magnus sacudió la cabeza, le agarró las muñecas para que parara y le volvió a preguntar:

—¿Qué has dicho?

—Dijiste que me amabas, Magnus.

No esperaba oír eso y su voz era un susurro tembloroso.

—Y es cierto que te amo, Melissa.

Algo brilló en sus ojos, pero antes de que él pudiera identificarlo, ella se puso de pie, a horcajadas sobre su regazo, sin soltarse de su agarre.

—Magnus. —Se dejó caer sobre sus muslos, de modo que sentía su trasero cálido y firme a través de la combinación, y su posición era... bueno, francamente su posición era impactante.

—Melissa, no creo que...

—Shhhhh —le susurró al oído justo antes de comenzar a mordisquearle, besarle y, sí, lamerle la oreja.

—Esto está mal, Melissa. —Había querido sonar firme, autoritario, pero pareció más una pregunta.

Ella soltó una risita gutural, recorriéndole desde la mandíbula hasta el cuello.

—¿Cómo puede ser que algo tan maravilloso, entre dos personas que se aman, esté mal? —Sus labios se hundieron en su corbata y su boca se posó sobre su nuez. Y luego lo mordió.

Magnus gimió y dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá. Y entonces escuchó lo que le había dicho: entre dos personas que se aman. Luchó para abrirse paso a través de la neblina sensual que se volvía más espesa a cada segundo.

—¿Me amas? —preguntó, dándose cuenta de que en algún momento le había soltado las muñecas y ahora ella le estaba quitando la corbata.

—Sí, Magnus. Te amo. —Se movió ligeramente y su trasero, suave y respingón, le rozó accidentalmente el pene duro e hinchado.

Casi se le sale el alma del cuerpo.

—Ah, Dios, Melissa, no deberías, ¡eres...!

Pero lo repitió una y otra vez; Magnus se dio cuenta de que lo estaba haciendo a propósito. Antes de que pudiera asimilar qué significaba todo aquello, sintió cómo sus manos, cálidas y suaves, se deslizaban por su torso. De alguna manera, había logrado desabotonarle el chaleco sin que él se diera cuenta. Era como si le hubiera brotado un segundo par de manos.

—Eres hermoso, Magnus. —Lo besó hasta el cuello, deteniéndose en la clavícula, y movió el trasero casi... rítmicamente—. Y lo que estamos haciendo es hermoso.

Esas palabras atravesaron la densa niebla de la excitación y él parpadeó, usando sus manos, que había mantenido como un peso muerto a los costados, para sujetarla con suavidad, empujándola hacia atrás hasta que pudo verle el rostro. Se arrepintió al instante, porque tenía las mejillas ruborizadas; los labios hinchados, de un rojo más oscuro, y los párpados casi tan cerrados que solo dejaban vislumbrar estrechas medialunas verdes: era hermosa.

Magnus la deseaba tanto que le dolía, pero...

Negó con la cabeza.

—Melissa, querida, no puedo hacer esto contigo. No está bien que... —Intentó acercarse más, pero él la sujetó con firmeza.

—Por favor, Magnus, quiero decirte algo.

Dudó. Si la dejaba acercarse, no estaba seguro de poder encontrar la fuerza para resistirse otra vez.

—Por favor.

Él la soltó y ella se apretó contra él de una manera que solo podía atormentarlo.

—¿Magnus?

Exhaló temblorosamente al sentir sus pechos presionando contra su torso.

—¿Sí?

—No soy virgen, Magnus.

Ambos se quedaron inmóviles. Magnus, porque no esperaba dicha confesión, y Melissa, según supuso él, porque temía su reacción.

¿Cómo debía reaccionar? No estaba seguro. Tenía muchos pensamientos entrelazados, como la cesta de punto de su vieja nodriza, con docenas de hebras de hilo enredadas. Hubo una profunda decepción por no ser su primera vez, resignación, aceptación y la esperanza de que quien le hubiera arrebatado la virginidad lo hubiera hecho con amor y ternura.

—¿Te repugna? —le susurró, con el aliento cálido en el oído.

La apartó de un empujón, aferrándole los brazos con fuerza.

—¿Cómo puedes preguntarme algo así?

Melissa se sorprendió por la ira y el dolor que percibió en su rostro.

—No quería decir... —Se detuvo. ¿Cómo podía decir lo que quería decir? ¿Cómo?

Su expresión se suavizó.

—No debería haberme enfadado tanto por tu pregunta. Tal vez sea porque una parte de mí está enfadada porque no vamos a experimentar esto por primera vez juntos. —Sacudió la cabeza—. Pero no estoy enfadado; tendremos toda una vida para explorar nuestro amor mutuo.

La realidad la azotó como un látigo; había sido idiota al no darse cuenta. Estaba hablando de compartir su virginidad: él era virgen.

La acercó de nuevo y la besó en la frente.

—Sé que es un pecado hacerte el amor fuera del matrimonio, Melissa, pero soy humano y débil. Si vamos a casarnos, no me parece que esté tan mal. —La besó de nuevo, riendo suavemente y con pesar contra su piel—. No son las palabras que debería pronunciar un hombre de Dios. Soy codicioso y egoísta y... bueno, te deseo.

Mel se estremeció ante el anhelo que notaba en su voz. Una pequeña parte de su mente le decía que hacerle el amor sin intención de casarse con él era peor que mentir.

Pero no le importaba.

Seguía sentada a horcajadas sobre su regazo.

—Tócame, Magnus. Por favor. —El vestido se le había subido hasta las rodillas, separó las piernas y le tomó la mano para deslizarla debajo de las faldas, guiándolo hacia el muslo.

Su cuerpo se estremeció y tomó el control de la exploración, permitiendo que sus dedos exploraran y le acariciaran la piel cada vez más arriba, con un toque suave, pero decidido.

Melissa gimió suavemente cuando las yemas de sus dedos le rozaron la sensible piel de la parte superior de los muslos.

Mel sentía la respiración de Magnus entrecortada en la sien cuando posó la mano sobre los rizos

húmedos que cubrían su sexo.

—Me he imaginado tocándote así docenas, cientos de veces, Melissa. En mi imaginación es de día y puedo verte, entera.

Ella sintió que él tragaba saliva, mientras seguía explorando y le acariciaba con el dedo la comisura de sus labios hinchados. Ella se abrió más, deslizándose más abajo. Él gimió, la siguiente caricia lo llevó al extremo. Era todo lo que podía hacer para evitar frotarse contra su mano como un animal enloquecido.

—¿Te gusta? —preguntó, dejando de acariciarla por un segundo—. Debes decirme qué te gusta, cielo. Todo.

—Más fuerte —murmuró, atónita cuando su rostro se sonrojó al oír la palabra «cielo». Ella, una mujer que había hecho y dicho cosas indecibles y, sin embargo, nunca había sido el «cielo» de nadie.

Su dedo probó su calor húmedo.

—Ah, Melissa. —Sonaba reverente, y no se avergonzaba de memorizar su esencia y su forma con la mano—. Estás tan mojada, tan excitada... por mi culpa. —Su tono era maravilloso, y sus palabras eran las más sensuales que un hombre le había dicho jamás.

Su dedo volvió a tocar su clítoris y ella se estremeció. Mientras lo hacía, sintió que le besaba la fina piel de la sien.

—Este es tu clítoris, la fuente del placer femenino.

Lo rodeó con los dedos y se estremeció de nuevo. Él se rio entre dientes.

—He investigado un poco, aunque solo con libros. —Le volvió a besar la sien—. Nunca imaginé que sería tan placentero.

Sí que había investigado. Melissa se relajó con su tacto, rítmico, mientras le acariciaba con el pulgar la base de su sexo, y con los otros dedos jugueteaba con la entrada a su cuerpo.

Empezó a notar una tirantez familiar, de modo que su cuerpo se tensó y flexionó en anticipación.

—Sí —susurró ella, y su única sílaba de aliento provocó en él un gruñido—. Sí, por favor, Magnus. —Comenzó a estremecerse, la sensación le nubló todos los sentidos. Cuando se produjo la explosión, su cuerpo se puso rígido y luego se sacudió mientras las olas la golpeaban. Él apoyó la mano en su monte de Venus y la sostuvo mientras sus músculos internos se convulsionaban.

—Oh, Melissa. —Su voz era apenas un susurro—. Puedo sentir tu placer.

Experimentó el clímax más glorioso que había tenido jamás, abrazada con fuerza por él, como si fuera una posesión preciada.

Dios, lo amaba tanto que le dolía. Quería, no, necesitaba, sentirlo dentro de su cuerpo solo una vez antes de tener que dejarlo ir.

Mel salió del estado de aletargamiento y se puso de rodillas.

—Te necesito dentro de mí.

Ahora era él quien se había quedado paralizado. Por un momento, pensó que volvería a sacar el mismo tema gastado de antes, pero parecía haberlo agotado, y las manos torpes de ambos lucharon para contener su caída. Una vez que se deshizo de cierres y botones, se puso de pie, la levantó sin esfuerzo y luego la tendió con ternura en el sofá.

Melissa yacía sobre el sofá sin vergüenza, como la mujer lasciva que era, las rodillas dobladas, el vestido recogido hasta las caderas y los muslos separados para dejar a la vista su sexo.

Él respiró hondo; sus enormes pupilas se clavaron en su sexo.

Ella levantó las caderas para incitarlo.

—Tócame otra vez, Magnus.

Sus miradas se cruzaron mientras le deslizaba la mano por la pierna, sin detenerse hasta llegar de nuevo a su monte de Venus, a lo que gimió y puso los ojos en blanco de placer.

—Eres magnífica —sacudió la cabeza con asombro, con el rostro desencajado en una expresión cercana al dolor—. Eres tan hermosa, y tan querida, que duele mirarte, Melissa.

Le separó los labios con un dedo y la penetró. Su espalda se curvó formando un arco apretado y apretó la mandíbula mientras él se retiraba. Luego la penetró una y otra vez, con embestidas lentas y constantes.

—¿Te gusta?

Melissa abrió los ojos y lo encontró observándola, con la atención puesta solo en ella. Había mantenido relaciones sexuales a plena luz del día, frente a una habitación llena de hombres, desnudos, vestidos, ataviados con todo tipo de disfraces, pero nunca se había sentido tan expuesta.

No pudo soportar su mirada, llena de curiosidad y cariño, ni un momento más.

—Yo también quiero verte, Magnus —dijo cuando parecía que iba a tocarla hasta hacerla llegar al orgasmo con los dedos otra vez.

Ante su petición, le retiró la mano del cuerpo con evidente renuencia antes de quitarse las botas y luego bajarse la ropa de un solo empujón, como lo había hecho ese día junto al agua.

—El chaleco y la camisa también —dijo cuando se arrodilló con el torso todavía cubierto.

Él le dedicó una sonrisa.

—Qué mandona. —Se quitó el resto de la ropa tan rápido como había hecho con los pantalones, los calzoncillos y las medias.

Y luego se puso de pie frente a ella en toda su gloria divina.

Mel quería que se quedara allí de pie, que posara para ella, pero él ya estaba descendiendo entre sus muslos, con su miembro largo, duro y grueso y su pequeña hendidura rebosante de líquido transparente. Por ella.

Mantuvo una rodilla sobre el sofá y el otro pie firmemente plantado en el suelo. Se fijó en sus musculosos muslos: tenían un extraño patrón sin vello en la parte delantera y la parte interior que sabía que se debía a la fricción de su ropa de montar de cuero. Sus testículos estaban cubierto de vello rubio oscuro y ceñido a su cuerpo, su polla rígida y deseosa, la gruesa vena azul latía con tanta insistencia que podía verla desde su posición. Estaba preparado y listo y parecía que iba a explotar en cuanto lo tocara. Se estremeció cuando pensó en cómo él se había negado placer a sí mismo mientras se ocupaba de que ella disfrutara.

Se lo compensaría diez veces más antes de que terminara la noche.

Su cuerpo le había despertado un anhelo feroz que Magnus no recordaba haber sentido desde que era un niño e iba a la tienda de dulces con su niñera. Solo se le permitía elegir una cosa, solo una. ¿Cómo podía elegir qué parte de ella tocar primero?

—¿Magnus?

—¿Hmm? —Le resultaba difícil apartar la mirada de su piel rosada y resbaladiza. Había visto ilustraciones, tanto científicas como artísticas, pero ninguna de ellas hacía justicia a la realidad. A lo largo de los años había leído más de unos pocos libros; libros que entraban en detalles sobre cómo complacer a una mujer con la boca. Todas esas veces que se había sentado con algún codiciado y perverso tomo abierto, con su propio órgano reproductor duro y húmedo, se había dicho a sí mismo que estaba cumpliendo con su deber y estudiando para un futuro lejano, cuando tuviera esposa, una mujer a la que habría de instruir en las artes eróticas. Nunca se le había ocurrido que una mujer pudiera acudir a él con conocimientos y experiencia propios.

Magnus se sintió agradecido de haber sabido cómo hacerla estremecer y llegar al orgasmo con sus dedos; sabía que podía lograr lo mismo con la lengua, si ella se lo permitía. Le dolía el miembro al recordar su clímax. Había sido... exquisito.

Y quería hacerla llegar una y otra vez.

—Quiero verte.

Sus palabras, graves e insistentes, lo sacaron de su egoísta ensoñación. Se arrodilló para que ella pudiera ver su cuerpo e inspeccionarlo, aunque sospechaba que también lo había hecho el día que lo vio en la playa.

—Tócate.

No pudo haberla escuchado bien.

—¿Perdón?

—Quiero ver tu mano alrededor de tu erección. Enséñame lo que has estado haciendo mientras pensabas en mí en tu casita de cura.

A Magnus le sorprendió que los ojos no se le salieran de las órbitas. Se le ocurrió que tal vez no fuera el único que había estado leyendo libros e investigando. Miró sus labios tiernos y sus párpados pesados, y deslizó una mano alrededor de su miembro.

Al verlo, los labios se le curvaron en una sonrisa indescritiblemente sensual que casi lo hizo enloquecer. Tuvo que dejar de acariciarse, lo que provocó que ella le lanzara una mirada altiva.

—Me temo que si sigo haciendo eso... —Buscó el término menos vulgar.

Mel extendió los brazos.

—Hazme tuya, Magnus. Por favor, te deseo. —Separó aún más los muslos en señal de invitación.

Su cuerpo sabía qué hacer; sus músculos y tendones se movían con una confianza tan natural como respirar y tan ancestral como la humanidad.

Ella levantó las caderas y Magnus se colocó en su entrada y dudó.

—Por favor.

Ante su petición, empujó, pero se detuvo cuando hubo metido la punta, saboreando esa exquisita sensación.

—Oh, Melissa.

—Más. —Sus músculos internos se contrajeron y él se estremeció y empujó más adentro.

Levantó las caderas para recibirlo, le agarró las nalgas, tirando de él con una fuerza encomiable, y finalmente gruñó con una satisfacción animal cuando notó que había llegado hasta el fondo.

Estaba dentro de ella, tan dentro como podía. Quería detenerse, tomarse un tiempo para apreciar la maravilla de sus cuerpos tan íntimamente unidos, pero ella se apretó contra él, hasta que chocó con sus caderas. Se retiró con una lentitud tortuosa y luego se hundió en ella, haciéndoles gemir a ambos.

Sabía lo que ella quería, lo que ambos querían, y comenzó a poseerla con embestidas profundas y poderosas. Podía sentir que perdía el control antes de que apenas hubiera empezado. Todo terminaría antes de que hubiera comenzado si no...

—Disfruta, Magnus. —Lo rodeó con las piernas y ambos siguieron un ritmo: Melissa se tensó cuando él entró y se relajó cuando salió. Sus cuerpos ya se conocían y le asombraba que encajasen con tal perfección. Era exquisito; no se parecía a nada que hubiera imaginado jamás.

Magnus se fijó en el punto donde sus cuerpos se unían, donde su longitud, roja y resbaladiza, se hundía en sus rizos castaños, estirando sus delicados labios rosados.

La visión erótica lo catalizó y comenzó a corcovear y embestir, incapaz de detener el clímax que tomó el control y le atravesó el cuerpo. Explosiones blancas estallaron detrás de sus párpados

mientras le agarraba las caderas con avaricia y se embestía contra ella una última vez, manteniendo su cuerpo quieto mientras se vertía profundamente dentro de ella.

Se había quedado dormido mientras todavía estaba dentro de ella.

Melissa quería quedarse así para siempre. Encajaban con una perfección que la llenaba de asombro. Y miedo. Y un dolor desgarrador que le retorció las entrañas hasta convertirlas en un nudo apretado.

No podrá ser tuyo. Nunca.

Apartó ese horrible pensamiento y se concentró en el momento. En ese instante, estaba acostada debajo de su amante, el hombre al que tan tontamente se había permitido amar, y él estaba enterrado dentro de ella.

Aunque había eyaculado, no se había ablandado del todo. Era como si su cuerpo estuviera dispuesto a recuperar el tiempo perdido.

Ah, y qué cuerpo. Le resultaba pesado ahora que estaba sobre ella, aplastándola, pero también delicioso. Lo dejaría dormir un poco más y luego lo despertaría con cuidado.

Por un rato, se dejó seducir por un sueño superficial y sensual junto a él, pero el tictac del reloj de la repisa era un triste recordatorio de que la noche seguía su curso y no quería desperdiciar ni un momento durmiendo.

En lugar de eso, lo acarició suavemente; su tacto lo hizo moverse y murmurar en sueños, y se acomodó más sobre ella, cubriéndola.

Al día siguiente era domingo y pronto se despertaría y se daría cuenta de ello. Y en el momento en que lo hiciera, comenzaría a alejarse. En su mente, sería una separación temporal, solo hasta que fueran marido y mujer. Podría haber cometido un desliz esa noche y cedido a las demandas de su cuerpo, pero esta sería la primera y última vez que mostrara tal debilidad. Solo cuando estuvieran unidos en matrimonio podrían volver a unirse en cuerpo. Melissa estaba tan segura de ello como de que saldría el sol esa mañana.

Él se había rendido esa noche, pues sus necesidades físicas le nublaban la conciencia, pero también sospechaba que una de las razones por las que había cedido a su lujuria era más turbia que los pensamientos con los que estaba acostumbrado a lidiar: si se acostaba con ella, eso la uniría a él.

Supo leerle tal pensamiento en el rostro, claro y honesto, y se aferró a él con fuerza, usándolo para conseguir lo que quería: que estuviera dentro de ella.

Mel cerró los ojos. No podía dejar que se fuera, todavía no. La mejor manera de retenerlo cuando despertara era nublarle los sentidos con placer, y en eso era toda una experta.

Entonces, comenzó a contonear las caderas, con movimientos pequeños y circulares, mientras controlaba sus músculos internos, tal y como le habían enseñado a hacer hacía tantos años. Sabía por experiencia que el movimiento sutil era suficiente para endurecer incluso el órgano masculino menos receptivo, y ya había comprobado que ese no era precisamente el caso de Magnus.

Quería excitarlo, pero no despertarlo. Todavía no.

Se permitió sonreír satisfecha cuando notó que su polla se movía dentro de ella. Ah, ahí estaba.

No tardó nada en alcanzar su máximo esplendor, con la gruesa vena palpitando contra la sensible piel de su entrada. ¿Podría hacerlo llegar al clímax mientras dormía?

Pero le bastó con una mirada a su hermoso rostro y a sus párpados temblorosos para saber que no sería posible.

Melissa lo observó con avidez mientras recorría su lento y lánguido viaje hacia la superficie de la

conciencia. Sus ojos se movían rápidamente detrás de sus párpados, como lo habían hecho en la playa. Un momento después, abrió espacio los ojos y la sorpresa le brilló en la mirada. Pero en lugar de estupefacción, esta vez las comisuras se le arrugaron y los labios se le curvaron en una sonrisa perezosa y lujuriosa.

—Estoy tan agradecido de haberme despertado justo a tiempo. Qué malvada. Pensabas empezar sin mí.

Ella le ofreció su boca y él la besó profundamente y lánguidamente, mientras sus caderas empezaban a moverse. Se miraron a los ojos y sus cuerpos funcionaron como un solo mecanismo, empujando y flexionando, empujando y flexionando.

Melissa nunca había llegado al orgasmo mientras la penetraban.

El hombre que la había comprado y entrenado todos esos años atrás no había perdido el tiempo en las necesidades de su cuerpo: ¿por qué iba a importarle a un hombre que su puta sintiera placer?

El acto sexual, si es que así se lo podía llamar, era sencillo: ella lo excitaba (cosa que no era tarea fácil) y luego lo montaba como a él le gustaba. Luego se quedaba dormido y lo dejaba en paz hasta que la deseara de nuevo.

Más tarde, cuando se hizo mayor y tuvo libertad a la hora de escoger amantes, consiguió llegar al orgasmo, por supuesto, pero nunca durante el acto en sí.

Pero en ese momento, mientras trabajaban juntos para complacerse el uno al otro, el placer se le acumulaba y le subía desde los dedos de los pies. Sus propios sentimientos se intensificaron al ver cómo respondía su cuerpo ante ella: la piel le adquirió un rubor sexual revelador, la respiración se le aceleró y el cuerpo, ya duro y musculoso, se endureció aún más a medida que la sangre le bombeaba cada vez más rápido, con la piel aterciopelada resbaladiza por el sudor y tensa bajo sus manos.

Mel catalogó sus reacciones para almacenarlas y disfrutarlas en los años de sequía que se avecinaban, memorizando con avidez cada respiración, cada estremecimiento y cada embestida. Quería que continuara así para siempre, pero sentía que estaba perdiendo el control. Por primera vez (y probablemente la última) con un amante, soltó el dominio absoluto que ejercía sobre sus emociones. Se entregó a él por completo, recibiendo embestida a embestida.

—Te amo, Melissa —le susurró al oído mientras los llevaba a ambos al límite.

Se abrazaron con tanta fuerza que no podía distinguir los latidos de su corazón de los de él.

Un pensamiento se hizo hueco a través del placer, nadando a contracorriente con esfuerzo, como un pez en el río: si esto nunca termina, nunca tendré que dejarlo.

Pero el pensamiento, como el pez, desapareció en la corriente.

Magnus sintió que el tiempo apremiaba. El ritmo del reloj sonaba, de forma escalofriante, como una voz: *Vete ya, vete ya, vete ya.*

De mala gana, exhaló y abrió los ojos. Ella lo estaba mirando fijamente.

Él sonrió y le besó la nariz.

—Odio decir esto, pero debo irme, mi amor. —Ella parecía tan desolada que él añadió—: Solo durante unas horas. —La besó de nuevo—. ¿Me acompañarás hoy después de la iglesia? Podemos ir a ver a la señora Tisdale juntos. —Sonrió—. ¿Crees que se sorprenderá cuando le contemos la noticia?

Ella le devolvió la sonrisa, pero estaba triste.

—Ven —dijo, incorporándose y abrazándola con un tono persuasivo—. Sabías que tendría que irme. Hemos tenido suerte, pero tu tía puede volver en cualquier momento. —Miró el reloj y

frunció el ceño—. Me sorprende que no haya vuelto todavía.

Ella se apartó de su abrazo y se puso de pie.

Magnus la miró.

—Me temo que tu vestido está tan arrugado que no tiene remedio. ¿Me odiarás por eso mañana?

Soltó una risa desanimada y comenzó a recogerle la ropa del suelo, que, en el fragor del momento, había esparcido por toda la habitación.

Magnus le quitó la camisa y la sacudió antes de ponérsela. Se colocó el pañuelo que llevaba en el cuello.

Ella le entregó su chaleco y, al fin, sonrió de manera genuina.

—Este chaleco también tiene una rasgadura. ¿Acaso todos tus chalecos están desgarrados?

Él extendió la mano para coger el chaleco, pero en lugar de eso la agarró a ella, la acercó y le robó un beso.

—Sí, y la mayoría de mis pantalones, abrigos y ropa interior. Te mantendré ocupada remendándolos.

Ella le besó el pecho donde tenía la camisa abierta y luego se giró para buscar el resto de sus cosas. En muy poco tiempo estuvo vestido y listo.

Mientras caminaban hacia la puerta, él se detuvo y se volvió hacia ella.

—No puedo evitar sentir que estás triste. ¿Te arrepientes de lo que hemos...?

—¡No!

Su rotundidad los sorprendió a ambos. Ella negó con la cabeza y repitió, más suave esta vez:

—No. No me arrepiento de nada. —Su boca se curvó en una media sonrisa—. Solo de que todo haya acabado tan pronto.

Él le tomó el rostro entre las manos y la besó con gran sentimiento.

—Nos veremos en apenas... —consultó su reloj— nueve horas. —La besó una última vez—.

Aunque he de admitir que me parecerá toda una eternidad.

—Sí —dijo mientras abría la puerta—. Toda una eternidad.

Capítulo doce

Londres

Seis semanas después

Fue sorprendente lo rápido que Mel volvió a su rutina diaria. Pasó una semana antes de que se diera cuenta. Y luego otra, y otra. Pronto había transcurrido un mes.

Aunque Daisy nunca dijo una palabra, Melissa sabía que a la otra mujer le había sorprendido su capacidad de sacar a Magnus de su vida y de su corazón.

Una parte de Mel, la parte que mantenía encerrada en los rincones más oscuros de su mente, estaba de acuerdo con la evaluación de Daisy: resultaba inhumano.

Pero, por otra parte, también era su forma de mantenerse cuerda, porque en el momento en el que se permitiera recordar a Magnus comenzaría a desmoronarse. Y Mel temía hundirse por completo.

Así que, en lugar de eso, se centró en el negocio.

No tardó en contratar a varios empleados nuevos para preparar la ampliación al nuevo edificio, agradecida, en ese momento, de que el comportamiento de Laura la hubiera presionado para seguir adelante con el plan. Laura y Hugo se comportaban con admirable moderación, al igual que el resto de los sirvientes, excepto Daisy, que había vuelto al trabajo y luego sucumbió a una gripe que Mel sospechaba que tenía más que ver con la apatía que con una enfermedad propiamente dicha. Pero Daisy pagó su alojamiento, así que Mel no tuvo que presionarla, aunque ambas sabían que aún no se jubilarían. Al menos quedaban otros cinco años más, creía Mel, hasta que su amiga pudiera dejar de trabajar y tener lo suficiente para seguir adelante.

En cuanto a ella misma, bueno, la mejor manera de predicar era con el ejemplo, así que estaba considerando aceptar clientes por primera vez en años. Después de todo, ¿por qué había estado reservándose?

Era una prostituta que tenía un burdel, vivía en un burdel y solo se relacionaba con otras prostitutas y con los hombres que les pagaban. Ya era hora de que lo aceptara. La distancia que había intentado mantener entre ella y los demás que trabajaban para ella había sido arrogancia, o, como mínimo, esnobismo.

Nadie que trabajara en la Casa Blanca (bueno, excepto quizás Hugo, porque quién sabe qué diablos se le pasaba por la cabeza) disfrutaba intercambiando sexo por dinero. Pero así era la vida, ¿no? Todo el mundo tenía que hacer cosas que no le gustaban. Ni siquiera la realeza estaba exenta. Ejemplo de ello era Prinny, obligado a casarse con una mujer que lo odiaba tanto que preferiría clavarle un hacha en la frente antes que dignarse a mirarlo.

Al pensar en Prinny se acordó del asunto real del que Joss le había advertido en su carta hacía ya varias semanas. Había estado posponiendo hablar con Hugo porque sabía que sería una conversación difícil y probablemente desagradable. Pero llevaba allí casi seis semanas; ya era hora.

Hizo sonar la campana y una criada le respondió casi de inmediato.

—Dile a Hugo que me gustaría verlo.

La criada, una chica nueva cuyo nombre Mel no parecía poder recordar, hizo una reverencia y se escabulló.

Se acercó al aparador y se sirvió un generoso trago de brandi, pero cuando se llevó el vaso a la

boca, se echó para atrás. Olió el vaso, pero había algo... raro.

La puerta se abrió y, cuando se giró, encontró a Hugo con los hombros caídos en la entrada.

—Por favor, adelante —dijo en un tono seco.

Sonrió y cerró la puerta detrás de él.

—¿Querías verme?

—Qué... rápido.

Se encogió de hombros, un gesto sinuoso, como todos sus movimientos. Si su comportamiento hubiera sido consciente, habría sido menos efectivo, pero su cuerpo era músculo sólido y se movía con una gracia sorprendente en una persona cuyos modales eran tan desgarrados.

Levantó el vaso que sostenía.

—¿A ti te huele mal esto?

Hugo lo olió con una nariz que era mucho más grande de lo que su cara requería.

—No, huele bien.

Se estremeció.

—¿Lo quieres? No lo he tocado.

Tomó el vaso con expresión dubitativa.

—¿Te duele el estómago otra vez?

—No. —Mel odiaba que todos supieran de sus asuntos privados, pero resultaba imposible ocultarlos cuando tosías sangre mientras cenabas con tus empleados.

Señaló los pesados sillones de cuero dispuestos frente a la chimenea. Apenas era septiembre, pero por alguna razón tenía frío, así que le había pedido a la criada que mantuviera el fuego encendido en todas sus habitaciones.

—Creo que sé de qué quieres hablar —dijo Hugo.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Tu malhumorado socio, Joss, estaba muy disgustado con mi nuevo amigo, lo cual me parece sumamente irónico en un hombre que hace poco se ha fugado con una de las aristócratas más notorias de Gran Bretaña.

—Yo que tú no hablaría de Joss y sus asuntos —dijo, moviéndose irritada en su silla, incapaz de ponerse cómoda—. Y te aseguro, Hugo, que él mostró mucho más entusiasmo que yo respecto a tu comportamiento.

Sus finos labios se curvaron en lo que él entendía por una sonrisa.

—Bueno, no tienes de qué preocuparte. Nuestro *invitado especial* ya se fue.

Mel resopló.

—Si crees que eso significa que no tenemos que preocuparnos de él, entonces no eres tan inteligente como crees.

Se encogió de hombros y tomó un sorbo, con una expresión de puro placer sensual mientras el costoso brandi le recorría el gástrico.

—Sé que hay gente que ha sufrido por el vigoroso ritual de limpieza que emplea el poderoso guardián de mi amigo, pero este no es el tipo de cosas que mi amigo querría sacar a la luz. —Hugo sonrió con sorna—. Créeme, se llevará nuestro pequeño secreto a la tumba.

Mel lo estudió mientras consideraba lo que Hugo realmente estaba diciendo: no solo había dejado que el duque se lo follara, también se había acostado con un miembro de la familia real.

Tuvo que admitir que tenía razón, incluso un miembro de la realeza tendría dificultades para evadir un duro castigo por algo así.

Hugo ladeó la cabeza y la miró por debajo de sus párpados habitualmente caídos, otro gesto que podría haber parecido un artificio si no supiera que el muchacho parecía tener sueño por

naturaleza sin importar la hora del día o lo que estuviera haciendo.

En un instante de terror, se le ocurrió que tal vez estaba *chantajeando* a su duque real para asegurarse su silencio.

Cerró los ojos al pensarlo. No, ni siquiera podía contemplar dicha posibilidad.

—Tienes curiosidad, ¿no? Quieres hacerme preguntas.

Mel abrió los ojos y vio que su boca se inclinaba en una sonrisa maliciosa que unía sus rasgos desiguales en algo hipnótico y cautivador.

—Te gustaría saber todos los detalles... cómo me sentí al tener tanto poder a mi merced. Cómo me sentí al tener a un hombre que algún día podría ser el rey de rodillas chupándome la polla.

Mel no pudo evitar reírse y la sonrisa sensual de Hugo se tornó en una sonrisa burlona.

—Te lo diré, cariño, pero solo sobre mi almohada.

Melissa resopló.

—No me acuesto con mis empleados, Hugo. —Sobre todo con aquellos en los que no podía confiar.

—Te acostaste con Joss.

Se enderezó en su asiento.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El mismo. —Lo miró con incredulidad y Hugo se rio—. Está bien, es mentira. Solo lo suponía, pero por tu reacción intuyo que he acertado.

Mel estiró el cuello, preguntándose por qué estaba tan agarrotado.

Hugo se inclinó hacia delante y dejó su copa sobre la mesa. Había separado las rodillas, los pantalones de montar de cuero negro, que eran un artificio, se estiraron tensos mientras apoyaba los antebrazos sobre los muslos, inclinándose hacia ella. Llevaba unas botas negras tan lustradas que tenían un brillo cristalino, una camisa de muselina negra, un chaleco de seda mate... sí, también negro, y un chaqué que le quedaba como brea vertida sobre su espalda y hombros, delgados pero anchos. En lo que a afectos se refiere, Melissa pensó que funcionaba a la perfección. Una prostituta de éxito siempre necesitaba una firma, algo distintivo, y esa era la de Hugo: el prostituto de negro. ¿Y la característica de Mel? Bueno, siempre había sido su reserva. Eso, junto con su selectividad, la había convertido en un producto por el que los hombres estaban dispuestos a humillarse con tal de poder adquirirlo.

—Te pagaré.

Mel parpadeó y lo miró fijamente a la cara. Ya no sonreía.

—¿Cómo dices?

—Tengo entendido que estás barajando la posibilidad de aceptar clientes de nuevo. Me gustaría ser uno de ellos. El único, a ser posible.

Mel echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Lo que te gustaría es echarle el guante a mi parte de la Casa Blanca, no a mí.

Él sonrió, sin sentirse insultado por su acusación.

—¿Acaso no puedo querer echaros el guante a ambos? —Se puso de pie y se acercó a ella, con la parte delantera de sus pantalones hinchada de una manera que delataba que tal vez sí la deseaba, después de todo. O tal vez era simplemente el tipo de hombre que se excitaba con el dinero.

—¿Y quién te dijo que estaba pensando en aceptar clientes? —preguntó.

—Nunca lo diré. —Se sentó en el brazo de su sillón, de alguna manera capaz de salirse con la suya sin que ella lo empujara. Se inclinó hacia Mel y le pasó un dedo por la mandíbula, sus ojos pesados lo suficientemente cerca como para que pudiera ver que parecían completamente negros. Los miró fijamente, tratando de hacerse una idea del hombre que se escondía detrás de ellos.

Pero Hugo era un caballo oscuro tanto por dentro como por fuera, y se mantenía tan escondido detrás de un muro de ilusión que se preguntó si siquiera existía independientemente de su fachada.

Sus labios delgados y desdeñosos se curvaron en una sonrisa que de alguna manera logró ser una de las más sensuales que Melissa había visto jamás. Aunque, por supuesto, no podía compararse con la dulce, lúcida y alegre expresión de amor de Magnus.

Oh, Melissa, querida... no abras esa puerta, la reprendió una voz burlona en su cabeza.

No, sería mejor que dejara a Magnus justo donde estaba: lejos, muy lejos de ella.

Las siguientes palabras de Hugo la alejaron de esos pensamientos deprimentes:

—Quiero pagarte, quiero ser tu cliente.

La mano de Mel descansaba sobre el pequeño espacio que Hugo no ocupaba con su cuerpo. Él le rodeó la muñeca con los dedos y ambos miraron hacia abajo. La única parte del cuerpo de Hugo Buckingham que era innegablemente hermosa (bueno, aparte de su pene, que era, Mel tuvo que admitirlo, algo digno de contemplar) eran sus manos. Como el resto de él, eran largas y bien formadas, y su fuerza quedó latente cuando le apretó la muñeca y le llevó la mano hacia su impresionante erección.

Mel la rodeó con la mano y la sujetó con tanta fuerza que lo hizo sisear, con las fosas nasales dilatadas, ya fuera por el dolor o la excitación, o ambas cosas; con Hugo nunca se sabía. Sonrió y se inclinó hacia ella, con los labios entreabiertos para tomarla.

—No puedes permitirte mi compañía, Hugo, querido. —Le dio un fuerte apretón en la polla que lo hizo levantarse del brazo de su silla lo suficientemente rápido. Pareció sorprendido por un momento, pero no se enfadó. Nunca lo había visto enfadado y esperaba no verlo nunca.

En cambio, se rio, con un sonido gutural y sensual que logró que incluso el corazón sin vida de Mel latiera un poco más rápido.

—Te adoro, Melissa. Un día te darás cuenta de que soy el hombre perfecto para ti, tu compañero ideal. Somos dos caras de la misma moneda. Lo comprenderás con el tiempo.

Mel lo observó mientras salía de la habitación, esperando por Dios que no tuviera razón.

Mientras tanto, en Nueva Bickford...

Magnus sabía que debería haber esperado a que pasara la lluvia antes de emprender el regreso a la vicaría, pero siempre sentía una imperiosa necesidad de volver, como si algo lo estuviera esperando en su solitaria cabaña.

Se secó la humedad de la cara con el dorso de la mano y miró a través de la combinación casi impenetrable de oscuridad y lluvia. Había algo de luz de luna; no pondría en peligro la salud de Friar, aunque no le importara demasiado la suya.

Una parte de él se preguntaba si no estaría esperando enfermarse, morir. Pensar en algo así era un pecado contra Dios, pero no sería la primera vez que Magnus pecaba.

Había pensado que el peso que sentía en el pecho se haría más ligero con el paso del tiempo. Habían pasado ocho semanas, pero las cosas no parecían haber cambiado desde aquel primer día, cuando había ido a Halliburton Manor a buscarla después de que no hubiera ido a la iglesia. Seguramente ese día debería haber sido el peor.

La casa era un hervidero de actividad cuando llegó allí y se preguntó qué estaría haciendo. Pero había sido la cocinera quien había abierto la puerta, con su rostro surcado de arrugas y una expresión amable mientras le decía que su señora se había ido, junto con su tía, de regreso a la ciudad.

El cerebro le había dado vueltas como un engranaje sin dientes.

—¿Cuándo va a volver? —En cuanto las palabras le salieron de la boca, supo que la pregunta era absurda, que solo iba a obtener una respuesta que le causaría más dolor.

—Me temo que no va a volver, señor. Tuvo que marcharse por un asunto importante.

La información era como una pieza que simplemente no encajaba, una pieza de más en un rompecabezas, y no podía asimilarla.

—¿Sería posible obtener su dirección en Londres? —preguntó cuando se dio cuenta de que había permanecido inmóvil y en silencio durante un tiempo socialmente inaceptable.

La expresión de la cocinera había sido peor que sus palabras. Los ojos se le habían llenado de compasión.

—Me temo que no se me permite darle esa información. Lo siento mucho, señor. —Y parecía sentirlo de verdad.

Cuando se quedó sin palabras, como un tonto, la criada le extendió la mano y la puso sobre las suyas, que estaban apretadas frente a él, con los nudillos blancos.

Le dio un apretón y se dio la vuelta, cerrando la puerta en silencio y dejándolo de pie en los escalones de la entrada mientras los sirvientes iban de un lado para otro a su alrededor.

En un instante de locura, se había imaginado aferrándose a la parte superior del carruaje que transportaba su equipaje de regreso a Londres, o sobornando al postillón para que lo acomodara en la parte de atrás, o simplemente montando a Friar todo el camino hasta Londres detrás del carruaje.

Al final, se dio la vuelta y regresó a la vicaría, donde terminó sus tareas dominicales como un muerto viviente. El vicario y su esposa le dijeron que tenía mal aspecto, que debía haber cogido la gripe en una de sus muchas visitas a domicilio. Le recomendaron que se fuera a la cama y descansara un poco. Les había obedecido porque era más fácil que explicarles por qué eso no serviría de nada.

Había orado sin descanso, pero no obtuvo respuesta. Sus acciones, sus peticiones a Dios, parecían egoístas y superficiales.

Así pues, cuando el vicario dijo que iba a hacer una visita a una granja que estaba a varias horas de viaje en carruaje, Magnus aprovechó la oportunidad.

La gente que había visitado ese día era terriblemente pobre. Su granja tenía el aspecto desgastado de una prenda hecha jirones e incluso sus campos parecían polvorientos y sin vida cuando atravesó un camino lleno de maleza para llegar a la destartada cabaña.

Unas cuantas gallinas escarbaban desanimadas en el polvo y un cerdo hozaba sin mucho convencimiento cerca de la esquina de la casa. Dos niños permanecían sentados, tranquilos e inmóviles, bajo el alero, con unos ojos demasiado grandes para sus caras.

—Hola —dijo con una sonrisa mientras se bajaba de Friar. El vicario le había dicho que el moribundo tenía familia, pero no había mencionado lo pequeños que eran; esos niños no podían tener más de tres o cuatro años. Si Magnus lo hubiera sabido, habría traído uno de los juguetes tallados que el capataz del vicario le suministraba. Se maldijo a sí mismo por no tener nada en su mochila aparte de su Biblia y tres frascos de las horribles conservas de la señora Heeley.

Se agachó frente a ellos y les habló:

—¿Queréis acariciar a mi caballo? Se llama Friar y es muy amigable.

Recorrieron al sacerdote y al caballo con la mirada, y luego se miraron entre sí. Parecía que estaban manteniendo algún tipo de comunicación telepática; entonces, asintieron.

—Dejad que os alce en brazos, le gusta que le acaricien la nariz.

Una vez más, asintieron y cargó a uno en cada brazo. Se quedaron casi inmóviles, completamente diferentes de los niños a los que estaba acostumbrado, que generalmente se

subían a él como a un árbol y lo vapuleaban como a su juguete favorito hasta que sus padres se desesperaban. Pero amaba a los niños y adoraba lo a gusto que se sentía la mayoría con él. Tal vez fuera porque era el más pequeño y nunca había tenido un hermano menor que lo siguiera y lo molestara.

—Adelante —les dijo mientras Friar permanecía inmóvil, sus grandes ojos oscuros encontrándose con los de Magnus, como si supiera que estos niños no eran como los que normalmente cargaba en su espalda, los niños y niñas bulliciosos y felices que le rogaban a Magnus que los llevara cada vez que lo veían con Friar en sus rondas.

Acariciaron la nariz y el mentón aterciopelados de Friar, con una sonrisa vacilante en sus rostros estrechos y pálidos. La puerta de la cabaña se abrió y sus posturas se tensaron.

—¿Señor Stanwyck? —La mujer que estaba en la puerta parecía tan abatida como sus hijos; sus ojos desesperanzados no solo estaban exhaustos, sino ensombrecidos por el miedo implacable de lo que le sucedería cuando su marido se fuera y el dueño de sus tierras se enterara de que no quedaba nadie para trabajarlas y pagar el alquiler.

Magnus llevó a los niños de regreso al escalón y los dejó en el suelo antes de ponerse de pie y saludarla.

—¿Podría llevarme primero a ver a su marido, señora Jones? Tal vez podamos hablar después de conocerlo.

Asintió, con los ojos al rojo vivo, como si ya no le quedaran más lágrimas que derramar.

La casa tenía ese olor húmedo y empalagoso que había llegado a asociar con la enfermedad y la muerte. La pequeña cabaña tenía solo dos habitaciones y una manta que las separaba. El señor Jones yacía en un catre en el suelo; una palangana había a su lado hacía que la habitación oliera tan mal que a Magnus se le llenaron los ojos de lágrimas.

El hombre que yacía en el catre se había consumido hasta quedar inerte y su respiración era tan superficial que, al principio, Magnus creyó que ya había muerto. Pero entonces se le hinchó el pecho y una tos débil le sacudió el cuerpo. Se volvió hacia la señora Jones, que miraba a su marido con unos ojos sin vida.

—¿Le gustaría descansar unos minutos? ¿Quizás comer algo? ¿O pasar un rato con sus hijos?

Se dio la vuelta sin responder, dejándolo a solas con un cadáver viviente.

Magnus sacó los accesorios que normalmente le otorgaban la fuerza necesaria; el ritual de preparar a otro para la muerte normalmente le daba un propósito y lo centraba. Pero hoy se sentía como un actor que reunía atrezo, un hombre que simplemente estaba interpretando un papel.

Ahora no es momento de pensar en ti mismo. La sombría voz interior hizo que su columna se tensara y su rostro se sonrojara de vergüenza.

No, no podía centrarse en él. Debía estar con el señor Andrew Jones, un granjero que había sido golpeado por una cadena que se había roto mientras arrancaba un tocón de árbol. El vicario dijo que el hombre nunca había recuperado la conciencia, pero su cuerpo seguía funcionando, deteriorándose lentamente. Llevaba en ese estado desde hacía casi un mes.

Magnus cerró los ojos, respiró profundamente y comenzó a orar.

La vicaría estaba a oscuras y en silencio cuando Magnus entró en el establo. Seguía lloviendo y llevaba horas empapado.

Primero se ocupó del bienestar de Friar. No era culpa de su caballo que su loco amo hubiera cabalgado durante horas bajo la lluvia. Después de quitarle la silla de montar y las bridas, le dio una ración triple de avena y le frotó el cuerpo dolorido y húmedo con un paño áspero mientras masticaba felizmente. Una vez que el gran castrado estuvo cálido y seco, Magnus cambió a un

cepillo de almohaza.

Los movimientos repetitivos eran hipnóticos, le liberaban la mente y le permitían vagar. Elegía el mismo camino de siempre.

¿Qué había pasado esa noche después de que él se fuera? ¿Por qué se había marchado? ¿Fue por lo que habían hecho? ¿La había disgustado con su lujuria pura?

Ninguna de las respuestas que su mente le daba tenía sentido para él. Su imaginación no era suficiente para encontrar una razón para lo que ella había hecho, para cómo lo había abandonado. Cuando los brazos le pesaban lo suficiente como para seguir moviéndose, engrasó los aparejos de Friar y luego, cuando ya no pudo evitarlo más, se dirigió a su solitaria cabaña.

Estaba tan cansado que no podía dormir, así que comió un poco del pastel de cordero y patata que le había dejado la ama de llaves de la vicaría, sin molestarse en calentarlo.

Esa noche había pasado de la autocompasión a la conciencia de sí mismo. Sí, estaba muy angustiado. Sí, le llevaría tiempo aceptar lo que había sucedido. Y sí, no consideraría su amor por ella un error, una debilidad que lo había llevado a pecar, a romper sus votos a Dios. Seguiría adelante, a diferencia del pobre señor Jones, cuya respiración finalmente se había detenido una hora después de la medianoche. No había jadeado, gemido ni emitido ningún sonido al abandonar su cuerpo. Su batalla había terminado, pero la de su esposa y sus hijos apenas estaban comenzando. Si ellos podían continuar a pesar de unos pronósticos tan peligrosos, ¿por qué Magnus no iba a poder también?

Había llegado al pequeño pueblo más cercano a la granja y despertado al posadero local, que también era el dueño de la funeraria, y le había pagado de su propio bolsillo para que proporcionara lo necesario, haciéndole saber que regresaría para dar la misa.

Al día siguiente por la mañana hablaría con el vicario sobre el fondo para los pobres y tal vez sobre encontrarle un puesto a la mujer. La esposa de un granjero sería una buena ama de casa, tenía que haber algo para ella.

Cerró los ojos y se reclinó en la silla. Una mezcla de comida, calor y cansancio le provocó una oleada de lasitud. Se había quedado dormido cuando un golpe fuerte le hizo darle una buena patada al aire.

Cuando abrió la puerta de golpe, encontró a Sarah afuera, con su capa de lana empapada por la lluvia, las mejillas manchadas de lágrimas y sus ojos sonrientes, por una vez, estaban serios.

—Es la señora Tisdale, señor. Ella... bueno, será mejor que venga.

Capítulo trece

Melissa estaba trabajando en el plan para el nuevo comedor. Quería quitar dos paredes para crear una habitación que pudiera usarse para más mesas de juego o para uno de los “bailes” de máscaras (que en realidad eran orgías) que ofrecía de vez en cuando.

Aunque muchos de sus clientes iban y venían con sombreros, capas o incluso máscaras, algunos disfrutaban de actividades más exhibicionistas. A muchos de ellos les gustaba imaginarse que eran senadores romanos participando en una bacanal, por lo que ella atendía esos caprichos en ocasiones. No le importaba si querían vestirse con trajes de conejo y bajar a la calle Saint James a plena luz del día, siempre y cuando estuvieran dispuestos a pagar por ello.

Bebió un sorbo de té suave con leche e hizo una mueca. Tenía el estómago sensible, aunque no había tenido dolores punzantes ni, gracias a Dios, sangre. Aun así, había estado vomitando por las mañanas y Daisy dijo que estaba perdiendo peso y se veía pálida.

¡Ja! Ella no era la más indicada para hablar. Su antigua prostituta más popular ahora era su ama de llaves. Melissa ni siquiera sabía que necesitaba una ama de llaves. Pero parecía darle a la mujer mayor un propósito de vida y también evitaba que se deprimiera.

Pero eso no le impedía meter las narices en asuntos ajenos.

—¿Estás segura de que no estás encinta, Mel? —le había preguntado la semana pasada cuando una de las criadas debió de haberle contado que el lavabo de la señora Griffin estaba de nuevo lleno de algo que no era agua sucia de haberse bañado.

Melissa se sintió asaltada por la conmoción, el terror, el miedo y la ira en rápida sucesión. Y, por último, se sintió invadida por una esperanza casi paralizante, que había aplastado rápidamente.

Si bien era cierto que no había tomado sus precauciones habituales al acostarse con Magnus, siempre había tenido un periodo muy irregular, a veces hasta se había pasado medio año sin sangrar. No, no estaba embarazada y eso debería ser un alivio para ella.

—Es por mis problemas estomacales, Daisy. Te agradecería que no te metieras en mis asuntos.

Daisy se limitó a levantar las cejas, pero al menos dejó el tema.

Sin embargo, la insinuación se había colado en los pensamientos de Mel como una anguila que se retuerce bajo una roca. Sabía que lo que decía su amiga era una posibilidad. Siempre era una posibilidad, sobre todo cuando una mujer era tan idiota que permitía que un hombre entrara en su cuerpo sin protección y luego no se limpiaba.

Pero esa noche no se le había pasado por la cabeza, ni tampoco había deseado poner ningún límite entre ella y Magnus. En la semana transcurrida desde que Daisy le había planteado la idea, seguía estando enferma por las mañanas y con dolor de espalda. Y notaba la pelvis extrañamente... pesada. Había sido prostituta desde los catorce años, pero nunca se había quedado embarazada. Cuando había estado con lord Vanstone, él le había infundido el temor de Dios, advirtiéndole que la echaría a la calle sin un centavo si se excitaba. La había llevado ante una anciana, una cortesana que ya no tenía amantes, pero a la que muchos hombres ricos y poderosos acudían para conversar. Dorothy había sido la persona más serena, segura y malvada que Mel había conocido; también se había convertido en su ejemplo a seguir durante los dos años que fueron amigas, antes de que la anciana muriera.

Dorothy le había enseñado algo a Mel incluso en su muerte, ya que en su funeral no estuvo presente ninguno de los grandes hombres que habían acudido a sus salones en busca de diversión, entretenimiento y hasta consejos.

Esa fue su última lección para Mel: una puta nunca debe esperar lealtad o amistad de los

hombres con los que se acuesta.

En cualquier caso, Mel se había aseado rigurosamente tal y como le había enseñado Dorothy mientras perteneció a lord Vanstone. Después de él, había exigido que cualquier hombre que quisiera acostarse con ella usara protección. No le importaba si no les gustaba; había sido testigo de demasiadas víctimas de la viruela como para permitir que alguien la hiciera cambiar de opinión.

Nunca se había permitido un descuido que pudiera resultar en un embarazo, ero ahora Daisy le había hecho considerar esa posibilidad, algo en lo que nunca había pensado antes. Si lo que estaba sintiendo no se debía a sus problemas gástricos, si realmente estaba embarazada, ¿qué significaría eso para ella? ¿Debería traer un niño al mundo? Si lo hacía, sabía que podría encontrarle un hogar. Lo había visto en otros casos, había ayudado a mujeres a encontrar hogares adecuados, no tenía por qué criar a un niño que se avergonzara de tener una puta por madre.

Melissa nunca se había considerado una persona maternal, pero tenía que admitir que sentía algo (bueno, tal vez era un anhelo) al pensar en un bebé.

Un golpe seco interrumpió sus cavilaciones y levantó la vista.

—¿Sí?

Era uno de sus lacayos, Herman, tan altivo como un señor y con el atractivo suficiente para tomarlo por uno.

—Un hombre quiere verla, señora Griffin. —Le entregó una tarjeta sobre una bandeja con gesto triunfal y una reverencia.

—¿Qué? —murmuró, cogiendo el pequeño rectángulo como si fuera un insecto venenoso. Levantó la vista—. ¿Está abajo? —preguntó tontamente.

Herman hizo un mohín de desaprobación.

—Sí, señora, y parece que se bajó del caballo de un salto. Lleva un abrigo gris y un traje de cuero salpicado de barro. Dijo que no se marcharía hasta verla.

Se quedó mirando el nombre que figuraba en la tarjeta y sacudió la cabeza. «¿Lord Magnus Stanwyck?» ¿Era un maldito lord? ¿Cómo era posible que no lo supiera?

Mel sabía que eso no debería sorprenderla. ¿Cuánto sabía realmente sobre él? Solo que tenía cinco hermanos, una familia cariñosa, y que era amable y...

Dejó de lado sus vacilaciones inútiles y se puso de pie.

—¿Ha dicho lo que quiere?

Una mirada de aprensión cruzó el rostro del sirviente y Mel se dio cuenta de que estaba hablando con dureza.

—No, solo me ha dicho que quería verla. ¿Le pregunto y vuelvo?

—No —dijo ella, levantando la vista de la tarjeta que tenía en la mano—. Déjame un momento. Espera afuera hasta que te llame.

Asintió, con una expresión que ya no era altiva, y rápidamente cerró la puerta detrás de él.

No le sorprendió que la hubiera encontrado. Sospechaba que sir Thomas no habría podido guardarse para sí su emocionante sorpresa; le daba asco imaginar la conversación. Pero no esperaba que Magnus la buscara. Desde luego, Sarah no había dicho nada en las pocas cartas breves que le había escrito a Daisy, y que Daisy había compartido con Mel.

Solo podía estar allí porque había descubierto quién era realmente y había venido a encararla. Tal vez no para avergonzarla (no, él no era ese tipo de hombre), pero sí para enfrentarse a ella. Apretó los dientes ante la idea de hablar de algo con él, de verlo siquiera. Era tan... tan cariñoso y amable, que podía imaginarlo intentando ayudarla, para sacarla de esa profesión, para salvar a una mujer caída en desgracia. ¿Acaso no había hecho alguien eso en la Biblia?

Mel no pensó que lo hiciera por un arrebato de superioridad, sino porque la había amado de verdad, o al menos había amado a quien creía que era: la señorita Melissa Griffin, una solterona bastante joven e independiente que llevaba una vida decente con su tía.

Mel dejó caer la cabeza sobre la mano y gimió. Dios, las historias que contaban sobre ella eran... y la mayoría de ellas, por desgracia, ciertas. Si sir Thomas le había llenado la cabeza con ellas, no había forma de adivinar lo que Magnus sabía.

Bueno, Mel solo tendría que asegurarse de que la viera como alguien que no tenía salvación; esa era la única manera de librarse de él para siempre. Si conseguía disgustarlo y repugnarlo, podría asegurarse de que esta fuera la última vez que lo viera. Si eso no funcionaba, bueno... miró la tarjeta, enferma por el pensamiento que le vino a la mente.

Si eso no funcionaba, tenía un as aún peor guardado en la manga.

Arrojó la tarjeta sobre la mesa y caminó hacia la puerta, abriéndola de un golpe tan brusco que Herman se sobresaltó.

—Ve a buscar a Hugo.

Herman dudó.

—Creo que podría estar con...

—No me importa si se está tirando a la mismísima Reina Madre. Tráelo. Y date prisa.

Magnus no sabía qué esperar después de lo que le había contado la señora Tisdale esa noche, pero, desde luego, no era un lugar como este.

—He venido a ver a Melissa Griffin —le dijo al lacayo de opulenta librea que lo recibió en la entrada de la Casa Blanca. Era una casa que, efectivamente, era blanca y ocupaba la mayor parte de un lado de la calle. Estaba decorada con tanta meticulosidad y buen gusto como la casa de su padre en Londres, que se encontraba en Berkeley Square. Y le pareció que, en realidad, la casa que estaba viendo podría ser más grande.

—¿Espera su visita? —preguntó el bastardo altivo, llevando al límite la ya tensa paciencia de Magnus.

Magnus metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un estuche dorado que su madre le había regalado por su decimoctavo cumpleaños (un estuche que contenía tarjetas que había impreso para él y que no había usado en años), mucho antes de que se estableciera en Nueva Bickford. Sacó una y la dejó sobre la bandeja que descansaba sobre la mesa del vestíbulo de entrada.

—Llévesela.

El lacayo se limitó a levantar una ceja ante su teatralidad antes de mirar la tarjeta. No parecía impresionado por el título de Magnus, pero Magnus supuso que los hombres que podían permitirse el lujo de cruzar esas puertas eran personajes mucho más augustos que él.

El lacayo salió de la habitación con la bandeja y la tarjeta. Magnus se apoyó contra la pared y tuvo la oportunidad de verse en el espejo que colgaba junto a la puerta. ¡Dios mío! No era de extrañar que el lacayo lo mirara con tanto desdén. Parecía trastornado; estaba trastornado. Tenía los ojos muy abiertos y enrojecidos por la falta de sueño y el pelo le sobresalía en todas direcciones. Lo poco que podía ver de su corbata le hizo estremecerse.

Se acicaló lo mejor que pudo. No podía hacer nada con sus ojos ni con su ropa sucia y arrugada, pero al menos podía conseguir que sus rasgos se transformaran en una máscara inexpresiva.

Y luego esperó. Y esperó.

Estaba a punto de levantarse y abrir la puerta por donde había desaparecido el sirviente, y seguir abriendo puertas hasta encontrarla, cuando la puerta se abrió.

—La señora Griffin lo recibirá en unos instantes.

Magnus resopló suavemente para sí mismo, la *señora* Griffin. Se puso de pie y siguió al lacayo sin decir una palabra. El interior del edificio era incluso más elegante y de buen gusto que el gran vestíbulo de entrada. Melissa, o a quien contratara para ello, sin duda conocía su oficio cuando se trataba de crear un ambiente lujoso y elegante que hiciera que la mayoría de los aristócratas se sintieran como en casa. No había nada nuevo ni ostentoso en la casa; de hecho, la alfombra era una reliquia, casi raída, que tenía el aspecto de una Savonnerie, y las sillas y mesas esparcidas en las pequeñas áreas de estar por las que pasaban parecían muebles que podrían verse en Brooks o Whites.

Atravesaron varias zonas diferentes de la casa y subieron dos tramos de escaleras antes de entrar en una parte que parecía sutilmente diferente: menos... experimentada, aunque la decoración seguía siendo la de una casa de pueblo de un aristócrata en lugar de la de un burdel. O lo que Magnus había imaginado que sería un burdel, ya que nunca había estado dentro de uno antes.

El lacayo se detuvo ante unas puertas dobles y abrió una de ellas.

—Lord Magnus Stanwyck.

Al principio, Magnus no vio a nadie, y cuando lo hizo, deseó poder dejar de verla.

Melissa estaba en el otro extremo de la habitación, reclinada en una tumbona y luciendo una bata diáfana que resaltaba más los detalles de su exuberante y magnífico cuerpo que si hubiera estado desnuda.

Y no estaba sola.

De sus dedos colgaba una copa de vino.

—Vaya, señor Stanwyck... o debería decir lord Magnus, qué... sorpresa.

El hombre que yacía detrás de ella tenía un brazo estirado con desenfado sobre su costado, los dedos jugando distraídamente con su pecho, con su pezón, que, según Magnus podía ver, estaba duro a través de la fina seda. Todo su cuerpo se calentó, la sangre le palpitaba tan fuerte en los oídos que no se habría sorprendido de sentirla correr por su mandíbula. Era como un animal capturado, incapaz de apartar la mirada de la imagen de la mano larga y elegante del hombre, ahuecando y acariciando, ahuecando y acariciando.

—¿Es este el hombre del que me hablaste, querida? ¿El vicario? —Sus divertidas palabras fueron como un puñetazo en la cara, pero al menos permitieron a Magnus apartarse de la horrible visión de ese hombre acariciándole el pecho a Melissa... y de ella permitiéndoselo.

Magnus se sintió atrapado en el sitio. Esto no podía estar sucediendo.

Ella sonrió; una sonrisa malvada y pecaminosa que al mismo tiempo hizo que él comenzara a endurecerse y le provocó náuseas. La reacción lo dejó confundido, enfermo, *enfurecido*.

—Hugo te está tomando el pelo, Magnus. Sabe perfectamente que eres un cura.

El hombre le sonrió, una sonrisa repugnante, odiosa y petulante que hizo que las llamas de su ira se dispararan, un infierno que recibió con agrado. Algo se reflejó en el rostro de Melissa cuando su mano se posó sobre los dedos del hombre que la acariciaba. Hizo que el gesto pareciera un abrazo, pero de repente Magnus vio la verdad. Y eso calmó su furia como un balde de agua helada.

Estaba haciendo esto a propósito: lo estaba humillando con ese cerdo degenerado para que se fuera.

—Me gustaría estar a solas contigo un momento, Melissa.

Los otros dos se rieron ante su petición, el torturador de Magnus se liberó de su agarre, movió la mano sobre la cintura de ella, hasta la cadera, y luego avanzó despacio hacia su monte de Venus. Magnus dio dos grandes zancadas hacia el diván.

—Quítale la mano de encima o te la romperé.

El hombre se quedó paralizado, su expresión reflejaba más diversión y curiosidad que miedo.

Magnus apartó la mirada de su sonrisa lasciva.

—Melissa, por favor, necesito hablar contigo. A solas.

—No eres mi dueño, Magnus.

Melissa tomó a propósito la mano del hombre, que había estado rondándole el cuerpo, y la deslizó hasta su monte, abriendo las piernas para permitirle entrar en su parte más íntima, y luego se detuvo para mirarlo.

Le dedicó una sonrisa petulante y llena de odio.

—Me follo a quien quiero, como quiero y cuando quiero. Y si sigues ahí de pie, lo comprobarás de primera mano.

Magnus se estremeció como si le hubieran dado una patada en la cara, el cuerpo se le congeló, apretó los puños a los costados, la cabeza le daba vueltas.

—Creo que lo has conmocionado, Mel.

De nuevo se rieron entre dientes, la mano del hombre comenzó a acariciarla rítmicamente, con un dedo largo y delgado recorrió el contorno más oscuro de su hendidura, visible debajo de la seda. Los ojos de Melissa estaban entrecerrados, y empujaba las caderas con suavidad.

—Mira, querida, lo estamos excitando.

Magnus se sentía como un prisionero dentro de su propio cuerpo, sobre el cual había perdido todo control. El otro hombre, por odioso que fuera, no mentía. Magnus estaba tan duro como el hierro de ver a otro hombre acariciar a la mujer que amaba. Estaba... debía estar...

Colapsó, incapaz de procesar lo que estaba viendo y sintiendo. ¿Era un perverso? ¿Qué diablos le pasaba? ¿Cómo podía...?

—¿Quizás le gustaría unirse a nosotros? —murmuró su torturador, deslizando la mano desde el sexo de Melissa hasta su vientre y su boca. Melissa lo recibió y chupó el dedo largo y masculino que la había estado tocando.

Magnus no podría haber dicho qué lo sorprendió más: las palabras del otro hombre o la respuesta de su propio cuerpo. Porque de repente los vio en su mente: a los tres, esparcidos por el salón, sus cuerpos desnudos retorciéndose y...

Magnus sacudió la cabeza con tanta fuerza que sintió náuseas y se deshizo de esa imagen horriblemente erótica. Era ese lugar... era como una enfermedad, como un moho negro que se arrastraba e infectaba todo lo que entraba en contacto con él. Lo estaba infectando a él y Melissa también estaba atrapada en su cautiverio.

—Melissa, quiero cinco minutos de tu tiempo... a solas. —No era una petición: o lo complacía o empezaría a dismantlar cosas: empezando por el hombre que la tocaba.

Sus labios se curvaron alrededor del dedo del hombre, el que había estado chupando como si se tratara de un caramelo pornográfico, deslizando su mano alrededor de la muñeca y retirándolo.

—¿Tú qué opinas, Hugo?

El hombre miró a Magnus con pura diversión, el momento se prolongó eternamente antes de que finalmente se encogiera de hombros.

—¿Por qué no? —Se deslizó detrás de ella, con movimientos sinuosos mientras se levantaba del diván, se daba vuelta y ayudaba a Melissa a ponerse de pie.

—Gracias, querido. —Le ofreció sus labios y él los reclamó con brutal rapidez.

Magnus tragó saliva con fuerza y apartó la mirada bruscamente, pero no antes de ver cómo bajaba la mano hasta el obscuro bulto en los pantalones de cuero negro del hombre y le daba un apretón posesivo.

Hugo caminó hacia Magnus y se detuvo.

Era quizás unos cinco o diez centímetros más bajo que Magnus, que medía apenas un metro ochenta, pero el otro hombre era tan delgado y musculoso como la serpiente a la que se parecía y probablemente pesara unos tres kilos menos.

Además de los pantalones de cuero que le quedaban como un guante, llevaba unas botas altas negras de cuero flexible que se amoldaban a sus largas pantorrillas y una camisa de batista negra muy fina que no hacía nada por ocultar el torso esbelto y musculoso que había debajo. No llevaba chaleco ni abrigo y su aspecto era el de un hombre que había sido interrumpido en medio de un placer adulto. La mirada que le dirigió a Magnus no era una que hubiera recibido nunca de otro hombre. Sus ojos lo cautivaban, la expresión de lujuria que reflejaban en todo su esplendor provocaba que Magnus imaginara cosas que nunca habría creído que fuera capaz de imaginar. Los pensamientos gráficos y eróticos lo dejaron sin aliento, caliente y aterrorizado: ¿y si este extraño solo estaba liberando deseos primitivos dentro de la mente de Magnus que siempre habían acechado bajo la superficie?

El rostro del otro hombre —tan anguloso que en realidad resultaba feo— se inclinó más cerca del suyo y los delgados labios se le torcieron en una mueca de desprecio; tenía los iris de un color tan oscuro que no se distinguían de las pupilas.

—Volveré en un cuarto de hora.

Era una amenaza y una promesa, y Magnus no se molestó en decirle lo que iba a suceder en realidad. Esperó hasta que la puerta se cerró detrás de él antes de volverse hacia el diván.

Los ojos de Melissa se abrieron de golpe, su sonrisa sensual había desaparecido y estaba cruzada de brazos.

—Querías hablar. Pues habla.

—¿Ese hombre es tu amante? —Era lo último que quería decir, pero ya no podía reprimir el odio y los celos que bullían en su interior.

—¿Era eso de lo que querías hablar? —dijo con desdén—. Sí, lo es. Aunque no tenemos exclusividad el uno con el otro. Tengo *muchos* amantes, Magnus.

—¿Por qué dices eso? ¿Quieres alejarme de ti?

—¿Funciona?

Su ira y sus celos se calmaron cuando miró su amado rostro, tan retorcido y lleno de rabia... por él.

—Te amo, Melissa. ¿No lo entiendes?

Su risa fue como un ácido que le abrasaba la cara.

—Pensé que irme sin decirte quién era ni adónde iba sería respuesta suficiente para ti. Pero en cambio, de alguna manera me has rastreado, a pesar de mis muy obvios deseos.

Negó con la cabeza.

—¿Por qué estás siendo tan cruel?

—Porque no me interesa tu amor ni tu forma de vida. Vuelve a tu pueblucho, a donde todas tus adoradoras creen que eres inmaculado, a donde eres perfecto. A tu rebaño, que nunca creería que su precioso cura pudiera follarse a una puta en medio de su sala de estar. No te preocupes, no le diré a nadie que has cometido un desliz, reverendo.

El hecho de que sus palabras fueran ciertas solo le hizo más daño.

—Tienes todo el derecho a pensar mal de mí, Melissa.

—Bien, muchas gracias por decirme lo que se me permite pensar, *milord*.

Respiró profundamente y se recordó a sí mismo que no tenía derecho a la ira que sentía en ese momento. Tenía razón en que la había acosado y había llegado allí sin su permiso. También

había utilizado su cuerpo fuera de los límites sagrados del matrimonio, como seguro que había hecho cualquiera de los hombres que le habían pagado por ese privilegio. Que la amara no cambiaba eso en absoluto.

La miró, a pesar de que estaba furiosa con él.

—La señora Tisdale murió hace dos noches. —Sabía que no era justo, pero la desarmó lo suficiente para que pudieran hablar racionalmente.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa y recorrieron la habitación con inquietud, buscando cualquier cosa menos a él.

—Lo lamento —dijo al fin.

Él asintió y su silencio la obligó a mirarlo.

—Lo lamento mucho —repitió ella. Su expresión cambió tan rápido como un relámpago—. Pero apuesto a que no has venido hasta aquí solo para decirme eso.

—No. Vine a renovar mi propuesta de matrimonio.

Parpadeó y se quedó boquiabierta.

—¿Qué? —Se ruborizó ante su incredulidad y desprecio; debería haberlo esperado—. Quiero que seas mi esposa.

—¿Estás loco? —Se acercó corriendo al pequeño escritorio y cogió algo: vio que era su tarjeta

—. ¿Quién eres? ¿Quién es tu padre?

Magnus suspiró.

—El marqués de Darlington.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par.

—¡Darlington! ¡Un maldito marqués! ¡Estás loco! —gritó.

La puerta se abrió un poco.

—¿Todo bien, querida?

—Cierra la puerta, Hugo —gritó hacia la puerta entreabierta y luego se volvió hacia Magnus—. Puedo suponer cómo averiguaste mi paradero.

Magnus abrió la boca para decirle que la señora Tisdale solo había revelado su identidad en un estado febril, movida por el dolor y el delirio.

Pero Melissa levantó la mano para detenerlo.

—No, cállate. No me importa lo que tengas que decir. No tienes por qué seguirme, Magnus.

—Lamento no estar de acuerdo.

—Laméntate todo lo que quieras. Adoro escuchar los lamentos de los hombres. —Arrojó la tarjeta hacia el escritorio, pero esta revoloteó hasta el suelo. Caminó hacia él con paso decidido y peligroso, sin detenerse hasta que estuvo tan cerca que él sintió el calor de su cuerpo—. Escucha con atención. Será mejor que retires tu amable oferta de matrimonio y regreses a Nueva Bickford para entregársela a alguna joven virgen e inocente. Si no lo haces, me pondré en contacto con lord Darlington. ¿Cómo crees que reaccionaría tu madre, que te ama tanto y a quien adoras, al enterarse de que su hijo más querido ha estado retozando con una prostituta?

Magnus sacudió la cabeza con asombro y horror.

—Sé que no eres así, Melissa, no es típico de ti proferir amenazas tan terribles.

—Te equivocas. Así soy yo, y tú no sabes nada de mí. Te estoy dando la oportunidad de irte, de alejarte lo más que puedas de mí y de nuestra desafortunada noche juntos.

Magnus no quiso engañarse a sí mismo pensando que todavía veía un atisbo de cariño en su rostro. Lo miraba con un sentimiento puro, pero ¿de furia?, ¿ira?, ¿odio? Estaba tan empecinada en alejarlo que sintió lástima por ella. Sabía que era culpa suya que Melissa subestimara su tenacidad y creyera que no estaba siendo más que gentil y amable. Magnus solo le había

mostrado una faceta de sí mismo. No sabía nada más de él, de las partes caprichosas y malcriadas de su carácter que luchaba con tanto esfuerzo por mantener a raya. Magnus casi se sintió mal por lo que estaba a punto de dejar salir. Casi.

Melissa moría un poco más con cada segundo que la miraba y se veía obligada a contratacar con más ofensas.

Por favor, vete, Magnus. Por favor, no me hagas decir todas esas palabras horribles y feas. Por favor...

Pero estaba pálido, blanco e inmóvil como una estatua. Su ira (producto de los celos, supuso) hacia Hugo se había disipado y lo único que veía ahora era compasión y comprensión y (no creía estar confundándose) piedad.

Le tomó las manos y ella se sobresaltó. Cuando iba a apartarlas de un tirón, él las apretó con más fuerza. Sus manos eran como un suave torno de hierro.

—Me voy de este lugar, Melissa. —Hizo una pausa y el corazón de Melissa se agitó.

¡Te está abandonando!, gritó una voz dentro de su cabeza.

Los labios de Magnus se curvaron en una triste sonrisa.

—Pero volveré a las seis en punto. A esa hora, te recogeré a ti y a todas las pertenencias que quieras traer contigo. Haré los arreglos necesarios para que nos casemos ante un amigo que es el vicario de San Olav. Es una petición inusualmente apresurada, pero hará una excepción conmigo. Mel sintió que abría la boca, pero no pudo reunir la fuerza para cerrarla.

—Después, pasaremos una noche en Londres, en casa de mi familia. Luego iremos a Yorkshire, donde te presentaré a mi familia. Nos quedaremos dos semanas antes de regresar a Nueva Bickford. La casa de allí es pequeña, pero nos las arreglaremos hasta que encuentre algo más apropiado en la zona, o tal vez pueda aceptar la vida que me han ofrecido en Anglia Oriental. — Le dio un apretón de manos—. Es algo que podemos discutir y decidir juntos. —La soltó—. Pero por ahora, recoge tus pertenencias y espérame hasta que regrese. —Su voz seguía siendo suave y amable, pero había algo más. Algo debajo de sus palabras que ella nunca había oído antes, algo que nunca en su vida podría haber imaginado: era determinación. Determinación pura, inflexible, irrompible. Se quedó de piedra.

Bajó la boca hasta su frente y la besó antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

—Estás loco —logró decir con voz débil y entrecortada.

Se giró y ladeó la cabeza.

—De remate —insistió ella, como si él hubiera discutido—. No te esperaré y no volverás a entrar a mi casa. Esta es la última vez que hablaremos.

Su expresión era de tristeza mezclada con pesar.

—Por favor, Melissa. No me hagas insistir.

Ella se rio y se horrorizó al oír en sí misma un matiz de histeria.

—Insiste todo lo que quieras, pero no lo hagas aquí. Tus quince minutos casi han llegado a su fin. Te sugiero que te vayas antes de que Hugo regrese.

Respiró profundamente, contuvo el aire y luego exhaló; su expresión era la de un padre tolerante que, aunque se mostraba reacio, debía castigar a su hijo recalcitrante.

Melissa se quedó mirando fijamente: ¿quién era ese hombre? ¿Ese Magnus severo y autoritario que estaba frente a ella? Una punzada de lujuria no deseada e inesperada la invadió al observar la expresión confiada y autoritaria en su hermoso rostro.

—Si no vienes y te casas conmigo, destruiré este lugar. —Su boca se curvó en una media sonrisa casi avergonzada.

A Melissa se le aceleró el corazón.

—Hablas como un lunático.

Continuó, decidido.

—No quiero decir que vaya a destruirlo físicamente, sino que me encargaré de que se derrumbe todo el negocio. No tengo intención de hacer daño a ninguna de las desafortunadas personas que trabajan aquí, pero imagino que en el proceso se truncarán vidas, futuros y perspectivas. Los hombres que se aprovechan de tu negocio no se unirán para salvarlo, sino todo lo contrario. Yo nunca incitaría semejante caos ni dejaría tantas vidas en la ruina; estaré presente después para ayudar a quienes lo necesiten, pero será un asunto desagradable para todos los involucrados. Y en cuanto a ti...

Dio un paso hacia ella, con los ojos repentinamente en llamas, como la mirada azul ardiente que había visto una vez en una pintura renacentista, algún mártir que había sido atado a un poste y estaba a punto de enfrentar la muerte en la hoguera con una expresión de entusiasmo que era casi erótica.

—A ti... —Le deslizó una mano cálida por debajo de la mandíbula; su tamaño y su poder contenido la hacían sentir pequeña y vulnerable, tal como sospechaba que sería su intención—. Basta con decir que no te será posible volver a ejercer este tipo de trabajo en ningún lugar de Inglaterra. Y si abandonas el país, te seguiré.

Se estremeció, asombrada por la tranquila firmeza de su voz, por su inevitabilidad. La mano de él se deslizó por su mejilla hasta llegar a su garganta, y le rodeó la nuca con los dedos mientras la acercaba. No la besó; solo la abrazó suavemente contra él a la vez que hablaba.

—Provengo de una familia rica e influyente, Melissa. —Sus palabras fueron bocanadas de aire cálido en su sien, pero le provocaron escalofríos en todo el cuerpo—. Sé que los aristócratas no ejercen el poder que ejercían hace medio siglo. Pero creo que sabes que el desagrado de un marqués, especialmente de uno que cuenta con el favor del rey, puede ser muy grande, de hecho. Creo que sabes que no soy el tipo de hombre que lanza amenazas en vano. Te dije que te amaba la noche que estuvimos juntos y respondiste de la misma manera. Te pedí que te casaras conmigo esa noche y aceptaste. Basándonos en tus palabras y mis expectativas, nos unimos como marido y mujer. —Hizo un sonido de frustración—. ¿Qué esperabas que pasara? Te dije que eras mi primera y única amante; seguramente debiste adivinar que tal acción significaba mucho para mí. —Se detuvo—. Pero me mentiste para que abandonara mis convicciones y me acostara contigo. Mentiste para conseguir lo que querías, y ahora te casarás conmigo. Le besó la sien, un gesto que parecía más un sello que una bendición. —Y lo harás porque me diste tu palabra.

Mel cerró los ojos.

Si hubiera gritado y fanfarroneado, no le habría creído; es más, habría gritado y fanfarroneado en respuesta. Pero esta... esta declaración suya, una disposición casi renuente a llegar a tales extremos para que ella cumpliera su palabra, su férrea resolución de ir a la guerra... No, no mentía.

Abandonó la actitud belicosa, que la había mantenido en pie desde que había visto por primera vez la tarjeta, en un abrir y cerrar de ojos. Se dijo a sí misma que era la inevitabilidad lo que la hacía capitular, pero la cruda realidad era que lo deseaba muchísimo, aunque sabía que ambos sufrirían mucho por sus deseos.

Él debió haber sentido su sumisión porque dio un paso atrás, y la agarró por los hombros para estabilizarla, con una expresión en el rostro que, una vez más, era el rostro amable, gentil y preocupado del hombre que ella amaba.

—He tenido la suerte de que me concedieran una audiencia con Su Gracia, el arzobispo de

Canterbury. Necesitaré tu nombre completo para la licencia especial.

Melissa lo miró a los ojos, claros y honestos, y abrió la boca, con curiosidad por saber qué nombre saldría de su boca.

—Melissa Griffin. No tengo segundo nombre.

Él sonrió y asintió, y a ella se le hizo un nudo en el estómago al ver con qué facilidad aceptó su mentira.

—Gracias, querida. ¿Me estarás esperando cuando regrese?

Podría haberle ordenado que esperara, ambos lo sabían, pero en lugar de eso, le había preguntado.

Tragó saliva y asintió.

—Sí, Magnus, te estaré esperando.

Capítulo catorce

Magnus estaba preocupado por su esposa, con quien llevaba menos de dos horas casado. Tal como había pedido (o mejor dicho, ordenado), ella lo estaba esperando cuando regresó con el carruaje que su padre tenía en la casa de Londres.

Obtener la licencia especial había sido mucho más fácil de lo que esperaba. Magnus decidió ser lo más fiel posible a la verdad y le confesó su error al arzobispo, a quien Magnus conocía muy poco, pero creía que sería comprensivo con su situación, dado que no quería escandalizar a su familia fugándose para casarse.

Con la licencia en la mano, se acercó a su muy sorprendido amigo, Thomas Wilkins, quien, después de una persuasión bastante intensa, había accedido a casarlos esa noche.

Luego fue a la casa Darlington. Aunque la aldaba ya no estaba en la puerta, se dirigió a la entrada de servicio.

El señor y la señora Dawks, que habían trabajado para su padre desde antes de que naciera Magnus, parecían genuinamente emocionados de verlo, aunque podía ver que tenían curiosidad de por qué no vestía su uniforme negro y había traído tan poco consigo, nada más que una pequeña bolsa de viaje.

Pero cuando les dijo que traería a su nueva esposa para quedarse, se emocionaron y, como buenos sirvientes que eran, comenzaron a preparar la casa, aunque él les había dicho que no debían tomarse grandes molestias. Prepararon una comida, quitaron las sábanas a los muebles y atizaron el fuego en las mejores habitaciones contiguas para invitados.

Había bajado a la cocina para ayudar con el baño que había solicitado, ignorando sus protestas de que los viejos Dawks podían transportar el agua caliente requerida.

Aseado y vestido con un traje que había encontrado en su habitación, se dispuso a recoger a Melissa.

Se había sorprendido por su propio comportamiento después de verla de pie en medio de la habitación, casi demasiado sorprendido para notar a Hugo acechando mientras se iba.

—Hugo.

El otro hombre se había alejado de la puerta de Melissa, justo cuando se disponía a abrirla.

—No entres ahí. —Magnus había acortado la distancia entre ellos—. Y nunca más vuelvas a ponerle la mano encima.

El hombre (una especie de prostituta, supuso Magnus) se limitó a reír.

—La única persona que da órdenes sobre Mel es Mel.

—Y ahora su esposo. —Se dio la vuelta y se fue, más complacido de lo que debería haber estado por la expresión de absoluta sorpresa del hombre.

Pero su diversión se había ido desvaneciendo a medida que pensaba en lo que había dicho, en cómo se había comportado, en quién se había convertido en esa habitación. Magnus aborrecía la violencia de todo tipo, y las cosas que le había dicho (la coerción que había utilizado para obligarla a cumplir una promesa que obviamente nunca había pronunciado en serio) lo dejaban asqueado consigo mismo y horrorizado.

Sabía que la causa de ese comportamiento bestial era verla con ese hombre. Eso le había hecho querer exhibir su fuerza, demostrar que tenía algo de poder. Ella lo había empujado con un matamoscas y él había respondido con un mazo de diez kilos.

Pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos. Estaban allí, en la casa donde había corrido y

jugado con sus hermanos cuando era niño; el lugar donde se había vestido con ridículas galas para su primer viaje a Carlton House con su padre; el lugar donde había agarrado la mano de su abuela cuando murió, la misma noche en que les dijo a sus padres que iba a ingresar al clero.

Estaba sentado con su nueva esposa en el comedor más pequeño de los dos, rodeados de una impresionante variedad de comida. Habían ido allí directamente desde la pequeña iglesia, donde Thomas y su esposa habían sido sus únicos testigos. Su interacción con su amigo había sido, naturalmente, un tanto forzada. Supuso que habría sido natural invitar a la pareja a celebrar con ellos, pero no podía permitir que su amigo los viera en su actual estado de neutralidad armada, bueno, al menos por parte de ella. ¿Y en cuanto a él? Había agotado su ira, sus celos, y ahora quería comenzar su vida de casados con el pie derecho.

Pero, por supuesto, no era él quien había sido amenazado y forzado a contraer matrimonio. Miró hacia donde estaba sentada ella, en frente de toda la comida, casi intacta.

—¿Melissa?

Levantó la vista del plato que le había servido y vio que no había comido nada.

—¿No vas a comer nada?

—¿Vas a amenazarme y a obligarme si no lo hago?

Se sonrojó.

—Debería disculparme por mi anterior... grandilocuencia.

—Una disculpa no nos sirve de nada, ni a ti ni a mí.

—Me lo merezco —concedió. Si había esperado que sus palabras suaves la apaciguaran, se había equivocado por completo.

levantó las manos. —Oh, todo está bien, entonces. —Apartó el plato y los cubiertos con un ruidoso repiqueteo y luego apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él en una pose claramente poco femenina. Llevaba un vestido que él nunca había visto antes; un vestido cortado de modo que sus pechos, que él sabía que eran encantadores, se exhibieran de manera más prominente de lo que había visto antes. No era llamativo ni inadecuado, simplemente no se parecía en nada a las recatadas muselinas de color pastel que había usado en Nueva Bickford. Era de un color rosa intenso que favorecía su piel y cabello y la hacía parecer realmente deseable. Magnus parpadeó ante el repentino pensamiento; haría bien en apartar esas imágenes lujuriosas de su mente por ahora. Y tal vez por el resto de su vida de casado.

Se dio cuenta de que estaba mirándole los pechos y levantó la vista. Su expresión era burlona, de un modo desagradable.

—Entonces —repitió—, ahora que me has sacado de mi casa con toda la delicadeza de un vikingo que arrastra a una mujer por el pelo, ¿qué pretendes hacer con la Casa Blanca?

Magnus no creía haberla oído bien.

—¿Disculpa?

—Ahora es tuya, ¿no? Y también de mi persona, por supuesto.

Se dio cuenta de que había empezado a tensarse, a respirar más rápido, a enfadarse por su tono hostil, acusador y mezquino. Y entonces se dio cuenta de que no tenía derecho a enfadarse. Todo lo que le estaba diciendo era cierto: su persona y sus posesiones ahora le pertenecían ante la ley.

—No quiero nada de tu negocio, pero tampoco voy a permitir que sigas sacando provecho de él.

—La vio enfurecerse cada vez más, pero siguió adelante—. Me inclino a pedirte que lo cierres de inmediato, pero te daré un mes para que te pongas en contacto con tu hombre de negocios y pongas fin a las cosas.

Se puso de pie de un salto, golpeó con violencia la copa de vino que estaba intacta y la hizo pasar zumbando por el hombro de Magnus y romperse contra el suelo de mármol blanco y negro.

—¿Estás intentando que te odie? Porque no tienes por qué molestarte, ya te odio.

Magnus empujó hacia atrás su silla y se acercó a ella. Los espirales de cabello castaño rojizo, que sabía que poseían un hermoso rizo cuando estaban sueltos, se escaparon del adusto moño que ella había escogido y flotaron alrededor de su rostro enfurecido; sus ojos eran como la fosforescencia que había visto ocasionalmente en el agua de la élite de Nueva Bickford.

—Melissa. —Levantó las manos para tocarla, pero se quedó paralizado cuando ella se apartó de él—. Por favor —dijo, bajando los brazos a los costados—. Lamento profundamente las palabras que dije con ira para traerte conmigo. Nunca sabrás cuánto las lamento. Pero ahora somos marido y mujer. Estaremos juntos mientras vivamos. ¿No crees que nos corresponde sacar lo mejor de nuestra situación? Después de todo... —No pudo evitarlo y extendió la mano para tocar la delicada curva de su mandíbula; esta vez ella lo dejó—. Después de todo —repitió, su cuerpo palpitando con el mero toque—, te amo, y creo que te preocupas por mí... o al menos lo hacías antes de este día. Tal vez...

Se interrumpió cuando ella se inclinó hacia él, con los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos, levantando la cara para que la besara. Magnus la complació, sus labios apenas se encontraron lo suficientemente cerca para excitarlo por completo. Lo besó de manera provocadora, sus mordisqueos le recordaron esa noche, el amor que habían compartido.

—Dije que te amaba, Magnus —susurró, sus palabras lo emocionaron—, pero solo lo dije para obtener lo que quería. Ya sabes cómo funciona el mundo, querido, pero ahora te pido disculpas por lo que te dije entonces.

Se puso rígido, y no precisamente de placer.

Ella se apartó y le sonrió, con una ceja arqueada en señal de diversión, sin que se viera la mirada sensual en sus ojos, con la expresión de un púgil ansioso por pelear.

—No lo decía en serio —dijo, por si acaso él no había entendido lo que quería decir.

Magnus reprimió el dolor y la ira que sintió ante sus palabras. En cambio, asintió.

—Muy bien, aceptaré que mentiste cuando dijiste que me amabas. ¿Quieres sentarte? —Tuvo la leve satisfacción de ver que sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa ante la fría aceptación de sus crueles palabras.

Se dejó caer sin gracia en su silla, con expresión cautelosa e insegura. Magnus hizo sonar la campana.

Cuando llegaron los Dawks, hizo un gesto hacia el vaso roto.

—¿Podrían traer a alguien para que limpie este desorden y traiga un vaso nuevo para mi esposa? Me temo que fui bastante torpe con este.

Melissa lo miró con furia desde el otro lado de la silla de posta. Era el segundo día de viaje. No le había dirigido la palabra desde la cena del día de su boda. Sonrió con sorna al pensar en la palabra *boda*. Su marido estaba leyendo, con una expresión lo bastante seria como para hacerla creer que no estaba actuando. No, se había pasado todo el día anterior leyendo. Y también la noche anterior, cuando se habían detenido en una posada y él les había conseguido habitaciones: dos habitaciones *separadas*.

Había pedido que le llevaran la comida al salón privado, sin consultarle, por supuesto (estaba empezando a darse cuenta de que tal vez siempre había sido así de arrogante, solo que lo había mantenido oculto), y luego le deseó buenas noches y tomó su propia comida en el comedor público.

Estaba furiosa. Había planeado pedirle que la dejara cenar en paz porque quería ver esa expresión de dolor que él le había mostrado el día que le había rogado que fuera su esposa. En

cambio, no le había mostrado nada más que cortesía, amabilidad y preocupación educada. Era el marido perfecto.

¿Y ella? Bueno, era tan mordaz y malhablada como una verdulera, todo lo que decía era sarcástico, velado o no, o simplemente grosero. Y él nunca mordía el anzuelo.

Pero debajo de su ira había una gran dosis de preocupación y vergüenza. Le había mentido sobre su verdadero nombre, le había mentido al arzobispo de Canterbury y le había ocultado su creciente sospecha de que probablemente estaba embarazada.

Él la había intimidado y amenazado y ella había hecho lo que mejor sabía hacer, bueno, lo segundo mejor: había mentido.

«¡Mentiste porque él te obligó a mentir!», dijo furiosa su voz interior, la verdad de la afirmación avivó las brasas de su ira, pero no lo suficiente como para extinguir la culpa por lo que había hecho.

Aun así, su vergüenza no era lo bastante fuerte como para perdonarlo. Sabía que era infantil, pero su deseo de provocarlo y sacarlo de quicio aumentaba con cada hora que pasaban juntos. ¿Qué hacía falta para alterar su odiosa placidez y compostura? Dos días antes había encontrado la respuesta a esa pregunta: Hugo. Sí, Hugo había logrado atravesar la apariencia de amabilidad y cortesía de Magnus.

Por desgracia, no podía sacarse a Hugo de su maleta para tal propósito, pero eso no significaba que no pudiera invitarlo a hacerle una visita.

Así que la noche anterior, sola en su habitación, le había escrito una carta a Hugo, de su puño y letra, y se la entregó a su marido cuando fue a desayunar con ella esa misma mañana.

—¿Puedes enviar esta carta por mí, querido?

Sus pupilas se dilataron ante su tono cariñoso, así que sonrió de forma inmediata como respuesta. Luego miró la carta que tenía en la mano. Sus hermosos labios se tensaron, pero aun así logró esbozar una de las sonrisas que ella ahora consideraba propias de su máscara de cura.

—Será un placer.

Y esas fueron las últimas palabras que intercambiaron desde que subieron al carruaje esa mañana.

Él levantó la vista, como si fuera consciente de su mirada amenazadora, y le sonrió.

—¿Estás cómoda, querida?

Le hacía preguntas como esa cada cierta hora; Melissa las ignoraba todas y cada una de ellas. Al principio, había creído que era por el bien de los sirvientes, o simplemente para castigarla con su insulsa cortesía. Pero había empezado a darse cuenta de que realmente le preocupaba su comodidad. Lo cual solo la molestaba más.

Ignoró su pregunta una vez más y se giró para mirar por la ventana. No había mucho que ver: estaba gris, llovía y el viento aullaba.

—Me temo que no verás Bodmin Moor en todo su esplendor —dijo, aparentemente sin importarle si le hablaba a ella o a una pared—. Pero hay una cierta belleza sombría que se puede disfrutar en cualquier época del año.

Estudió sus cutículas como si no hubiera espectáculo más interesante en el mundo.

—Te estarás preguntando cómo es posible que tenga una cabaña en una zona tan remota.

Mel pasó a su otra mano.

—Pertenece a una tía paterna. Era una mujer bastante rebelde que se negó a casarse y pasaba tiempo en el continente, hasta que la guerra la obligó a regresar a casa. Pasó sus últimos años aquí y yo solía visitarla cuando estaba en la escuela.

Mel suspiró.

—Murió hace tres años.

Levantó la vista al percibir el dolor en su voz, pero su expresión era anodina y contemplativa.

—Supongo que debería contarte algo sobre mi familia. Somos relativamente nuevos en la aristocracia. Mi bisabuelo fue constructor de barcos en Liverpool durante las guerras del siglo pasado. —Hizo una pausa, su tono meditabundo—. Aunque es difícil ver dónde comienza una guerra y dónde termina otra. —Se encogió de hombros, el movimiento de sus anchos hombros era elegante incluso con su mal ajustado traje negro, al que había vuelto la mañana en que salieron de Londres. A ella le molestaba fijarse en sus malditos hombros o en lo que vestía.

—Mi bisabuelo William Stanwyck construyó dos de los barcos de la escuadra que destruyó la flota española en la bahía de Vigo. El rey Jorge, el abuelo de nuestro actual rey, lo recompensó con un título de barón: William, primer barón Stanwyck. Naturalmente, mi bisabuelo hizo las maletas de inmediato, se trasladó a la pequeña ciudad de Branford, donde le esperaba la generosa concesión de tierras del rey, y comenzó a colocar losas para la mansión del barón casi en el mismo momento en que saltó del carruaje.

Mel se dio cuenta de que estaba sonriendo al escuchar la historia y dejó de hacerlo.

—Pronto tuvo una mansión con la que acompañar su título, pero carecía de esposa e hijo para continuar con su legado. Se casó con Lady Anne Portnay, la decimotercera de sus hermanos, y séptima hija del quinto conde de Sheringham. Con ello, William ascendió considerablemente en la escala social. Su hijo, el segundo barón y mi propio abuelo, no estaba tan bien situado, a pesar de sus conexiones maternas, como para poder ignorar el negocio familiar. Él también proporcionó los pertrechos que todo monarca necesita para librar una exitosa campaña naval, de modo que fue recompensado con un condado y un marquesado en rápida sucesión, pero ninguno de estos títulos vino con tierras. Sin molestarse por ese descuido, James, mi abuelo, comenzó de inmediato la expansión de su mansión de barón, un proyecto que lo mantuvo ocupado y feliz mientras él y mi abuela, la hija de un barón, eran fructíferos en sus deberes maritales y continuaban con la sucesión. —Hizo una pausa y la miró. La sorprendió escuchando con atención y sin disimulo, pero entonces bostezó y abrió el libro que estaba a su lado en el asiento. Él no se rio, pero ella notó que lo había divertido.

—Lo que nos lleva a mi propio padre. Los barcos eran un lejano recuerdo cuando mi padre, David, apareció en escena. Nació como el tercero de cinco hijos, que sobrevivieron todos, menos uno. —El humor había desaparecido de su voz—. Mi padre, su hermano mayor y dos de sus hermanas sobrevivieron a la epidemia de viruela, pero los cuatro hermanos quedaron marcados. Mel dejó el libro.

—Mi padre se dejó crecer la barba para cubrir las cicatrices que lo desfiguraban, pero su hermano, el mayor de todos, quedó ciego y con cicatrices, y se suicidó. Una de mis tías aún vive en Stanwyck Hall y nunca se casó. La otra es la que mencioné antes: la tía Eudora. Aunque nunca lo dijo, creo que evitó el matrimonio debido a sus cicatrices. También era una mujer muy... ¿cómo decirlo? La tía Eudora simplemente no aceptaba su papel de tía solterona que se quedaba en la casa de su hermano casado y tejía medias. Era un espíritu libre; supongo que esa es la mejor manera de describirla. Fue de mi tía de quien aprendí a seguir mi corazón y unirme al clero en lugar de recibir con los brazos abiertos un futuro como caballero en una granja.

Esta vez, cuando la sorprendió mirándolo, no bostezó ni apartó la mirada. Él le sostuvo la mirada durante un largo momento y, tras girarse para mirar por la ventana, prosiguió.

—Mi madre era la hija menor del duque de Southmorland. Era, en palabras de la alta sociedad, un diamante de primera. El matrimonio de mis padres fue una unión por amor. Mi padre dice que fue amor a primera vista: se enamoró de ella cuando ella no huyó al verlo por primera vez.

Mel sonrió. ¿Cómo no iba a hacerlo?

—Mi hermano Cecil, conde de Sydel, vive en casa. Es un apasionado de los caballos y de la caza, y nunca lo verás sin una jauría de perros pisándole los talones. Michael, el mayor, tiene su propia y preciosa propiedad a solo una hora de distancia. Está comprometido con su novia de la infancia, la hija de nuestro vecino más cercano, un terror infernal que atormentaba a todos los chicos del vecindario de pequeños. —Le sonrió—. Creo que te agrada Molly cuando la conozcas.

Mel no podía hacer más que mirarlo fijamente. ¿Acaso no sabía lo que estaba diciendo? Ella era una *puta*, y una puta infame, además. ¿Y creía que podía simplemente entrar en la casa de su familia y presentarle a hijas de duques, condes y vizcondes? En momentos como ese le resultaba difícil no gritarle como una arpía: ¿cómo podía ser tan malditamente *ingenuo*?

—El siguiente en la línea es Henry, que se encuentra con su regimiento en el continente. Después de él viene James, que está con el núcleo diplomático del duque de Wellington, y luego, Philip, que vive en una de las propiedades de mi padre en Escocia. —Le dedicó la misma dulce sonrisa que la había desfigurado en Nueva Bickford, pero que ahora sabía que era solo la fachada de un hombre que en realidad no se avergonzaba de comportarse de manera despiadada para salirse con la suya—. Y luego estoy yo.

—El benjamín y el favorito.

No se lo negó.

—El que se ha casado con una puta.

—¡Ya basta! —gritó.

Melissa se sobresaltó y hasta el carruaje mismo pareció estremecerse.

Por sus ojos abiertos y sus fosas nasales dilatadas, podía ver que se había sorprendido incluso a sí mismo. Estaba empezando a sospechar que su temperamento se desbocaba debido a ciertos temas, y cuando eso sucedía... Bueno...

—No toleraré esa palabra. Si no tienes respeto por ti misma, al menos tenlo por mí.

—¿Qué? —se burló, con un tono de voz que solo derrochaba rencor, aunque el corazón le latía con fuerza en el pecho—. ¿Prefieres otra palabra? ¿Prostituta? ¿Ramera? —dudó y luego dijo—: ¿Tal vez zorra?

La miró a través de sus pupilas, que se habían reducido a diminutos círculos, y sus iris eran de un azul helado y gélido.

—Esta será la última vez que digas esas tres palabras.

—Le gusta mucho dar órdenes, milord.

—Soy tu esposo, Melissa.

—¿Y ese es el deber de un esposo? ¿Dar órdenes?

Movía la mandíbula de un lado a otro. ¿Quién habría imaginado que este hombre severo y autoritario habitaba el mismo cuerpo que el otro Magnus, el hombre cariñoso, amoroso y risueño que había cautivado a todas las mujeres a su alrededor con su gentil dulzura? Por supuesto, ella lo había estado provocando durante días. Si fuera otro hombre probablemente ya la habría golpeado.

Pero él solo apartó la mirada y miró por la ventana. Su perfil era tan bello que dolía. Tenía un marido magnífico. Si su vida hubiera sido diferente, si no hubiera pasado los últimos quince años ejerciendo de prostituta, casarse con Magnus habría sido su mayor sueño.

Pero no así. Había actuado precipitadamente, impulsado por los celos al ver sus estúpidos juegos con Hugo. Y había dado un paso del que se arrepentiría toda su vida. Con todo su ser, y más temprano que tarde. Y cuando sucediera eso, cuando se encontraran sentados a la mesa con un

hombre al que ella había tenido que abrirle las piernas (porque acabarían coincidiendo con alguno, era solo cuestión de tiempo), comenzaría a odiarla.

Y eso en el mejor de los casos.

En el peor, desafiaría a cualquier hombre que la hubiera deshonrado a ella (o a él, mejor dicho) con algún comentario casual sobre algo que hubiera hecho y que probablemente fuera cierto, y entonces solo se enfadaría más y la odiaría más todavía.

Con toda seguridad, se citaría con ese hombre en una mañana neblinosa con pistolas. Dicho encuentro terminaría con su muerte o con su destierro de Inglaterra. El destierro, llegados a ese punto, sería igual de grave porque lo expulsarían de la Iglesia a la mayor celeridad en cuanto se enteraran de su matrimonio. Tal vez no fueran tan amables para simplemente dispensarlo de su cargo. No, harían de su vida un infierno, hasta que acabara haciendo el trabajo sucio por ellos y renunciara.

Y la odiaría por todo eso.

De modo que todos sus esfuerzos desde que se casaron (sus disculpas por comportarse como un bruto primitivo y amenazar con destruir su negocio, su preocupación por cuidarla y consolarla, su comportamiento y miradas amorosas —no, su amor en sí mismo, porque ella sabía que él la amaba—), absolutamente todos, fueron en vano. No podía obligarla a amarlo: ella ya lo amaba.

Melissa se dijo a sí misma que había accedido a ese matrimonio sabiendo que no era lícito debido a su amor por él, pero él no lo vería de esa manera cuando acabara descubriendo su engaño. Sin embargo, a veces debes hacer cosas por aquellos a quienes amas, aunque no te lo agradezcan.

Se quedaría con él solo el tiempo necesario para encargarse de la venta de la Casa Blanca, una acción que podría llevar a cabo sin subterfugios, ya que él ya había indicado que quería que se desprendiera del negocio. Con el dinero de la venta y sus ahorros, podría abandonarlo y vivir una vida cómoda, aunque no lujosa. Podría quedarse en Inglaterra y buscar otro pequeño pueblo como Nueva Bickford, pues había descubierto que disfrutaba del campo. O simplemente podría irse de Inglaterra y empezar de cero en algún lugar del continente. Podría criar a su bebé en paz. Él quedaría devastado, pero era resistente y se recuperaría... con el tiempo. Después de todo, prefería dejarlo ser la víctima en una historia sin importancia que atraparlos a ambos en un matrimonio que solo podría terminar en infelicidad y dolor, sobre todo porque se amaban.

Pero Magnus no lo veía así, igual que tampoco veía que le destruiría la vida, y que su amor por él la destruiría a ella. Eso eran el uno para el otro, lo viera o no: destrucción mutua.

Capítulo quince

Frente a otras personas (posaderos y sirvientes), Melissa se mostraba educada y agradable.

Pero en cuanto se quedaban solos, se convertía en una desconocida, una extraña hostil. Por desgracia, estuvieron solos durante casi dos días y no se había ablandado ni un poquito.

La noche anterior habían llegado a la cabaña de su tía (que Magnus supuso que sería más bien una mansión) y ya era demasiado tarde para hacer mucho más que presentarle al señor y la señora Hixon, la pareja que vivía en Moor House y hacían las veces de cuidadores.

A pesar de la tensión entre él y su esposa, Magnus se sintió en paz desde el momento en que entró en Moor House. Por supuesto, también sintió dolor y pérdida, pero aun así era el lugar donde podía sentir rastros de la presencia de su amada tía.

Magnus había considerado alquilar la casa, pero amaba profundamente a su tía Eudora y no soportaba pensar en que alguien más usara sus cosas o, peor aún, las reemplazara.

Al final tendría que hacer algo con aquel lugar; no estaba bien dejarlo como santuario.

Pero por ahora, estaba agradecido de que hubiera un lugar al que pudiera llevar a su nueva esposa que no fuera Londres, ni la casa de su familia en Yorkshire, ni de regreso a Nueva Bickford.

Después del furioso incidente en la cena de esa primera noche, Magnus se dio cuenta rápidamente de que su plan inicial (llevarla a visitar a su familia) no era más que una tontería.

No, necesitaban pasar algún tiempo a solas juntos, en algún lugar donde no los molestaran distracciones externas, y aprender a llevarse bien antes de que él la instalara en la cabaña del cura.

Aquella primera noche de matrimonio, se dio cuenta de que el lugar ideal para saber más sobre su nueva esposa no era, con toda seguridad, Londres.

A petición de Melissa, Magnus la había dejado sola en Darlington House después de que terminaran su desastrosa cena de bodas. Sin duda, su abandono había sorprendido a los sirvientes, pero Magnus estaba demasiado herido por su evidente odio como para preocuparse por qué podría parecerle a los demás. Junto con su dolor había culpa y vergüenza por su trato despótico hacia ella y el desastre que había causado en sus vidas.

Su padre, un Whig acérrimo, mantuvo la membresía de Brooks para todos sus hijos, a pesar de que Magnus llevaba años sin poner un pie en Londres. Así que, a falta de algo mejor que hacer, visitó el club.

Por supuesto, se había encontrado con gente que conocía, amigos de sus hermanos en su mayoría, y también con un compañero de Eton. Había bebido varias copas mientras se burlaban de él por dejar de vestirse de negro para pasar una noche de libertinaje. No había tenido el coraje de decirles que acababa de casarse ese mismo día. Además, esa noticia debía compartirla primero con su familia, no con un grupo de borrachos.

Se habían estado burlando de él sin piedad cuando alguien sugirió:

—¡Deberíamos llevarlo a la Casa Blanca y mostrarle lo que es pasar un buen rato!

El nombre hizo que la cabeza empezara a darle vueltas.

— que Mel Griffin ha vuelto a la carga y está aceptando nuevos clientes por primera vez en años. Entonces Magnus alzó la mirada bruscamente.

—Mira —dijo uno de los otros (no sabía ni le importaba quién era)—. Incluso los curas de los condados rurales han oído hablar de nuestra doncella de hielo.

—Já, no es tuya, Devlin. Eres demasiado feo para alguien como ella.

—Más que feo, es demasiado pobre para permitírsela —dijo alguien más, provocando risas por todos lados.

—Pero en serio, Mag —dijo John Taylor, uno de los amigos de su hermano Michael—, ¿va contra las reglas disfrutar de un poco de placer carnal?

—Sí, hombre, seguramente necesitas saber contra qué predicar para poder ser persuasivo —dijo otro, provocando nuevamente una carcajada de todos.

—¿Mag? ¿Estás bien? —John se acercó más, con la frente arrugada por la preocupación—. No te enfades, solo es una broma. No quería faltarte al respeto.

Aun así, a Magnus no le salían las palabras. Los demás estaban describiendo algo que uno de ellos había hecho durante su última incursión al lugar de trabajo de Melissa, su esposa. Tal vez incluso estaban describiendo algo que ella misma había hecho.

—Te lo juro, Peggie —dijo el vizconde Royce, un hombre que se acercaba más en edad a Magnus y que nunca le había caído especialmente bien—, esa chica podría tragarse un bate de críquet. Y tener a las dos encima de mí, bueno, fue...

—¿Quién? —La áspera pregunta de Magnus lo sorprendió a él mismo más que al sudoroso y rechoncho señor al que se estaba dirigiendo, que simplemente parpadeó.

—¿A qué te refieres, Stanwyck?

—Te he preguntado *quién*. *Quién* podría tragarse un bate de críquet.

Todos se quedaron en silencio a su alrededor.

Royce parpadeó mientras John ponía una mano sobre el hombro de Magnus, pero este lo ignoró.

—¿No te sabes el nombre de la chica?

La risa de Royce parecía nerviosa.

—No que yo recuerde. —Miró a los demás, como si buscara orientación—. Quiero decir, era una prostituta, Stanwyck, no una chica en su primera temporada que espera parloteo.

—La Casa Blanca no es el lugar al que acudimos para tener una conversación agradable —añadió otro—. No es el maldito Almack's.

Unos cuantos se rieron.

Alentado por la risa de sus amigos, Royce se relajó y recuperó esa sonrisa maliciosa y asquerosa.

—Las mujeres de la Casa Blanca han recibido una buena formación y saben cómo servir a un hombre tal como a mí me gusta, lo que significa que no pueden hablar.

Los demás se rieron de buena gana y se restauró el equilibrio. Magnus miró a esos hombres, sus compañeros, mientras contaban historias cada vez más estridentes, se superaban entre sí y alardeaban de sus proezas sexuales.

¿Alguno de estos hombres había estado dentro de Melissa? ¿Alguno de ellos había hecho esas cosas con su esposa? Se le había calentado tanto la cabeza, tenía la visión tan borrosa y los ojos tan rojos, que en realidad le preocupaba más su cordura.

Se fue. Se puso de pie de un salto y se dirigió directo a la puerta, ignorando las voces que lo llamaban, sin detenerse hasta que estuvo a tres calles de distancia. Solo entonces se dio cuenta de que había ido en la dirección equivocada.

Había esperado disfrutar del lujoso entorno de la casa Darlington durante unas semanas, ya que ir al norte ya no era una opción. Pero menos de una hora en Brooks le hizo darse cuenta de que necesitaba salir de Londres antes de cometer alguna estupidez irreversible.

Cuando por fin llegó a la casa Darlington, escribió de inmediato una carta al señor y la señora Hixon, la pareja que administraba la casa de su tía Eudora, diciéndoles que prepararan la casa para su llegada con su nueva esposa.

También tuvo que enviarle un mensaje a su propia esposa al día siguiente, cuando no bajó a desayunar ni a almorzar. Le había dicho que se preparara para viajar temprano a la mañana siguiente, mostrando una vez más su actitud arrogante, pues no veía más solución que esa.

Había albergado esperanzas en el viaje a Bodmin Moor, pensando que estar en un espacio cerrado los uniría y tendrían que hablar. Claramente se había equivocado en ese aspecto. Se dijo a sí mismo que debía seguir esperando e intentándolo, pero cada vez le resultaba más difícil encontrar formas de interactuar con ella.

Hoy había sido su primer día entero en Moor House y había pasado la mayor parte del mismo en el estudio de su tía revisando los libros de contabilidad que el señor Hixon le había guardado. No vio a Melissa salir de la casa; de hecho, no la vio en absoluto hasta la cena. Aunque el comedor era considerablemente más íntimo que la casa Darlington, la cena fue exactamente igual; bueno, a excepción de la copa de vino rota.

Comieron mientras Magnus hacía preguntas y Melissa le daba respuestas monosilábicas. Lo dejó solo con su oporto (aunque no estaba bebiendo) y rechazó su invitación a unirse a él en la biblioteca.

Como habían hecho la noche anterior, cada uno se retiró a sus respectivos aposentos, los del amo y la señora. Supuso que a ella le habría gustado estar en la habitación más alejada de él, pero Magnus no quería avergonzarse delante de los Hixon, quienes ya debían preguntarse por su comportamiento poco amable el uno con el otro.

Magnus caminaba de un lado a otro por su habitación mientras escuchaba lo que ocurría en la habitación de al lado. Ninguno de los dos había traído a sus sirvientes, de modo que cada uno se hacía sus cosas. Parecía como si ella estuviera guardando el contenido de su baúl en el vestidor.

Pasó una hora antes de que la habitación quedara en silencio, pero una línea de luz debajo de la puerta indicaba que ella aún no se había ido a la cama. Magnus inhaló profundamente y se dirigió a la puerta que comunicaba las habitaciones, dándole un golpe seco. La pausa fue tan larga que pensó que ella lo ignoraría. ¿Qué haría entonces? ¿Qué haría...?

La puerta se abrió de golpe y ella apareció en el hueco.

—¿Sí? —Sus ojos eran como dos diamantes verdes en su rostro pálido. Llevaba un negligé verde esmeralda que le hizo empezar a sudar de inmediato.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Magnus, deseando que su voz no fuera tan áspera.

—Ya estamos hablando.

Apretó la mandíbula.

—¿Puedo entrar?

Ella lo hizo esperar. Y esperar. Y esperar. Finalmente, giró sobre sus talones y regresó a su habitación, invitándolo a seguirla.

Había un sofá y una silla frente al fuego crepitante y ella se recostó en el sofá de dos plazas, metiendo los pies descalzos debajo del cuerpo. Su postura le recordó, incómodamente, la forma en que había estado acostada en su diván con ese maldito Hugo. Su ingle se agitó al pensarlo y quiso aullar: ¿cómo era posible que un recuerdo así le resultara excitante?

—¿Qué quieres, Magnus? —Lo observaba con una mirada carente de emoción que le daba una sensación de desesperanza y de abandono. ¿Era esto lo que les esperaba? ¿Esta vida de ira y hostilidad?

Suspiró y se sentó en la silla.

—Soy muy conocido en la zona y la señora Hixon ya me ha comentado que nuestros vecinos del sur, los Tenleigh, están ansiosos por conocerte. Me gustaría mostrarles nuestros respetos haciéndoles una visita. ¿Me acompañas?

—Por supuesto.

Magnus se quedó perplejo; había sido más fácil de lo que esperaba.

—Gracias.

Ella dejó escapar un suspiro exagerado.

—¿Algo más?

La miró y ella le devolvió la mirada, vacía. Iba a costarle mucho derribar ese muro.

—Hay algunos asuntos importantes que me gustaría discutir contigo, decisiones que no deseo tomar solo.

Resopló.

—¿De veras? Pensé que ibas a ser tú quien tomaría todas las decisiones por los dos.

Tranquilo. Mantén la calma. Recuerda que te mereces todo esto y mucho más.

—Esto tiene que ver con mi familia. Estaba pensando en escribirles una carta. Creo que deberíamos decirles la verdad a mis padres.

Se levantó de un salto, bajando los pies al suelo con un ruido sordo.

—¿Estás loco? —preguntó ella, y la pregunta le recordó la última vez que le había preguntado exactamente lo mismo: el día que la obligó a casarse con él—. ¿Crees que, como tus padres son vistos como los excéntricos más queridos en el Norte, están tan alejados de la influencia de la alta sociedad que aceptarían a una *madame* como nuera?

Magnus se dio cuenta de que sí que había estado escuchando sus largas y monótonas historias sobre su familia en el carruaje mientras fingía leer un libro o examinarse las uñas. Ese pensamiento le dio esperanza, aunque fuera un poco.

—El hecho de que tu madre pinte paisajes y vista ropa de artista y tu padre celebre reuniones en las que escandalice a los demás caballeros ricos del campo con sus nociones intelectuales radicales no significa que quieran reconocer a una *puta* como la nueva esposa de su hijo favorito.

—Entrecerró los ojos cuando él hizo una mueca—. Puede que no te guste la palabra, Magnus, pero eso es lo que soy. Si no puedes aceptar la verdad, tal vez no deberías haberme amenazado para que me casara contigo.

—Por supuesto, acepto tu pasado, lo suficiente como para desear tratar con sinceridad a mi familia. No puedo engañarlos para siempre, Melissa. Aunque no suelen ir a Londres, mi padre no se perderá la temporada y mi madre lo acompañará. Y luego está el hecho de que deseo llevarte a la boda de mi hermano el mes que viene en Londres. Me gustaría decirles la verdad antes de eso.

Resopló, con un sonido ligeramente histérico.

—¿Te casaste conmigo con la intención de humillarme?

—No, claro que no, Melissa. —Magnus estaba muy, pero que muy cansado de discutir—. ¿Por qué dices esas cosas? Me casé contigo. ¿Te parece que ese es el acto de un hombre empeñado en humillarte?

—¡Ja! —Se levantó y caminó hacia su tocador envuelta en una nube de tela de seda y un perfume sutil y embriagador, dejándose caer en el banco de seda acolchado y tomando su cepillo para el cabello.

Magnus se quedó de pie detrás de ella y encontró su mirada furiosa en el cristal.

Su cabello era una espuma de color castaño oscuro y rizado que le llegaba hasta la cintura. Era brillante y espeso y cada pasada de su cepillo llenaba el aire con su fragancia limpia. No habían dormido en la misma cama y tal vez no lo harían nunca. Sabía que era un cerdo por desearla cuando ella estaba tan furiosa con él (con razón, admitió), pero, ¡por Dios!, era tan hermosa y deseable.

Y, por supuesto, está el hecho de que quieres reclamar lo que es tuyo, borrar cualquier vestigio

de Hugo, de sus manos acariciándola y su polla rígida.

Magnus cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Por supuesto, debería estar agradecida de que te hayas dignado casarte conmigo, no solo con una...

Abrió los ojos de golpe y se acercó a ella, tomándola de los hombros con suavidad, pero con firmeza.

—Por favor, esta noche no. Por favor.

Ella respiraba con dificultad, sus ojos ardían en los de él, su expresión era dura como el granito. Magnus intentó no ver sus vidas extendiéndose ante ellos, una repetición de este día para siempre, pero eso era todo lo que su mente cansada parecía poder ofrecerle.

Melissa bajó la mirada hacia sus hombros, donde reposaban las manos de él, y entonces las retiró, alejándose de ella.

—No les diré nada a mis padres ni a nadie más hasta que te sientas preparada.

—Es decir, nunca —le espetó ella. Volvió a tomar rápidamente su cepillo—. ¿Puedo terminar?

—Por supuesto. Lamento la interrupción.

Volvió a cepillarse el pelo y él se fue, cerró la puerta y se apoyó ahí durante un rato mientras contemplaba la cama: su cama. Afortunadamente, no tenía ningún ayuda de cámara que pudiera dar testimonio de lo que estaba pasando, aunque ya había hecho el ridículo al revolver las sábanas esa mañana para la criada.

Escribió una carta a sus padres, como estaba previsto, pero omitió todo lo que tuviera que ver con Melissa, salvo decirles que era la hija huérfana de un comerciante adinerado que había muerto cuando ella era niña. La habían criado su tía y su tío, otro comerciante de Londres. Su tío había muerto varios años antes y su tía la había traído a Nueva Bickford después de periodo enferma el otoño anterior.

Mientras sellaba la carta, Magnus se dio cuenta de que no sabía mucho más que sus padres sobre Melissa Griffin; aparte de lo obvio.

Llevaban casados seis días y él esperaba saber algo sobre su pasado, de dónde venía, quién era en realidad y cómo había acabado en la Casa Blanca. Por supuesto, no contaba con la capacidad de Melissa para guardarle rencor.

Magnus se quitó el abrigo negro y lo arrojó sobre el respaldo de una silla, a continuación, se deshizo de los zapatos, los pantalones y la ropa interior antes de ponerse uno de los camisones de franela que había encontrado en su antigua habitación. Luego retiró las sábanas y se metió en la fría y solitaria cama. Había dejado un libro que le había enviado su madre en la mesilla de noche, pero se sentía demasiado mal para leer, así que apagó la luz y trató de dormir.

Pero no dejaba de reproducir en su cabeza las imágenes de la última semana y del miserable mes que la precedió. Allí estaba, casado, la mujer que amaba en la habitación de al lado y, sin embargo, estaba más lejos de ella que nunca.

«Ten cuidado con lo que pides», solía regañarle su vieja nodriza cuando era malcriado o codicioso.

Bueno, no lo había pedido, lo había *exigido*, y ya era demasiado tarde para tener cuidado.

Melissa dejó el cepillo en cuanto Magnus cerró la puerta. Se quedó mirando su reflejo en el espejo y odió lo que vio. Era una arpía horrible y cruel y no estaba segura de cuánto tiempo más podría seguir actuando así.

Parecía tan abatido... Sabía que él era el arquitecto de su propia miseria, pero causarle dolor estaba convirtiendo su vida en un infierno. Y no tocarlo... bueno, ese estaba siendo su tormento

especial.

A eso se sumaban las mañanas difíciles y los dolores y molestias inusuales. Sí, estaba embarazada de su hijo. Cuando perdió su primer ciclo menstrual unas semanas después de regresar de Nueva Bickford, no le había dado importancia, ni siquiera cuando perdió el segundo. Pero ahora... No tenía ninguna duda. Una parte de ella estaba muy contenta: se llevaría una parte de él cuando se fuera.

Pensar en su hijo creciendo dentro de ella solo la hizo sentir más excitada por su marido, y también la hizo consciente del poco tiempo que les quedaba juntos.

Tal vez intentara convencerse a sí misma de que lo odiaba, para protegerse de cara al día en que tuviera que dejarlo, pero no resultaba tan fácil ocultar la verdad. Amaba a Magnus con todo su corazón y lo deseaba, en todos los sentidos. Y pronto tendría que dejarlo.

Melissa conocía su cuerpo tan bien como cualquier mujer de su sector y estaba familiarizada con su ciclo de excitación. Durante un mes, había llegado al clímax con más facilidad o había deseado más el sexo en distintos momentos. Pero las sensaciones que había empezado a experimentar recientemente eran diferentes. Más profundas, más... primitivas.

Mientras estaba sentada allí esa noche, tras haberlo destrozado con sus palabras, se le ocurrió una idea: disfrutara del tiempo con él o no, lo dejaría de todos modos. Entonces, ¿por qué se esforzaba tanto para que no pudieran ser felices ahora? ¿Por qué no disfrutar todo lo que pudiera? ¿No era ese un enfoque mucho más inteligente? Estaba claro que atormentarlo y resistirse no estaba contribuyendo para nada a disminuir su amor y deseo por él. No se estaba engañando a sí misma; solo estaba castigándolos a ambos.

Se levantó y se quitó la bata. Debajo llevaba uno de los camiones que siempre había usado; era provocativo, pero no barato ni escabroso. Y tenía un cuerpo que nunca había tenido reparos en mostrar. ¿Por qué no? ¿Qué más tenía que fuera de algún valor?

Pero esa noche no quería que hubiera ni siquiera un camisón entre ellos. Se lo sacó por la cabeza y fue hasta la puerta que comunicaba los dos dormitorios para apoyar la oreja contra ella: nada.

Giró el pomo, sorprendida de que no lo hubiera cerrado con llave después de su comportamiento. La habitación que había al otro lado estaba oscura y dudó un momento, dejando que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz.

—¿Melissa? —La voz, completamente despierta, provenía de una masa oscura al otro lado de la habitación—. ¿Pasa algo? —Escuchó el susurro de la tela y se dio cuenta de que él debía haberse sentado.

Cerró la puerta y caminó lentamente hacia él, sin detenerse hasta chocar contra la cama.

—¿Mel?

Era la primera vez que usaba el diminutivo de su nombre y eso la hizo sonreír.

—¿Puedo meterme en la cama contigo?

Su silencio atónito era palpable, y luego dijo:

—Por supuesto. —Oyó un leve golpe: una mano que palmeaba un colchón—. Ven aquí, estoy sosteniendo las sábanas.

Cuando se deslizó a su lado, se dio cuenta de que llevaba un camisón y saberlo la sacudió hasta lo más profundo de su ser. Nunca había estado en la cama con un hombre en camisón. Jamás. Pero él era su marido, y eso era lo que usaban las parejas casadas. Era algo a la vez doméstico y tremendamente erótico, y deseó poder verlo.

Hizo un ruido ahogado mientras dejaba caer la ropa de cama sobre ellos.

—Estás desnuda —susurró.

Ella sonrió ante su repentina respiración agitada.

—No llevas nada de ropa —añadió, por si acaso ella no sabía el significado de la palabra ‘desnuda’—. Dios mío, parezco un idiota.

Melissa sonrió en la oscuridad y se giró hacia él, recorriendo con la mano su cuerpo cubierto de tela y dejándola descansar sobre su miembro medio erecto.

—¿Puedo quitarte el camisón, Magnus?

Tomó aire y se puso rígido. Por completo.

Tuvo que morderse el labio para contener una risita mientras él se quitaba el camisón por la cabeza y lo lanzaba hacia la oscuridad. Melissa se inclinó hacia él y besó lo primero que encontró, parte de un pezón y su pecho ligeramente velludo.

Él siseó y la rodeó con sus brazos, pero ella lo retuvo:

—No, primero quiero explorarte. Recuéstate.

Obedeció sin chistar.

—¿Tienes frío? ¿Te importa si te retiro las sábanas?

—Puedes hacer lo que quieras —dijo con voz entrecortada.

Ella tembló con la risa contenida.

—¿Te estás riendo de mí?

—Sí. —Esta vez no pudo contenerse.

—No te culpo. Tus manos sobre mi cuerpo tienen un efecto implacable sobre mí.

—Shhh. —Pasó las manos por el hermoso y musculoso cuerpo, que le pareció mucho más delgado que hacía apenas unas semanas. A pesar de ello, seguía siendo una escultura perfecta.

Gimió mientras le masajeaba los hombros.

—¿Te gusta? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Me encanta.

Le recorrió el torso con las manos, amasándolo y acariciándolo, y notó que su cuerpo se calentaba y flexionaba bajo su tacto, y su respiración se hizo más profunda mientras recorría la musculatura tensa de su abdomen. Era exquisito, una de las obras maestras de Dios, aunque él probablemente consideraría tal pensamiento una blasfemia. No importaba; se lo guardaría para sí misma.

Deseaba tanto sentirlo dentro de ella que tenía un calor pegajoso en los muslos mientras se arrodillaba y le separaba las piernas, se posaba entre ellas y lo recorría con las manos, tocando cada parte de él excepto la que más deseaba. Atormentándolo una vez más, pero esta vez para su mutuo placer.

Ella pasó los dedos sobre la fina piel de su cadera, sacudiendo su erección y provocando que él gimiera.

—Melissa, por favor —suplicó.

Su cuerpo estaba tan preparado que sus súplicas por sí solas podrían haberla hecho perder el control.

En lugar de eso, retrocedió y bajó la boca hasta el lugar donde su erección brotaba de su cuerpo y se unía a sus testículos, rígidos y apremiantes de la necesidad.

Respiró sobre él, y sus cálidos y suaves toques hicieron que las caderas de Magnus se sacudieran pidiendo más.

Sus ojos se habían adaptado a la penumbra y podía ver su silueta, larga y penetrante. Sonrió e ignoró su erección, chupando lo que había algo más abajo, y metiéndoselos en la boca.

Él gimió algo que sonó como su nombre. Sus manos se enredaron en su cabello y ella sintió la lucha interna que estaba librando, el deseo de llevarla a su terreno y usarla para su propio placer.

Pero Melissa le sujetó las caderas con firmeza, haciéndole el amor a sus apretados y sensibles

testículos antes de subir por la sedosa piel de su miembro, lamiendo, chupando y mordisqueando, hasta llegar al glande. Cuando llegó a su destino, sabía a sal, y estaba resbaladizo y tembloroso. Necesitaba correrse desesperadamente. Reconocía, por la última vez que lo había visto de ese modo, que pronto estaría listo de nuevo. Se fue metiendo todo su miembro en la boca. Aunque relajó todos sus músculos y abrió la garganta para recibirlo, era demasiado largo y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras luchaba por abarcar toda esa longitud.

—Oh, Melissa. —Fue un gemido ahogado, como si estuviera intentando no gritar. Le agarró la cabeza y flexionó los dedos, apretándolos, guiándola. Ella sabía lo que estaba haciendo y podría haberlo hecho mucho mejor sin ayuda, pero le encantaba sentir sus manos. Y adoraba la tensión en su cuerpo mientras intentaba contenerse, luchando contra el impulso primitivo de follarle la boca.

Ella, en cambio, se relajó y se abrió completamente a él, entregándose a cualquier impulso que prevaleciera.

Magnus no podía controlar su propio cuerpo. Sus caderas se sacudían y ya no le obedecían. Su boca, un túnel increíblemente resbaladizo, caliente y estrecho, se cerró alrededor de cada centímetro de él. Podía sentir la punta de su polla mientras le frotaba la parte posterior de la garganta (¿cómo podía respirar?) y su propia garganta se contrajo en simpatía, pero sus manos se apretaron y sus caderas se arquearon dentro de ella, golpeando salvajemente la suavidad que ella le ofrecía, su cuerpo flexible y complaciente alrededor de su miembro.

Su posición era tremendamente erótica y sumisa; Mel se había convertido en un recipiente, esperando ser llenada por él.

Magnus se emocionó con este último pensamiento y se quedó petrificado, enterrado profundamente dentro de ella mientras su miembro latía y descargaba ondas de placer en su garganta, y ella gemía, su lengua y sus labios acariciándolo, codiciando cada gota.

La vergüenza por la forma en que la había utilizado se apoderó de su euforia.

—Shhh —susurró, como si pudiera leer su repentina tensión.

Abrió la boca para disculparse, pero el suave masaje que le estaba dando entre los muslos le impedía articular palabras. Debió haberse quedado dormido, solo por unos momentos, y se despertó al sentir su lengua lamiéndole el vientre, sorteándole el ombligo, y luego acomodándose sobre su pecho mientras apoyaba su cuerpo sobre el de él.

—Melissa —la abrazó—. Lo siento —murmuró, mirándola con el pelo alborotado y despeinado por el brutal agarre—. ¿Te he hecho daño?

—Me ha encantado —le mordió el cuello con tanta fuerza que hizo una mueca—. Me encanta tu tacto y tu sabor, me ha encantado sentirte dentro de mí.

—¿No te he ahogado?

Soltó una risita baja y terrenal que le hizo apretar los testículos.

—Sí. Y me ha encantado.

Tenía el rostro tan caliente que le sorprendió que no brillara en la oscuridad. Ahora se daba cuenta, avergonzado, de que ella había expresado abiertamente su placer la primera vez que se acostaron juntos. Había sido un tonto al pensar que Mel había aprendido todo lo que sabía de los libros, como él. Deseaba poder complacerla con tanta habilidad. Odiaba pensar que ese hombre vil y engreído hubiera hecho más por ella. Y si... Dios, ¿y si él no podía determinar lo que ella necesitaba? ¿Lo que le gustaba?

—¿Magnus?

—¿Hmm? —dijo, sin atreverse a decir nada más.

—Te has quedado quieto, pero el corazón te late desbocado. ¿Qué ocurre? ¿Te ha disgustado mi comportamiento?

—No, claro que no. Tú... tú... me has partido en dos. Me has enseñado una lección de humildad. Estaba aquí tumbado, pensando... —Se mordió el labio. Se preguntó si iba a ser demasiado sincero... ¿Lo que estaba a punto de decir era demasiado sincero?

—Dime, Magnus, ¿qué ocurre? Si queremos ser honestos el uno con el otro y sacar algo de provecho de este matrimonio, tendremos que hablar de temas que otras parejas no tratarían. No somos como otras personas (al menos yo no lo soy), así que tal vez haga falta más cuidado y esfuerzo.

Tenía razón.

—Me gustaría tener más experiencia —soltó, y luego se rio entre dientes con ironía—, o incluso tener algo de experiencia. Me gustaría poder darte placer como lo debe haber hecho H-Hugo... Ella empezó a sacudir la cabeza antes de que él terminara.

—No, por favor, no pienses eso... nunca. Estoy agradecida, honrada, incluso... de haber sido tu primera vez. Ojalá hubieras sido tú la mía, pero desear cosas que ya pasaron hace tiempo no tiene sentido. En cuanto a Hugo... —vaciló.

—¿Qué?

—Me vas a odiar.

El corazón se le encogió. Dios mío, ¿qué le iba a decir ahora? Magnus reprimió el miedo y dijo:

—Nunca podría odiarte.

—Hugo y yo nunca fuimos amantes, Magnus. Lo utilicé para que me despreciaras lo suficiente como para que te fueras.

Se le escapó una carcajada.

—Eso no hace que te odie. Me siento muy, muy aliviado de oírlo.

Ella se acercó más.

—Pensé que estarías furioso conmigo por haber hecho algo así.

La abrazó con fuerza y la apretó contra él.

—Créeme, querida, soy mucho más feliz sabiendo que solo estabas fingiendo que creyendo que él realmente había sido tu amante. Aunque tengo que admitir que fue muy perverso de tu parte.

—La besó—. Pero en cuanto a esa otra parte... sobre mi falta de, eh, bueno, experiencia...

—Podemos aprender juntos.

—Tú ya sabes demasiado.

—Pero es diferente con alguien a quien amas, Magnus.

El corazón le dio un vuelco: sin duda esa noche estaba siendo sometido a una prueba intensa.

—Gracias por decir esas palabras, Melissa. Sabía que me amabas, pero anhelaba oírte decirlo.

Ella le pasó la mano arriba y abajo por los costados de una manera que hizo que su órgano dormido comenzara a endurecerse de nuevo.

—Ah, conque lo sabías, ¿no?

—Hmm, me lo dijiste. ¿Recuerdas? —La acarició con la nariz, esperando que ella asociara esa noche con cosas positivas, en lugar de las terribles palabras que le había dicho ese día en la Casa Blanca.

—¿Qué ha sido eso?

Magnus se paralizó.

—¿El qué?

Sus caderas, que estaban presionadas contra las de él, comenzaron a latir.

—He sentido algo.

Magnus se rió, con el rostro encendido por la alegre vergüenza.

—Lo siento, ¿es de muy mala educación? ¿Tener una erección mientras alguien te está hablando?

—No, no si ese alguien es tu esposa, a quien dejaste esperando cuando te quedaste dormido.

La giró antes de que ella pudiera protestar.

—No me dejaste muchas opciones, ¿no te parece?

Magnus deseó que la habitación estuviera iluminada, ya que había sido su primera vez. Solo podía ver su silueta, aunque sin duda podía sentir su cuerpo suave y cálido.

Ella separó los muslos debajo de él.

—Te deseo. —La risa había desaparecido de su voz y él deslizó las manos por debajo de sus nalgas para levantarla, ella inclinó las caderas y lo guio hasta su entrada; él la embistió.

—Es como estar en el cielo —murmuró.

—¿Eso no es un sacrilegio? —preguntó ella, y el temblor en su voz le dejó claro que no le resultaba indiferente.

Él soltó una risa temblorosa mientras posicionaba su cuerpo de forma más segura.

—No si es verdad. —La penetró, más fuerte esta vez. Ella gruñó de placer. Él se retiró por completo y volvió a entrar.

—Sí, Magnus, por favor. Más fuerte.

—Como desees —dijo, emocionado por la necesidad en su voz.

Sí, podía hacerlo: llevarla al cielo e ir con ella.

Magnus sabía que debía preguntarle a su esposa qué había provocado ese repentino cambio, pero el equilibrio entre ellos era tan frágil que simplemente no podía correr el riesgo de alterarlo.

Lo que él quería, más que nada, era que este matrimonio fuera un éxito. En ese momento, si eso significaba vivir en la ignorancia sobre su pasado o el funcionamiento interno de su mente, estaba dispuesto a hacerlo. Por ahora.

Todo cambió después de esa noche.

Sí que fueron a ver a sus vecinos, y no solo a los Tenleigh, la dulce pareja de ancianos que había sido la mejor amiga de su tía Eudora. En el transcurso de los diez días que pasaron en Moor House, cenaron fuera tres veces e incluso asistieron a una pequeña asamblea campestre, en la que nadie sabía nada de su esposa porque las últimas personas que habían estado en Londres habían sido ellos dos. Sabía que era una cobardía estar tan agradecido de que los habitantes de la zona fueran hogareños y de que él y Melissa no tuvieran que temer que los descubrieran. Pero tenían el ánimo tan maltrecho que simplemente necesitaban algo de tiempo para sanar.

—Deberías ver la zona a caballo —dijo un día después de que tuvieron que regresar a toda prisa debido a una tormenta inminente—. Es la mejor manera y podríamos cubrir una distancia mucho mayor.

Los labios perversos de Melissa se curvaron en una sonrisa de arrepentimiento.

—Me temo que no sé montar.

—¿Nunca has montado a caballo?

—No, nunca.

—¿Cómo es posible?

Melissa se rio entre dientes, con una risa dulce y prominente que parecía miel.

—Simplemente nunca tuve la oportunidad en Londres, Magnus.

—Pero en tu... eh... negocio hay un establo de tamaño considerable. Lo sé porque dejé a Friar allí ese día.

La conversación sufrió un breve parón, pero luego Melissa continuó, claramente tan interesada como Magnus en no perturbar su frágil paz.

—Todos son caballos de tiro, y solo unos pocos de ellos. Arriendo algunos de los espacios a edificios vecinos.

Magnus no pudo evitar sonreír. Era una mujer de negocios muy hábil. Sabía que la mayoría de sus amigos y familiares considerarían que una mujer que se dedicaba a los negocios era algo fuera de lo normal, pero él respetaba a cualquiera que pudiera mantenerse a sí misma.

Se dio cuenta de que estaba esperando su respuesta.

—Bueno, remediaremos esta terrible situación de inmediato. Iré al pueblo y preguntaré si podemos alquilar un par de caballos.

Melissa abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir que es tan fácil como subirme a un caballo y empezar a cabalgar?

Sonrió.

—Pasaremos la primera parte de la mañana dando vueltas por esa pequeña arena que hay junto a los establos. Hace tiempo que no se usa, pero servirá para nuestros propósitos.

Sus ojos brillaron de una manera que casi lo dejó sin aliento.

—Entonces, ¿mañana después del desayuno?

—Sí, si tienen una montura adecuada para ti. Si no, tendremos que ir más lejos, pero encontraremos algo.

—Oh, no, Magnus —la expresión de Melissa se ensombreció—. No tengo ningún hábito para montar a caballo.

Hizo una mueca.

—Oh, rayos. Me había olvidado de eso. —Se miraron en silencio por un momento, la luz en los ojos de ella se atenuó. Magnus chasqueó los dedos—. Dios mío, no había caído antes. La ropa de mi tía está toda aquí y era una jinete experimentada.

—¿No te importa?

Le conmovió que ella comprendiera su respeto por la casa de su tía, pero ese sentimiento no se aplicaba a su ropa.

—Por supuesto que no, querida. Y sé que mi tía se habría alegrado de ver que alguien les sacaba provecho a sus cosas. Era un poco más alta y robusta que tú, pero no demasiado. Estoy seguro de que la señora Hixon podría arreglarlo o conoce a alguien que podría hacerlo. No temas, encontraremos la solución —le aseguró.

La señora Hixon era una experta en el uso de la aguja y el hábito solo necesitaba una pequeña modificación: era de lana negra y sencilla, que combinaba muy bien con su piel clara y su cabello castaño rojizo.

En efecto, en el King's Head Inn había caballos de alquiler, y uno de ellos tenía un temperamento tan apacible que hasta un niño podría montarlo.

Y así fue como Melissa recibió su primera lección de equitación.

Magnus ensilló a la gentil yegua con una de las varias sillas de montar de su tía y pasó una hora guiándola por la pequeña zona arenosa.

—No parece tan difícil —dijo ella, sonriéndole mientras trotaba con el caballo en círculos.

Se detuvo.

—¿Te gustaría llevar las riendas?

—Sí, por favor.

Después de otra hora, estaba lista para poner a prueba su temple en el camino de entrada.

—En poco tiempo serás toda una amazona —le dijo Magnus mientras la ayudaba a desmontar

después de que ella hubiera recorrido el camino de entrada al menos una docena de veces—. Mañana saldremos a dar un paseo corto. Solo por el parque, algo simple.

—No puedo esperar a que llegue mañana, pero tampoco puedo esperar a que llegue esta noche.

—Sus miradas se cruzaron y él supo que ella estaba recordando la pasión que compartieron en la cama la noche anterior.

La amaba tanto que le daba miedo. Pero, se dijo a sí mismo, ese miedo no era más que una emoción residual del tiempo que había estado sin ella, y también de los primeros días difíciles de su matrimonio, cuando todo parecía a punto de derrumbarse a su alrededor en un instante.

Ahora todo había cambiado: él la amaba y ella lo amaba a él. Ya no había mentiras entre ellos, nada más que amor. Nunca más tendría que temer perderla.

Capítulo dieciséis

El viaje en carruaje de regreso a Nueva Bickford pasó demasiado rápido, al igual que los días en Moor House. Le asustaba pensar en lo mucho que había disfrutado del tiempo que habían pasado juntos, a pesar de que no habían hecho nada más que montar a caballo, caminar por los páramos y cenar con algunas parejas mayores que conocían a Magnus de toda la vida.

Todo había sido tan... normal. ¿Cómo era posible que lo normal pudiera resultar tan atractivo? En el fondo de su mente se le ocurría el pensamiento tácito de que era mejor no acostumbrarse demasiado a la normalidad. ¿Cuándo empezaría a notársele? Ya se acercaba a los tres meses y...

Pero había tomado la decisión de vivir el presente y sabía que no podría durar mucho más.

El viaje les resultó muy placentero y, aunque ninguno de los dos habló de ello, parecía haber un acuerdo para dejar atrás cualquier asunto serio y disfrutar lo que les quedaba de su luna de miel.

Se reían como niños durante el día y hacían el amor por la noche en las posadas en las que se alojaban, logrando incluso apretujarse en una pequeña cama nido cuando solo podían conseguir una habitación pequeña. Esa había sido la noche más maravillosa hasta el momento, en opinión de Mel, y eso que habían tenido que dormir casi uno encima del otro.

Pero siempre en el fondo de su mente estaba el hecho de que cada vez se acercaban más a Nueva Bickford. Nunca le había preguntado exactamente qué había dicho sir Thomas sobre ella, y sabía que llegaría el momento en que tendrían que hablar de la horrible maraña que era su pasado, a menos que tuviera suerte y pudieran evitar al horrible escudero por completo antes de que tuviera que abandonar a Magnus. Sabía que eso no era más que una fantasía y que era mejor abordar el tema cuanto antes, pero no estaba ansiosa por destruir su novedosa felicidad.

Además, ahora estaba casada con un hombre de una familia poderosa (o al menos sir Thomas creería que estaba legalmente casada, como todos los demás), así que seguramente se lo pensaría dos veces antes de difundir historias sobre ella. No podía hacer más que imaginar la reacción de Magnus al oír esos rumores.

Miró a su feliz y hermoso esposo, que le hablaba con gran entusiasmo del caballo que le compraría. Estaba contento, satisfecho y en paz. No podía mencionar al escudero en ese momento. Tendrían mucho tiempo para esa conversación cuando regresaran a Nueva Bickford.

Magnus le había escrito al vicario para contarle la buena nueva el día en que se casaron, así que no se sorprendió cuando su carruaje llegó al pueblo y vio a sus feligreses alineados a lo largo de la calle, algunos arrojando pétalos de flores, otros granos y algunos simplemente saludando y sonriendo.

—Oh, Magnus. Esto... —Sacudió la cabeza, con las mejillas ruborizadas e incómoda—. Esto es un error.

—Calma, querida, ahora eres una de nosotros. Solo quieren hacerte sentir bienvenida.

Ella se limitó a fruncir el ceño. Luego, dijo:

—Oh, mira, ahí está Sarah.

Magnus la vio con su distintiva capa roja, pero con un aspecto sobrio. Sabía que la muerte de la señora Tisdale había afectado mucho a la muchacha. Se había alegrado de que la mujer mayor hubiera encontrado un alma gemela con la que pasar sus últimos días.

—Me pregunto por qué sigue aquí —dijo Melissa.

Magnus se volvió hacia ella.

—La señora Tisdale le dejó la cabaña y todo lo que tenía, que al parecer era una suma

significante. Creí que lo sabías.

Arrugó la frente y negó con la cabeza.

—No, no había recibido noticia alguna.

A Magnus le sorprendió, pero le restó importancia. Era uno de los muchos asuntos que quería discutir después de que se hubieran instalado en la cabaña.

Había varias cosas que necesitaba dejarle claras: no quería que pensara que sentía celos de sus amistades y temía haber dado tal impresión. También quería hablar de sus exigencias en lo que se refería a su negocio. Por mucho que aborreciera lo que representaba la Casa Blanca, no sería justo que le exigiera que actuara tan apresuradamente si eso significaba perder el dinero por el que había trabajado tan duro. Insistiría en la disolución del negocio, pero le daría todo el tiempo que necesitara para encontrar un comprador para las estructuras reales. Pero, una vez más, esa discusión podía esperar.

Saludó con la mano al pasar junto al último aldeano y deslizó la mirada hacia el perfil de su esposa, provocando que su pene se pusiera rígido al recordar todas las noches desde que ella había ido a verlo. Sintió una punzada de culpa por lo ansioso que estaba por llevarla a su cómoda cama en casa.

—Espero que la cabaña no te parezca demasiado pequeña —dijo mientras ella seguía mirando fijamente a la nada desde la ventana.

Ella se volvió hacia él y sonrió, poniéndole una mano sobre la mejilla. A Magnus le encantaban sus caricias, adoraba que se sintiera libre de expresar su afecto físico.

Se inclinó hacia la mano que le había posado en la mejilla.

—Y, sobre todo, espero que la cama no te parezca demasiado pequeña.

Ella le dirigió una mirada maliciosa y le robó un beso fugaz.

—No importa lo pequeña que sea, estoy segura de que encontraremos una posición cómoda.

Ante sus palabras, echó la cabeza hacia atrás y se rio. La vida, decidió, no podría ser más perfecta.

Magnus se despertaba todos los días justo antes del amanecer y a menudo trabajaba hasta el anochecer. Melissa sabía que se mantenía ocupado, pero nunca había entendido hasta qué punto cargaba con el trabajo del vicario. Mel lo acompañaba cuando se lo permitía: para visitar a los feligreses confinados en sus casas, para visitar las zonas periféricas a las que había que ir en carruaje y, por supuesto, se sentaba a su lado en la iglesia los domingos.

Ella sabía que él se preocupaba de que tuvieran suficiente tiempo juntos, aunque las exigencias de la vida diaria siempre se imponían. Por su parte, estaba aprendiendo con rapidez cómo ser la esposa de un cura, sin importar que fuera un puesto que no ocuparía por mucho tiempo.

Su intención había sido sacar a colación el tema de sir Thomas y cómo lo afrontarían, pero la noticia de que el escudero se iba de visita a una zona de caza en el norte le supuso un respiro que simplemente no podía ignorar. Así que, para bien o para mal, simplemente siguieron como hasta ahora: ignorando su pasado y viviendo el momento.

Mel decidió que podía disfrutar otros dos meses de su vida de cuento de hadas antes de tener que abandonarlo para criar a su hijo, un niño del que él nunca podría saber nada.

Solo pensarlo le producía malestar, así que no pensaba en ello; en cambio, saboreaba cada día al máximo.

Descubrió que le encantaba ser la dueña de su propia casa, por modesta que fuera. La idea de prepararle una comida, otra vez, por modesta que fuera, era algo que le calentaba el corazón.

Unos días después de mudarse a su casita, tras haber comido varias veces en la vicaría, le contó

su plan de aprender a cocinar.

—Oh, cariño, no tienes por qué convertirte en una esclava —dijo—. Si quieres aprender a cocinar, es tu elección. Pero puedo permitirme contratar a alguien que limpie y cocine para nosotros. —Estaban abrazados después de hacer el amor por segunda vez esa noche—. Dios sabe que no quiero cenar en la vicaría todas las noches. ¿Qué era ese postre de esta noche?

Melissa no pudo evitar reírse con él.

—Creo que tenía tentáculos.

Resopló.

—Pobre señora Heeley. Realmente no creo que pueda haber una cocinera peor en toda Inglaterra.

—Yo no estaría tan segura —bromeó.

Si bien Magnus se había sentido complacido con su decisión de aprender a cocinar, había insistido en contratar a una empleada doméstica a tiempo completo.

Habían pasado quizás dos semanas desde que se habían instalado cuando Melissa vio por primera vez las cuentas de la casa. Ella siempre había llevado sus propias cuentas en la Casa Blanca, por lo que no había sido difícil leer sus libros y percibir que Magnus era increíblemente rico.

Al parecer, había heredado una casa con una gran propiedad de un tío soltero que tenía alquilada, así como la importante herencia de su tía Eudora. Desde luego, no necesitaba su salario de cura y ella se daba cuenta, más que nunca, de lo mucho que amaba genuinamente su trabajo.

A pesar de su riqueza, vivía con frugalidad. La ropa que usaba en Londres, en la casa de sus padres, estaba confeccionada con exquisitez. Pero su ropa habitual, lo que Mel consideraba su uniforme de cura, consistía en trajes holgados y no especialmente bien confeccionados que ella sospechaba que usaba para no hacer alarde de su riqueza frente a sus feligreses.

Su única extravagancia, en realidad, era mantener a Friar, y era una extravagancia que deseaba ampliar.

—Necesitamos conseguirte un caballo —dijo. Era un día frío, pero ella había insistido en acompañarlo en su paseo hasta la propiedad de Felix. Ambos llevaban sombrero y guantes y estaban tan abrigados para protegerse del clima que su voz se escuchaba amortiguada por la gruesa y fea bufanda que llevaba.

Su encantadora oferta le estrujó el corazón. ¡Cuánto deseaba poder algún día ir a caballo junto a él en sus rondas por la parroquia! Sin embargo, eludió el tema.

—Y tenemos que hacer algo con tu bufanda, que es más que horrenda.

Soltó un grito ahogado.

—¡Señora Stanwyck! Quiero que sepa que es un obsequio de mi antigua niñera.

—Si la mitad de las cosas que dices sobre ella son ciertas, la mujer es una mezcla entre una santa y una reina.

—Es casi como si ya conocieras a Nanny Potter, querida.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿No cuesta mucho mantener un caballo?

Él le restó importancia a su pregunta con su respuesta habitual a todo lo que no encajaba con sus planes. Mel había aprendido que su nuevo marido estaba acostumbrado a salirse con la suya. Era una suerte para el mundo que los impulsos de Magnus fueran, en general, tan generosos y bondadosos.

—Necesitas un caballo para moverte por el campo —dijo a modo de respuesta.

—Pero yo apenas sé montar.

—Vas por buen camino después de tu estancia en Devon.

Estaba abriendo la boca para discutir cuando un caballo y su jinete aparecieron de repente desde un camino que ella sabía que conducía a la casa del terrateniente.

Incluso con su ojo inexperto, pudo ver que el jinete carecía de la habilidad para controlar su montura, una bestia negra, enorme y gloriosa que parecía sacada de un cuento de hadas. Hasta que se acercó.

—Oh, Magnus —murmuró ella, acercándose un paso más a él—. ¿Esa pobre criatura está sangrando?

—Eso parece.

Ella se giró al oír su voz sombría y él le apretó la mano.

—Deja que me ocupe de esto. —Le levantó las cejas y ella asintió.

El escudero, porque eso era lo que era, tiró brutalmente de las riendas y Mel vio que el bocado que estaba usando no solo era más grande que el que Magnus usó con Friar, sino que estaba cruelmente apretado.

—Señor Stanwyck, vaya, qué agradable... sorpresa. —Los ojos de Barclay se deslizaron hacia Melissa y sus labios carnosos y húmedos se curvaron en una sonrisa que le provocó un vuelco en el estómago—. Anoche volví y me enteré de que debía felicitarle, señor Stanwyck. Esta debe ser la señora Stanwyck... ¿o debería decir lady Magnus? —Sonrió y continuó—. Acabo de llegar del norte, donde estaba cazando con unos amigos en común. —Su mirada viscosa se deslizó entre ellos—. Buenos amigos de los dos... casi diría amigos *íntimos* —añadió con un regocijo apenas reprimido.

Mel miró a Magnus; ¿sabía a qué se refería sir Thomas con tanta insistencia? Pero Magnus permaneció inmóvil, sus ojos azules tan fríos como el clima, con la mirada fija en el angustiado semental.

—Creo que la brida de su caballo no está bien ajustada, sir Thomas. ¿Quiere que se la arregle?

La sonrisa de Barclay se agrandó y desvió perezosamente su mirada divertida hacia Magnus.

—Es un método que me han recomendado para domar a un animal de espíritu libre. —Sus manos apretaron las riendas hasta que los ojos del caballo se pusieron blancos.

—Creo que lo único que conseguirá con esta práctica será un animal *destrozado*. —La voz de Magnus era como la fría hoja de un cuchillo. Incluso cuando había estado furioso con Hugo (y con ella), no había sonado tan sombrío.

Pero Barclay se limitó a sonreír.

—Bueno, gracias por su experta opinión, lord Magnus. Pero el animal me pertenece, así que eso lo convierte en asunto mío, ¿no? —Se rio de repente entre dientes y volvió la mirada hacia Melissa—. Tú ocúpate de tus propios animales. Estoy seguro de que tendrás mucho trabajo. —Le hizo un gesto con la cabeza a Melissa y sonrió a Magnus antes de clavar las espuelas en los costados ensangrentados del caballo.

Magnus vibró de rabia mientras Barclay avanzaba a toda velocidad por el camino de tierra.

—Ese hombre es una abominación.

—Lo es. Pero nada de lo que hace va contra la ley, Magnus. Podría ponerle freno a su esposa con el mismo mecanismo y salirse con la suya. —Se volvió para mirarla con expresión de horror. Melissa se encogió de hombros. —Así es la vida, Magnus. Ven —Mel deslizó su brazo por el de él—. Llegaremos tarde.

Pero él no se movió.

—¿No crees que alguien debería hacer algo? ¿Al menos intentar evitar que atormente a ese animal?

—Si con ‘alguien’ te refieres a ti, entonces no, creo que no.

Él negó con la cabeza, con los ojos nublados por la decepción y la incredulidad.

Su expresión la enfureció.

—Su crueldad es abominable, Magnus, no se puede negar. Pero es un caballo. En todo este país, mientras estamos aquí, se está haciendo algo peor a las mujeres y a los niños cada minuto de cada día.

—Entonces ¿no deberíamos hacer algo?

—No, solo digo que deberíamos elegir nuestras batallas. —La miró fijamente y ella tiró de su brazo—. Piénsalo, Magnus. ¿Qué puedes hacer para impedir que un hombre abuse de sus animales? ¿Qué poder te da la ley en esos asuntos? Ninguno. Y tú lo sabes.

Él la miró fijamente, moviendo la mandíbula de un lado a otro.

Mel le apretó el brazo.

—Lo siento. Sir Thomas es un hombre despreciable, pero no hay nada que puedas hacer en este caso.

La miró fijamente durante un largo momento, pero acabó asintiendo y dejando caer los hombros en señal de derrota.

Mel le besó la mejilla.

—Deberíamos darnos prisa, los Felix nos están esperando.

Al fin, su expresión se suavizó y asintió, permitiéndole que tirara de él para avanzar.

Esa noche, tras la cena, Magnus estuvo trabajando en su próximo sermón, aunque no lo iba a dar hasta dentro de casi dos semanas, mientras Melissa hojeaba un libro de recetas de su nueva cocinera, la señora Hawkins. A Melissa le agradaba la anciana, que venía durante el día a prepararles las comidas y a hacer otras tareas. Gracias a ella, estaba aprendiendo un poco más de cocina de lo que sabía antes, ya que solo había aprendido a hacer los huevos cocidos y las tostadas que le pedía la señora Tisdale.

Pensar en la señora Tisdale le hizo darse cuenta de que había estado allí durante más de dos semanas y que aún no había ido a ver a Sarah desde que la saludó el día de su llegada.

Mel se sentía dividida entre querer verla y querer saber qué estaba pasando en Londres, porque sabía que Sarah habría recibido cartas. Probablemente porque habría *escrito* cartas, algo que Melissa aún no había hecho.

Pero, al mismo tiempo, quería olvidarse por completo del mundo exterior y permanecer envuelta en el cálido abrigo de Magnus. Aunque él pasaba mucho tiempo fuera y a menudo cenaban con el vicario y su esposa, sus noches juntos eran mágicas y privadas.

Le quedaba tan poco tiempo con él que no quería estropearlo. No solo eso, sino que, con sus cartas a Londres, probablemente le surgirían preguntas que no quería responder. Consciente del poco tiempo que le quedaba para ocuparse de sus asuntos, Mel había enviado cartas tanto a su hombre de negocios como a Hugo y Laura. Sabía que Hugo no chismorreaba, pero no podía sentirse tan optimista con Laura, que tenía tendencia a beber cantidades copiosas y volverse indiscreta.

Así que todo eso se había combinado para mantenerla alejada de la casa de la señora Tisdale, o de Sarah, como suponía que debería llamarla ahora.

Se preguntó si Magnus había ido a ver a Sarah. Tal vez le gustaría ir con ella mañana. Levantó la vista y lo encontró mirándola fijamente, con una expresión intensa y esos ojos de un azul profundo.

—¿Qué ocurre?

Él sacudió la cabeza ligeramente, como si se estuviera alejando de una ensoñación.

—No es nada. —Para su sorpresa, tenía las mejillas sonrojadas.

Cerró el libro de recetas y se acercó a él, sentado en la sencilla silla de madera que hacía las veces de escritorio. Magnus dejó la pluma y señaló su regazo, de modo que Mel se sentó, rodeándole los hombros con el brazo y apoyándole el trasero en los firmes muslos. Él la besó en el cuello.

—Dime en qué estabas pensando, Magnus.

Él le presionó el rostro contra la garganta y ella pudo sentir su calor. Él se rio entre dientes, con un sonido ronco. Melissa se movió sutilmente, colocando su trasero más arriba hasta que sintió su polla: estaba dura. Ante el roce, él siseó en un suspiro.

—Espero que estuvieras pensando en mí.

—Sí —la palabra quedó amortiguada por el calor que sentía en la piel de su garganta.

—¿Magnus?

Él se apartó y la miró con el rostro encendido.

—Me preguntaba por ese hombre... Hugo.

—Ya te he dicho que nunca...

—Shhh, ya lo sé. No estaba pensando en eso. Me preguntaba qué hace allí.

Mel parpadeó.

—¿Te refieres a la Casa Blanca?

—Sí.

—Bueno, él es... —Se mordió el labio y luego sacudió la cabeza con frustración—. Sé que no te gusta la palabra *puta* y sus derivados, Magnus, pero me temo que no se me ocurre otra forma de describirlo.

Pero a su marido no le interesaba la semántica.

—Entiendo que sea necesario utilizar esa palabra, pero no lo entiendo a él.

Se dio cuenta de que Magnus sentía curiosidad por Hugo. Quizá incluso le excitaba la idea de lo que hacía, pero era demasiado inocente o le daba vergüenza expresarlo. Melissa se dio cuenta, bastante tarde, supuso, de que esa era al menos una de las formas en las que podía ayudar a su marido: sexualmente. Después de todo, ¿de qué servía ser la puta más solicitada de Londres si no podías compartir algunas de tus habilidades, que tanto te habían costado conseguir, con el hombre al que amabas?

Vio que estaba esperando una respuesta.

—Una parte de la Casa Blanca está dedicada a mujeres.

Él parpadeó.

—¿Te refieres a mujeres como clientes?

—Sí.

—¿Las mujeres van a burdeles?

Mel no pudo evitar reírse.

—Te estás riendo de mi ingenuidad. Sí, sí, te estás riendo de mí, Mel —insistió cuando ella abrió la boca para discutir—. Lo admito, soy un ingenuo. Sin embargo, no nací ayer, y estoy seguro de que nunca había oído hablar de algo así.

—Eso se debe a que no es algo que promocionemos. Es un servicio que se vende solo de boca en boca.

Se quedó mirándola.

—Todo el mundo sabe que los hombres acuden a prostitutas: aristócratas, hombres pobres y, sí, incluso miembros de la Iglesia en ocasiones. —Abrió la boca y ella negó con la cabeza—. Has sido tú el que ha preguntado, Magnus. ¿Me dejas terminar?

Hizo un gesto para indicarle que tenía la boca bien cerrada.

—¿Qué crees que hacen las mujeres cuando sus maridos tienen amantes y viven toda su vida con ellas, con media docena de hijos incluidos, como hacen nuestros miembros de la realeza? —No esperó una respuesta—. A algunas mujeres les gustan los placeres de la carne. Pero incluso las mujeres más ricas son propiedad de sus maridos, padres, hermanos o cualquier hombre que controle sus vidas. Las mujeres deben satisfacer todas sus necesidades en absoluto secreto o corren el riesgo de ser golpeadas, internadas en un manicomio o abandonadas. Eso es lo que ofrezco: placer sexual discreto para mujeres. Y Hugo es el más popular de mis empleados.

Su mandíbula se tensó ante este último dato y su incapacidad casi infantil para ocultar sus emociones sobre un tema así hizo que ella lo amara aún más. En realidad, no tenía malicia.

—¿Así que las mujeres pagan por acostarse con él?

—Entre otras cosas.

Se animó al oír eso, olvidando los celos de Hugo, al menos temporalmente.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cualquier cosa que le pidan. Ellas piden y Hugo obedece.

Sus ojos se oscurecieron ante sus palabras y su tono. Tragó saliva.

—Cuando salió por la puerta el día que visité tus aposentos, me miró. Juraría que su expresión era lasciva.

—No me extrañaría, conociendo a Hugo. No quiero escandalizarte, pero también atiende a clientes masculinos.

No parecía sorprendido, parecía divertido.

—Fui a Eton, querida, estoy perfectamente familiarizado con las cosas que a veces hacen los hombres entre sí.

No había considerado eso.

—Debió parecerte un pecado —sentenció.

Pero su marido, que era una caja de sorpresas, se encogió de hombros.

—En la realidad, los hombres perpetran acciones mucho más atroces entre sí. Mientras no se obligue a un hombre (lo que sé que a veces sucedía en la escuela), no creo que sea algo que haya que condenar.

—¿Eso es lo que opina la Iglesia?

—No, por supuesto que no. Y no se recomienda hablar de ello. No solo se considera un pecado contra Dios, sino también contra el hombre. Y, como creo que ya sabes, el castigo del hombre sería rápido y certero. Pero basta de eso —dijo, con una expresión cada vez más sensual que hizo que el cuerpo de ella se tensara de anticipación—. Quiero saber más sobre lo que quiere una mujer.

—Ah, ¿sí?

—Quiero saber qué quieres tú. Quiero que me enseñes cómo complacerte.

—Ya me complaces.

Su boca se curvó hacia un lado en una expresión traviesa.

—Gracias. Pero me gustaría seguir complaciéndote; no quiero ser el tipo de hombre cuya esposa tiene que buscar en otro lado lo que le falta.

Ella se rio.

—¿Qué te gustaría saber?

Bajó los párpados.

—He leído sobre el cunnilingus.

Abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

—¿No se dice así?

—No, sí que se dice así, es solo que no esperaba...

Él sonrió.

—Creo que es posible que te estés sonrojando por primera vez.

Melissa soltó una carcajada.

—Me has avergonzado.

—¿Por qué? —preguntó, repentinamente serio—. ¿No te gusta que un hombre te haga eso?

Melissa no sabía cómo decirle que ninguno de los hombres a los que había atendido a lo largo de los años había deseado algo así. Y, sobre todo, no sabía cómo decirle que solo sus amantes femeninas habían realizado actos así con ella.

Ladeó la cabeza.

—Mel, ¿qué pasa? Te has puesto... rara.

Se mordió el labio inferior. Sí, él sabía a qué se dedicaba. Pero esto... por alguna razón, ella evitaba hablar de esa faceta de su vida sexual. Tal vez era porque había estado más cerca de sus amantes femeninas, que normalmente habían sido su elección y no parte de su trabajo.

—Sí me gusta —admitió—, pero nunca me lo ha hecho ningún hombre.

El momento se alargó y ella prácticamente podía oír los engranajes de su cabeza dando vueltas. Y luego, se pronunció:

—Ah, amor sáfico. —Ella no dijo nada y, él, preocupado, frunció el ceño y continuó—: ¿Quieres decir que prefieres a las mujeres?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Te prefiero a ti. Eres la única persona, hombre o mujer, a la que he amado, Magnus. Pero cuando se trata de experiencia sexual... Bueno, me temo que probablemente no hay nada que no haya hecho.

—Excepto haber recibido un cunnilingus satisfactorio de un hombre.

Se rio entre dientes ante su obstinación.

—Bueno, sí, excepto eso.

—Eso es algo que yo puedo darte y que ningún otro hombre ha hecho.

—No se trata de una competición, Magnus.

Él deslizó el brazo por debajo de sus rodillas y se puso de pie, gimiendo y tambaleándose teatralmente.

—¿Ha subido de peso, señora Stanwyck?

—Espero que no le haya preguntado a su esposa de apenas un mes si está engordando, señor Stanwyck.

Él se rio sin tapujos, la llevó de vuelta a su dormitorio y la dejó dentro.

—Ahora quítate la ropa —dijo, sin sonreír y con las manos sobre los botones de su propio chaleco.

En cuestión de segundos se quedaron desnudos y sin aliento. Él dio un paso hacia ella, pero se detuvo.

—Volveré en un santiamén, ahora métete en la cama. —Se dirigió corriendo a la otra habitación antes de que ella pudiera responder, ofreciéndole la excitante visión de su firme trasero flexionándose para entrar en la otra habitación.

Apenas se había acostado cuando él regresó con el gran candelabro de la mesa del comedor.

—¿Qué...?

—Quiero verte.

Después de encender cinco velas, se acercó a la cama. Ella estaba acostada con las piernas

ligeramente separadas, una de ellas doblada por la rodilla y caída hacia afuera. Él tenía los ojos fijos en ella, los labios relajados y movía la lengua rápidamente para humedecerse la boca.

—Sé que soy un salvaje —dijo sin levantar la vista—, pero necesito probarte de inmediato, antes de recibir instrucciones.

Ella se rió entre dientes y dejó que ambas rodillas cayeran abiertas en una posición abierta e impúdica que sabía que la expondría por completo.

Murmuró algo que sonó como una oración y se puso de rodillas para arrastrarse hacia ella.

—Eres preciosa —murmuró, haciendo gala de su propia belleza mientras se inclinaba hacia abajo, flexionando los poderosos músculos de la espalda y los brazos, con ese trasero apretado imponiéndose. Tenía las manos cálidas, fuertes y suaves cuando le separó los labios con los dedos. No dudó cuando los hubo separado, sino que la lamió desde su abertura hasta el clítoris con un golpe plano y fuerte de lengua. Y luego gimió, un sonido que la caló hasta los huesos.

Melissa le permitió jugar y experimentar con ella, emocionada de que su cuerpo pudiera ser un deleite tan grande para la persona que amaba. Y, por si fuera poco, estaba viendo a su santo esposo realizar un acto sumamente terrenal y erótico. Un santo esposo que resultó ser un aprendiz bastante aplicado.

Con la lengua apuntando hacia un extremo, exploró su entrada, penetrando en ella con sugestivas embestidas de su órgano caliente y resbaladizo, y con sus codos la abría aún más de piernas mientras se la follaba con la lengua. Ella sonrió ante la palabra vulgar, decidiendo que podría usarla con él alguna vez y ver si...

Se detuvo de repente y se dirigió con la lengua hacia el clítoris, rodeándolo con una precisión enloquecedora, acercándose, pero sin tocarlo nunca. Ella le hundió los dedos en el pelo y estaba a punto de darle una orden cuando le rodeó el clítoris con los labios y sintió una cálida humedad, suave pero firme, mientras lo succionaba con la boca, masajeándolo con los labios y lengua hasta que sintió que rozaba la locura.

Las caderas de Mel se sacudieron, persiguiendo su boca cuando él se apartó. La miró de arriba abajo, con el rostro expectante, los labios flácidos, húmedos, enrojecidos; las mejillas, el mentón e incluso la nariz resbalosos por sus jugos. Estaba empapado en ella.

—Enséñame cómo hacerte llegar al clímax así.

Puso los ojos en blanco y soltó una risa débil.

—No creo que necesites mi ayuda.

Se negó a ayudarlo, por lo que Magnus tuvo que experimentar por su cuenta. Tuvo que admitir que no le importaba en absoluto. Podía verla por completo a ella y a todos los lugares encantadores que había sentido con sus manos y dedos. Lo dejó explorar y le ofreció su cuerpo por completo bajo la luz de media docena de velas.

Sabía que lo consideraba un ingenuo, pero desde luego no era tan estúpido como para no percatarse de que los hombres no solían involucrarse en ese tipo de actividades con sus esposas. Sin embargo, Magnus, al contrario de lo que mucha gente creía, pensaba que creer firmemente en Dios no era incompatible con desear ferozmente tener relaciones carnales con la propia esposa. Se negaba a creer que Dios había dado forma a criaturas tan bellas y fascinantes como las mujeres solo para mantenerlas ocultas. Planeaba pasar años conociendo cada parte del cuerpo de Melissa. Y esa noche podía ser un excelente comienzo para sus propósitos.

Al principio, había pensado que solo unos labios suaves e hinchados lo separaban de ese pequeño bulto carnoso que la volvía loca. Pero cuando los separó con los dedos, vio que había un segundo par de labios mucho más delicados y sensibles.

Los lamió, alternando los lados, chupando suavemente, usando sus labios, lengua e incluso sus dientes para mordisquearlos suavemente, como ella hacía con sus testículos y su miembro cuando lo complacía.

Casi eyaculó sobre la cama cuando se dio cuenta de que sus lamidas estaban provocando que la vulva se le hinchara y produjera ese lubricante que hacía que su unión fuera tan resbaladiza, placentera y erótica.

Vio que el clitoris también había crecido, empujando hacia atrás la cubierta protectora que él sabía que se llamaba popularmente capucha, dejando al descubierto una piel de suavidad y sensibilidad insuperables. Empujó la base con su lengua puntiaguda, haciendo círculos alrededor de ella, hasta que las manos de ella se deslizaron entre su pelo y embistió sus caderas hacia él; tal como él hizo con ella cuando se metió su miembro por completo en la boca y no pudo evitar embestirla hasta la garganta. Y como él había hecho, ella le sostuvo la cabeza, frotándose contra su boca para darse placer.

Magnus siguió succionando mientras ella lo usaba, se concentró en lamer aquellas áreas que la hacían gemir y embestirlo con más fuerza. Cuando se arqueó y se frotó contra él con la fuerza suficiente para arrancarle el vello de raíz, le introdujo dos dedos de la mano derecha, curvándolos como ella le había enseñado y buscando ese pequeño y áspero punto que le brindaba placer adicional.

Cuando dio con el lugar correcto, se le arqueó el cuerpo y la espalda se le levantó de la cama de manera que solo los hombros y los pies le servían entonces de apoyo. Magnus se arrodilló para poder verle la expresión de casi dolor mientras se entregaba al orgasmo, con los pechos cubiertos de sudor, temblando mientras se sacudía con cada contracción salvaje. Le acarició el abdomen con una mano, hasta llegar al suave e hinchado órgano.

Sus contracciones comenzaron a ser más espaciadas y menos violentas. Cuando por fin se estremeció y se acostó, él usó sus rodillas para abrirle los muslos y luego se inclinó para llegar a su entrada. Ella estaba tan mojada e hinchada que su pene se deslizó hacia su entrada trasera y él la empujó accidentalmente antes de darse cuenta de lo que había hecho.

Estaba a punto de apartarse, pero ella dijo:

—Sí, Magnus, sí... sigue. —Metió la mano entre sus cuerpos, abrió los ojos perezosamente y se aferró a sus ojos, probablemente aturridos—. Házmelo así, por favor.

Latía tan fuerte ante sus súplicas que temía no poder hacer lo que ella le pedía, algo que nunca había considerado antes pero que de repente deseaba con fiereza.

Extendió la humedad de su clímax hacia abajo, hasta que Magnus se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Su erección estaba tan húmeda y resbaladiza que se preguntó si se había corrido sin darse cuenta.

Levantó las caderas y estiró la mano a ciegas por encima de la cabeza. Él vio lo que estaba haciendo y colocó una almohada debajo de sus caderas.

—Dame otra —dijo, su respiración ronca y desigual.

Le pareció un regalo tenerla ahí delante, con las dos almohadas que le elevaban las caderas. Se acercó las rodillas al pecho y la acción la expuso por completo a su mirada. Luego le tomó la mano y se metió el dedo corazón en la boca.

Se miraron a los ojos mientras ella le mojaba el dedo y luego se lo llevaba entre los muslos.

—Tienes que prepararme. —Presionó el dedo contra la apretada entrada.

La sangre le latía con tanta fuerza en los oídos que le costaba oírla. Retiró la mano de la de ella y apartó el cuerpo. Ella abrió los ojos y él sonrió.

—Shhh —susurró Magnus, volviendo a la posición que había asumido antes—. Ya sabes que me

gusta prestar atención a lo que hago.

Le acercó la boca, deteniéndose en la vulva antes de recorrerla con la lengua. La abrió con las manos y aguantó las ganas de lamerla hasta que hubo explorado con detenimiento esta parte tabú de su cuerpo.

Ella se estremeció cuando sintió el roce de su lengua.

—Sí, Magnus. Sí...

Él sonrió ante su placer y comenzó a lamer, sondear y mordisquear la zona.

Estaba mojada y almizclada por los olores mezclados de sus cuerpos y él temblaba de impaciencia por probar esa parte desconocida de ella. Necesitó toda su voluntad para abrirla suave y lentamente, empujando su lengua cada vez más profundamente hasta que, con suavidad, rompió su abertura, trabajando con la lengua y el dedo a la vez, acariciándola hasta que ella gimió y se frotó contra él.

—Más —ordenó con un tono ronco y desesperado.

Deslizó otro dedo que empujó más profundamente y provocó que se estremeciera mientras succionaba la tierna piel de la parte interna de su muslo, interpretando las pistas que le daba su cuerpo antes de permitir que un tercer dedo se uniera.

Sentía la erección frotándose contra la suave ropa de cama, ese órgano duro y pegajoso, tan solo de pensar en el estrecho túnel que estaba lubricando.

Mel le puso las manos en los hombros.

—Hazlo ya, Magnus. Por favor.

Él se levantó en un instante, arrodillándose entre sus muslos abiertos, posicionándose justo en la abertura trasera.

—Despacio —suspiró ella, con la cabeza echada hacia atrás. Él colocó la punta de su miembro, caliente y resbaladizo, contra la entrada increíblemente estrecha, y empujó hasta que la penetró.

—Oh, Melissa —gruñó, sintiendo esa estrechez que le resultó exquisita. Sus muslos temblaron cuando él se inclinó, y su posición de súplica y necesidad lo hizo embestirla con más fuerza. Ciertamente no se parecía a nada que hubiera sentido antes. La estrechez era lo suficientemente dolorosa como para mantenerlo alerta, pero el conocimiento de lo que estaba haciendo, de cómo la estaba tomando y poseyendo, era irresistiblemente erótico.

Siguió empujando hasta que sus cuerpos se tocaron y él estuvo completamente dentro de ella. Vaciló un poco, pues no quería lastimarla. Pero ella flexionó sus músculos y él dio un grito de sorpresa, retirándose mucho más rápido de lo que había entrado.

—Fuerte, Magnus. Házmelo con más fuerza.

La mente le explotó ante tales palabras y la penetró como ella le había ordenado: fuerte y profundo, hasta rozar con sus tersos testículos. Gimió al notarla más resbaladiza ahora, que estaba mojada por sus fluidos. Una vez más, se retiró y luego la embistió hasta el fondo. Y otra vez. Y otra vez. Golpeándola sin piedad, sus gruñidos de placer gutural minando su control. Apretó la mandíbula con fuerza, como si eso pudiera contener su liberación y prolongar su placer. Quería hacer esto durante horas, durante días, pero su control se desvaneció y la embistió, manteniéndola casi doblada por la mitad mientras usaba su cuerpo sin cuidado ni consideración. Cuando se vació profundamente dentro de ella, Mel lo rodeó tan fuerte dentro de sí que podía sentir el pulso de su polla contra su piel mientras la llenaba. Su cuerpo se contraía y se esforzaba por gastar hasta la última gota.

Como siempre, perdió la noción del tiempo en el abotargamiento de placer que le produjo el clímax. Cuando despertó de esa breve muerte, como la llaman los franceses, y vio que todavía le sujetaba las rodillas contra el pecho, se movió para apartarse, pero ella lo abrazó.

—No te vayas —le dijo, bajando las piernas y rodeándole la cintura con ellas.

—Pero voy a aplastarte.

—Pues aplástame.

Se recostó, manteniendo su peso sobre sus antebrazos, lo que también le permitió ver su rostro brillante y hermoso.

—Ha sido... —Soltó una risita cansada—. Bueno, no tengo palabras para expresarme ahora mismo.

—Me alegro. —La mirada que ella le dirigió mostraba satisfacción y le despertó un deseo feroz, tanto en la entrepierna como en el pecho.

Abrió la boca, vaciló y luego la cerró.

—¿Qué ocurre? —La expresión de Mel era perezosa y su sonrisa, relajada.

—Quiero que conozcas a mis padres.

La tranquilidad le desapareció del rostro en un instante.

—Oh, Magnus...

—Saben que estamos casados y he recibido dos cartas preguntándome si asistiremos a la boda de Michael en Londres. Falta menos de un mes, querida.

—¿No puedes ir tú?

—¿Solo? —La miró con el ceño fruncido—. No —dijo antes de que ella pudiera responder—. Por supuesto que no iría sin ti. —Sacudió la cabeza, un sentimiento familiar y obstinado se apoderó de él—. Quiero que vayamos juntos. Le diré al vicario que nos dé una semana libre para asistir. Lo entenderá. Te gustará conocerlos a todos, Melissa. Solo necesitas unas semanas para acostumbrarte a la idea.

Lo miró fijamente, con una expresión indescifrable. Él sabía que estaba siendo un poco déspota y otros adjetivos desagradables, pero era su esposa, por el amor de Dios, necesitaba conocer a su familia.

—¿Sabes lo que ocurrirá en el momento en que me presente ante el público, Magnus? A la boda de tu hermano asistirá un considerable número de personas, ¿no es así? ¿Entiendes el peligro? Asintió.

—Lo entiendo.

Ella respiró profundamente, estirándose bajo su cuerpo, y finalmente exhaló.

—Muy bien, entonces iré.

El corazón de Magnus le dio un vuelco al ver la expresión de resignación en su rostro. Sabía que esto era difícil para ella; sería difícil para ambos.

—Gracias, querida.

Ella le dedicó una sonrisa poco entusiasta.

—No tienes por qué dárme las, Magnus.

—La amo, señora Stanwyck.

Su sonrisa se tensó.

—Espero de corazón que no pase nada que te haga dejar de amarme, Magnus.

La besó con fuerza.

—No digas tonterías. Nada puede interponerse entre nosotros y nuestro amor.

Él recordaría esas palabras más tarde.

Capítulo diecisiete

Melissa lo despidió con la mano mientras Magnus bajaba por el camino de entrada. Estaría fuera casi todo el día, visitando a una familia en los confines de la parroquia, mientras ella había quedado en encontrarse con la señora Heeley para hablar sobre el programa de otoño de la iglesia esa mañana, hacer un recorrido por el jardín de la vicaría y también decidir qué tarea preferiría quitarle de encima a la señora Heeley: el coro de niños o decorar la iglesia una vez a la semana con flores. Como Melissa no sabía nada de canto ni de niños, pensó que sería mejor encargarse de las flores. Pero cuando se lo dijo a Magnus, él la convenció de que se uniera al coro.

—No es necesario tener conocimientos musicales. De hecho, si supieras de música, sería un tormento insoportable. En realidad, mucho mejor que no tengas oído musical. ¿No tienes oído musical? A ver cómo cantas.

—Muy gracioso, pero ¿cómo voy a dirigir un coro si no sé lo que estoy haciendo?

—Es el coro de los niños, querida, ninguno de ellos tiene más de cinco o seis años. Tendrás que velar más por que no se coman los libros de oraciones u otras partes de la iglesia durante los ensayos. Y podrás elegir una ayudante. Elige a la señorita Gloria Philpot, tiene una voz gloriosa que hace juego con su nombre y es excelente con los niños. Además... —La tomó entre sus brazos, le puso una mano en el vientre y lo acarició con una mirada de posesión que casi le rompe el corazón—. Tienes que ir acostumbrándote a los niños. Espero que algún día podamos tener uno propio. Y es mejor practicar primero con los hijos de otras personas.

—Es terrible que un cura diga eso.

Él se rio entre dientes y ella, de alguna manera, logró reírse con él, un verdadero testimonio de su capacidad para mentir y conspirar mientras su corazón se rompía por dentro.

Por suerte, el tema de los niños le dio un poco de fuerza y utilizó su otra especialidad: su cuerpo. Y luego... bueno, basta con decir que Magnus convenció a Mel de unirse al coro utilizando vergonzosamente su propio cuerpo como un método injusto de persuasión.

Pero en el fondo de su mente sabía que lo dejaría y que él nunca sabría nada de su hijo.

Melissa terminó su lección diaria de cocina con la señora Hawkins y se puso las botas de montaña y una capa de lana. Luego, se dirigió a la casa de Sarah para hacerle la visita que había estado posponiendo por razones en las que no quería pensar.

Hacía frío y viento (los nativos de la zona decían que era algo impropio de la estación en la que se encontraban y advertían de un invierno largo y frío), de modo que tuvo que detenerse dos veces para volver a atarse el sombrero, que el viento tiraba y revoleaba.

Para su sorpresa, descubrió que echaba de menos esos largos paseos cuando regresó a Londres. Podría haber paseado por el parque (y a veces lo hacía), pero no era lo mismo que caminar vigorosamente por el campo.

La verdad era que le encantaba ser la esposa de un cura. Le preocupaba que llevar una existencia tan tranquila se volviera tedioso después de una vida de actividad constante (aunque buena parte de esas actividades no eran cosas que ella disfrutara), pero adoraba llevar un ritmo más pausado. Al acordarse de Londres, pensó en lo que había accedido a hacer: ir a la boda del hermano de Magnus.

Al ceder a su petición, había elegido la fecha exacta de su partida.

Una parte de su mente se estremeció al saber que ahora solo les quedaban unas pocas semanas juntos. Pero la mayor parte de su mente, esa que la había ayudado a superar los años horribles

con lord Vanstone, seguía funcionando como si nada fuera mal. Una cosa que sabía sobre sí misma era que siempre sobreviviría, sin importar lo poco que lo deseara.

Había recibido un mensaje de su hombre de negocios y ya le habían hecho dos ofertas por la propiedad. Sabía que las ofertas eran de Laura y Hugo. Según Magnus, no tenía permitido...

El ruido de los cascos de un caballo interrumpió sus pensamientos. Quienquiera que fuese, se dirigía hacia ella a toda velocidad. Melissa se tambaleó torpemente hacia un lado del camino para apartarse, pero el caballo dobló la esquina a una velocidad vertiginosa y su jinete tuvo que frenar brutalmente para detener a la criatura.

Levantó la vista, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos, y no se sorprendió al ver que sir Thomas la miraba con picardía. Hoy iba montado en un caballo diferente, pero a este no parecía irle mejor. Al igual que el semental negro del otro día, tenía espuma alrededor de la boca, parte de ella rosada.

—Pero si es lady Magnus.

Miró al desafortunado caballo y luego a su repulsivo amo.

—Sir Thomas.

—¿Y dónde está su marido, el presumido señor Magnus?

—Cumpliendo con sus obligaciones. —Miró a ambos lados, pero él le estaba bloqueando el paso, probablemente adrede—. Igual que yo, sir Thomas, si me permite seguir mi camino.

Dio un paso atrás con fingida sorpresa.

—Vaya, vaya, veo que es la estirada lady Magnus.

—¿Quiere algo de mí, terrateniente?

Sus asquerosos labios se curvaron en una sonrisa desagradable.

—Mírate, fingiendo que no has roto ni un plato cuando ambos sabemos que has chupado más pollas que una puta del muelle. Ahora, me pregunto qué diría ese marido tuyo si supiera que en realidad no eres la señorita quisquillosa que vivía con su tía recatada y sus lindos modales.

Por suerte, él confundió su expresión de asombro con una de enfado en lugar de sorpresa. Si sir Thomas no le había dicho a Magnus quién y qué era ella, entonces ¿quién había sido?

No podía creer que Sarah hubiera traicionado su confianza. ¿Habría sido la señora Tisdale? Eran las únicas dos personas, aparte del terrateniente, que lo sabían.

Sir Thomas apretó las riendas con fuerza en una mano y se inclinó hacia ella, con los ojos ardiendo de... ¿ira? ¿Celos? ¿Rencor? O todas esas emociones y más.

—Te crees que eres una gran reina, ¿no? Algunos jóvenes tontos te llaman «la doncella de hielo». Eres una puta demasiado buena para tener a cualquier hombre entre sus piernas. Pero sé algo que la mayoría de esos pobres tontos no saben. —Su sonrisa se amplió—. Sé lo tuyo con Vanstone.

El nombre resonó en el aire frío que había entre ellos. Lo único que pudo hacer fue mantener la expresión. ¿Cómo demonios había oído ese cerdo hablar de Vanstone?

—Algunos de los hombres del pequeño grupo de su señoría todavía hablan de usted, señora Melissa Griffin, aunque usan otro nombre, por supuesto. Su verdadero nombre, supongo. —Se encogió de hombros—. Sí, a los pretendientes íntimos de Vanstone les gusta recordar a la joven prostituta que podía tragarse sus miembros con suavidad y hasta el fondo, como el terciopelo, incluso mientras otros dos caballeros la montaban por el otro extremo. —Sonrió y se rio entre dientes—. Eras un auténtico premio, una joya fuera del alcance de la mayoría de los hombres mortales, hasta que te hiciste demasiado mayor y Vanstone se cansó de ti.

Sonrió ante la repulsión que ella debió haber mostrado.

—Sí, llegó a mis oídos lo bien que se lo pasó contigo esos últimos meses antes de que trajera una

pieza más nueva y fresca para reemplazarte. —Su sonrisa se endureció—. ¿Todavía te estremeces al recordar esos días?

Melissa simplemente se quedó mirándolo.

Se encogió de hombros.

—Tal vez ya no te acuerdes. Fue hace mucho tiempo, ¿no? Doce años, me atrevería a apostar, y desde entonces probablemente has chupado un montón de pollas.

A ella no le importaban los insultos; lo que necesitaba era la información en sí.

—¿Cómo sabes lo de lord Vanstone? Se esforzaba mucho por mantener sus actividades en secreto. Al menos, eso solía hacer.

—Oh, todavía lo hace, al menos fuera de nuestro pequeño grupo.

¿*Nuestro*? Melissa no pudo evitar alzar las cejas.

Vio su expresión antes de que pudiera quitarla.

—Entiendo tu sorpresa, caballeros tan elegantes relacionándose con gente como sir Thomas, un baronet tan nuevo que su título aún resuena. —Se encogió de hombros otra vez, pero Mel vio la ira detrás del gesto desinteresado—. Pero eso no importa si tienes suficiente dinero, muchacha. Pensaba que ya lo sabías: el dinero es lo único que importa en estos días.

Ella sabía que sir Thomas decía la verdad, al menos en ese aspecto.

—Solo llevo formando parte del círculo de élite tres años, más o menos. —Su sonrisa burlona se transformó en un ceño fruncido—. Entré no mucho después de que me echaras de tu precioso burdel, no sé si lo recuerdas.

Melissa pudo ver por el brillo en esos ojos de cerdo que no la iba a perdonar.

Se rio entre dientes.

—Probablemente debería agradecerte que me hubieras echado o no habría sido tan persistente con el viejo Vanstone. —Sacó la lengua y se lamió los labios de una manera que le provocó náuseas—. Mmm, tengo que decir que obtengo exactamente lo que necesito de sus lindas jovencillas.

La bilis le subió a la garganta, pero tenía media vida de experiencia en controlar sus impulsos. No conseguiría nada de ella.

—Sí —dijo, meditabundo, mirándola con una expresión evaluadora y hambrienta que ella había soportado miles de veces—. Incluso después de tantas pollas, pareces tan fresca como una margarita. Puedo entender por qué el cura no pudo resistirse a ti. Apuesto a que eras preciosa cuando eras solo una muchacha. Por supuesto, no eres nada comparada con las chicas que Vanstone ha tenido en su haber desde que tuve la buena suerte de unirme a su club. Creo que se ha dado cuenta de que está invirtiendo una gran cantidad de dinero en una fulana que solo le servirá por unos años. Esta nueva mujer no solo es de lo mejor en apariencia, sino que también comenzó siendo mucho más joven.

Él se rio de su expresión, que no estaba siendo tan reservada como ella había creído.

—Sí, has puesto el listón muy alto para las demás putas como tú. Puedo asegurar que no solo es incluso más hermosa que tú, sino que es bastante hábil a la hora de satisfacer cualquier necesidad que pueda tener un hombre. —Entrecerró los ojos—. Y tengo que admitir que he aprendido algunos nuevos fetiches desde que me uní al club. Verás, Vanstone ha sido más que complaciente conmigo desde que le ofrecí un préstamo considerable. Especialmente porque ha tenido que pedir dos veces plazos más largos para devolverlo. De hecho, está tan cerca de irse a la mierda que casi podrían acusarlo de ser un putero por la forma en que está utilizando a esta última chica. Parece que ha aprendido que puede mantener a sus inversores muy contentos si organiza esas pequeñas fiestas con más frecuencia y es un poco más... generoso. Piense en lo que

se ha perdido, *milady*: toda la diversión de la que podría haber disfrutado.

Sus ojos la observaban con la misma avidez que un torturador observa a su víctima, esperando sangre, signos de dolor y angustia. Pero no le sacaría nada a Melissa, al menos no cuando se trataba de Vanstone y lo que le había hecho esos últimos meses, cuando había empezado a perder interés en ella.

Ella casi se echó a reír. Sir Thomas no se daba cuenta de que nada de lo que él (o cualquier otra persona) pudiera decirle a la cara la molestaría. ¿Pensaba que ella no había estado allí durante esas noches? Noches de desenfreno tan escandalosas que Vanstone y sus compinches (todos hombres con títulos, familia y posición que proteger) no querían que se supiera.

Mel levantó la vista y vio que él la había estado observando y esperando, sin duda con la esperanza de que se derrumbara. En cambio, sonrió con frialdad.

—Supongo que tiene algún propósito con todo esto, sir Thomas.

Sus rasgos se transformaron en una máscara cruel ante su tono.

—No volverás a usar ese tono conmigo, *zorra*.

Mel se puso rígida ante la odiada palabra y él sonrió.

—Ah, no te gusta que te llame así, ¿verdad, *zorrita*? Recuerdo la última vez que te llamé así: actuabas con autoridad mientras me negabas el acceso a tu maldito burdel. ¿Y por qué? Solo porque disfruto de unas buenas bofetadas y cosquillas. Porque a veces uso un poco de látigo y espuela mientras domo a una *zorra*. —Bajó la fusta hasta el talón de la bota y puso a girar el malvado disco de metal—. Escúchame bien, *zorra*. Vas a darme algo de lo que recuerdan los hombres de Vanstone. Y si eres buena y me complaces, si estás debidamente domada para la brida, no te dejaré ninguna cicatriz en ese hermoso cuerpo tuyo. —Sus fosas nasales se dilataron con anticipación—. Al menos eso intentaré. —Sacudió la barbilla por encima del hombro—. Tú y la señorita Sarah, ahí atrás. Sí, creo que me gustaría teneros a las dos a la vez. Sé que os gustaría acostaros la una con la otra. Después de todo, he oído que no has dejado que ningún hombre se acerque a tus muslos en años... bueno, excepto a tu precioso cura, por supuesto. Debes haber estado satisfaciéndote de alguna manera durante todo el tiempo que estuviste sentada sola en tu trono, en tu pequeño reino. —Se rio entre dientes, poniéndose rojo y excitado por sus propias palabras.

—¿Por qué tendría que aceptar algo así?

—Lo harás porque, de lo contrario, le contaré a tu querido esposo toda la horrible historia de tu pasado.

Ahora le tocó a ella burlarse.

—Ya lo sabe.

Él resopló.

—Mientes como una bellaca.

—Pregúntale cuando quieras. —Se encogió de hombros.

Se miraron a los ojos y el rostro de él se tensó hasta convertirse en una máscara de ira frustrada cuando se dio cuenta de que hablaba en serio. Y entonces, en un instante, su expresión se transformó en una de júbilo impío y se dio una palmada en el muslo; el movimiento repentino hizo que su montura se sobresaltara. Sir Thomas tiró de las riendas con tanta fuerza que Melissa se sorprendió de que el cuello de la pobre bestia no se partiera.

—Entonces —dijo, una vez que hubo acomodado al caballo, cuyos ojos se veían blancos por todos lados—, su señoría decidió conseguirse una esposa que se entrenara en algo más que hacer gelatina de pata de ternera y leer las escrituras, ¿no? —Sacudió la cabeza y se rio entre dientes—. Tengo que admitir que la idea de tener una pieza que se parezca a ti, y con tus habilidades, para

usarla todas y cada una de las noches como yo quiera me resulta atractiva. —Tenía una expresión mezcla de lujuria y admiración—. Nunca lo habría esperado del joven moralista. Pero eso solo demuestra cuán profunda es la hipocresía en algunas personas. Dices que él sabe que eres una *madame*, y te creo. Pero apuesto cada libra y penique que tengo a que no sabe nada sobre las pequeñas fiestas de Vanstone. Probablemente crea que se ha ganado a la famosa doncella de hielo, la mujer por la que todo Londres se ha peleado. No hay forma de que un hombre como él se hubiera casado con una mujer que hubiera hecho ni la mitad de lo que tú hiciste por Vanstone.

Mel no pudo controlar el rápido pestañeo de sus ojos y, entonces, arremetió contra ella.

— Ah, sí. —Se acarició la barbilla teatralmente con una mano enguantada de cuero—. He acertado, ¿no? No. Lo. Sabe. Al menos no lo peor. Fue hace mucho tiempo y él tiene, ¿cuántos? ¿Veinticinco años a lo sumo? —Se rio, genuinamente divertido por sus palabras—. Lord Magnus estaría por aquellos entonces en Eton tirándose a sus amiguitos mientras tú estabas atendiendo al pequeño y exclusivo club de Vanstone, algunos de cuyos miembros quizá incluso estén emparentados con la augusta señoría de tu esposo. —Sonrió y se encogió de hombros—. Y si resulta que estoy equivocado y está enterado de lo peor, bueno, puedo decírselo al vicario con la misma facilidad. ¿Qué crees que pensarían el vicario y su esposa de eso? Tal vez podrías comprar el silencio del buen vicario de la misma manera que vas a comprar el mío.

Melissa solo podía mirarlo fijamente, prisionera tan profundamente en una jaula de frustración y odio que parecía que estuviera mirando a través de rejas.

—Bien —dijo, cuando ella no respondió—. Nuestra otra compañera de juegos no estaba en casa cuando llamé antes, lo que significa que no podremos divertirnos hoy. Está bien, en realidad, no quiero apresurar las cosas. No puede ser mañana porque tengo negocios que no puedo eludir, ni siquiera por este placer. Y luego hay un viaje rápido fuera de la zona al día siguiente, por lo que estaré fuera unos cinco o seis malditos días. ¡Señor! Lo que significa que... —Hizo un gesto de contemplar las fechas—. Tendrás que esperar hasta el próximo viernes para que nos divirtamos, lo que te da más de una semana para darle brillo a ese coño bañado en oro y tenerlo listo para mí. —Entrecerró los ojos—. Ya que eres una dama ociosa, igual que tu amiguita puta en la casa de la vieja puta. —Soltó una carcajada al ver los ojos abiertos de Mel y se dio una palmada en el muslo—. ¡Ja! ¿Pensabas que no sabía lo de la vieja? Bueno, sé mucho más de lo que parece, ¿no? Supongo que entre las putas os cuidáis las unas a las otras, porque le ha dejado a la joven Sarah una buena herencia, ¿no crees? Una casita muy bonita con un pequeño pedazo de tierra muy bonito. No me importaría que fuera mío. —Esto último lo dijo como si se le acabara de ocurrir, por lo que ella sabía que era mentira incluso antes de que él lo dijera—. De hecho, le dije a Sarah la última vez que estuvimos juntos que su tierra llega hasta la carretera, con mucha madera hermosa. Parece que podría estar interesada en venderla, en cuanto pase un poco más de tiempo convenciéndola. —Se rio entre dientes—. Pero me estoy yendo por las ramas. En cuanto a nuestra tarde de travesuras... bueno, supongo que al mediodía estaría bien. De esa manera tendríamos medio día de diversión antes de que te envíe de vuelta con tu marido, satisfecha y complacida. —Le lanzó una mirada peligrosa, sin sonreír—. Y ni se te ocurra jugar conmigo, *zorra*. Será mejor que tú y la otra estéis tumbadas boca arriba, desnudas, con las piernas bien abiertas y esperando cuando llegue el próximo viernes. No me hagas perder los estribos, *milady*. Tocó el ala de su sombrero de castor, espoleó a su caballo con la misma saña con la que hacía todo y siguió cabalgando, arrastrando casualmente su fusta sobre el pecho de ella mientras pasaba, para que se lo pensara bien.

Melissa lo vio irse y se quedó mirándolo fijamente durante mucho tiempo después de que

desapareciera. Si fuera el tipo de mujer que tiende a llorar (cosa que no era, ya que había agotado todas sus lágrimas hacía mucho tiempo), se habría puesto a llorar en ese mismo instante.

Magnus la había extrañado muchísimo ese día. Se sentía como un idiota enamorado, pero no podía evitarlo. Tal vez eso era lo que toda una vida de abstinencia le había provocado: lo había convertido en una bestia insaciable. Pero no le gustaba pensar en sus sentimientos de esa manera, como si fueran solo de naturaleza física. No solo extrañaba su hermoso rostro y cuerpo, sino que también extrañaba su inteligencia, su humor mordaz y su inesperado entusiasmo por convertirse en la esposa de un cura.

Entonces, su necesidad por ella había superado el decoro y se había comportado como un marinero que regresaba de un viaje tras un año entero fuera de casa cuando entró en su cabaña, prácticamente arrancándole la ropa.

—No pude dejar de pensar en lo de anoche, durante todo el día —dijo, jadeando mientras ambos luchaban torpemente con los cierres de sus pantalones de piel de ante—. ¿Me has extrañado hoy? —preguntó, quitándose la ropa de un solo tirón.

—No.

Él se rio.

—Mentir es un pecado, señora Stanwyck. Me temo que tendré que castigarla.

Y luego la había poseído dos veces. Una vez encima de ella, y la segunda vez la había levantado por encima de él, diciéndole que debía practicar para cuando llegara su otra montura.

Había estado fuera todo el día cabalgando a Friar para visitar a una familia que se encontraba a tres horas de viaje. Tenía pensado volver a casa y escribirle a su madre para contarle que irían a Londres para la boda, pero entonces la vio, con el pelo despeinado y los hombros encorvados sobre una receta que estaba estudiando. Y tuvo que hacerla suya de inmediato.

Mientras yacían en la cama, después, con sus cuerpos saciados, los pensamientos de Magnus sobre los caballos recordaron lo que ella había dicho cuando se encontraron con sir Thomas maltratando a su pobre montura.

Había intentado apartar de su mente ese episodio repugnante, pero ese día lo había recordado, junto con otros asuntos inquietantes. No había mentido cuando dijo que había estado pensando en la noche anterior durante toda la tarde, pero también había pensado en otras cosas. Y necesitaba hacer algunas preguntas, preguntas que lo habían atormentado a menudo últimamente. Habían dejado una vela encendida porque a ambos les gustaba verse mientras hacían el amor. Él se volvió hacia ella, calentándose de nuevo al ver su perfil cubierto de sudor. Ella también había estado salvaje esa noche, casi desbocada.

Debió haber sentido su mirada porque se dio la vuelta y sonrió.

—¿Qué sucede, reverendo?

Le sonrió. Le encantaba que lo llamara así, especialmente durante sus encuentros en la cama. ¿Eso lo convertía en alguien malvado? No lo creía. Después de todo, era su esposa. Y Magnus creía que Dios disfrutaba de la alegría. No, los sentimientos que tenía por ella no podían ser malos.

—Me gustaría preguntarte algunas cosas, cosas que he ido posponiendo, pero en las que he pensado más a menudo de lo que me gustaría —le colocó una espiral de color castaño rojizo detrás de la oreja.

Su expresión, alegre y despreocupada apenas unos segundos antes, se tornó cautelosa.

—¿Sí?

—¿Me podrías contar cómo llegaste a... bueno, a dedicarte a lo que te dedicabas?

Esbozó una pequeña y triste sonrisa ante el cobarde uso de un eufemismo tan débil, pero él no podía utilizar palabras como *puta* o *prostituta* para describirla.

—¿Por qué quieres saberlo, Magnus?

—Es tu pasado, Melissa. Yo te he hablado de mi pasado y, cuando conozcas a mi familia, te contarán más historias humillantes sobre mí cuando era joven. Pero no sé nada de ti. —Vaciló—. Me he abstenido de preguntar, no quería entrometerme, pero eres mi esposa. Sé lo que hacías para ganarte la vida, solo quiero saber cómo empezaste a recorrer ese camino. Te guste o no, tendremos que contarle a mi familia al menos una parte de tu pasado, y tendremos que hacerlo más pronto que tarde. No puedo permitir que se enteren por otra persona.

Ella lo miró con unos ojos que no transmitían emoción alguna y él no tenía idea de qué esperar, hasta que, al final, asintió.

—Me atrevo a decir que deberías contárselo cuando vayas a la boda.

El alivio lo inundó, le tomó las manos y le besó las yemas de los dedos.

—¿Te refieres a cuando *vayamos* a la boda?

Ella sonrió.

—Por supuesto.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por entender lo que debemos hacer, por muy incómodo que sea. No puedo decir que no se sorprendan, pero ahora estamos casados y lo aceptarán. —Por su rostro, él podía ver que ella lo dudaba. Bueno, él también lo dudaba, pero no quería admitirlo—. Ahora, por favor, cuéntame tu historia.

—No es una historia muy alentadora.

—Lo entiendo. Espero que no te moleste, no quiero causarte dolor, pero quiero conocerte.

—No me hace daño hablar de ello, Magnus. Hace mucho tiempo que acepté mi pasado. —Le pasó la mano por el pecho distraídamente y la caricia le dejó los sensibles pezones duros. Magnus nunca había pensado en sus pezones hasta que conoció a Melissa—. No, no me importa contártelo, pero cambiará la forma en que me miras.

Le besó la mejilla.

—Nada podría cambiar eso. Te amo con todo mi corazón.

Ella no hizo ningún comentario, pero retiró la mano y se recostó boca arriba, mirando al techo.

—Tengo que remontarme a unos años antes de convertirme en... bueno, solo para que entiendas a mi madre y tal vez no la juzgues tan duramente.

Magnus abrió la boca para decir que no juzgaba, pero luego la cerró. Sí, juzgaba, por mucho que intentara no hacerlo. Y ya juzgaba a una madre y un padre que habían permitido que su hija ejerciera dicho trabajo.

—Crecí en una zona decente de Londres, al menos durante mis primeros años de vida, donde la gente no era ni pobre ni rica. Mi padre era marino mercante y tengo muy pocos recuerdos de él. Un año, simplemente, no volvió a casa. Sé que mi madre pidió información sobre él al dueño del barco, pero no encontró nada. Supusieron que había decidido empezar una nueva vida en algún puerto extranjero.

Él le acarició suavemente el brazo, queriendo mostrarle que estaba ahí para ella, físicamente, mientras contaba lo que seguramente sería una historia difícil y desagradable.

—Mi madre llevaba a cabo numerosos trabajos para no derrumbarse. Remendaba, lavaba, limpiaba... todo lo que encontraba. Nuestros vecinos eran muy amables, especialmente la familia del carnicero que vivía a la vuelta de la esquina. —Se volvió hacia él y sonrió—. Todavía tengo

una relación muy estrecha con su hijo menor, Jocelyn Gormley. Espero que lo conozcas algún día. Es mi mejor y más querido amigo.

Magnus le apretó el brazo y sonrió.

—A mí también me gustaría.

Los celos que se agitaban en su interior eran preocupantes. No era, por naturaleza, un hombre celoso. O al menos nunca había creído que lo fuera. Pero rápidamente se dio cuenta de que era posesivo y territorial cuando se trataba de Melissa. Pedirle ayuda a Dios con sus celos había comenzado a ser un factor habitual en sus oraciones nocturnas.

—Los Gormley y otros vecinos nos ayudaban como podían. Nos cobraban solo media libra de algo y nos daban una libra. Eran personas amables que estoy segura de que se compadecían de nosotras. Pero nunca era suficiente.

Su mano atrapó la de él y entrelazó los dedos, como si necesitara un contacto más cercano para lo que vendría después.

—Cuando tenía trece años, nos echaron de la habitación que habíamos alquilado. Mi madre ya había vendido todo lo que teníamos de valor. Vivimos en una calle estrecha, no muy lejos de nuestra casa anterior, durante casi dos semanas. Había otras familias, gente decente; eran tiempos difíciles. Pero también había gente no tan decente.

Magnus la oyó tragar.

—Un día volví tras haber estado todo el día fuera vendiendo naranjas, un trabajillo que hacía para un vendedor de frutas y verduras, y mi madre me dijo que nos había encontrado un lugar donde vivir. La amable dueña de la casa iba a enviar un carro a recogernos. Me llevarían primero a mí y mi madre vendría después con nuestras cosas. —Se volvió hacia él con los ojos desolados—. Le pregunté por qué. ¿Por qué nos separaban? Inventó excusa tras excusa. Pero la creí. Y justo antes de que llegara la mujer, me dijo: «Es un hombre rico y te tratará con amabilidad, te vestirá con cosas bonitas y vivirás en una casa hermosa».

Se detuvo y se mordió el labio antes de mirarlo a los ojos.

—Aunque era una señorita y solo tenía trece años, era una mujer según los estándares de la calle y sabía mucho sobre lo que pasaba entre hombres y mujeres. Había visto a prostitutas callejeras ejerciendo su oficio a plena luz del día. Sabía a qué se refería mi madre. Estaba aterrorizada y le rogué que les dijera que no, o si no eso, al menos que viniera conmigo.

Magnus cerró los ojos; la compasión, la frustración y la rabia le punzaban los párpados. Sintió el roce de los labios de Mel sobre los suyos.

—No, Magnus. Por favor, no te pongas triste por mí. No debí haberte...

—No, quiero oírlo todo.

—Es tan... no sé, peor que sórdido; en realidad, simplemente triste.

La atrajo hacia sí, sus cuerpos eran como cucharas en un cajón. Era más fácil no verla mientras escuchaba su sombría historia. Podría parecer cobarde, pero así era.

—Cuéntame el resto, mi amor.

Suspiró.

—La mujer que me había comprado llevaba mucho tiempo haciendo su trabajo. Traía a dos hombres corpulentos con ella. No fue agradable y luché como una fiera. Pero recuerdo una cosa: le dio a mi madre una dirección, un lugar adonde tenía que ir. No fue hasta unos años después que me enteré de que era un burdel, un lugar que estaba a solo un paso de la calle.

—¿Viste a tu madre allí?

—No fui allí hasta un año después. Para entonces, nadie sabía adónde había ido mi madre. Supongo que se mudó a un lugar peor o terminó en la calle. No estaba bien la última vez que la

vi. Creo que debía tener tuberculosis. Nunca podré perdonarle lo que hizo, Magnus, pero lo único que logró fue negociar un contrato decente cuando me vendió.

Mantuvo la boca cerrada; no tenía derecho a comentar el comportamiento de su madre de una forma u otra.

Inhaló profundamente y exhaló lentamente.

—En cuanto a mí, la señora Pelham me llevó a una casa de aspecto muy elegante y me dejó en su sala de estar. Cuando intenté correr, hizo que uno de los hombres me golpeará, pero no en la cara, nunca en la cara.

A Magnus le subió la temperatura; tenía la cabeza tan caliente que parecía que le fallaba la vista. Ella le apretó el brazo, pero no hizo ningún comentario.

—No le costó mucho convencerme de que era mejor obedecer a la señora Pelham. Me sentó y me dio un té con galletas, pasteles y bocadillos de una calidad y cantidad que nunca había probado. Y luego me dijo: «Así es como puede ser tu vida si eres obediente. Si no lo eres, te pegarán y, al final, acabarás en el mismo sitio, pero con moratones en lugar de pasteles. La decisión es tuya». La señora Pelham dijo que debía llamarme viuda, por estúpido que fuera que una chica de mi edad se comportara como una viuda. Así era como se hacían las cosas: para evitar que el hombre que sería mi protector, un aristócrata que había pagado mucho por mí, pareciera que estaba degradando a una menor y...

—¿Quién? —preguntó con voz ronca—. ¿Quién era?

Ella se dio la vuelta entre sus brazos hasta que quedaron uno frente al otro.

—No, Magnus. Nunca te diré su nombre. Jamás.

—Melissa, es muy posible, de hecho, es probable que conozca a ese hombre. Debes...

—Así es. Y por eso no te lo diré. Puedes ordenarme que te lo diga, sé que estoy legalmente obligada a obedecerte, pero tendrás que sacármelo a golpes.

Se quedó boquiabierto de horror.

—¿Cómo puedes pensar que yo...?

Ella le dio un beso rápido y profundo, y le dedicó una sonrisa.

—Calla, por supuesto que sé que no vas a golpearme. No te lo puedo decir, Magnus. Del mismo modo que no puedo decirte los nombres de los demás hombres.

Magnus quiso cerrar los ojos para ocultar la furia que sus palabras evocaban, pero no pudo. La avergonzaría. Así que se limitó a apretar las mandíbulas.

—¿Quieres que prosiga?

—Sí. —*No!*

Pero, ¿cómo no iba a querer saber lo que le había pasado? Aunque sabía que oírlo todo no le traería más que dolor. Nunca debería haber abierto esa puerta, pero ahora que lo había hecho, no podía cerrarla. Tenía que entrar.

Está sucediendo, dijo una voz aliviada y cansada en la cabeza de Mel mientras observaba a su hermoso, amable, dulce y, en última instancia, inocente amante descubrir qué tipo de mujer había elegido como esposa.

Había esperado dejarlo sin tener que contarle toda la sórdida historia de su venta, y sabía que podía mentirle (lo había pensado cuando él le había preguntado), probablemente debería haberle mentado, al menos por su bien. Pero con las amenazas del terrateniente de ese día, se había dado cuenta de que Magnus necesitaba saber algo de su pasado, porque más tarde, cuando ella se hubiera ido, alguien se lo iba a decir. Aunque no fuera Barclay, se encontraría cara a cara con la verdad de todo, tal vez incluso con lo peor. Melissa sabía que no había forma de escapar de ello.

Incluso en un lugar apartado como Nueva Bickford había un hombre que sabía quién era ella. O lo que había sido. Al menos podía asegurarse de que Magnus no se sorprendiera cuando una persona sin nombre lo confrontara por la prostituta que no solo lo había engatusado en un matrimonio falso, sino que luego lo había abandonado.

Lo miró a los ojos. Él había endurecido su expresión, como un hombre que estaba decidido a no dejarse engañar, algo desagradable.

—Lo llamaré John, para simplificar. A pesar de lo terrible que era la señora Pelham, nunca me mintió. Desde el principio se aseguró de que supiera lo que me iba a pasar. Primero, me llevaron a una hermosa casa en la ciudad. Estaba amueblada con buen gusto. Había una doncella, un mayordomo, un lacayo y un cocinero. Con el tiempo, cuando se pudiera confiar en mí para salir de mi jaula dorada, tendría mi propio carruaje, caballos, cochero y mozo de cuadra. Viví sola en la casa durante unos días. La señora Pelham me había dicho que una mujer vendría a verme. Era alguien elegida por mi protector para... —Miró a Magnus, que la observaba con una mezcla de repulsión y curiosidad aterradora en sus rasgos angelicales—. Esta mujer había sido una famosa cortesana en su época. Era mayor entonces, pero los hombres todavía acudían a ella en busca de consejo sobre todo tipo de temas. John me la había enviado.

Mel dudó, sin saber cuánto contarle sobre Dorothy, a quien había llegado a querer con locura, sin importar que hubiera sido cómplice a la hora de sacrificarla a lord Vanstone.

Bueno, de perdidos, al río.

—Esa mujer me enseñó muchas cosas: cosas que me impedirían quedarme embarazada, me protegerían de las enfermedades, cuando fuera posible, y, por supuesto, me enseñó cómo complacer a un hombre.

Los párpados de Magnus se agitaron, pero no se cerraron.

—Continúa —dijo con las mandíbulas apretadas.

—Tenían que alimentarme, peinarme y prepararme; parecía que mi nueva dueña no tenía prisa. Mi pelo, que había sido quebradizo y opaco, se volvió exuberante y brillante. Mi piel, que había estado áspera y en carne viva por las picaduras de insectos, se volvió suave y flexible. Mi cuerpo, que había sido delgado y anguloso, se volvió saludable y regordete, aunque había estado desnutrida durante tanto tiempo que no comencé a desarrollar una forma femenina hasta que cumplí diecisiete años. —Sintió que su boca se estiraba en una sonrisa sombría—. Ya sea por constitución o por desnutrición, seguí siendo pequeña y delgada durante más tiempo que la mayoría de las chicas de mi edad. Casi tan importante como mi aseo físico era el cuidado de mi voz, modales y comportamiento. No era una niña ignorante, pero había tenido muy poca educación y hablaba con el acento de la calle. Dorothy es la responsable de mi actual forma de hablar, aunque he contratado a otras personas a lo largo de los años para limar aún más las asperezas. No conocí a John hasta que pasaron dos meses.

Ella extendió la mano y tomó el rostro de su marido con ambas manos, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Quieres saber más?

—Sí.

—No me sorprendió lo que esperaba de mí y pude actuar como él quería. Estaba tan contento conmigo que pronto empezó a llevarme con él: al teatro, a cenas en las casas de otras amantes.

—Magnus se estremeció, pero no dijo nada—. Y, finalmente, a las fiestas que a esos hombres les gustaban. El tiempo pasó como un rayo. Me adapté a mi vida y acepté mi suerte. Para ser honesta, la señora Pelham y mi madre habían tenido razón. Yo era una de las afortunadas.

Él negó con la cabeza, pero ella lo detuvo.

—No, es verdad. Había chicas, mucho más jóvenes que yo, que eran vendidas todos los días por mucho menos y en condiciones mucho peores. John no era exigente, ni brusco ni cruel. Se iba todos los años durante el verano y yo disfrutaba de ese tiempo glorioso en soledad. También tenía vacaciones para mí, ya que él tenía una familia con la que se esperaba que estuviera. Para entonces yo había formado mi propia familia, con otras mujeres e incluso algunos hombres que estaban en mi posición, gente que no me juzgaría por lo que había hecho, por lo que me había convertido. Mi vida parecía haber seguido un patrón.

Hizo una pausa, pero luego continuó:

—Entonces, unos meses después de mi decimoséptimo cumpleaños, comencé a notar un cambio. John venía a verme con menos frecuencia. Cuando lo hacía, generalmente era para llevarme a... fiestas. Eran funciones a las que habíamos asistido a menudo a lo largo de los años. Pero había una diferencia. —Se detuvo y suspiró. Cada vez que creía haber dicho lo peor, olvidaba que había algo aún más terrible. Solo le había contado esta historia a Joss y no había habido necesidad de suavizarle las cosas. Hizo una pausa, casi creyendo que podría reunir el coraje para contarle a Magnus al menos algo de lo que Barclay se había jactado de saber hoy. Pero no podía. Simplemente no podía describir lo que había sucedido al final con lord Vanstone, sin importar que sir Thomas con el tiempo se encargara de hacérselo saber a Magnus por ella.

Se dio cuenta de que tenía el cuerpo tenso; estaba esperando que siguiera.

—Adelante. Continúa.

Ella inhaló profundamente.

—Lo que estaba sucediendo ya había sucedido antes: John se estaba cansando de mí. Fue Dorothy, en lugar de John, quien finalmente me lo dijo. Me iban a ofrecer un acuerdo generoso, el que mi madre había negociado para mí, a pesar de que iba a dejar su empleo antes de tiempo. La cantidad sería suficiente para permitirme vivir durante varios años sin trabajar. Pero tenía que desocupar la casa en un mes, para dejar espacio para otra ocupante.

Sacudió la cabeza con una expresión horrorizada.

—¿Otra jovencita?

—Sí, llevaba años haciéndolo. Dorothy me dijo que yo era la cuarta chica y que ahora debía hacerle lugar a la quinta.

Una vena en la sien de Magnus latía con tanta fiereza que Mel pensó que podría hacerse daño.

—El muy cerdo. ¿Todavía...?

—Ya te lo he dicho, Magnus. No te daré ninguna información. Lo último que quiero es que te presentes en su puerta como lo hiciste en la Casa Blanca.

Tenía el rostro sombrío y supo que él no dejaría de insistirle.

—Continúa.

—No hay mucho más que contar. Fui a la Casa Blanca porque sabía que no tenía suficiente dinero como para no volver a trabajar nunca más, aunque viviera frugalmente. Pero sí tenía suficiente dinero para invertir con la mujer que era dueña de la Casa Blanca en ese momento. La señora Hensleigh era una leyenda: una *madame* que pagaba bien a sus chicas, aborrecía el comercio de vírgenes, no permitía la entrada a niñas menores de dieciséis años y prohibía la violencia. Tenía más gente que quería trabajar para ella de la que podía admitir, así que tuve suerte de tener dinero para invertir. Al principio, todavía me exigían que trabajara, pero podía ser selectiva. — Eso, al menos, era cierto, aunque exageraba un poco—. Nunca nos hicimos amigas íntimas, pero fue una buena jefa y socia. Cuando reunió todo lo que necesitaba para dejar de trabajar, me ofreció la primera opción de compra.

Él la observaba, con una mirada que ya no mostraba agitación, sino que parecía pensativa.

—Quiero que sepas esto, Melissa: no te juzgo por lo que has hecho, pero, por mucho que me avergüence y me duela admitirlo, me he sentido celoso. Incluso después de escuchar tu dolorosa historia, sospecho que todavía me sentiré amenazado de que tengas una experiencia sexual tan extensa mientras que yo solo sé lo que he escuchado de jóvenes presumidos y algunos libros. Esos celos son producto de mi propia inseguridad y son un problema mío, no tuyo. Seguiré luchando contra ello, probablemente durante mucho tiempo. Si alguna vez parezco estar descargando mi propia frustración contigo, debes decírmelo sin miramientos, ¿de acuerdo? Sonrió ante esa declaración tan típica de Magnus.

—De acuerdo.

Él no le devolvió la sonrisa, sino que miró por encima de su hombro, como si estuviera fijándose en otra cosa.

Parecía tan... decidido, tan dispuesto a enfrentarse a sus demonios. Eso la impulsó a preguntar algo que juró no decir nunca en voz alta.

—¿Por qué te casaste conmigo, Magnus? Cuando descubriste quién era, debió haberte consternado. ¿Por qué?

Exhaló ruidosamente y se dio la vuelta para quedar boca arriba.

—No te voy a mentir, Melissa: me quedé profundamente conmocionado. Más bien horrorizado. Tragó saliva, agradecida de que no la estuviera mirando cuando admitió esos sentimientos.

—Estaba furioso contigo por mentirme, por usar mi proposición de matrimonio para manipularme aquella noche en Halliburton Manor. Pero me di cuenta de que te había deseado tanto como tú a mí (creo que incluso más). Me dolió que te marcharas sin decir nada. Incluso cuando supe quién eras en realidad, no podía creer que pensaras que yo era capaz de ser el tipo de hombre que dejaría de amarte por lo que habías hecho.

—Pero no me conocías en realidad, Magnus. Mentí tanto...

—¿Estabas mintiendo cuando nos reíamos juntos de alguna absurdez?

Ella entreabrió los labios.

—Pero...

—¿Estabas mintiendo cuando compartimos nuestras impresiones sobre los libros, discutiendo, peleándonos y, una vez más, riéndonos juntos a pesar de nuestras diferencias?

—No, pero...

—Lo que hiciste no define lo que eres, Melissa. Ya veo que tienes poca experiencia con las Sagradas Escrituras. —Eso fue muy amable de su parte. De hecho, ella le había confesado que nunca había puesto un pie en una iglesia hasta que llegó a Nueva Bickford—. Pero seguro que incluso tú has oído la historia de María Magdalena.

—La pu... prostituta que dio consuelo a Jesús.

—Si mi Dios, un Dios amable, amoroso y misericordioso, no juzga tales asuntos, ¿quién soy yo para hacerlo?

Ella no pudo evitar quedarse mirándolo con asombro. Incluso después de haberse casado con él y haberlo visto enfurecido, le resultaba difícil creer que ese hombre no fuera un santo. Desde luego, no merecía conformarse con ella como esposa.

—Sé que no juzgas y que perdonas, pero debes darte cuenta de que la verdad sobre quién soy causará un daño catastrófico a ti, a tu familia y, muy probablemente, a la profesión que amas y que se te da tan bien.

Él no le respondió de inmediato; en cambio, se quedó pensando en el asunto. De hecho, pensó durante tanto tiempo que Mel empezó a sentirse ansiosa. ¿Le había expuesto el tema de una manera que al fin le había hecho ver lo desastrosa que era su unión? ¿Se estaba arrepintiendo...?

Él le dedicó una sonrisa irónica y torcida, expresión que la sorprendió.

—Estaba tratando de encontrar una respuesta que no me hiciera parecer un niño malcriado, pero no puedo mentirte. Verás, la decisión de casarme contigo, esa que tú consideras tan catastrófica, en realidad es culpa de mi familia.

—¿Cómo?

Se rio.

—Así es, es cierto. Me criaron con tanto amor, tanto apoyo en cada uno de mis esfuerzos, tanta admiración por mi decisión de ingresar al clero, aunque ninguno de ellos es demasiado devoto... En definitiva, me hicieron la persona que soy. Un hombre que no puede tener conciencia de que cualquier decisión o deseo suyo pueda ser malo. —Asintió con firmeza—. Así que ahí está tu respuesta de por qué me casé contigo: porque me malcriaron y me mimaron y no puedo soportar que no se haga lo que quiero. Bueno, también porque eres irresistible y te amo.

—Estás loco, Magnus. Completamente loco —dijo ella, riendo, aunque no sin un poco de histeria.

Él se rio a carcajadas con ella. Melissa le siguió el juego, pero sabía que no se lo estaba contando todo.

Lo intentó una última vez.

—Me alegro de que hayas venido a buscarme, Magnus, y... sí... me alegro de ser tu esposa. Pero espero que estés igual de satisfecho y feliz con nuestro matrimonio cuando...

Él puso su dedo índice sobre sus labios antes de inclinarse para reemplazar el dedo con su boca.

—Tranquila, amor de mi vida, nos ocuparemos de las cosas a su debido tiempo, y no antes.

—Muy bien —dijo Melissa cuando vio que él esperaba su aprobación—. No volveré a sacar el tema a colación.

—Bien. Estabas hablándome de tu inversión.

—No hay mucho más que contar. Empecé a expandir el negocio, comprando los edificios cercanos, por ejemplo. —Melissa sabía que era extraño alardear de eso, especialmente delante de su esposo, el cura, pero no pudo evitar agregar—: En los casi doce años que fui dueña de la Casa Blanca, los ingresos se triplicaron.

Magnus se incorporó apoyándose en un codo, con el ceño fruncido.

—Espera... si mis cálculos son correctos, eso quiere decir que...

—Cumpliré treinta en mi próximo cumpleaños, el último día del año. —Lo miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué me miras así?

Su sonrisa era algo tímida.

—Pensé que teníamos más o menos la misma edad.

Melissa lo miró con los ojos entrecerrados; Dios mío, ¿podría ser que el repugnante sir Thomas estuviera en lo cierto sobre la edad de Magnus?

Suspiró.

—Casi me da miedo preguntar.

Él sonrió.

—Tendré veinticuatro años el próximo miércoles, de hecho.

Ella gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Soy seis años mayor que mi marido.

Magnus se rio y bajó la cara hacia sus pechos. Le rodeó con la boca caliente un pezón y succionó con fuerza antes de reírse maliciosamente y decir:

—Oh, vamos, querida, son más bien siete años.

Mel no podía permitir que dijera tal cosa. Lucharon y, por supuesto, su lucha juguetona se

convirtió en algo más apasionado.

Después de hacerle el amor a su hermoso esposo, y mientras él dormía a su lado, con su gran cuerpo cálido, y su respiración profunda y uniforme, Melissa al fin se permitió considerar el asunto de sir Thomas Barclay.

Sarah no estaba en la cabaña cuando llegó. A Mel le pareció extraño, pero también fue algo bueno, ya que le dio tiempo para considerar sus opciones.

Aquella noche en Moor House, cuando se había acostado con Magnus, había sido con la intención de disfrutar de sus vidas tanto como fuera posible, hasta que tuviera que irse.

Cuanto más se adentraba en esa vida, menos dispuesta estaba a renunciar a ella, por muy poco realista que fuera. El fatalismo que la había dominado cuando Magnus la obligó a casarse había desaparecido. Ahora veía que formaban un buen equipo de marido y mujer y que, si se le daba la oportunidad, ella sería una excelente esposa para el vicario.

Cada día que pasaba con él lo amaba más. Cada día que pasaba estaba menos dispuesta a dejar ir esa vida. Había comenzado a tener la esperanza, en el fondo de su corazón, de que podría haber alguna manera de que pudieran estar juntos.

Pero eso había sido una tontería. Oh, una tontería muy, muy grande.

Tendría que dejarlo. Las amenazas de sir Thomas lo habían dejado más claro que nunca.

Pero eso no significaba que tuviera que dejar que sir Thomas se saliera con la suya.

Tenía más de una semana para considerar sus amenazas. Si toda una vida de lucha le había enseñado algo, era a tener paciencia. También le había enseñado que muy pocas personas planifican sus acciones hasta llegar a una conclusión racional, pero Melissa era una de ellas.

Sir Thomas creía que solo había dos opciones para ella: la humillación pública o ceder a sus deseos.

Estaba muy equivocado.

Capítulo dieciocho

Al día siguiente el tiempo era horrible y Magnus decidió que iría en calesa a la casa de los Felix en lugar de caminar. Además, podría visitar a otras dos familias que vivían más lejos y distribuir las repugnantes gelatinas de la señora Heeley. Ya había decidido que les daría los tres frascos de deliciosa carne en conserva que había preparado su ama de llaves a los Felix, que la necesitaban más que las otras dos familias.

Justo cuando estaba subiendo al carruaje, Melissa apareció corriendo tras él.

—Esto es para Una. —El cabello le ondeaba alrededor de su rostro pálido, los mechones castaños eran el único color vibrante en un día tan gris.

Magnus cogió el paquete envuelto en papel marrón. Una era la hija mayor de los Felix, una niña de quince años con la que Melissa se había encariñado en su primera visita a la lúgubre granja de los Felix.

—Es solo un chal de lana y un vestido de día que ya no uso. —Dudó—. ¿Estás seguro de que no puedo ir contigo...?

—Hace demasiado frío, querida. —Se inclinó y le dio un beso, sin importarle quién pudiera verlo—. Regresa a la casa antes de que te resfríes.

Lo observó desde la ventana del comedor, despidiéndolo con la mano mientras se alejaba. Le habría encantado llevarla con él, pero no estaba dispuesto a correr riesgos con su salud. No había olvidado que, en primera instancia, había venido a Nueva Bickford para convalecer, aunque nunca había sido específica sobre lo que la aquejaba.

Magnus hizo una mueca. ¿Cómo era posible que no supiera algo así? ¿Tan canalla y desinteresado era? Debería hacerle preguntas como esa en lugar de arrancarle la ropa y arrojarla a la cama en cuanto entrara en la casa. Los recuerdos de aquello le hicieron sonreír de inmediato y le tensaron la entrepierna.

O al menos debería hacerle esas preguntas en lugar de la que le había hecho la noche anterior. Su sonrisa y su entrepierna se desanimaron ante ese pensamiento. Deseó no haber escuchado nada de eso, aunque sabía que eso lo convertía en un hombre débil.

Porque si ella pudo sobrevivir al ser vendida a un monstruo, entonces, con más razón, él podría sobrevivir al escucharlo.

No había dicho nada la noche anterior, pero seguro que descubriría quién era ese hombre. No era tonto; sabía que el pasado de su esposa era infame. Aquella noche en Brooks lo había demostrado. Pero se negaba a eludir el pasado de su esposa dondequiera que fuera y sabía que su pasado acabaría llegando a Nueva Bickford. Cuando llegara ese momento, sabría que los feligreses lo tolerarían para retenerlo. También lo que haría la Iglesia. Amaba la profesión que había elegido y amaba adorar a Dios en el seno de una congregación. Pero tampoco le afectaría si tuviera que trasladar a Melissa a su finca, Briar House, en Lincolnshire. Podrían ganarse la vida allí. Era el mayor terrateniente de la zona y, aunque la gente supiera quién había sido su esposa, ninguno de ellos podía permitirse el lujo de comportarse de una manera abiertamente anticristiana con él.

Pero estaba poniéndose en lo peor. La verdad era que nadie en Nueva Bickford, con excepción de Sarah, que también quería guardar el secreto, sabía nada.

Durante los cinco días siguientes, Melissa desafió el mal tiempo y caminó con dificultad hasta la cabaña de Sarah, pero cada día la encontraba vacía. El sexto día, justo cuando había empezado a

perder las esperanzas (y cuando el encuentro con sir Thomas se avecinaba), llegó a la cabaña de Sarah y encontró el carromato del Hurón Durmiente frente a la casa. Joe Biddle estaba allí y se encontraba apilando cajas con cuidado en la parte trasera del carromato.

—Joe, ¿qué está pasando aquí?

Gritó de sorpresa y giró tan rápido que casi se cae.

—Discúlpame, no pretendía asustarte.

—Hola, Mel.

Se giró y encontró a Daisy parada en la puerta, luciendo un enorme delantal y un gran paño alrededor de la cabeza, logrando un aspecto malvado a pesar de todo, como la propia criada del Diablo.

—Daisy, ¿qué haces aquí? —Melissa no se había dado cuenta de lo mucho que la extrañaba y las dos casi se rompen las costillas al abrazarse.

Pero fue Daisy la que se alejó primero.

—Entra, se está mejor dentro. No, no cierres. Puedes dejar la puerta abierta, Joe todavía estará cargando cosas un rato.

Mientras Daisy los guiaba a través de la pequeña casa, Melissa no pudo evitar notar que había cajas, llenas, medio llenas y vacías, por todas partes.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó Melissa cuando llegaron a la cocina.

—Arriba, haciendo las maletas. Siéntate. He puesto la tetera. —Daisy colgó el sombrero, la bufanda y la capa de Melissa y se puso a preparar el té en silencio.

Mel no tenía prisa por enterarse de lo que probablemente no sería una buena noticia, así que aguardó con paciencia.

En poco tiempo ya tenían las tazas de té listas e incluso algunas galletas.

—Entonces —comenzó Daisy—, supongo que ya habrás adivinado que Sarah se va.

Mel resopló.

—Sí, me lo había imaginado.

—No me hables con ese tono arrogante, ya no eres mi jefa —espetó Daisy, con un acento cada vez más dejado, sin duda un signo de rebeldía. Después de todo, era Melissa quien obligaba a todos los que trabajaban para ella a tomar lecciones de elocución—. No sé qué esperabas: dejarnos a todos en la estacada mientras tú te escapabas con tu príncipe azul.

Melissa abrió la boca para responder, pero Daisy levantó una mano.

—No, déjame decir lo que tengo que decir. Y luego podrás hablarme con total libertad y doblegarme a tu voluntad, como haces con todas nosotras.

Eso le dolió.

—Ese cerdo de Barclay vino aquí y abusó de Sarah. Y no solo eso, sino que también dijo que le gustaría comprarle el terreno. Por poco dinero.

Melissa hizo una mueca.

—Sí, está muy seguro de su posición. ¿Qué pasaría si los aldeanos supieran quién es Sarah en realidad? ¿Y qué pasaría con Joe y conmigo? La posada de su padre estaría acabada. Así que Sarah me trajo aquí y hablamos de todo. Tal como lo vemos, no hay futuro aquí para los tres. Joe está de acuerdo.

Melissa aún no había oído hablar a Joe, así que la idea de que dijera algo le resultaba sorprendente, pero se lo guardó para sí.

—¿Qué vais a hacer?

—Sarah venderá este sitio, tomaremos el dinero y comenzaremos en otro lugar, desde cero.

—¿Cómo vais a empezar desde cero?

Daisy se ruborizó.

—Joe y yo hemos pensado que podríamos tener una posada como la de su padre. Tengo algo ahorrado y con lo que Sarah reciba de Barclay...

—Espera un momento, ¿qué? ¿Quieres decir que va a vendérselo a él?

Daisy se sobresaltó por su tono y luego frunció el ceño.

—No creas que nos tiraremos piedras a nuestro propio tejado, como hacen algunas.

Mel suspiró.

—Sí, tienes razón, a menudo hago cosas por principios que probablemente no debería hacer, pero...

—¡Ja!

—No se lo vendáis a él, y menos a un precio de ganga.

—Da la casualidad de que no tenemos todo el tiempo del mundo para quedarnos esperando a que aparezca otro comprador. Si no te has dado cuenta, el terrateniente es el único de estos lugares que parece estar adquiriendo tierras en estos días. Joe dijo que su padre lleva más de cinco años intentando vender la pequeña propiedad que tiene en las afueras de Nueva Bickford. No podemos esperar cinco años, Mel. No podemos. Yo ya he esperado toda mi vida. Tengo cuarenta y un años, soy una vieja puta fracasada...

—Daisy...

—Sí, una vieja puta fracasada. Cuando volví a Londres contigo supe que ya no tenía estómago para seguir en el oficio. Cada noche era una lucha. Después de la primera semana supe que terminaría colgada de una viga si seguía así.

Melissa cerró los ojos brevemente, horrorizada de que su buena amiga hubiera estado sufriendo tanto y ella no lo hubiera notado.

—No —dijo Daisy, sacudiendo la cabeza cuando Melissa abrió los ojos—. No te culpes por ello. Te sentías demasiado miserable en tu propio infierno como para darte cuenta del mío. E intuyo por la forma en que se te dilatan las fosas nasales que te gustaría discutirme.

Mel se rio.

—Pero es verdad y ambas lo sabemos. Y ahora parece que la Casa Blanca tiene problemas, y he oído rumores de que hay un comprador y que pronto habrá una venta. No puedo obtener una respuesta de Hugo o Laura y tengo miedo de que una noche, en un ataque de furia, quemen la casa y nos maten a todos junto con ellos. Además, supongo que el señor Stanwyck podría poner un límite a la hora de sacar provecho del pecado. —No esperó una respuesta—. Pero eso no viene al caso. Ninguno de los tres queremos trabajar en un burdel. Ni siquiera si no es a costa de nuestras espaldas. Tenemos una buena oportunidad de empezar desde cero. No es que a la gente le importe que la posadera haya sido puta antes. —Miró a Melissa con curiosidad—. Y no es asunto tuyo ni del reverendo.

Melissa no tenía ningún interés en hablar de eso con nadie, ni siquiera con alguien que le agradaba tanto como Daisy. En lugar de eso, adoptó su pose de regateadora, por así decirlo, y llenó las tazas de té.

—Hay un comprador para las propiedades de Londres —dijo, sonriendo ante la mirada de sorpresa de la otra mujer—. Pero eso no tiene por qué preocuparte. Porque resulta que tal vez conozco a alguien que quizá podría permitirse darte un poco más de lo que vale esta propiedad. ¿Crees que estarías interesada?

Magnus había visitado la propiedad de Felix dos veces en los últimos seis días y en ninguna de esas veces había encontrado al señor Felix. Estaba decidido a hablar con el hombre para

conseguir que tomara medidas contra sir Thomas. Le había sorprendido que le hubiera llevado tanto tiempo encontrar la solución: los Felix podrían tener una granja en la propiedad de Magnus en Lincolnshire. Requería mudarse, por supuesto, pero podrían vivir en una propiedad donde sabía que no tendrían que preocuparse de que el señor abusara de sus hijas. Además, las casas de los inquilinos en su propiedad estaban todas en excelentes condiciones y el suelo era fértil y estaba bien cuidado.

Con esta brillante idea en mente, dejó a los Felix para su última visita del día, creyendo que así podría coincidir con el hombre, ya que no estaría trabajando en la granja en la oscuridad de la noche.

Las últimas personas a las que había visitado acababan de tener un bebé y querían que se tomara una copa de su vino casero para celebrarlo. Cuando llegó a la propiedad de Felix ya era bastante tarde.

Acababa de desviarse hacia el camino angosto cuando oyó algo estridente, como el grito de una niña. Detuvo la calesa y oyó ruidos que provenían de detrás de uno de los almiarés que bordeaban el camino. Vio el caballo del terrateniente antes de ver al hombre en persona.

Sir Thomas tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y había inclinado a la muchacha hacia delante, tapándole la boca con una mano mientras ella emitía sonidos de llanto ahogado y trataba de escapar. Con la otra mano, le agarraba el cuerpo con torpeza, luchando por montarla.

Magnus estalló.

Nunca en su vida, ni siquiera en Eton, había golpeado a otra persona. Simplemente, nunca había sentido la necesidad de recurrir a la violencia. Creyó que estaba cerca de hacerlo aquel día en la Casa Blanca, cuando Hugo tocó a Melissa.

Pero ese día no era nada comparado con esto.

Cuando tuvo tiempo de pensarlo más tarde, Magnus se dio cuenta de que debía haber perdido el contacto con la realidad durante un tiempo. No recordaba lo que había pasado entre el momento en que vio el trasero desnudo del terrateniente y el momento en que se sentó sobre el pecho del bastardo y le golpeó la cara.

—Pare, señor Stanwyck. Ya basta, señor. Tiene que parar. Lo está dejando inconsciente. —John Felix era un hombre corpulento, pero no tanto como Magnus. Hizo falta que él y dos de sus hijos pequeños lo apartaran de Barclay.

Una estaba en brazos de otra chica, su hermana menor, pensó. Las dos se abrazaban y lloraban, sus ojos horrorizados le decían a Magnus que era su violencia demente, más que el comportamiento del terrateniente, lo que las aterrorizaba ahora.

—Está bien —dijo cuando Felix y sus hijos lo sujetaron. Se resistían a soltarlo. Y cuando miró el rostro destrozado y ensangrentado del terrateniente, pudo entender por qué. Pero debía de parecer peor de lo que era porque Barclay farfulló y parpadeó, limpiándose el pelo ensangrentado de los ojos.

—Súbete los pantalones y tápate —espetó Magnus.

Barclay no se acobardó ni siquiera cuando acababan de golpearlo hasta dejarlo hecho papilla. Debía de estar sufriendo, pero esbozó una sonrisa maliciosa y no se molestó en taparse. Hizo una pausa, tosió y escupió. Magnus vio un diente junto con la masa de sangre y mucosidad. Bien. Esperaba con todas sus fuerzas haberlo dejado sin ningún diente.

Las siguientes palabras de Barclay interrumpieron sus pensamientos homicidas.

—¿Qué ocurre, lord Magnus? ¿Ha venido aquí para vengarse defendiendo el honor de su esposa? ¡Ja! El honor de una puta. Me dijo la semana pasada que usted estaba al tanto y yo no la creí. Tengo que darle algo de crédito por eso. Supongo que decidió confesarlo ella misma. —Soltó

una risa espantosa—. Es una auténtica pena, estaba deseando tener una de esas orgías por las que era tan famosa. Pero supongo que esto significa que no se unirá a mí y a esa pequeña zorra en la casa de Tisdale el viernes. A menos que usted también estuviera planeando unirse a nosotros, por supuesto. —Soltó una risa horrenda y luego hizo una mueca, llevándose la mano a la caja torácica. Pero no sentía suficiente dolor para detener su veneno—. Tengo que admitir que me gusta la idea de tener un burdel a la vuelta de la esquina. Hay bastantes de ellas por aquí, ¿no? Como si una puta llamara a otra puta, ¿no? ¿Cómo dice el viejo dicho? Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Bueno, tu maldita y preciosa esposa sigue siendo una puta, no importa que ahora tenga un cura por marido y un marqués por suegro.

Magnus se quedó mirando mientras las venenosas palabras de Barclay le causaban un profundo impacto. Melissa conocía a ese hombre. ¿Había sido... Dios mío... un cliente?

A pesar de lo maltrecho que estaba, el terrateniente tenía un olfato especial para la desgracia, sin duda por haberse rodeado de ella demasiado. Se rio, dejó caer la cabeza al suelo y se sujetó los costados.

—No te lo ha contado todo, ¿verdad? ¿Cómo demonios te enteraste? Eso es lo que quiero saber. Por Dios, esto es muy gracioso. No te ha contado la pequeña cita que habíamos agendado. Tal vez esperaba conocerme este viernes. Supongo que no le estás dando lo que necesita.

Magnus se dio la vuelta, sin querer escuchar ni una palabra más, y se encontró con los rostros estupefactos no solo del señor Félix y sus hijos —de doce y catorce años—, sino también de su esposa, que debió haber oído el alboroto y haber acudido corriendo. No miraban horrorizados al hombre que estaba en el suelo, sino a Magnus.

Y entonces se dio cuenta de que su vida, tal como la conocía, estaba prácticamente acabada y así había sido desde el día en que se casó. Melissa lo había sabido desde el principio, pero él había sido demasiado estúpido como para entender siquiera la mitad.

Pero lo peor de todo es que la mujer por la que lo había perdido todo le había mentado, como mínimo, y, en el peor de los casos, había planeado encontrarse con otro hombre para guardar su secreto.

Capítulo diecinueve

Melissa abrió la puertecita del fogón por quincuagésima vez en la última hora.

Magnus debería haber regresado hacía una hora. Afuera estaba oscuro, pero el viento había amainado hacia el atardecer. Aun así, había demasiada niebla como para que fuera seguro...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de las ruedas en el camino de grava aplastada que pasaba por la casa del cura y conducía al granero. Se estaba preocupando por nada. Acomodó la mantelería, aunque estaba perfecta, y pulió el diente de un tenedor, aunque no hacía falta. Estaba muy emocionada; no solo había frustrado a sir Thomas hoy, sino que también había cocinado con éxito sus primeros pudines de Yorkshire. Por supuesto, esos habían ido a parar a las gallinas, ya que no podían comerse fríos.

Estaba esperando a que Magnus llegara para empezar a preparar más pudin en la sartén caliente. Planeaba servirle una copa de brandi (que Daisy había traído de Londres como regalo de bodas) y hablar mientras él la observaba preparar la comida.

El brandi no fue un gran regalo, teniendo en cuenta que la botella había sido robada de la Casa Blanca. Aun así, supuso que lo que contaba era la intención. Además, había visto a Magnus disfrutar de un buen brandi cuando habían estado en Devon, pero no guardaba nada tan especial en su actual residencia.

Cuando le preguntó por qué, él bromeó diciendo que era solo un humilde cura. Melissa pensó que era porque no quería parecer más rico que el vicario consumiendo bienes de lujo.

Mel miró el reloj que estaba sobre la chimenea encendida. ¡Por Dios! Había oído las ruedas del carro hacía al menos quince minutos. Ya debería haber guardado los caballos y la calesa.

Apartó la cortina de la cocina y vio la casa parroquial. Allí estaba la figura familiar de Magnus, de pie en el escalón de entrada. La puerta se abrió y él entró.

Se recostó en la silla y contempló el montón de platos desordenados que había usado para preparar esa sencilla comida. La señora Dennis, la asistenta, dijo que mejoraría con el tiempo, aunque ambas sabían que el cura no permitiría que su esposa se convirtiera en una esclava de la cocina. Cocinar esa noche le había recordado de alguna manera esa primera vez, en la cocina de la señora Tisdale, cuando habían empezado a conocerse.

El minuterero había recorrido treinta minutos y Magnus aún no había regresado. A esas alturas, ya sabía que algo había ido mal. Eran más de las nueve; nunca había llegado a casa tan tarde antes. Y cuando llegaba tarde, siempre mandaba un mensaje.

A las diez ya había sacado el asado y lo había colocado en la rejilla de los panes, justo afuera de la puerta trasera, en la zona fría donde guardaban manzanas, patatas y otros alimentos resistentes. Todo lo demás, las guarniciones, la masa para los pudines y la tarta que había preparado (la primera) lo dejó sobre la encimera. Se lo daría al cerdo y a las gallinas al día siguiente.

Apagó todas las velas del recibidor, menos una, para que él pudiera encontrar el camino cuando decidiera volver a casa. Apagó el fuego, se desnudó y se acomodó en la cama con un libro que lady Darlington le había enviado en lo que Magnus llamaba sus «paquetes de cuidado».

Debió haberse quedado dormida porque se despertó y encontró la vela encendida en el candil. El reloj de la mesita de noche de Magnus marcaba que era casi la una.

Cuando fue a la cocina y miró por la ventana vio que la vicaría estaba completamente a oscuras. Dondequiera que estuviera Magnus, no estaba allí.

Se volvió a meter en la cama, mirando el lado izquierdo, el lado de Magnus. El fuego del dormitorio seguía ardiendo, el resplandor de las brasas mantenía la pequeña habitación cálida y

acogedora. Aun así, Melissa de repente sintió mucho, mucho frío.

Magnus sabía que tenía suerte de no estar confinado en el sótano que el pueblo reservaba para los pocos criminales con los que se topaban. Su rostro y sus manos no fueron lo único que se le enfrió en el trayecto desde la granja de Felix hasta la vicaría. A medida que su ira contra sir Thomas y John Felix se calmaba, se dio cuenta de que no solo había quebrantado la ley de los hombres, sino también la de Dios.

La casa estaba iluminada cuando bajó por el camino de entrada. Creyó ver una figura moviéndose detrás de las cortinas de encaje de la habitación que Melissa llamaba sala de estar, aunque apenas merecía el nombre de salón.

Pensar en ella allí, esperándolo, sin duda ansiosa por abrazarlo como todas las noches desde que había ido a su cama aquella primera vez en Yorkshire, le provocó una extraña mezcla de ira, frustración, decepción y pena en el pecho. No, no podía ir a verla. Todavía no. Levantaría la voz y se comportaría como un salvaje; ahora sabía que era capaz. Además, no tenía tiempo para pelear ni hacer nada más con ella. Tenía que advertir al vicario y confesar cosas que, probablemente, no solo lo llevarían a ser expulsado del curato, sino también de la Iglesia.

Guardó la calesa, cuidando a la vieja Nancy mejor de lo que la habían cuidado en años, y arrastró los pies para irse y dar comienzo a lo que seguramente iba a ser una de las peores noches de su vida.

El vicario abrió la puerta con su sonrisa acogedora, cansada y cariñosa. Una sonrisa que Magnus estaba a punto de borrar.

—Pasa, pasa. ¿Acabas de regresar de las casas de los Felix y los Johnson?

Magnus dejó caer su sombrero sobre la mesa junto a la puerta, se quitó el abrigo y lo colgó en una percha antes de responder.

—Sí, los vi a ellos y también a los Morgan.

—Dios mío, has estado muy ocupado —le sonrió a Magnus, con una pequeña muesca entre sus ojos grises y una expresión vacilante—. Asumo que no has venido para pasar el rato.

—No, señor.

—Bueno, vamos a mi estudio. Ponte cómodo, le pediré a la señora Loftis que nos prepare una bandeja de té.

Magnus sonrió con una gratitud que no era fingida.

El estudio del vicario era una habitación que a Magnus le encantaba. Estaba llena de libros y resultaba cálida; era una habitación que acogía a cualquiera. O al menos, siempre lo había acogido a él. Era el tipo de habitación que él mismo había deseado tener algún día.

Se sentó en la silla más alejada del escritorio del vicario. Pensó que el otro hombre apreciaría la distancia una vez que comenzara a hablar. La puerta se abrió y entró el señor Heeley, frotándose las manos, algo que hacía inconscientemente cada vez que daba por terminado incluso el asunto más pequeño.

—Pronto nos traerá una bandeja. Me complace anunciar que acaba de hornear una gran cantidad de galletas, así que tendremos unas delicias para acompañar al té en lugar de... —Se detuvo de repente, consciente de repente de su casi deslealtad.

Magnus sonrió. Extrañaría al vicario, pero ni siquiera con el juicio nublado por el arrepentimiento podía lamentar perderse la comida de la señora Heeley.

—He venido a hablar de algunos asuntos que no son muy agradables. En primer lugar, sé que sir Thomas ha forzado a al menos una de las hijas de sus arrendatarios a tener relaciones sexuales.

—Magnus no sabía exactamente qué reacción esperar ante su revelación, pero ciertamente no la

que recibió.

Heeley frunció el ceño, como si se enfrentara a algo profundamente desagradable.

—Sí, sí. Me temo que siempre ha tenido por costumbre comportarse de una manera tan... desagradable.

Magnus abrió la boca, pero no era capaz de articular palabra.

El vicario no pareció darse cuenta.

—¿Es una de las hijas de Felix, otra vez? —Dos ráfagas de rojo tiñeron sus pálidas mejillas.

Magnus ladeó la cabeza, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¿Lo sabía?

Las manos del vicario se agitaron sin poder hacer nada, como dos hojas con manchas marrones arrastradas por vientos que no podía controlar.

—Bueno, sabía lo de la otra chica. La que tuvo a los gemelos. La chica vino a verme unos meses antes y me contó su versión de la historia.

Magnus apenas podía creer que lo estaba escuchando. El vicario, por fin, se dio cuenta de que Magnus no parecía un público particularmente receptivo.

—Ya sé lo que estás pensando, Magnus. ¿Crees que debería haberme puesto a la defensiva en su nombre, haber ido a la casa del señor Barclay y haberlo acusado (a nuestro magistrado local, el mayor terrateniente y el más generoso benefactor de San Botulfo) de abusar sexualmente de la hija de un granjero arrendatario y haberla dejado embarazada?

Magnus soltó un bufido de incredulidad.

—Pues sí, señor Heeley, eso es exactamente lo que creo que debería haber hecho.

Por suerte, la puerta se abrió y entró una criada con la bandeja del té, de lo contrario Magnus podría haberse encontrado una vez más sentado sobre el pecho de un hombre después de haberlo golpeado. Su furia lo asustó, no, lo aterrorizó. ¿Qué le pasaba? ¿Cuándo se había vuelto tan volátil?

Mientras se hacía esa pregunta, la respuesta llegó con ella, como las dos mitades de un rompecabezas: estaba enfadado porque no podía castigar a quienes realmente quería castigar, los hombres que habían usado a su esposa, empezando por el que la había profanado. Cuando pensaba en ese hombre misterioso, lo que había hecho con tanta frecuencia en el breve tiempo transcurrido desde que le había hablado de él, era el rostro de Barclay lo que se imaginaba. Oh, sabía que no era Barclay, pero solo por falta de oportunidad, no por falta de intención.

El vicario se entretuvo con las tazas de té.

—Dos de azúcar, ¿cierto?

Magnus tenía tanta intención de beberse el té del vicario como de comerse la silla en la que estaba sentado, y había perdido la paciencia con toda esa farsa.

—Si le dijera que he encontrado a Barclay a punto de violar a la hija de Felix, ¿sería eso motivo suficiente para impulsarle a actuar?

El vicario lo miró fijamente, con la boca abierta como un agujero negro.

—Debes controlar tus emociones, señor Stanwyck. Es muy indecoroso que un clérigo se comporte de esta manera.

Magnus casi se cae de la silla.

—Es indecoroso enfadarse porque una chica es violada por el mismo hombre que se supone que debe protegerla, el hombre que es dueño de la casa en la que vive, de las tierras que cultiva su padre, todo lo que tienen pertenece al terrateniente. Así que, por ese razonamiento, supongo que sus hijas también lo son.

El vicario se puso de pie de un salto. Era evidente que había olvidado el consejo que le había

dado hacía menos de un minuto porque temblaba de ira.

—¿Crees que soy insensible a la depravación del terrateniente? ¿Lo crees? ¿Crees que soy tan ignorante que no sé que no posee ni una pizca de moralidad?

—Entonces ¿por qué demonios no haces algo al respecto?

La sala resonó con sus palabras y el rostro del vicario se puso de un peligroso tono rojo.

—¡No permitiré que mi propio clérigo me hable de esta manera!

—Sirvo a la voluntad del conde de Longue, cuyo derecho es procurarnos nuestro trabajo. No soy su clérigo, pertenezco a la gente de esta parroquia y tengo el deber de protegerlos.

La puerta del estudio se abrió y la señora Heeley apareció en el umbral. Fue entonces cuando Magnus se dio cuenta de que debían haber estado gritando.

—Charles, ¿qué ocurre? ¿Por qué os estáis alzando la voz?

Por supuesto, el vicario tuvo que esforzarse para recomponerse.

—No es nada, querida. Simplemente nos emocionamos un poco al expresar nuestras opiniones.

Sonrió con incertidumbre y sus ojos se desplazaron del vicario a Magnus.

—Muy bien, entonces. Os dejo que sigáis.

La puerta se cerró detrás de ella.

—¿Conoce la señora Heeley las desagradables inclinaciones de sir Thomas?

Los ojos hundidos del vicario parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Has perdido el juicio? No es el tipo de cosas que le diría a mi esposa. Es una dama y hacerle partícipe de algo así sería salvaje y cruel.

Magnus lo miró fijamente, sorprendido. Eran las mismas palabras que le había dicho a Melissa y recordaba claramente su respuesta. *Era exactamente el tipo de cosas en las que toda mujer debería pensar.*

Se dio cuenta, como si le hubiera caído un rayo, de lo increíblemente ingenuo que había sido. Melissa había intentado decírselo todo el tiempo y él se había negado a verlo. No, era peor, no se había negado a verlo: no había logrado reconocer de qué estaba hablando.

—¿Quién más lo sabe?

La mandíbula de Heeley se movía de un lado a otro.

Cuando no respondió, Magnus se sintió como si un puño gigante le estuviera apretando el corazón.

—Otros miembros de la Iglesia lo saben. —No era una pregunta y el vicario no asintió ni respondió.

Magnus negó con la cabeza, con la mandíbula colgando por la incredulidad.

—Es bien sabido, ¿no? Lo que hace. Pero el dinero que dona ha comprado algo más que nuevas ventanas para San Botulfo.

La expresión de Heeley se suavizó y se inclinó hacia él.

—Eres un hombre joven, Magnus, y estás lleno de una indignación justificada, dispuesto a enfrentarte al mundo y enmendar los errores que encuentres. Eres...

—¿No es eso lo que se supone que debemos hacer? ¿Enmendar errores, vicario?

El vicario emitió un sonido de frustración.

—Estás eligiendo deliberadamente malinterpretarme. Trato de ayudarte, de ahorrarte una posible vergüenza si piensas pasar por encima de mí en este asunto y...

—Incluso si toda la familia Felix y yo escribimos declaraciones juradas y firmadas, ¿no hará nada al respecto?

El vicario abrió la boca, y permaneció abierta durante medio minuto antes de volver a cerrarla.

Magnus asintió.

—Me lo imaginaba.

—Señor Stanwyck, me está juzgando injustamente.

—Esto no es un campo de críquet, señor Heeley. No somos niños para andar usando palabras como justo e injusto. Ha dicho más de una vez que somos los pastores de nuestro rebaño. ¿Deberíamos darle la espalda y dejar que el lobo se sacie?

—¿Crees que no quiero impedirselo? —El cuerpo entero del vicario tembló—. Barclay es un hombre obscenamente rico, con la mitad de la aristocracia y la alta burguesía en deuda con él por los préstamos; algunas de esas personas son individuos extremadamente poderosos que determinan nuestro futuro, Magnus. Todos lo desprecian, pero no irán en su contra. Y Barclay me aplastará, señor Stanwyck. Como a un insecto. ¿Y qué haré yo, un hombre de sesenta y ocho años, cuando me eche del único hogar que he conocido? ¿Qué hará mi esposa? Usted proviene de una familia rica y poderosa y puede soportar el desagrado de la Iglesia y sé que posee una propiedad a la que acudir si se queda sin hogar en la iglesia. Yo no puedo permitirme ese lujo. Ahora le tocaba a Magnus mirarlo con la boca abierta, y el silencio se hizo pesado entre ellos antes de que girara sobre sus talones y se dirigiera hacia la puerta.

La voz del vicario lo detuvo:

—Señor Stanwyck.

Se dio la vuelta.

La expresión del vicario había pasado de indignada a aterrorizada, y luego a suplicante.

—Tendremos más éxito con este asunto si lo abordamos con calma y sutileza. Agitar las aguas nunca es favorable. No ganaremos nada enfrentándonos directamente al terrateniente.

Magnus se rio y el vicario se estremeció ante el sonido sin humor.

—Me temo que ya no hay tiempo para sutilezas, vicario. Golpeé al terrateniente Barclay hasta dejarlo ensangrentado esta noche, delante de media docena de testigos. Pero no se preocupe, no me quedará en San Botulfo. Lo más probable es que me pidan que renuncie para evitar lo que usted llama agitar las aguas. Y en mi carta de renuncia, tenga la seguridad de que mencionaré que el vicario de San Botulfo está al tanto de las actividades *desagradables* del escudero desde hace años. Voy a entregarlo al maldito arzobispo en persona. Y si está involucrado en esto, bueno, debería saber que su posición no es inexpugnable.

Magnus dejó la puerta abierta detrás de él, sin importar cuánto ansiaba cerrarla de un golpe.

Fuera, miró su reloj. Solo llevaba un cuarto de hora en el despacho del vicario, pero le habían parecido años. Creía que su mundo había cambiado drásticamente antes, con Barclay. Pero esto... Echó un vistazo a la casa del cura. Todas las ventanas brillaban con luz, todas ellas; Melissa todavía estaba despierta. No podía ir allí, no ahora. Le gritaría más de lo que le había gritado a Heeley y no quería repetir el error que había cometido en la Casa Blanca, cuando la había amenazado.

Se metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros para protegerse de la fría niebla que había empezado a caer y que era perfecta para enfriar su temperamento irascible. La luna estaba casi llena, aunque a veces se ocultaba tras las nubes bajas. Aun así, podía ver bastante bien.

Magnus necesitaba calmarse, porque estaba dándose cuenta, con una rapidez pasmosa, de que todos a su alrededor estaban perfectamente satisfechos de desempeñar un papel en esta farsa. El vicario actuaba como si nada malo estuviera sucediendo, John Felix hizo que su familia actuara como si nada hubiera pasado y el terrateniente actuaba como le daba la gana.

¿Y Magnus? Bueno, había actuado como un idiota. O peor aún, no había actuado como tal y realmente lo era. Después de todo, ¿qué podía esperar de una esposa a la que había tenido que amenazar para que se casara con él?

No creía que ella hubiera planeado encontrarse con el escudero el viernes porque quisiera. Pero sí creía que podría haber sopesado encontrarse con él si pensaba que eso lo protegería: al pobre e inocente tonto de Magnus, tan feliz bajo su mimada ala de ignorancia y privilegio. Sabía que podía entregarle su cuerpo a otro hombre sin que supusiera gran cosa para ella, pero eso no mejoraba la situación. En todo caso, la empeoraba. ¿No se valoraba a sí misma en absoluto? ¿No valoraba las cosas que hacían juntos? ¿O lo que hacían en la cama era solo un juego para ella?

Se pasó las manos por el pelo y gimió. Su cabeza mojada le hizo darse cuenta de que había estado tan ocupado indignado que había olvidado su sombrero en la vicaría. Debía irse a casa o acabaría empapado. Pero no podía.

Su mente dio paso al otro tema que lo había mantenido ocupado desde que dejó la granja de Felix. Le había preguntado directamente a John Felix si testificaría en caso de ofrecerle un arrendamiento de su tierra y el hombre le había respondido que no. Era simplemente... inconcebible.

Pero si lo pensaba bien, no lo era tanto. Felix tenía nueve hijos, dos nietos y una esposa a quienes alimentar y mantener, y la idea de mudarse a Lincolnshire era tan aterradora para esa gente como un traslado a Australia.

La casa donde vivían era pequeña y destartada y Barclay no hacía nada por mantenerla en buen estado. Y la tierra donde Felix se ganaba la vida a duras penas era fértil, pero no había suficiente. Tal vez el vicario tenía razón; tal vez la única manera de resolver este problema era encontrarle trabajo a cada jovencita de la zona en algún lugar lejos de aquí. Tal vez no era solo ingenuo, sino que luchaba contra molinos de viento.

Magnus deseaba desesperadamente hablar con su padre. Nunca había pensado mucho en la gestión de la enorme finca de Darlington, pero su padre poseía más de cincuenta mil acres y empleaba a cientos de personas solo en esa propiedad. Era un señor querido, o al menos las personas que trabajaban en la casa y cultivaban sus tierras parecían satisfechas. A decir verdad, Magnus nunca había visto a familias tan desesperadas como los Felix. Pero ¿se había parado a ver bien? No había vivido en la casa, excepto en los veranos y las vacaciones, desde que tenía nueve años. Y lo último que hacía cuando visitaba a sus padres era inspeccionar a sus granjeros arrendatarios. ¿Tal vez había pobreza en todas partes?

Pensó en Cecil y su amor por las actividades al aire libre; ¿se extendía eso a cuidar de las personas que algún día serían de su propiedad? ¿O simplemente se ocupaba de sus propios placeres?

Dios mío. Cada puerta que abría conducía a otra. Había estado viviendo en su pequeña burbuja y llevaba así mucho tiempo.

Magnus miró a través de la neblinosa luz de la luna y vio que sus pies lo llevaban hacia la cabaña de la señora Tisdale. La pequeña casa se encontraba no muy lejos, y parecía excepcionalmente triste y solitaria. Entornó los ojos; para ser honesto, parecía casi... abandonada.

Magnus pudo ver incluso antes de llegar a los escalones de la entrada que las ventanas estaban desprovistas de cortinas, y cuando miró dentro, descubrió que el salón estaba completamente vacío. Todo, salvo la mampara de la chimenea, había desaparecido. Caminó alrededor de la casa como un estúpido. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Que solo habían desmantelado el salón?

Probó suerte en la puerta trasera y descubrió que no estaba cerrada con llave, algo nada inusual en su pequeña comunidad, donde los robos eran poco comunes.

Sus pies resonaban de manera inquietante mientras caminaba por la planta baja y luego subía las escaleras. Las habitaciones de arriba estaban igualmente vacías. Se paró en la habitación de la señora Tisdale y miró por la ventana hacia el silencio de la noche. ¿Qué había sucedido?

¿Adónde había ido Sarah? ¿Y por qué sentía que esto era otra cosa más que su esposa podría saber y haberle ocultado?

Bueno, solo había una manera de averiguar si Melissa estaba involucrada en este lío o no, y era hablar con ella.

Era hora de volver a casa y hablar con su esposa.

Capítulo veinte

Melissa sintió que Magnus se deslizaba a su lado. No se movió para mirar el reloj; no quería que él supiera que había permanecido despierta, sin poder dormir, preocupada.

Debía de estar exhausto porque su respiración pasó a ser profunda y regular casi de inmediato. A diferencia de lo que había sido costumbre las noches anteriores, no la tocó. De hecho, se quedó en el mismo borde de la pequeña cama que compartían. Mel sabía que algo iba muy mal. Una de las primeras cosas en las que él había insistido después de la noche en que ella había ido a verlo a Devon era que siempre compartieran cama.

«¿Por qué querría dormir en otro lugar que no fuese contigo, Melissa?»

En ese momento, ella sonrió, dándose cuenta de que nunca se le había ocurrido que Mel podría preferir la privacidad, al menos de vez en cuando. Pero la verdad era que se había acostumbrado a tener a otra persona en su cama, a tener a Magnus. Era un hombre que disfrutaba del contacto físico y que la tocaba a menudo, no solo para poseerla sexualmente, sino para abrazarla. Y ahora parecía que, de haber podido, se habría alejado aún más.

Debió de haberse quedado dormida, exhausta e inquieta, porque cuando se despertó, justo antes del amanecer, estaba sola. Envuelta en su bata y en zapatillas de casa, encontró a su marido en su escritorio, completamente vestido, pero no con lo que ella llamaba en broma su traje de vicario. Tragó saliva, mareada. Había llegado el momento que tanto temía, y mucho antes de lo que esperaba.

Él debió haberla oído porque levantó la vista. No se parecía a Magnus, al menos no al que ella conocía. Sus ojos celestes se habían vuelto gélidos y opacos, como una pared de hielo. Y su hermoso rostro parecía haber cambiado de la noche a la mañana; las líneas elegantes y suaves ahora eran duras y cinceladas: era casi como si se hubiera transformado de alguna manera.

Volvió a concentrarse en lo que fuera que había estado escribiendo.

—Renuncio a mi curato con efecto inmediato. He dispuesto que la silla de posta del Hurón Durmiente pase por aquí al mediodía. Eso debería darte tiempo de sobra para hacer las maletas y prepararte. Parece que la carreta no está disponible, así que todo lo que sea nuestro y de mayor tamaño tendrá que ser recogido más tarde.

La habitación quedó en silencio, salvo por el rasgueo de su pluma. La ira empezó a filtrarse junto con la conmoción. ¿Por qué se comportaba de esa manera? ¿No le había advertido ya que esto sucedería? Y ahora estaba actuando como si ella hubiera desatado un nuevo escándalo sin su conocimiento.

—¿Y esta es toda la explicación que voy a obtener, Magnus?

Había intuido lo furioso que estaba cuando no se puso de pie cuando ella entró en la habitación; Magnus era el hombre más cortés que había conocido. Sin embargo, permaneció sentado y siguió escribiendo.

—No sabía que necesitabas que te dijera algo. Supuse que lo sabrías todo de boca de Barclay cuando os encontrarais el viernes.

Melissa cerró los ojos. ¿Cómo? ¿Cómo había sucedido esto? Los abrió y vio a Magnus mirándola, con una ira al rojo vivo.

—Lo siento. Iba a...

—¿Sientes haberme ocultado cosas como estas? ¿O que te haya descubierto? —Su tono era como la punta cruel y dura de un látigo. Firmó el documento que había estado escribiendo, ¿su carta de renuncia? Y lijó el papel antes de volverse hacia ella—. Esperaba que algún día

apareciera alguien que te conociera de tu vida pasada. Pero nunca pensé que tendría que soportar la humillación adicional de que fuera él. Y tú lo sabes desde hace tiempo, ¿no?

Melissa no podía hacer más que mirarlo. Su ira era como un horno de fusión: se consumiría si se acercaba más, si lo confrontaba. Además, podía ver que él no tenía ningún interés en escucharla en ese momento.

—Mientras daba un paseo anoche, tratando de entender por qué me ocultaste algo así, entendí por qué te fuiste tan repentinamente en julio. Debiste haberlo visto, o él te vio a ti, en el festival de verano. —Se detuvo, sus cejas rubias se arquearon tan bruscamente como guadañas.

—Sí. Daisy lo vio y vino a verme. Fue entonces cuando decidimos irnos.

Él asintió, con las fosas nasales contraídas y blancas mientras doblaba la carta, con las manos temblorosas.

—Entonces, sabiendo que te ibas, aceptaste mi propuesta, me dijiste que me amabas y luego me follaste.

Melissa nunca lo había oído decir una palabra malsonante. Ni siquiera cuando estaba enfadado en la Casa Blanca había recurrido a levantar la voz ni a usar un lenguaje vulgar. Había oído esa palabra incontables veces en su vida, pero nunca antes le había parecido tan... dura.

—Magnus.

Levantó la cabeza bruscamente.

—¿Me dejarás hablar? ¿Me dejarás al menos intentar explicarme?

Se sentó de inmediato, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó un tobillo en la rodilla opuesta.

—Por favor, adelante.

Melissa se apoyó en el sillón, no estaba lista para sentarse.

—Lamento no haberte dicho que el terrateniente sabía quién era yo, pero el motivo por el que nunca lo mencioné es porque hasta hace poco pensé que tú lo sabías.

Una expresión desagradable se apoderó de su rostro.

—¿Y crees que no habría dicho nada si lo hubiera sabido? ¿Que habría regresado aquí, alegremente, si lo hubiera sabido?

Suspiró.

—No sé qué habrías hecho tú, pero la razón por la que creí lo que creí es que no se me ocurría en qué otro lugar habrías podido saber quién era yo. Sé que Sarah no te lo dijo.

—No, ella no dijo nada hasta que... —Se detuvo, la incertidumbre y la incomodidad se unieron a las otras emociones que parpadeaban en su rostro.

—No te preocupes por la participación de Sarah en esto. Ya sé lo que pasó. Debe haber sido la señora Tisdale quien te lo contó.

—Pensé que lo sabías —dijo, y la confusión se unió a las otras expresiones que nublaban su rostro.

—No hasta que me encontré con el terrateniente, hace varios días, mientras iba de camino a ver a Sarah. Fue entonces cuando me enteré de que él no había sido quien te había contado la verdad. Lo sé porque me amenazó con delatarme si no...

—Si no te acostabas con él.

Ella hizo una mueca. ¡Dios mío! ¿Qué le había dicho Barclay?

—No hice nada, Magnus. No iba a...

—Tenías que reunirte con él el viernes, hoy, en la cabaña de Sarah. Sí, sir Thomas me contó con bastante detalle lo que haríais los tres.

—Yo nunca habría hecho eso, Magnus. Debes saberlo.

—¿Y qué ibas a hacer?

Esa era la parte complicada. Bueno, la parte más complicada, y también la parte angustiosa. No podía decirle que había planeado desaparecer el viernes, tanto del alcance de sir Thomas como de la vida de Magnus. Se debatía entre la gratitud de no tener que dejarlo todavía y el miedo de si alguna vez sería capaz de hacer lo correcto.

—No lo sé muy bien —dijo, sin decir la verdad—. Estaba pensándolo.

—¿Y eso que estabas pensando incluía que Sarah abandonara la casa de la señora Tisdale?

Ella parpadeó.

—¿Los has visto?

—¿Los? ¿A quiénes debería haber visto?

Bueno, eso respondió a su pregunta. Al menos, en ese aspecto podía decirle la verdad.

—Daisy y Joe vinieron a ayudarla con la mudanza. Estuvieron allí ayer, pero querían irse antes de que terminara el día. Parece que lo han cumplido.

—¿Qué ocurre, Melissa?

Ella se deslizó en la silla con un suspiro.

—Le he comprado la casa y el terreno a Sarah.

—¿Que has hecho qué?

—Barclay sabía quién era Sarah y él... —Se mordió el labio. ¿Por qué siempre le parecía tan difícil contarle cosas desagradables a su marido? ¿Cosas que no le habría importado contarle a Joss, Hugo o Daisy?

—Me imagino lo que haría si tuviera poder sobre ella —dijo Magnus, interrumpiendo sus pensamientos—. Continúa.

—Él iba a comprar el terreno por una fracción de su valor y Sarah iba a aceptarlo, solo para alejarse de él. Ella, Daisy y Joe tienen la idea de abrir una posada y una casa de postas y van a juntar su dinero. Así que les ofrecí el precio completo por la propiedad.

Ahora era su turno de parpadear.

—¿Tienes suficiente dinero para semejante compra?

—Me hicieron una oferta por los edificios de Londres. No vendí el negocio —añadió antes de que él pudiera preguntar—. Solo los edificios. —Cuando él no dijo nada, ella lo miró, inquieta—. Me dijiste que podía hacer lo que quisiera con las ganancias de esa venta. Y así lo hice.

—Es todo un detalle el que has tenido con tus amigos.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo mínimo que les debo a Daisy y a Sarah: una oportunidad de empezar de cero. De esa manera tendrán lo suficiente para comprar una posada decente.

—Y la Casa Blanca... ¿quién la compró? ¿Entienden que ya no puede funcionar? Te dije que quería que la cerraran... no quiero que exista ninguna conexión entre ese lugar y tú. —Sus ojos, que habían empezado a aclararse apenas un minuto antes, estaban ahora de nuevo nublados por una furia incipiente.

—No sé quién la compró. —Esa era, hasta cierto punto, la verdad—. Pero sé que no habrá ningún negocio llamado la Casa Blanca. —Eso también era cierto.

Sus mandíbulas se movieron mientras la miraba fijamente.

—Parece que lo tienes todo bien atado.

Melissa esperaba que siempre pensara así. Por desgracia, sospechaba que un día se enteraría de que había dejado un gran vacío legal en el trato que hizo con Hugo, Laura y sus otros inversores desconocidos. Tuvieron que cerrar la Casa Blanca, pero podrían abrir el negocio con un nuevo nombre. Si bien se sentía culpable por mentir, también sentía rabia hacia Magnus. ¿Quién era él para decir lo que otras personas podían hacer para ganarse el pan? Y Mel había regateado mucho

por el precio del edificio, así que había sido precisamente una ganga. Ellos habían pagado por él, era suyo, deberían poder hacer lo que quisieran.

—¿Y cuáles son tus planes para la propiedad que has adquirido aquí? —preguntó, retomando la conversación.

—Mi objetivo inmediato era simplemente evitar que Barclay siguiera explotando a Sarah. Pero había pensado que...

—¿Sí?

—Bueno, quizá sería bueno conservar la cabaña para una o varias mujeres que pudieran necesitar un lugar tranquilo, como lo necesitaba la señora Tisdale.

Él asintió con la cabeza lentamente, sin apartar la mirada de ella.

—¿Y qué hay de Barclay? ¿Cuál era tu plan para él? Sobre todo, porque ahora te irías a una casa vacía sin ni siquiera otra mujer que te ayudara si la necesitaras.

Respiró profundamente y se preparó para contarle más mentiras.

—La verdad, con toda honestidad, es que todavía no tenía nada planeado. Supongo que lo habría dejado ir allí y se habría enfadado. Y luego habría ido a ver al vicario, que es con lo que amenazó. Me gustaría pensar que para entonces me habría dado tiempo a decírtelo, para que no te llevaras una sorpresa desagradable, pero admito que no tenía prisa por destruir nuestra vida aquí.

—No eres tú quien ha destruido nuestra vida, Melissa. Si nuestra vida ha sido destruida ha sido probablemente por sir Thomas o el vicario. De hecho, también habrán destruido Iglesia y a la buena gente de Nueva Bickford.

Melissa quiso llorar por la amargura que percibió en su voz; era la primera vez que sonaba tan resignado, tan... hastiado. Como ella. Se inclinó hacia delante y captó su atención.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó ayer? Por favor.

Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

—Tenemos que prepararnos. Todavía tengo algunas cosas que hacer. Te lo contaré en el carruaje, de camino a Londres.

Ella se sentó de la sorpresa.

—¿Vamos a Londres?

—Por el momento, me gustaría que nos asentáramos en mi propiedad en Lincolnshire, pero todavía está arrendada. Tendré que ver si puedo compensar al inquilino para que se vaya antes. Si no, se trata de un contrato de alquiler anual que se renueva cada enero.

—Pero... ¿Londres? Magnus, ¿estás seguro? Si alguna vez existe la posibilidad de que alguien me reconozca, sin duda será allí.

—Esa es precisamente la cuestión, Melissa.

—¿Qué?

—Mis padres pronto estarán en la ciudad, si es que no están ya allí, porque han venido a ocuparse de los asuntos de la boda. Es hora de que los conozcas y de que sepan cómo están las cosas, especialmente ahora que un hombre como Barclay anda suelto con semejante información. No voy a correr y esconderme por miedo a que me descubran. La verdad ya se ha descubierto, o se descubrirá pronto. Me gustaría preparar a mis padres en lugar de que se enteren de tu identidad en una cena.

Él vaciló, con los ojos buscando algo en su rostro.

—Tengo intención de que vivamos en Briar House. Nunca me ha gustado la sociedad, ni siquiera cuando mi madre me convenció de que viviera en Londres durante una temporada. No me interesa la existencia insulsa de la vida en la ciudad. Sospecho que tú tampoco tienes muchas

ganas de socializar en Londres. Así que nos mantendremos en secreto después de la boda de mi hermano.

Cuanto más hablaba, más se le calentaba el rostro a Mel. Esto. Esto era lo que sabía que sucedería: horror, rechazo, juicio y, con el tiempo, aunque él tal vez no lo entendiera todavía, aislamiento, ya que incluso aquellas personas que él creía que lo amaban lo mantendrían a distancia, y eso sí no decidían atacarle directamente.

—Pero...

—Por favor, Melissa, no insistas. Estamos casados y las mentiras deben terminar. De todos modos, se lo íbamos a decir cuando fuéramos a la boda. ¿Qué más da una semana más o menos? Ella no le confesó que no planeaba estar en Londres para ese entonces.

—Decirle la verdad a mi familia es el primer paso de nuestra nueva vida juntos. ¿Vendrás?

Ella encontró su mirada cansada y apagada y dijo:

—Sí, iré.

Él asintió y su expresión se iluminó un poco.

—La situación parece pésima ahora, pero tengo fe en ti, en nosotros y en nuestras posibilidades de tener una vida juntos.

Melissa miró el rostro de su amado, sabiendo que él estaba desesperado por obtener una respuesta de ella. Así que dijo:

—Yo también tengo fe, Magnus.

Al fin y al cabo ¿qué suponía una mentira más?

El viaje a Londres había sido en su mayor parte silencioso, pero no tan hostil como el último viaje en carruaje. Melissa sabía que eso se debía a que su marido no era tan inmaduro ni rencoroso como ella. La ira de Magnus ardió al rojo vivo, pero solo por un momento.

Cuando terminó de contarle toda la sórdida historia de su interacción con Barclay, los Felix y el vicario, ya no parecía enojado con ella, simplemente exhausto.

Ella no hizo ningún comentario cuando él terminó de hablar. ¿Qué podía decir? Así que se quedaron en silencio durante el resto del viaje, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

Sabía que Magnus pensaba que haber golpeado al terrateniente y haber discutido con el vicario significaba el fin de su carrera, pero Melissa sospechaba que el dinero y el poder que funcionaban tan bien para proteger a sir Thomas también podían emplearse para hacer que Magnus volviera a la Iglesia. Podría ganarse la vida en las Hébridas Exteriores durante unos años, pero formaba parte de la clase dirigente y ellos se ocupaban de los suyos.

Fue terriblemente desafortunado que lord y lady Darlington ya estuvieran en la ciudad para saludarlos cuando llegaron a las siete y diez de esa noche.

Había esperado al menos un día para acomodarse y orientarse, pero estaban quitándose las capas y los sombreros cuando los padres de Magnus bajaron las amplias escaleras de mármol hacia el majestuoso vestíbulo.

—¡Querido! —dijo Lady Darlington, corriendo hacia su hijo con una prisa indigna que a Mel le pareció entrañable.

Mientras madre e hijo se abrazaban para saludarse, lord Darlington le sonrió a Melissa con expresión cautelosa, pero no hostil.

—Y tú debes ser la misteriosa novia de mi hijo. —Tomó la mano de Melissa y se inclinó sobre ella—. Bienvenida a Darlington House.

Magnus se acercó a Melissa, con la mano de su madre en la suya.

—Disculpa mis malos modales, querida. Madre, esta es mi esposa, Melissa. Melissa, mi madre,

lady Darlington.

La marquesa dudó un momento antes de envolver a Melissa en un abrazo con un suave aroma a lavanda.

—Bienvenida, querida, bienvenida. —La apartó del brazo y la observó; su expresión era mucho más difícil de interpretar que la de su marido—. Has traído a casa a una esposa hermosa, hijo.

Magnus le sonrió radiante, con las manos entrelazadas tras la espalda, balanceándose sobre sus talones como un niño complacido.

—Ven —dijo el marqués, con una mano en la cintura de su esposa y con la otra señalando las escaleras—. Te mostraremos tus aposentos. Tal vez, cuando hayas tenido la oportunidad de refrescarte, te unas a nosotros para tomar el té.

—Eso suena encantador —dijo Mel, sintiéndose cansada, desorientada y casi como si estuviera soñando mientras seguía a sus falsos suegros por las escaleras.

—¿Ha venido Cecil en vuestro carruaje? —preguntó Magnus. Melissa podía oír la esperanza en su voz.

—No, llegará aquí la víspera de la boda —dijo su madre, suspirando antes de mirar a Melissa con expresión maternal—. Es bastante difícil sacar a nuestro hijo mayor de nuestra casa de campo —explicó.

Magnus se rio.

—Cecil debería haber nacido caballo y así nunca tendría que abandonar el establo.

Su madre le dio una palmada juguetona.

—Calla.

—Debo decirle que Mel y yo ya hemos estado aquí, padre. Vinimos a pasar unas noches después de nuestra boda.

—Ah —dijo el marqués en un tono evasivo, haciendo un gesto a Melissa para que lo siguiera una vez que llegaran al rellano.

—Esta es tu casa, querido. Podéis venir y quedaros cuanto deseéis, ya lo sabéis —dijo la marquesa, abriendo el camino, con el precioso vestido de georgette ondeando detrás de ella como un espectro malva—. Estoy tan feliz de que nos hubiéramos comprometido a cenar fuera esta noche con lord y lady Phelan. Son nuestros queridos amigos, así que no se ofendieron cuando les dije que nos íbamos a excusar para pasar la velada con nuestro hijo, el clérigo.

—Oh, madre, no tenía por qué...

—Sí, hijo, era lo correcto. —El marqués se detuvo, con expresión seria mientras observaba a su hijo menor antes de abrir la puerta frente a su esposa.

—Te he asignado la suite de invitados más grande, lady Magnus. Espero que fuera la misma que mi hijo te asignó en vuestra última estadía.

Escuchar el título solo aumentó la sensación de irrealidad. Antes de que pudiera responder, Magnus habló.

—Por favor, madre. Su nombre es Melissa.

Por un instante, los elegantes rasgos serenos de la otra mujer parpadearon, pero se recuperó tan rápido que Melissa no creyó haber visto lo que creía haber visto.

—Entonces espero que me llame Elizabeth.

—Y a mí puedes llamarme David —dijo el marqués, dedicándole a Melissa una sonrisa que parecía un poco forzada.

Todos se rieron, aunque no era gracioso, y se quedaron mirándose unos a otros con cierta torpeza.

Magnus tomó la iniciativa y se inclinó para besar la mejilla de su madre.

—¿Podríamos tomarnos media hora y encontrarnos después abajo?

—Claro —dijo la marquesa—, perfecto. La cena no es hasta las nueve, pero intuimos que estaríais hambrientos, así que tenemos algo de picoteo. Estaremos en el Salón Rosa, es mucho más acogedor que cualquier otra habitación en esta época del año.

Una vez que se fueron, Melissa se volvió hacia el hombre que pensaba que era su marido.

Magnus la sujetó por los hombros por un momento antes de abrazarla con fuerza. No la había tocado desde el día anterior y notar su cuerpo contra el de ella casi la hace confesárselo todo. Estaba a punto de caer de rodillas y decirle toda la verdad y rogarle perdón, jurándole que se casaría con él de verdad esta vez y aceptaría su futuro de buena gana, con seriedad. Antes de que pudiera hablar, él se le adelantó, y sus palabras la devolvieron a la realidad de su situación.

—Lo siento por todo, viejita. Sé que parecen terriblemente conservadores, pero superarán tu pasado y te amarán tanto como yo. Te lo prometo.

Melissa se rio, y no era una risa exenta de histeria. ¿De verdad podía ser tan ingenuo? Pero no le preguntó eso. En cambio, dijo, con fingida severidad:

—¿Qué te dije sobre llamarme así, Magnus?

Le hizo esa pregunta porque sabía que él la estaba esperando, y porque era más fácil bromear que hablar sobre lo equivocado que estaba sobre lo que sus padres, su familia, la alta sociedad o cualquier persona pensarían una vez que descubrieran su pasado.

—Lo siento, querida, puedes castigarme después —prometió.

—Sabes que lo haré.

Se rieron suavemente juntos. Nunca había tenido menos ganas de bromear en toda su vida, pero sintió que parte de la tensión del cuerpo de su marido se aliviaba, así que valió la pena el esfuerzo.

Cuando la puso a su alcance, se inclinó y la besó en la frente.

—Todo irá bien, Melissa. Lo sé.

Por suerte, el deseo de arrojarle a sus pies había desaparecido. En cambio, ahora su atención se centraba en la gravedad y urgencia de su situación. Necesitaba tiempo, al menos un día, para hacer planes. No podía quedarse en Londres. Sabía que Magnus haría todo lo posible para encontrarla. No, tendría que irse cuando finalmente supiera la verdad.

—Querida —la llamó, con una pizca de preocupación entre sus hermosos ojos azules—. ¿No te sientes bien? ¿Te gustaría irte a la cama y tal vez tener esta conversación por la mañana, cuando estés...?

Melissa hizo lo que siempre hacía cuando quería manipular a un hombre.

—Quítate los pantalones, Magnus.

Abrió mucho los ojos.

—¿Ahora? —preguntó mientras en su cabeza se desarrollaba una lucha visible: decoro versus deseo.

Ella abrió los cierres y comenzó a desabotonarlo.

—Pero ¿y el té? ¿Y mis padres?

—No tardaremos mucho, a menos que dudes.

Él la miró fijamente y ella casi pudo ver cómo su resolución se desvanecía.

Melissa se arrodilló y y le bajó los pantalones.

—Estoy cansada de hablar, Magnus. ¿Tú no? —Posó la boca sobre la muselina de sus calzoncillos, succionándolo con fuerza a través de la tela y haciéndolo estremecerse y gemir antes de tirar de la cinta y bajárselos de un tirón—. Quiero que me hagas tuya. Con fuerza.

Se metió el miembro en la boca hasta el fondo, y luego más profundamente aún, abriéndose a él

hasta que la dureza caliente de su polla golpeó la parte posterior de su garganta. Él emitió un gruñido gutural de placer y luego le enredó los dedos en el cabello. Y ya no hablaron más.

Magnus le debía a su esposa la disculpa más grande y sentida de su vida.

—¿Qué has hecho? —repitió su madre por tercera vez.

Su padre, por su parte, no había dicho ni una palabra. Tampoco había dejado de mirar a Melissa como si fuera un insecto venenoso que de alguna manera se hubiera colado en su sala de estar.

A su lado, Melissa estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo y los ojos fijos en las llamas que danzaban y crepitaban en el hogar.

Él extendió la mano para tomar una de las suyas, y ella se lo permitió. Estaba flácida y fría, en contraste con sus propias manos, que estaban calientes y sudorosas, al igual que todo su cuerpo mientras la gravedad de la situación se desplomaba sobre él.

—Tendrás que abandonar la Iglesia. —La expresión de su padre ya no era de horror. En cambio, parecía distante, tal como se veía cuando trataba con un comerciante o un sirviente. No era una expresión que su padre le hubiera dirigido nunca a Magnus, y era como si le clavaran un cristal en el estómago.

Él asintió. No podía contarles el desastre de Nueva Bickford. Ahora no.

—¿Qué vas a hacer?

—Viviremos en Briar House.

El marqués asintió, con la mirada distante, como si su atención estuviera en otro lugar, en cualquier otro lugar.

—Pero no estarás pensando en quedarte a vivir aquí —preguntó su madre con una voz llena de horror—. ¿No deberías ir al continente?

Magnus se irritó por su tono.

—Sí, de hecho, tenemos pensado vivir aquí.

—Pero...

—Elizabeth.

Magnus nunca había oído a su padre hablarle a su madre con ese tono de voz. De hecho, no recordaba que su padre hubiera usado nunca un tono tan frío y autoritario.

Pareció enviar una onda expansiva a través del esbelto cuerpo de su madre, como un rayo, y cuando terminó, su madre tenía la misma expresión que su padre: fría, distante, como si otra persona distinta a su amada madre habitara su cuerpo.

Antes de que pudiera protestar, la puerta se abrió y llegó el té.

—Gracias, Dawks —dijo su madre con una voz tan normal que Magnus no pudo evitar mirarla—. ¿Te importaría servirlo... eh... Melissa? —preguntó, el ligero rubor en sus mejillas era la única señal de lo que le costaba pronunciar la palabra.

—Por supuesto —dijo Melissa, con una expresión tan fría como la de sus padres. Magnus se sintió como si estuviera en un sueño.

El sentimiento se intensificó después de que Dawks y la criada abandonaran la estancia y su madre siguiera charlando sobre chismes intrascendentes mientras su esposa preparaba el té.

Su padre se mostró reacio cuando ella le preguntó qué prefería, se acercó al aparador y se sirvió medio vaso de whisky, que se bebió de pie, y luego se sirvió otro.

Nadie bebió té ni consumió ninguno de los manjares que había en la bandeja. Su madre siguió llenando el silencio, aunque empezaba a sonar un poco agobiada.

Se puso de pie de un salto cuando alguien llamó suavemente a la puerta y estaba a medio camino

de la habitación cuando se abrió.

—¿Sí, Dawks? ¿Qué ocurre? —preguntó en un tono agudo y entrecortado.

Antes de que el mayordomo pudiera responder, un hombre apareció detrás de él.

—Hola, Lizzy, David. —Sus ojos se posaron en Magnus y su rostro se iluminó con una sonrisa —. Magnus, no sabía que estabas en la ciudad.

—¡Oh, John! —gritó su madre antes de que Magnus pudiera responder. Todos observaron conmocionados cómo la marquesa de Darlington volaba por la habitación y se arrojaba a los brazos de su tío John y comenzaba a sollozar.

Magnus cerró los ojos brevemente y se giró hacia Melissa, que estaba mirándose fijamente las manos, entrelazadas en su regazo, los nudillos tan blancos que parecían nieve.

—¿Melissa?

Ella no respondió ni levantó la mirada.

—Mel, ¿qué...?

—Tendrás que disculpar a lady Darlington —la fría voz de su padre interrumpió el llanto de su madre—. Hace tiempo que no ve a su hermano.

Mel levantó la cabeza de golpe.

—¿Hermano? —La palabra fue apenas un susurro.

El marqués asintió con la cabeza, sus ojos del color del hielo picado.

—Sí, su hermano mayor, el conde de Vanstone.

Capítulo veintiuno

Melissa negó con la cabeza al ver al lacayo que se encontraba a su lado con otra botella de vino. Vio que ella era la única que lo rechazaba. De hecho, el vino fluía con bastante libertad esa noche. Ella era la única que se abstenía. Todo lo que podía hacer era llevarse un bocado a la boca y tragarlo sin vomitar.

Por suerte, nadie le prestaba demasiada atención. Incluso Magnus solo le había preguntado una vez si algo iba mal antes de dejarla sola. Él, como los otros tres, estaba demasiado ocupado comportándose como si todo fuera normal.

Después de que la marquesa le dijera a su hermano que estaba sensible por la inminente boda, todos se sentaron alrededor de la bandeja de té y hablaron de los últimos chismes de la ciudad. Si tal actividad les pareció algo irónico a la familia de Magnus, eran demasiado educados para mostrarlo.

Por su parte, Melissa no había podido apartar la mirada del rostro de lord Vanstone el tiempo suficiente para saber lo que estaban pensando sus otros tres compañeros de cena, aunque, en cierto modo, podía adivinarlo dados los tensos silencios que se producían cada pocos minutos.

Lord Vanstone, después de su momento inicial de atónita sorpresa, se comportó con toda la tranquilidad de un hombre seguro de su lugar en el mundo: en esta mesa, en esta casa, con esta gente.

Era el tío de su marido.

Ese pensamiento era lo que principalmente daba vueltas en su cerebro, una y otra vez, como un cuervo que acecha a la carroña.

Si había habido aunque fuera una pizca de duda sobre su decisión de dejar a Magnus, ahora había desaparecido, erradicada por el mismo hombre que la había puesto en ese camino en la vida para empezar.

Melissa disfrutaba morbosamente observando a John Mixon, el conde de Vanstone, interactuando en un entorno distinto del que habían compartido durante más de tres años. Al mirarlo desde esa perspectiva, tuvo que admitir que era un hombre atractivo: su cabello oscuro se había vuelto plateado en las sienes en los casi trece años transcurridos desde la última vez que lo había visto. Había más arrugas en su rostro afilado y atractivo y alrededor de sus ojos de un gris pálido.

—¿No es cierto, Melissa? ¿Melissa?

Apartó la mirada del objeto de su fascinación, que se había girado para mirarla a los ojos por segunda vez en las últimas horas, con sus finos labios flexionados en una sonrisa, pero sus ojos grises como dagas.

Todos se giraron para mirarla, lo que le hizo darse cuenta de que su marido le había hecho una pregunta.

Se giró y encontró la mirada preocupada de Magnus fija en ella.

—Te pido perdón, Magnus. Me temo que mi mente estaba divagando.

Melissa habría jurado que toda la mesa dio un suspiro colectivo de alivio ante sus palabras. Magnus, sus padres y su tío hablaron todos a la vez, y cada uno de ellos declamó que no se habían dado cuenta de lo tarde que era, de lo cansada que debía estar Melissa y de lo bestias que habían sido para mantenerla despierta. La cena terminó con tanta prisa que los hombres ni siquiera se permitieron tomar una copa después de la cena. En cambio, su tío se excusó, alegando que había cabalgado casi todo el día.

—No tienes por qué acompañarme a la salida, Lizzy. —Besó la sien de su hermana, con la mirada fija en Melissa—. No tienes por qué andar con ceremonias con tu hermano mayor. —Sus labios se curvaron en una sonrisa petulante mientras abrazaba a Magnus, los dos hombres se dieron palmadas en la espalda e insistieron en que pronto cabalgarían juntos.

Tomó la mano de Melissa con un apretón tan leve que casi no la notaba y se inclinó sobre ella.

—Ha sido un placer, eh... Melissa.

Para no quedarse atrás, buscó en lo más profundo de sí misma y encontró algo debajo de la ira y el miedo: su orgullo maltrecho, el que este hombre había hecho todo lo posible para erradicar.

—El placer es todo mío... —dudó y se obligó a sonreír—. ¿Debería llamarte tío John?

El silencio era tan agudo que con él se podría haber cortado un diamante.

Magnus fue el primero en romper el silencio. Se rio y le dedicó una sonrisa sincera, claramente complacido de que ella se hubiera encariñado con su tío, por quien era tan evidente que sentía un gran cariño.

—Deberías, querida. El tío John siempre ha sido el favorito de esta casa. —Le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí, aparentemente sin importarle que esa acción pudiera provocar que sus padres se horrorizaran: su hijo perfecto, abrazando a una prostituta.

Una vez que Vanstone se fue, lord y lady Darlington se apresuraron a retirarse a sus aposentos, sin duda para discutir el terrible giro de los acontecimientos hasta el amanecer.

Mel pudo ver que Magnus planeaba hacer lo mismo cuando abrió la puerta de su habitación.

En el momento en que cerró la puerta, ella se volvió hacia él.

—Lo siento muchísimo, pero tengo un dolor de cabeza terrible. Sé que quieres hablar...

—No, por supuesto que no, querida.

Como había bajado la guardia, le permitió que la tomara en sus brazos y la abrazara. ¿Por qué no? Podría ser la última vez.

—Lamento lo de esta noche, Melissa —murmuró, con los labios pegados en su cabeza—. Pero ahora que se lo hemos contado a mi madre y a mi padre, lo peor ya ha pasado.

Cerró los ojos y tuvo que morderse el labio para no reírse histéricamente. En cambio, asintió, le besó el cuello y luego se apartó.

—Espero que no te importe si duermo sola esta noche —dijo ella, muriendo un poco por dentro cuando vio el dolor rápidamente disimulado en sus ojos.

—Por supuesto que no. Lo entiendo. ¿Hay algo que pueda ofrecerte?

Ella negó con la cabeza y él dudó. Después de un largo y doloroso momento, asintió, aceptando su despedida, y caminó hacia la puerta que comunicaba los dos cuartos.

—Te veré por la mañana. Buenas noches.

Una vez que la puerta se cerró detrás de él, ella se dirigió directamente a su escritorio.

Mientras garabateaba la primera de una serie de cartas, no pensó en el día de mañana ni en todos los días grises que vendrían después, sino que se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar antes de que Magnus se fuera a dormir y ella pudiera llamar a un lacayo para que le pasara sus mensajes.

Magnus sabía que había sido un error acudir a Brooks, pero tenía ganas de pelea. Especialmente después de que Melissa lo hubiera echado de su cama esa noche.

Estaba furioso. No con ella, sino con sus padres. ¿Cómo podían comportarse así? Sabía que era un ingenuo en esos asuntos, pero no era como si los miembros de la aristocracia no se hubieran casado antes con mujeres con antecedentes escandalosos. Todo el mundo conocía a sir John Lade y a las hermanas Gunning antes que ellos. ¡Maldita sea!, las Gunning se habían casado con tres

malditos duques en total. Magnus no era el heredero; era un hijo que odiaba la sociedad y que nunca volvería a Londres mientras viviera.

Se movía impulsado por la furia y la violencia. Parecía que la violencia, una vez que la aceptabas, se volvía adictiva.

Así que esa era la verdadera razón por la que había ido a Brooks. Después de todo, podría haber dejado salir su ira, pero eso no era suficiente.

El local estaba medio lleno, pero reinaba un silencio sepulcral, y, al entrar, supo que algo no iba bien. Se acercó a una mesa, hizo un gesto con la mano a un camarero y pidió una bebida antes de coger un periódico y fingir que leía.

Debieron haber echado a suertes quién vendría a atenderlo. Tardaron un rato, tres cuartos de hora, según sus cálculos. No es de extrañar que fuera su cabecilla Royce, el bastardo de su última visita a Brooks, quien acudiera al final.

—¿Cómo te encuentras esta noche, Stanwyck? —Miró hacia atrás, casi teatralmente, a Magnus —. He oído que tienes una acompañante en casa de tus padres esta semana. —Los otros que lo acechaban se rieron entre dientes.

Magnus ya había bebido dos brandis más de lo que estaba acostumbrado a beber. Eso, más numerosas copas de vino durante la cena, habían acabado con el poco control que le quedaba.

Tiró el papel sin leer a un lado.

—Ah, ¿y quién te lo ha contado?

Se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son los sirvientes: hablan mucho.

Magnus sabía que el hombre decía la verdad. En su última visita solo había unos pocos sirvientes de confianza. Esta vez, las dependencias de servicio estaban abarrotadas de gente para la inminente boda.

Royce se inclinó hacia él cuando Magnus no respondió.

—¿Dónde está tu compañerita ahora? Me atrevo a decir que tuviste que echarla antes de que aparecieran tus señores padres. Deberías haberla traído aquí. —Se rio de una manera que hizo que Magnus se sintiera como si lo hubieran enterrado en brasas ardientes. Los hombres detrás de él formaban un coro feo que lo incitaba.

Magnusladeó la cabeza y se obligó a sonreír.

—¿Traes a tus compañeritas a un club de caballeros, Royce?

El rostro regordete y rojo del vizconde se ensombreció ante el sarcasmo y el tono de odio de Magnus.

—No sé por qué estás usando ese tono conmigo. Solo vine a felicitarte por haber conseguido a la escurridiza doncella de hielo. No hay necesidad de ponerse nervioso por eso. Apuesto a que no estás acostumbrado a este tipo de conversaciones, siendo un hombre de la Iglesia como eres. Pero será mejor que te acostumbres rápido porque tu nombre ya está mancillado.

Los músculos del rostro de Magnus no parecían estar bajo su control. Se puso de pie, con una altura de más de media cabeza que el hombre más pequeño, pero más pesado.

—¿La doncella de hielo? ¿A quién te refieres, gusano?

La expresión de Royce era realmente divertida: conmoción, enojo y un insulto grave eran solo algunas de las emociones que expresaba.

—¿Por qué demonios te enfurece tanto? ¿Y si te traes a tu pu...?

Después de eso, las cosas se complicaron. Volaron los puños y el siguiente recuerdo claro de Magnus fue cuando otros tres lo apartaron de Royce, afortunadamente antes de que su rostro se pareciera al de Barclay. Magnus se dio cuenta, un poco tarde, de que para ser un hombre que no

había incurrido en violencia física en toda su vida, ciertamente se había adaptado a ella como pez en el agua.

—¿Deseas una satisfacción? —le preguntó a Royce, horrorizado por lo mucho que deseaba que el hombre dijera que sí. Pero Royce no era corintio, ni tampoco conocía a Magnus lo suficiente como para saber que sus habilidades con la pistola y la espada eran ridículas.

—Déjame en paz —dijo Royce con el labio partido—. No me batiré en duelo con un hombre que obviamente es un idiota.

Antes de que pudiera discutir, alguien puso la palma de la mano sobre la espalda de Magnus y lo impulsó hacia la puerta.

—¡Dios mío, Magnus! ¿Qué demonios te pasa? —Era Taylor, el mismo amigo de su hermano al que había visto la última vez que había cometido el error de ir al club. ¿Acaso el hombre no tenía un maldito hogar?

Magnus lo ignoró, pero Taylor se puso a caminar a su lado.

—¿Dónde te estás alojando?

—Darlington House.

Caminaron en silencio durante unos momentos.

—Has debido venir a ver cómo le ponen los grilletes a Michael, pero todavía falta una semana para ello, ¿no?

—Sí —respondió descortésmente, deseando que Taylor lo dejara en paz.

—Mira, Magnus, para mí no es ninguna sorpresa, pero si te ven saliendo con una mujer como Melissa Griffin y decides ponerte hecho un obelisco cada vez que un hombre comenta al respecto, bueno...

—Es mi esposa.

Taylor se tambaleó a su lado.

—Uh, ¿cómo dices? Creo que no lo he entendido bien...

—Es. Mi. Esposa.

—¿Melissa Griffin? ¿La doncella de hie...?

Magnus se detuvo y empujó a Taylor contra un poste de luz. El sonido de su cuerpo hizo un ruido metálico sordo al chocar contra el hierro fundido.

—Ni una palabra más.

Taylor lo apartó y Magnus lo dejó, aunque el hombre pesaba dos kilos menos. Se metió las manos en los bolsillos del abrigo y reanudó su caminata. Al escuchar el sonido de las botas de Taylor detrás de él, hizo una mueca.

—Mira, no me malinterpretes, Magnus, pero ¿debo creer que tú, el hijo de uno de los nobles más respetados de Inglaterra, te has casado con una... una... bueno, una mujer que dirigió un burdel durante casi una década?

—Sí, Taylor. Es un buen resumen.

—¡Dios mío! ¿Lo sabe tu padre?

—¿Por qué? ¿Estás pensando que te gustaría decírselo?

—Dame un respiro, Magnus. ¿Por qué me tratas como si fuera tu maldito enemigo? Solo intento averiguar quién lo sabe.

Magnus no tenía intención de responder preguntas sobre su esposa.

Taylor trotó a su lado y no volvió a mirarlo hasta que pasaron Hay Hill.

—Mira —dijo finalmente, cuando quedó claro que Magnus iba a caminar hasta casa sin decir una palabra más—. No diré nada, ¿de acuerdo? Pero quizá quieras evitar salir. —Cuando Magnus no respondió, suspiró—. Puede que no lo sepas, a mi familia no le gusta hablar de ello,

pero mi segundo hermano mayor se escapó con una mujer casada. Eso fue en el 91 y, al parecer, todavía viven en algún lugar de Italia. De todos modos, sé cómo...

Magnus se detuvo y se dio la vuelta, y Taylor se apartó.

—No voy a escaparme con la mujer de otro hombre. Es mi esposa.

Taylor levantó ambas manos con las palmas hacia afuera.

—Sí, sí, hombre. Entiendo esa parte. Solo quería que supieras que puedes contar con mi discreción.

—No te he pedido discreción. Es mi esposa y no me avergüenzo de ello ni pienso mantenerlo en secreto. Cuéntaselo a quien quieras.

Taylor se quedó en silencio por el tono acalorado de Magnus. Pero no por mucho tiempo.

—Bueno, no se lo voy a decir a nadie.

Magnus gruñó y giró hacia Berkeley Square.

—Ya nos veremos cuando Michael llegue a la ciudad, ¿de acuerdo? Soy uno de sus padrinos de boda.

Magnus no se giró ni dijo nada cuando el hombre dejó de seguirlo. Estaba enojado y avergonzado por cómo había tratado a Taylor, quien solo quería ayudar. Pero no podía evitarlo. Sospechaba que toda la bebida que había tomado no era la única responsable de su mal humor.

Entró sin avisar, ya que no había ningún sirviente en el vestíbulo. Magnus supuso que el hombre estaba durmiendo en algún sitio y no podía culparlo. Al menos había dejado una vela en la mesa. Encontró a Peel, el joven lacayo que Dawks había asignado para cuidarlo, esperándolo en su habitación.

—No tienes que esperarme despierto, Peel. Supongo que debería haberte avisado antes de irme.

—Empezó a quitarse la ropa y Peel acudió al rescate para recogerle las prendas.

—Eh, está sangrando, mi señor —dijo mientras quitaba el alfiler de la corbata de Magnus, algo que debió haber puesto allí antes sin siquiera darse cuenta. Magnus ni siquiera sabía que tenía un alfiler.

—¿Hmm?

—Su labio, señor. Y su ojo... está un poco hinchado. Como si se lo hubiera golpeado con... alguien.

Magnus soltó una carcajada.

—Sí, creo que se dio de bruces con el puño de alguien.

—Ya veo, señor. Puedo ir a por un bistec.

Magnus parpadeó.

—¿Para qué diablos querría un bistec a estas horas de la noche?

—Es el remedio habitual para evitar que el ojo se ponga morado o se hinche.

—Oh —Magnus supuso que se enteraría de este tipo de información si continuaba peleándose por cualquier motivo. Se volvió hacia el sirviente, que aguardaba una respuesta—. Gracias por la oferta, Peel, pero suena repugnante. Solo dame mi bata y vete a la cama.

Peel se fue en unos instantes y Magnus vio que había una licorera sobre el escritorio de su sala de estar. La abrió y olió: brandi. Se sirvió un generoso vaso, aunque no la necesitaba, y se tumbó en la cama.

Debió haberse quedado dormido porque se despertó cuando algo frío se deslizó por su pecho. Se sentó de golpe y se dio cuenta de que el brandi se había derramado. Buscó a tientas el vaso para ponerlo en la mesilla de noche, pero cayó con un ruido sordo sobre la alfombra.

Olía mal y estaba todo empapado. Cuando intentó quitarse la bata, mojada por el brandi, solo logró tirar la mesita de noche, lo que produjo un ruido estrepitoso y desprendió media docena de

objetos que se deslizaron por el suelo.

—Maldita sea.

—¿Magnus?

Levantó la cabeza tan rápido que se sintió mareado.

—¿Melissa? —dijo, en una pregunta absurda. Ella estaba de pie en la puerta del probador, con el ceño fruncido mientras observaba la habitación y luego lo miró a la cara.

Se llevó la mano a la boca y abrió mucho los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a él antes de que pudiera responder, mirándolo fijamente.

Fue entonces cuando Magnus se dio cuenta de que todavía estaba repantingado mientras una dama —la suya— estaba en la habitación.

—Lo siento, Mel —dijo arrastrando las palabras y luego se mordió el labio. ¿Cuándo había sucedido eso? Se puso de pie de un salto y tiró de ambos extremos de la bata para ajustarla alrededor de su cuerpo desnudo y magullado. Pero el cordón de seda parecía haberse enredado.

—Oh, vaya por Dios —murmuró con un bufido irritado.

Su mano era fría y suave sobre su mandíbula y él se apartó bruscamente.

—Lo siento, ¿te he hecho daño? —Antes de que pudiera responder, ella olfateó el aire—. Has estado bebiendo.

Magnus gruñó.

—Y peleándote. —No era una pregunta—. Por mí. —Tampoco lo era, pero él la respondió de todos modos.

—Así es.

—¿Por qué?

Él soltó una risa desagradable.

—¿Tú qué crees? —Apartó la mirada de su expresión atónita y se centró en la bata, que había atado con un nudo tan apretado que tal vez nunca se desharía.

Se quitó la bata mojada de los hombros y dejó que se deslizara hasta el suelo. Cuando levantó la vista, fue para encontrar sus ojos sobre su cuerpo desnudo. Como era de esperar, se excitó al verla.

Él observó cómo se movía su garganta mientras tragaba, sus ojos recorriéndolo sin vergüenza ni pudor.

—Eres tan hermoso... —Había asombro en su voz, como si nunca lo hubiera visto antes. Pero lo había hecho, ¿no? Había visto a un montón de hombres. Se enfureció al pensarlo.

—Bueno, tú eres la experta.

La bofetada fue más una sorpresa que otra cosa, para ambos. Ella se miró la mano y luego la mejilla de él. Magnus enarcó las cejas y luego movió la mandíbula de un lado a otro, como para comprobar si todavía funcionaba. No había sido muy fuerte, pero parecía haber despejado la niebla de su cabeza. Y con ella, gran parte de su ira. También se sentía completamente sobrio.

—Lo siento —dijo, sin dejar de mirarse la mano—. Nunca he golpeado a otra persona.

—Parece que hoy a todos les ha dado por lo mismo —murmuró. Dio un paso hacia ella, pero no la tocó—. Me lo merecía. Soy yo quien debería disculparse. Lo siento. De corazón. —Su rostro se contrajo—. No quiero estar enfadado contigo, pero parece que no puedo evitarlo. Todavía no he encontrado una manera de manejar este tumulto de emociones. No es tu culpa, ni siquiera un poco. Aun así, probablemente deberías irte porque no puedo prometerte que no soltaré más odio por la boca. —Se dio la vuelta, pero ella lo agarró del brazo.

—No quiero irme, Magnus. Quiero hablar. Sé que tuviste una pelea con Barclay, pero no sé qué le dijiste. Quiero saberlo.

—¿Por qué no me dijiste que te había amenazado? ¿Por qué tiene que haber tantas mentiras entre nosotros? —Sentía la lengua espesa y áspera y le costaba pronunciar las palabras que quería decir. Deseaba desesperadamente no ser tan brusco, pero ya no podía hacer nada al respecto. Lo único que podía hacer ahora era no insultarla otra vez.

—Lamento no haberte dicho nada, pero debes saber que nunca habría ido a verlo, Magnus. Y nunca he tenido nada que ver con él antes, al menos no personalmente. Fue cliente de la Casa Blanca en un momento dado, pero le prohibieron la entrada de por vida después de lastimar a una de las mujeres. Esa es parte de la razón por la que me odia tanto: frustré su voluntad y él no es un hombre que perdona ni olvide.

—¿Y qué hay de lo que me dijo? ¿Estaba mintiendo?

—No sé exactamente qué te dijo, pero supongo que no estaba mintiendo. —Magnus cerró los ojos y se sentó en el borde de la cama, cubriéndose la cara con las manos. Sintió que el colchón se movía a su lado y luego el brazo de Mel lo rodeó; sintió el frío de la seda de su bata contra la piel desnuda de su espalda.

Él se sentó y la miró, y ella apartó el brazo.

—Pensé que aquella noche me lo habías contado todo, Melissa. Te lo pregunté y me dijiste que sí.

—Lo sé. Sé que lo hice. Pensé que te estaba protegiendo, Magnus.

—Pero no soy un niño, Melissa. Soy tu marido. Es mi trabajo protegerte a ti. —Se encogió ante su tono borracho y quejumbroso. Dios mío. ¿Por qué no podía callarse?

—No puedes protegerme de mi pasado, Magnus.

—Bueno, no parece que pueda protegerte del presente ni del futuro. Lamento muchísimo lo de mis padres. Me equivoqué por completo. Me equivoqué muchísimo. Y soy un tonto. Supongo que no puedo culparte por ocultarme cosas.

Apoyó la cabeza en su hombro y miró hacia otro lado.

—Quería contártelo todo...

La agarró y la giró para que lo mirara.

—Por favor —dijo, con toda la pena que sentía en esa sola palabra—. Por favor, confía en mí lo suficiente como para compartir tu pasado. —Ella dudó y él dijo: —Quiero que no haya secretos entre nosotros. Te amo y no quiero vivir de esta manera, enfadado y alejado de ti.

Ella sacudió la cabeza y su hermoso cabello castaño rojizo, que brillaba con un intenso color rojo en la penumbra, bailó alrededor de su rostro pálido y dolorido.

—¿Estás seguro? Porque una vez que lo hayas oído, no habrá vuelta atrás.

—Te amo, Melissa. Necesito saber la totalidad de lo que estoy afrontando.

Ella lo miró fijamente.

—Te arrepientes de haberte casado conmigo, ¿no es así?

Magnus abrió la boca para negarlo y luego recordó que acababa de pedirle la verdad, sin importar lo dolorosa que fuera.

—No te voy a mentir, Melissa, he tenido mis dudas desde el incidente con Barclay. No dudo de que te amo, pero me pregunto si alguna vez podremos ser honestos el uno con el otro. Si no podemos, nos acabaremos distanciando por todas esas personas que intentan abrir una brecha entre nosotros.

En lugar de parecer ofendida, como temía, habría jurado que parecía aliviada. Tal vez ella también quería que fueran sinceros el uno con el otro.

Él apretó su cuerpo contra el suyo y le levantó la barbilla con la mano libre. Sus hermosos ojos verdes brillaban y él se inclinó y besó la comisura de uno de ellos.

—Lo siento, mi amor, no pretendía hacerte llorar.

—No es tu culpa, Magnus, estoy llorando por mi propia estupidez. Y también por lo que tengo que decirte.

—¿Tan malo es?

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Es malo. Muy malo.

Magnus la miró a los ojos y sintió un escalofrío.

—¿Me llevarás a la cama, Magnus? Tal vez si nos hacemos primero el amor...

—No necesitas entregarme tu cuerpo para que te ame. Tampoco necesitas sobornarme con...

—Lo sé. Solo quiero estar cerca de ti antes de tener que decirte lo que tengo que decirte.

Se inclinó para besarla y su pene, que había comenzado a endurecerse con la palabra «cama», se puso rígido por completo. Oh, qué criaturas tan penosas eran los hombres. Y él era tan penoso como todos los demás. Más penoso aún, tal vez, porque había creído...

—¿Magnus?

Se dio cuenta de que se había estado autoflagelando mientras ella esperaba una respuesta.

—Te he extrañado —susurró contra sus suaves y perversos labios.

—No tanto como te he extrañado a ti.

Se rio entre dientes y sus manos se dirigieron a los cierres de su bata.

—No es una competencia, Melissa.

—Te haré mío de una manera diferente esta noche —susurró contra su garganta, lamiendo, mordiendo y chupando mientras sus manos empujaban torpemente su vestido, hasta que ambos estuvieron desnudos.

—Soy tuyo de todas formas —dijo, tomando uno de sus pechos y chupándolo hasta ponerlo duro al instante.

Melissa se apartó y él emitió un sonido de frustración. Ella se dio la vuelta y se arrastró sobre la cama a cuatro patas, colocándose en el medio antes de abrir las rodillas y mirar por encima del hombro, avanzando lentamente hasta que sus antebrazos descansaron sobre la cama y su trasero quedó inclinado hacia arriba en un ángulo que la dejó completamente expuesta.

Magnus la miró durante lo que pareció una eternidad, hasta que ella estuvo empapada y temblando por él.

Sus ojos azules estaban llenos de deseo, sus labios, entreabiertos, mientras miraba su sexo, el calor en su mirada la hizo apretarse e hincharse. Su boca se curvó en una sonrisa que era aún más atractiva por ser tan rara: una expresión hambrienta y lujuriosa teñida de posesión.

—Tal vez deberíamos tener desacuerdos más a menudo, solo para compensarnos mutuamente.

—Se rio entre dientes ante su expresión escandalizada—. Te estoy tomando el pelo, mi amor. — Su mandíbula se endureció mientras sus ojos se deslizaban del rostro de ella hacia su sexo—. Pero no te preocupes, pronto estaré dentro de ti.

Estaba a punto de rogarle que fuera hacia ella cuando su mirada se desvió y sus labios comenzaron a curvarse muy lentamente.

—Creo que me gustará esto; tan primario, terrenal... con esa pizca de dominación física que es, tal vez, indecorosa, pero también exquisitamente... carnal.

Melissa soltó una risa entrecortada ante su evidente entusiasmo y sus observaciones, muy propias de Magnus. Pero también necesitaba ponerse manos a la obra antes de que ella explotara. Cambió el peso de una rodilla a la otra, abriéndose más.

—Por favor, Magnus.

Sus ojos se entrecerraron hasta que su expresión era casi cruel, como si estuviera disfrutando atormentándola. Se acercó a ella sin prisa, sin ponerse de rodillas para montarla, sino apoyándose en los codos y acercando su rostro lo suficiente para que ella pudiera sentir su respiración rápida y caliente contra su piel sensible.

—Estás tan mojada y sonrosada... Podría mirarte durante horas. Tal vez lo haga.

—Por favor.

Pero él simplemente se rio, y las bocanadas de aire la hicieron estremecer.

—Me parece que me gusta oírte rogar, querida.

Ella gruñó.

—Calma, mi amor. Déjame recordarte que es tu deber como esposa obedecer a tu señor y amo en todas las cosas. Ahora sería un buen momento para comenzar.

¿Quién era ese hombre? Desde luego, no se parecía a su marido, decoroso y compasivo. ¿Cómo era posible que...?

—No te preocupes, mi amor —dijo, la risa en su voz era evidente a pesar de que la reprimió—. Ansío probarte demasiado como para hacerte sufrir. Al menos no esta vez.

Le separó los labios.

—Precioso —dijo él, con voz temblorosa, mucho menos divertida. Y entonces su lengua estaba allí, acunando su tenso clítoris con unos cuantos masajes antes de succionarlo con la boca.

—Dios, Magnus.

Él le abrió más los muslos y luego la atrajo hacia su boca abierta, lamiéndola con firmes movimientos desde la entrada hasta su rígido clítoris, manteniéndola abierta con los pulgares y hundiendo la lengua en ella.

Sus escalofríos se hicieron cada vez más intensos mientras él succionaba y penetraba rítmicamente. Usó sus dientes, lengua, barbilla e incluso su nariz contra ella, hasta que gimió descaradamente, frotándose contra él. Solo entonces introdujo dos dedos en ella, poniéndose de rodillas mientras lo hacía, elevándola con embestidas profundas y lentas.

—Te deseo tanto... —jadeó ella, mientras sus caderas se esforzaban por empujar más arriba y abrirse más.

Casi la hace llegar al orgasmo no una, sino tres veces, llevándola al borde y luego dejándola caer de nuevo; era un truco, una travesura, que había aprendido de ella. Su amante aprendía rápido en todos los sentidos.

Cuando él introdujo su largo y duro pene dentro de ella, estaba lista para explotar.

La sostuvo, presionando su pecho contra su espalda, envolviéndola con sus brazos y obligándola a soportar su peso mientras acariciaba su estómago y sus pechos con una mano y alcanzaba sus labios inferiores con la otra, golpeando y haciendo círculos en el dolorido punto de placer hasta que ella cedió a la sensación.

Él gimió mientras ella se flexionaba y se contraía a su alrededor.

—Me encanta estar dentro de ti mientras tienes un orgasmo —susurró, dejando su palpitante clítoris en paz mientras ella se estremecía con la liberación.

En lugar de eso, la acarició y le pellizcó los pezones hasta que se le pusieron dolorosamente duros (tal como ella le había enseñado a hacer) y luego se retiró hasta que solo quedó dentro la punta ensanchada de su miembro. A continuación, se hundió de nuevo mientras las últimas contracciones se apoderaban de su cuerpo.

Se quedó dentro, sin hacer ningún movimiento de cadera.

—¿Demasiado sensible? —murmuró, sus labios sonriendo contra su sien mientras flexionaba su erección dentro de ella, haciéndola bailar contra su interior tenso y sensible.

Ella soltó una risa débil.

—Eres un hombre cruel, Magnus.

—Mmm, hmmm —comenzó a mover las caderas—. Pero creo que te encanta.

Melissa se apretó a su alrededor.

—Creo que estás lista para más.

Ella apretó con tanta fuerza que provocó un silbido de sorpresa.

—Otra vez, Magnus. Por favor.

Sus palabras lo impulsaron como el azote de un látigo, le agarró las caderas con fuerza y la cabalgó, con fiereza.

—Sí —dijo ella con voz ronca, queriendo que él supiera que podía poseerla cuanto y como quisiera—. Te deseo a ti, entero.

Él se estremeció y la embistió con tanta fuerza que ambos quedaron boca abajo sobre la cama. La mantuvo atrapada debajo de su cuerpo, sus caderas, su pecho y sus músculos abdominales tensos como acero caliente una y otra vez mientras la llenaba con chorros de calor.

Capítulo veintidós

Se quedaron dormidos, y ninguno de los dos se despertó hasta que una luz gris se asomó por el hueco de las cortinas.

El brazo y la pierna de Magnus estaban sobre su cuerpo, su respiración era profunda y regular. Melissa no se movió; no tenía prisa por despertarlo. Una parte de ella pensó que podían levantarse, empacar sus cosas y subirse a un carruaje. Podrían ir a cualquier parte; Magnus era muy rico. Incluso si su propiedad estaba ocupada, podrían vivir en Brighton o Bath. O, si esos lugares estaban demasiado llenos de gente que podría reconocerla, podrían ir a algún lugar más lejano, tal vez Manchester, Leeds, Escocia, Land's End... O, Dios no lo quiera, incluso a las tierras salvajes de América.

—¿Estás despierta?

Bueno, basta de soñar.

—Sí.

Su brazo la apretó y la acercó más.

—¿Quieres quedarte en la cama? Tal vez por el resto de nuestras vidas.

—Debes estar leyéndome la mente.

—Dime, Melissa. —Su voz sonaba cansada y ella se dio cuenta de que quizá él no había pegado ojo en toda la noche, sino que se la había pasado entera pensando, como ella.

Inhaló profundamente y luego exhaló.

—Antes de contártelo todo, quiero que me prometas una cosa.

Ahora era su turno de respirar profundamente.

—Eso no es justo, Melissa.

—No, pero la vida tampoco lo es.

Resopló con suavidad.

—Está bien, ¿qué quieres que te prometa?

—Dame tu palabra de que no buscarás la identidad de ese hombre ni lo desafiarás si descubres su identidad ni lo incitarás a un duelo.

—Eso no... No estoy seguro de poder prometerte eso.

—Entonces no puedo contarte el resto de mi lamentable historia.

Casi podía oír sus dientes rechinando entre sí.

—Bien. No lo buscaré activamente. Pero si descubro sin querer... —gruñó—. Señor, dime, Melissa, cuéntame lo peor de todo para que hombres como Barclay nunca más puedan usar lo desconocido en nuestra contra.

—No esperarás que te cuente todas y cada una de las veces que he estado con un hombre.

—No me tomes el pelo, Melissa. Te estoy pidiendo que me cuentes el alcance de tus actividades con... John... —pronunció la palabra entre dientes—. En cuanto al resto... tu permanencia en la Casa Blanca... bueno, ya he oído hablar bastante de eso.

Sus palabras la enfermaron, pero no la sorprendieron.

—¿Dónde?

—En mi club. Bueno, en mi antiguo club. No seguiré siendo socio de ese club ni de ningún otro parecido. Antes de que empieces a preocuparte por eso, no es una molestia para mí. Siempre me ha parecido insulso y molesto. Ahora, simplemente, me resulta insulso y exasperante.

—Oh, Magnus.

—Oh, Melissa —bromeó. Su tono se volvió serio una vez más—. Es todo lo que puedo

prometerte: no buscarlo.

Supuso que no podría conseguir más. Además, se iría al día siguiente por la noche, ¿qué importaba?

—Vale.

Se apartó, como para sentarse.

—No, no te vayas. Quiero que me abracés. Tal vez si nos estamos tocando cuando te lo diga... — parecía una tonta.

Él se acomodó detrás de ella sin decir palabra, pero Mel podía sentir la ansiedad y la tensión en su cuerpo enroscado.

—¿Recuerdas que te dije que John cambió su manera de tratarme cuando me acerqué a mi decimoséptimo cumpleaños?

—Sí.

—Ahí fue donde me alejé de la verdad. Primero, en realidad había comenzado antes. El día que cumplí diecisiete años fue en realidad el día en que gané mi libertad. Pero antes de eso, durante algunos meses, él había venido a verme cada vez menos.

Su brazo se tensó y ella pudo notar que no era lo que esperaba.

—Ya era demasiado mayor para él. Le gustaba que sus amantes fueran más jóvenes. O al menos le gustaba que sus cuerpos parecieran más jóvenes. Yo, como habrás notado, tengo una figura femenina. Empecé a desarrollar curvas con bastante rapidez. Creo que me habría desechado entonces, antes de que cumpliera diecisiete años, si no hubiera invertido tanto dinero en... Bueno, en mi formación.

Se estremeció ante la palabra y luego dijo:

—Continúa.

—Los otros hombres de su pequeño grupo no compartían sus gustos. De hecho, cuanto más crecía, más lo presionaban estos hombres para que... me compartiera.

—¿Quiénes son estos hombres, Melissa? ¿Quiénes? ¿Puedes hablarme de ellos al menos?

—No puedo. No después de que hayas escuchado el resto.

—Oh, Dios. —Fue tan suave que casi no lo escuchó.

—Con frecuencia los hombres compartían a sus amantes. A John no le gustaba compartir, no por ningún apego que me tuviera, sino más bien porque le aterrorizaba contraer alguna enfermedad. Pero una noche se vio en una situación en la que negarse a compartirme habría sido visto como algo inusual e inaceptable. Otros habían traído a sus amantes y... —Se detuvo, ¿estaba siendo suficientemente honesta?

Ella estaba agonizando y a punto de hablar cuando él lo hizo.

—El resto, por favor.

—Él permitió que sucedieran cosas esa noche siempre y cuando se usara... protección.

Esta vez el silencio fue casi insoportable. Una vez más, fue Magnus quien habló.

—He oído hablar de esas cosas y, francamente, aplaudo su uso. —Su tono, más bien frío, se tornó irónico—. A diferencia de muchos otros, tanto dentro como fuera del clero, no creo que la disponibilidad de protección fomente el comportamiento sexual y detendrían la propagación de enfermedades. Continúa.

Cerró los ojos.

—Después de aquella primera vez empezó a asistir a esas fiestas cada vez con más frecuencia.

—Estás hablando de orgías. —Respiró profundamente y exhaló un suspiro tembloroso, su corazón latía con fuerza contra el de ella.

—Sí —dijo, y ahora que había empezado a confesarle algo, se dio cuenta de que no quería

detenerse—. ¿Recuerdas a la mujer de la que te hablé, Dorothy?

—Sí, la que les ayudó a hacerte esto.

No podía negarlo.

—Dorothy vino a verme tres meses antes de mi decimoséptimo cumpleaños. La duración original de mi contrato era hasta que cumpliera dieciocho, pero me dijo que podía escapar de mi contrato antes de tiempo y con todo el dinero que me habían prometido. El precio era que tendría que asistir a ciertas... fiestas. Esas eran las funciones a las que solo había asistido ocasionalmente en el pasado, siempre yéndome temprano, antes... —Se esforzó por encontrar las palabras.

—Melissa...

—No. Déjame terminar. Era un pequeño club de aristócratas de élite que a veces traían a su amante, a veces no. Jugaban a las cartas, bebían, lo que se les ofreciera. Había notado una creciente presión entre ellos. Sabía que compartían a sus amantes en esas reuniones (sí, tenían orgías), pero John nunca se había quedado para esas ocasiones. Dorothy me dijo que solo tendría que soportar tres meses para obtener un año de libertad. Puede que pienses mal de Dorothy, pero ella me advirtió sobre las noches que me esperaban, e incluso se atrevió a darme láudano para superarlas.

Su brazo estaba tan apretado que casi le cortaba la respiración.

—Dorothy tenía lágrimas en los ojos. —Mel aún recordaba sus palabras: *Lamento muchísimo haberme visto envuelta en esto. Una amante es una cosa, pero... ¿esto? Él está desesperado por dinero y desea saldar algunas deudas usándote a ti. Él ya... bueno, ya ha empezado con otra chica.*

—Por el amor de Dios, Melissa.

Ella apenas lo escuchó.

—Dorothy me dijo esa noche que había renegociado el acuerdo en mi nombre. Debería haberme enfadado, pero sabía que ella era mucho más astuta que yo.

He hecho lo único que podía hacer por ti, Melissa. He puesto por escrito en el acuerdo que te marcharías antes, voluntariamente, para que él no tuviera que hacerse cargo de los gastos de tu manutención. Le darás los meses que faltan hasta tu próximo cumpleaños a cambio de un año. Él te entregará la casa y todo lo que contenga si permite que ocurra algo sin protección. Lo siento, sé que no es nada, pero es lo mejor que he podido conseguirte.

—No fue nada —dijo Melissa, como si Magnus hubiera discutido—. No comprendí hasta más tarde que Dorothy probablemente me había salvado la vida (sin mencionar la de algunos de esos hombres) al insistir en ese requisito. Dada la forma en que vivían, era probable que más de uno de ellos tuviera alguna enfermedad. Rechacé el opio e incluso el alcohol.

Melissa se giró hasta quedar frente a él.

—¿Por qué iba a convertirme en una adicta sin vida después de haber soportado todo eso? No, no lo haría. No hice nada malo, a diferencia de él y esos hombres.

Se le escapó una lágrima, pero Magnus no le pidió que parara.

—No tenía de qué avergonzarme y juré que los enfrentaría a todos sin vacilar ni huir. Mantuve la mirada fija en él, porque en lugar de prostituirme y marcharse, se quedó. No participó en el libertinaje (era demasiado exigente para las orgías), pero disfrutaba viendo el espectáculo con una copa de brandi en la mano.

La visión de Melissa se nubló con las pesadillas del pasado.

—¡Estaba tan orgulloso de sí mismo! ¡Qué premio les estaba ofreciendo! Se quedó mirando, charlando con los otros hombres. Sabía que nunca se había preocupado por mí, ni siquiera después de tres años, pero nunca imaginé que se quedaría sentado, pavoneándose cuando lo

felicitaran por mis habilidades, mi obediencia, mi resistencia. Todo el tiempo sonriendo, como si no estuviera presenciando nada más que la crianza de uno de sus caballos. Permitiendo a todos esos hombres...

Magnus la acercó.

—Para —dijo—. Por favor, mi amor. Para. Lo sé, lo sé.

Melissa no se había dado cuenta hasta ese momento de que había estado llorando tan fuerte que le ardían los ojos. Soltó una risa llorosa ante la ironía; nunca había derramado una lágrima en ese entonces. Pero ahora estaba llorando como si su vida se estuviera acabando.

Porque así era.

Por suerte, después del horror de su historia, Melissa se había quedado dormida, exhausta por la desgarradora revisión de su pasado.

Magnus lamentaba profundamente haber aceptado la invitación de su tío para ir a montar. Se habría quedado con ella, aunque se sentía como si le hubiera caído un rayo en el cuerpo.

Aun así, dormía tan profundamente que ni siquiera se movió cuando él se levantó. Era probable que regresara antes de que ella despertara; ni siquiera se daría cuenta de que se había ido.

Si bien no quería compañía, necesitaba cabalgar, y con fuerza. Cabalgaría con su tío hasta el parque y luego se disculparía, alegando que necesitaba volver a casa. Y luego se iría solo a galopar a lomos de Friar. Justo lo que necesitaba para liberar esa energía que lo ponía nervioso.

Cubrió a Melissa con mantas y luego llamó a la criada que le habían asignado, diciéndole que no molestara a su señora.

Después de ponerse la ropa, todavía no había amanecido, así que bajó a la biblioteca y se encontró con que la criada seguía prendiendo el fuego de la chimenea. Cuando se fue, se dejó caer en el sillón favorito de su padre, un viejo y destartado sillón que su madre siempre amenazaba con tirar a la basura, y se quedó mirando las llamas, repitiendo en su mente lo que Melissa le había contado.

Había quedado más que horrorizado por toda la sórdida historia de ese tal John.

¿Habría sido prudente oírlo todo? Probablemente no. Magnus lo sabía: sería una lucha diaria no cazar y matar a ese hombre. Melissa había sido prudente, como siempre, al no darle un nombre. Magnus probablemente estaría en Newgate ahora mismo si supiera la verdad.

Pero eso no le impidió querer saberlo.

Todavía estaba tratando de encontrar la manera de averiguar la identidad del hombre sin romper las promesas que le había hecho a su esposa cuando se dio cuenta de que una luz amarilla pálida se filtraba por el hueco de las cortinas. Hizo tocar la campana.

—Que Kelvin traiga a Friar —le dijo al lacayo.

Mientras el hombre se iba a cumplir sus órdenes, Magnus volvió a su habitación para ver cómo estaba Melissa: seguía durmiendo profundamente en la misma posición. Escribió una nota rápida en el escritorio, diciéndole que volvería en breve, se acercó de puntillas a la cama y la dejó apoyada en la mesilla de noche frente al reloj, donde seguro que podría verla.

Con las botas y el abrigo puestos, se dirigió hacia la puerta principal. Un movimiento al otro lado de la calle atrajo su atención y sonrió para sí mismo antes de volverse hacia el lacayo.

—Dile a Riley que deje a Friar al otro lado de la calle, voy a hablar con mi tío. —Cruzó el césped y puso un poco de distancia entre él y la casa antes de gritar—: Tío John.

Su tío, que había estado hablando con su mozo de cuadra, levantó la vista.

—Ah, Magnus... Creía que no vendrías.

Se dieron un cálido abrazo. Su tío siempre había sido tan cariñoso como los padres de Magnus.

Aunque ahora rara vez se veían (los padres de Magnus no solían ir a Londres durante la temporada), Magnus veía a menudo a lord Vanstone cuando iba a Yorkshire de visita. Su madre tenía mucho trato con su hermano mayor, lo que significaba que su tío los visitaba a menudo.

Su señoría miró por encima del hombro de Magnus.

—Veo que Kelvin te ha traído a Friar. ¿Aún tienes ese viejo jamelgo?

Se intercambiaron insultos de buen humor mientras el mozo de cuadra de su señoría ajustaba la silla del conde.

—La ciudad todavía está muy poblada —dijo el conde después de que montaran y se dirigieran hacia el parque en la fría y fresca mañana de invierno—. Tal vez podamos hacer una carrera decente sin tropezarnos con los paseantes del parque. —Le dirigió a Magnus una sonrisa de soslayo—. Eso si ese viejo saco de huesos puede lograrlo.

Bueno, hasta ahí llegó el paseo en solitario. Aun así, lo prefería.

—Tu esposa parece una mujer interesante. ¿Conozco a su familia?

Magnus se estremeció. Dios mío, esperaba que no.

—No lo creo —dijo—. No es de los nuestros, aunque nació y se crió en Londres.

Aunque estaba seguro de que su tío no frecuentaría un lugar como la Casa Blanca, Magnus había decidido, mientras yacía en la cama sin poder dormir la noche anterior, que no quería darle al conde el infame nombre de Melissa. Todavía no.

Su plan había sido no decirle nada a nadie, ni siquiera a su querido tío, hasta que hubiera hablado con sus padres otra vez hoy. No importaba lo cercano que fuera a lord Vanstone, su madre y su padre no habían considerado conveniente compartir la información con él la noche anterior. Magnus había querido darles una última oportunidad hoy para que aceptaran la situación y ofrecieran un frente unido.

Pero la reconfortante compañía de su tío John le hizo reconsiderar esa decisión. Magnus había recurrido a él en busca de consejo en el pasado en ocasiones importantes (como cuando había decidido unirse al clero) y el conde había sido una fuente de aliento y sabiduría. ¿Quizá volviera a serlo? Después de todo, no era como si Magnus pudiera (o quisiera) mantener en secreto la identidad de su esposa.

Magnus miró a su tío con disimulo. Aunque el conde de Vanstone era profundamente religioso, Magnus sabía que no juzgaba y que era un hombre justo. El simple hecho de mirar el perfil familiar y patricio de su tío le reconfortaba. Magnus esperaba hasta que hubiera cabalgado lo suficiente para despejar la ansiedad de su cuerpo y mente.

—Pensé que no te casarías nunca —dijo el conde mientras rodeaba con su montura un charco profundo y medio congelado—. Creía que no tenías tiempo para las mujeres.

—Así era, hasta que llegó Melissa. —Magnus cambió de tema deliberadamente—. ¿Sueles venir a la ciudad tan pronto, tío?

—No, pero iba a venir a la boda de Michael y decidí llegar un poco antes y ocuparme de algunos asuntos antes de que comenzara la temporada.

—¿Y te acompañará la tía Letitia?

—Estará aquí para la boda, al igual que Jonathan, que ya ha terminado sus estudios en Oxford. Pero ninguno de los dos se quedará; tienen una fiesta planeada en casa. —El tono del conde se había enfriado considerablemente cuando habló de su esposa y su hijo. Magnus nunca había entendido cómo un hombre que era tan cálido y cariñoso con la familia de su hermana podía ser tan distante de su propia esposa e hijo.

Magnus no conocía bien ni a su prima ni a su tía, ni tampoco a ningún otro miembro de su familia. Lady Vanstone siempre había sido fría y distante con los padres de Magnus. Sabía que la

esposa de lord Vanstone no era de su clase y suponía que el repentino ascenso de estatus había sido más de lo que la mujer había podido manejar. A diferencia de Melissa, que hablaba y se comportaba como una dama, lady Vanstone todavía actuaba como los de su clase, incluso después de todos estos años.

Aunque ninguno de sus padres la quería demasiado, habían hecho repetidos esfuerzos por acercarse a ella, más que nada por el bien de John. Pero ella no solo se había mantenido distante, sino que parecía haber enfrentado a su hijo contra su propio padre.

Magnus había oído a menudo a su madre quejarse amargamente de que John se casara con una mujer de tan baja cuna. «Debería estar eternamente agradecida de que un hombre tan respetado, poderoso y caballeroso como mi hermano se rebajara a casarse con ella», había dicho la marquesa sobre su cuñada después de que lady Vanstone se hubiera negado una vez más a acompañar a su marido a las festividades navideñas de lady Darlington el año pasado.

Magnus quedó atónito por la vehemencia y las palabras poco caritativas de su madre, pero disculpó su crueldad porque también sintió profundamente la ausencia de su tío favorito.

—Por cierto, Magnus, me temo que ayer por la noche me precipité cuando tu madre me pidió que fuera a desayunar con ella. Resulta que tengo un asunto de negocios que había olvidado por completo y que necesito resolver pronto.

—Se lo diré —respondió Magnus, ignorando la leve punzada de pesar que le produjo la noticia. Después de todo, probablemente era mejor que su tío se mantuviera alejado por el momento. No merecía estar expuesto a esa atmósfera incómoda y cargada.

—Quizá podríamos vernos esta noche e ir esta noche al teatro.

Dios mío. Magnus esperaba que no.

—Tendré que consultarlo con Melissa para ver si tenemos algún compromiso agendado. —Su rostro se calentó ante la mentira, pero su tío simplemente asintió mientras guiaban a sus caballos a través de las puertas hacia el parque.

—Vaya —dijo el conde, antes de mirar hacia un lado y fruncir el ceño—. ¿Qué diantres es eso?

—Apuntó con su fusta justo detrás de Magnus. Cuando Magnus se giró para mirar, el conde espoleó a su magnífico caballo hacia adelante.

Magnus se rio y lo siguió.

—Esos trucos sucios no son dignos de usted, mi señor —gritó, pero el hombre mayor no pudo haberlo oído, ya que su ventaja era muy grande.

Magnus se inclinó sobre el cuello de Friar y le apoyó la cabeza.

—Mostrémosle cómo se hace, amigo.

Melissa observó a los dos hombres saludarse desde la ventana de su sala de estar. Había oído a Magnus regresar y dejarle la nota (ya estaba despierta), pero había querido tener algo de tiempo para ella. Su conversación la había dejado agotada.

Le hizo estremecerse ver a Vanstone rodear a Magnus con sus brazos y observar a los dos hombres profesándose tanto afecto.

Vanstone se había mantenido en forma y su cuerpo, delgado como un hueso, todavía conservaba la espalda recta. Siempre había sido vanidoso con respecto a su persona y ella sabía que se esforzaba por mantener su apariencia lo más juvenil posible. Sin duda, las canas en su cabello lo molestaban.

Se soltaron y él le dio una palmadita en el hombro a su sobrino. Ella estaba demasiado lejos para ver sus manos, pero podía recordarlas con claridad. Manos finas, de huesos largos, que siempre habían sido suaves, pálidas y no habían sido tocadas por el trabajo. Pero a pesar de todo, habían

lucido tan elegantes, habían sido poderosas y expertas en infligir dolor. Melissa probablemente sabía mejor que su caballo que el látigo que sostenía en una mano con tanta negligencia aparente podía usarlo para herir, pero no para dejar cicatrices. En ese aspecto era diferente de sir Thomas. No adiestraba a sus mascotas sacándoles sangre. Sus medios eran mucho más sutiles.

Los hombres charlaban con la tranquilidad con la que charlan dos viejos amigos mientras el criado de Vanstone preparaba su montura. Como siempre, Vanstone tenía un ganado superlativo. Parecía tan majestuoso como un rey mientras cabalgaba, él y su magnífico caballo gris se movían juntos con una gracia sin esfuerzo. Pero podía apreciar, incluso con su ojo inexperto, que Magnus estaba un escalón por encima de su tío. Friar y él se movían como un solo ser, como lo habían hecho ese día en la playa.

Los vio alejarse y se quedó parada en la ventana incluso cuando ya no podía verlos.

No se dio vuelta hasta que la criada llamó a la puerta.

—¿Me ha llamado, *milady*?

Sonrió a la joven.

—¿Has hablado con lord Magnus esta mañana?

—Sí, *milady*. Dijo que iba a dar un paseo, pero que volvería en menos de dos horas. —Esbozó una sonrisa tímida y sus suaves mejillas se pusieron rojas. —Dijo que la dejara dormir, *milady*.

—Gracias, pero creo que ya estoy lista para mi baño.

La muchacha hizo una reverencia y se fue.

Melissa se volvió hacia la ventana. La calle estaba tranquila, era temprano y ni siquiera había muchos sirvientes moviéndose por allí. Dejó que su mirada se detuviera en la majestuosa casa gris del otro lado de la calle: la casa de él.

La noche anterior había enviado mensajes a través de un lacayo cuya discreción había comprado a cambio de una gran suma de dinero. Había contratado una silla de posta y había enviado un mensaje para reservar pasajes desde Dover. También había escrito otras tres cartas, que serían enviadas hoy.

El único bolso que llevaría consigo sería la pequeña maleta de tela que había traído a Darlington House. El lacayo ya había llevado la maleta a la posada, donde la estaría esperando.

Todo lo que necesitaba hacer era bañarse, mentirle a su marido y luego hacer una última visita al conde de Vanstone.

Capítulo veintitrés

Melissa se sintió como una tonta, pero era mejor sentirse como una tonta a que la pillaran entrando a la casa del conde de Vanstone por la entrada de sirvientes en pleno mediodía.

El coche de caballos era uno de los más limpios de su clase; Mel tuvo que reconocerle el mérito al joven lacayo. Había estado atrapada en el interior durante la última hora y media mientras Magnus, inesperadamente, visitaba a su tío después de que ella le dijera que necesitaba visitar a su abogado y no quería que estuviera presente.

Después de haberlo lastimado una vez más.

Él aceptó a regañadientes, insistiendo en que se llevara a su doncella con ella.

Melissa había dejado a la muchacha en casa de su madre después de informarle que podía tomarse el día libre.

Una vez liberada de la presencia de su doncella, Melissa indicó al cochero que la llevara de regreso a Darlington House, por donde pasaron una y otra vez hasta que finalmente apareció el lacayo, vio el carruaje y asintió. Así que Magnus se había ido de la casa de lord Vanstone. Era el momento.

Se quitó el velo y se arrebujó en su áspera capa gris antes de bajar del carruaje sin ayuda. El conductor ya había recibido sus instrucciones y solo esperó a que ella abriera la puerta sin llave antes de irse. La esperaba en el cruce de las cuadras con Hays Street.

Una vez dentro, siguió las instrucciones que Vanstone le había enviado en respuesta a su mensaje. Fiel a su palabra, no había sirvientes merodeando por los pasillos traseros ni las escaleras.

En el segundo piso abrió la quinta puerta a su derecha.

En el interior había una biblioteca que rivalizaba con la de Darlington House. La habitación estaba cálida: había un fuego en la chimenea de metro y medio de altura. Por mucho que Barclay dijera que le faltaba dinero, no parecía que estuviera escatimando en comodidades. Pero claro, nunca lo había hecho.

La habitación parecía vacía y ella se quedó de pie en la puerta abierta, dudando.

—Entra y cierra la puerta antes de que alguien te vea.

La orden vino desde su derecha, y vio que estaba sentado en un escritorio enorme.

Las cortinas estaban cerradas, pero él solo había encendido dos velas. Melissa supo instintivamente que lo había hecho por vanidad: no quería que ni siquiera una prostituta viera cómo había envejecido.

La idea la infundió de valor y caminó hacia él con renovada confianza, mirándolo mientras se quitaba los guantes.

—Hola, John.

Sonrió y el humo de su cigarro le rodeó la cara.

—Por favor, toma asiento —dijo, señalando las dos sillas que había frente a su escritorio. Sin embargo, no se puso de pie.

Si su intención era insultarla, se había equivocado. Su evidente burla no hizo más que aumentar su confianza.

Ella se sentó en una de las sillas y guardó sus guantes en su bolso.

Mel se volvió hacia él y captó su verdadera expresión, la que lucía bajo el elegante traje y el atractivo rostro. Si alguna vez había deseado vengarse de él (y así era), su odio y su miedo desgarradores habían contribuido en gran medida a saciar su hambre.

La expresión desapareció en un instante, pero ella la había visto. Y él sabía que lo había hecho.

—Seguro que puedes imaginarte mi sorpresa cuando entré en el salón de mi hermana y te encontré sentada allí como si fueras de la familia. —Su mandíbula se tensó y su sonrisa vaciló—. Siempre sospeché que eras una fulana astuta, pero nunca imaginé que tendrías el descaro de tenderle una trampa a mi propio sobrino y casarte con él para vengarte.

Melissa no pudo evitarlo y se echó a reír. Y cuando empezó, parecía imposible parar.

Las lágrimas corrieron por su rostro antes de que pudiera controlar su alegría. Para entonces, él ya no se molestaba en ocultar su odio, aunque mantenía a raya su miedo.

Mel se secó una lágrima de la mejilla y sacudió la cabeza.

—Te pido disculpas. No ha sido muy...

—¿Educado? ¿Decoroso? —completó él.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—¿Qué quieres?

—Nada que tú me puedas dar.

Para ella, su confusión era como el famoso néctar de los dioses.

—Entonces, ¿por qué?

—Supongo que no se te ha pasado por la cabeza que yo pudiera estar tan sorprendida como tú cuando te vi entrar por esa habitación anoche.

Su boca se torció.

—¿Me tomas por un idiota?

—La verdad es que sí.

Se le cayó la mandíbula y la vena prominente de su sien derecha empezó a latir. Esa visión, más que cualquier otra desde que había entrado en esa habitación, le recordó al monstruo que estaba sentado frente a ella.

Cuando ella le pertenecía, esa vena siempre iba acompañada de un látigo. Por un momento, se preguntó si se lanzaría sobre el escritorio y la golpearía.

Pero entonces la sorprendió. Se rio entre dientes. A diferencia de la risa de ella, la de él no nació de una alegría genuina. No, la suya nació de un odio tan fuerte que era como una tercera presencia en la habitación.

—Tu marido vino a verme después de nuestro paseo de hoy.

—Lo sé.

—¿Puedes adivinar de qué quería hablar con su tío favorito?

Ella sonrió.

—¿Qué crees que le dije cuando me confesó que se había casado con una de las putas más famosas de Inglaterra?

—No me importa.

Se dio cuenta de que esa no era la respuesta que él esperaba y se sentó como si lo hubiera golpeado. Pero, por muy gentil que pareciera, tenía la resistencia de una mala hierba y saltó hacia atrás.

—Debería importarte lo que no le dije, querida. Tu verdadero nombre, por ejemplo. Rápidamente supuse que el nombre que aparece en el certificado de matrimonio no es el verdadero. ¿Qué crees que hará cuando se entere de que no estás casada de verdad? —se rio—. Magnus siempre ha sido leal, sus estándares para sí mismo son más altos que para cualquier otra persona. Pero aun así pude ver la duda que ya está floreciendo dentro de él: todavía no se arrepiente de este matrimonio, pero pronto lo hará. ¿Y qué pasará cuando, de alguna manera, se

entere de que no estás casada de verdad? Bueno, te desechará, como la basura que eres. —Su risa le pareció horrenda.

Ella lo miró a los ojos crueles y expectantes y sonrió.

—No recuerdo que fueras tan divertido cuando te conocí, John.

Los músculos de su mandíbula se contrajeron con espasmos al evitar pronunciar las palabras que quería soltar por la boca.

—¿Qué quieres, Hannah?

Se estremeció al oír el familiar sonido de su nombre en su lengua y él le dedicó una sonrisa venenosa. Melissa no esperaba que este encuentro fuera tan entretenido. De todos modos, no tenía todo el día: tenía menos de una hora para darse un capricho antes de huir hacia el Swan With Two Necks.

—Esto es lo que voy a hacer, John. Te voy a ofrecer una propuesta que es mucho mejor de lo que mereces. Me iré de aquí hoy y desapareceré de la vida de Magnus. No le diré a él ni a su familia que eres un monstruo. A cambio, quiero que liberes a la chica que tienes ahora y que la compenses con el doble de lo que le prometiste.

Se quedó mirándola fijamente, con las fosas nasales dilatadas, como si estuviera luchando por respirar.

—Pero eso no es todo.

Su boca de labios finos se torció en una mueca de odio.

—Ya tardabas. ¿Cuánto dinero quieres?

Ella resopló.

—Eres un idiota redomado, John. Sé que estás en la ruina. Sé que estás pidiendo préstamos que no tienes posibilidad de devolver.

Su expresión de horror fue muy gratificante.

—¿Cómo... quién...?

—Eso no importa. Lo que importa es que no necesito tu dinero, aunque lo tuvieras. No me hace falta, tengo mucho más que tú, *lord Vanstone*.

Su respiración era audible.

—¿Entonces qué quieres?

—Después de que liberes a la muchacha de su servidumbre, nunca volverás a tener otra. He escrito suficientes detalles sangrientos de nuestros años juntos como para manchar incluso tu nombre. Y le he dado la carta a mi abogado para que la guarde si no cumples mis exigencias.

—Estás loca —dijo, pero la acusación carecía de fuerza. Más bien, apestaba a miedo.

—Y luego están los nombres de los hombres que invitaste a utilizarme. ¿Cómo crees que serán recibidos cuando se sepa que estuvieron involucrados en violaciones repetidas de una joven de dieciséis años mientras tú observabas? —Dejó que todo el odio que sentía por él saliera a la superficie—. ¿Qué crees que diría tu querida hermana entonces? —Se recostó en su asiento, permitiéndose otra risita—. Y cuando se sepa la verdad, ¿cómo apaciguarás a tus acreedores, hombres como sir Thomas Barclay?

—Ese maldito cabrón —susurró.

—Ah, pero es un cabrón rico. Me atrevo a decir que no es el tipo de hombre que ve con buenos ojos a los hombres que no pueden pagar sus deudas. No es un sastre... no te concederá un crédito infinito. Querrá que le pagues y te sacará el dinero de alguna manera. No habrá...

Era como una mancha borrosa, que se zambulló sobre la superficie de su enorme escritorio y aterrizó justo encima de ella; sus manos encontraron infaliblemente su garganta.

—¡Putá! —Le apretó el cuello con tanta fuerza que sus ojos se abrieron de par en par—. Maldita

puta codiciosa —repitió, sacudiéndola—. Si te hubieras ido, si te hubieras metido el rabo entre tus muslos de puta y te hubieras escondido en algún agujero, te habría dejado en paz. Pero tenías que...

Un puño golpeó un lado de la cara de Vanstone y lo tiró al suelo, su cabeza rebotó contra la pata de la silla cercana.

Melissa supo a quién pertenecía el puño incluso antes de que Magnus se agachara a su lado.

—¿Puedes respirar, querida?

Sus ansiosos ojos azules la recorrieron con atención; el miedo y el amor fluían de ellos.

Ella asintió, incapaz de hablar.

—Gracias a Dios —jadeó.

—Magnus.

La expresión de Magnus se endureció al oír la voz de su tío. Pero antes de darse la vuelta, tomó la mano de Mel y la apretó.

—¿Estás segura de que estás bien?

Ella sonrió y le devolvió el apretón. Fuerte.

Él le soltó la mano y se giró para mirar a lord Vanstone.

Magnus miró fijamente la figura tendida de su tío a través de un torbellino de emociones tan denso que apenas podía ver.

Sus manos rodearon el cuello de un hombre al que había amado como a un padre hasta hacía apenas unos momentos. Impulsado por la ira, Magnus levantó fácilmente al hombre mayor y lo estrelló contra una estantería.

—¡Maldito monstruo! —Lo sacudió con tanta fuerza que pudo oír cómo le castañeteaban los dientes—. Eres un animal rabioso que necesita ser sacrificado. La muerte es la única forma de detenerte. Le estaré haciendo un favor al mundo. —Sus manos comenzaron a apretarse alrededor de su garganta.

—Por favor —susurró el conde entre golpes—. Misericordia.

—¿Misericordia? —repitió Magnus con una voz tres octavas más alta de lo normal. Se giró para mirar a Melissa, que los observaba con los ojos encendidos. Sabía que ella no lo detendría; ¿quería detenerse? No lo creía.

Se dio la vuelta y miró fijamente el rostro enrojecido de Vanstone.

—¿Le mostraste misericordia a Melissa? ¿O a las otras chicas que compraste y violaste y de las que abusaste repetidamente? —Un sonido chirriante llenó su cabeza mientras pensaba en este hombre profanando a la única mujer que había amado.

Matarlo sería demasiado rápido, un acto de bondad para con él. Ni siquiera la condenación eterna de su alma marchita y llena de maldad sería suficiente. Merecía seguir viviendo y sufrir bajo la mirada condenatoria de quienes una vez lo amaron y respetaron.

Magnus miró al otro hombre a los ojos y luego lo arrojó lejos, sintiéndose como si hubiera estado agarrando algo tan sucio que nunca podría quitarse el hedor de encima.

—Matarte sería un acto de benevolencia. Tendrás que vivir con lo que has hecho. Puede que no te metan en la cárcel, donde deberías estar, pero tu vida no valdrá nada entre el escándalo y la deuda. Me aseguraré de que nunca vuelvas a lastimar a otra chica.

Se volvió hacia su esposa, esperando ver decepción por haber dejado vivir al otro hombre.

En lugar de eso, le sonrió, con los ojos vidriosos por las lágrimas que estaba conteniendo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó.

—No lo sabía —resopló—. Me dejé el dichoso sombrero aquí, es el único que me queda desde

que me dejé el otro en la vicaría, así que volví a buscarlo. Por un capricho decidí aparecer y pedirle al bastardo que saliera a cabalgar conmigo otra vez mañana. —Sacudió la cabeza—. Qué estúpido he sido. Lo siento mucho, Melissa. Lo siento muchísimo.

—No es tu culpa, Magnus. No lo sabías.

—Por ingenuo. He sido un ignorante durante mucho tiempo.

El cuerpo de Melissa tembló y las lágrimas comenzaron a caer.

—Oh, querida —dijo, cogiéndola en brazos y abrazándola tan fuerte que ninguno de los dos podía respirar—. No llores, Melissa, lo superaremos juntos.

Ella comenzó a retorcerse en sus brazos, jadeando en su pecho.

La soltó, dándose cuenta de repente de que podría haberle hecho daño.

—Señor, lo siento, querida...

—Magnus —dijo con voz entrecortada, alejándolo de ella y con la mirada horrorizada fija en algo que había detrás de él—. ¡Detenlo! Magnus...

El terror en sus ojos le dijo lo que estaba sucediendo y la envolvió con sus brazos y la arrojó al suelo, cubriéndola con su cuerpo. Justo entonces escuchó el disparo a sus espaldas.

Capítulo veinticuatro

Magnus estaba exhausto; habían tardado horas en limpiar el desorden en la casa de su tío y aún les quedaba mucho para acabar. Aunque la curiosidad del alguacil se había calmado al saber que se trataba de un marqués, todavía debían resolver el suicidio del conde de Vanstone en los próximos días, pero por el momento se había hecho todo lo que se podía hacer. Magnus se había quedado con su padre hasta que retiraron el cuerpo de su tío y avisaron a su esposa y a su hijo.

Subieron los escalones hacia Darlington House en silencio.

Peel los recibió en la puerta. Magnus le entregó su sombrero y comenzó a quitarse los guantes.

—¿Ha regresado lady Magnus de la consulta de su abogado? —preguntó, con una necesidad casi abrumadora de ver su dulce rostro.

—Lady Magnus no está aquí, mi señor.

Magnus frunció el ceño.

—¿Qué? —gritó con una voz aguda que no era la suya—. ¿Dónde está?

—No lo sé, señor.

—Llame a su doncella.

Peel parecía querer hundirse entre las grietas del suelo de madera.

—La doncella de lady Magnus tampoco está aquí. Nadie sabe adónde han ido, milord.

La furia que sentía Magnus estaba dirigida únicamente contra él mismo. Debería haberlo sabido. Debería haber sabido que había abandonado la casa de su tío con demasiada facilidad y en silencio. Debería haber sabido que huiría. ¿Había huido?

—Pero he encontrado esto para usted, milord —Peel le tendió una carta escrita a mano por Melissa.

Se la arrebató de la mano al otro hombre y la abrió para leer rápidamente el breve contenido. No contenía nada que no hubiera descubierto ya al escuchar a su tío antes: él y Melissa no estaban realmente casados. Magnus era libre de retomar su anterior vida.

El mayordomo hizo una mueca ante el torrente de malas palabras que Magnus soltó en el aire entre ellos; nunca antes había dicho en voz alta tantos improperios.

Arrugó la hoja de papel y la arrojó lejos. Así que, al menos esta vez, le había dejado una carta, por así decirlo, para avisarle de que se había ido.

Magnus señaló con el dedo al sirviente que esperaba.

—Quiero que reúnas a todos los malditos sirvientes de esta casa. Diles que todos serán enviados a la cárcel si no obtengo respuestas de inmediato; alguien la habrá ayudado. Y también quiero que averigües dónde vive su doncella.

—Enseguida, milord.

Mientras el hombre salía corriendo de la habitación, el padre de Magnus se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Quizás sea lo mejor, Magnus.

Magnus se dio la vuelta y toda la preocupación que sentía se transformó en rabia.

—¿Cómo dices?

El marqués dio un paso atrás y frunció el ceño.

—Guarda esa rabia, hijo. Se ha ido y era lo más sensato que podía hacer. Y tú lo sabes, aunque te niegues a aceptarlo. Ahora estás enfadado, pero no pasará mucho tiempo antes de que...

—No te atrevas a decir que me alegraré por ello —gruñó Magnus.

—¡Cómo te atreves a hablarle así a tu padre! —Su madre había aparecido en lo alto de las

escaleras. Era la primera vez que Magnus veía a la marquesa con un aspecto tan demacrado. Llevaba el pelo suelto y el rostro pálido y surcado por las lágrimas. Bajó las escaleras a trompicones, con los ojos desorbitados—. No es culpa de tu padre que esa mujer quiera huir. Deberías haberlo visto venir...

—Elizabeth.

Cerró la boca de golpe ante el tono de su marido y, una vez más, Magnus se maravilló de la capacidad de su padre para controlar a su esposa, tan diferente de Melissa. Podría haber vivido con ella durante cien años y no habría podido impedirle decir lo que quería. Ni tampoco habría deseado hacerlo.

Lady Darlington frunció el ceño y agarró el antebrazo de Magnus. Él la miró a los ojos, enrojecidos por haber llorado por un hermano amado y ahora obligado a lidiar con un hijo que parecía haberse vuelto loco. Sentía lástima por ella, por el dolor que estaba sintiendo por un hombre que no merecía ni una sola lágrima.

—Que esa mujer se vaya de aquí es lo mejor que te ha podido pasar.

Su compasión se evaporó como el agua en un fogón al rojo vivo.

—¿Qué? —Magnus dio un paso hacia ella y levantó la mano hacia su padre cuando el marqués se acercó a él—. No, padre, quiero escuchar lo que tiene que decir —dijo Magnus, sin apartar la mirada de su madre, una mujer a la que había adorado, respetado y venerado toda su vida. Hasta ese mismo día.

Ella lo miró con coraje.

—Iba a decir que deberías esperar ese comportamiento de una mujer de su calaña.

—Una mujer de su calaña —repitió con tono de asombro.

—Sí, Magnus, una mujer de su calaña. Por mucho que quieras negarlo, no es como nosotros. Es una criatura de la calle, de baja moral, y los de su especie no entienden las reglas que gobiernan una sociedad decente. Cometiste un terrible error al casarte con ella, pero al menos tuvo la decencia de no usar su verdadero nombre.

—¿Cómo demonios sabías eso?

Retrocedió ante el tono lleno de veneno de su hijo.

Su padre rodeó a su esposa con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Lo sabe porque la mujer, como quiera se llame, nos dejó una carta, hijo.

Lady Darlington soltó un sollozo ahogado y empezó a llorar.

—Es el único detalle que ha tenido contigo, Magnus. Eres libre. ¿No lo entiendes? No se lo hemos dicho a nadie. Doy gracias a Dios por no haberle dicho nunca a mi pobre hermano John que su sobrino favorito se había casado con una...

—No. Te. Atrevas. —Magnus acortó la distancia que los separaba, cerniéndose sobre su madre, con los ojos, casi idénticos en color, clavándose en ella. La vil verdad sobre su amado hermano John se tambaleaba en la punta de su lengua.

¿Por qué debía permitir que sus padres vivieran en feliz ignorancia del monstruo al que habían considerado familia todos estos años?

Magnus abrió la boca para dejar salir toda la bilis, pero no pudo. Melissa lo había atado con su promesa mientras miraban el cuerpo del hombre que había arruinado su vida.

Y ahora lo había abandonado.

El sonido de una garganta aclarándose se escuchó desde el pasillo y los tres se giraron.

—Disculpen, mis señores, mi señora —Peel miró nerviosamente a todos los rostros—. Pero uno de los lacayos ha confesado saber dónde se encuentra lady Magnus y...

—¿Dónde? —exigió saber.

—Ha llevado sus pertenencias a The Swan With Two Necks esta mañana, señor.

Magnus cogió su sombrero.

Una mano se posó en su hombro mientras se giraba hacia la puerta y se dio media vuelta.

—Suélteme, señora. —Magnus miró fijamente a su madre, que tenía los ojos enfurecidos y llorosos, y se dio cuenta de que Melissa se había equivocado en un hecho importante. Sus padres no merecían que los protegieran de la verdad, pero tampoco merecían conocer la historia de Melissa.

Su padre le puso una mano en el hombro.

—Hijo, estás cometiendo un error. Por favor, tu madre tiene razón. Ella no es como los nuestros y nunca lo será. Espera y recapacita...

Magnus se soltó de las manos de su padre y caminó hacia la puerta.

—¡Magnus! ¿Adónde vas? —gritó su madre con voz entrecortada.

—Lejos de aquí, lejos de *los nuestros*.

La silla de posta ya había desaparecido cuando Melissa logró escapar del caos que se desató después de que lord Vanstone se diera un tiro.

Lo ventaja de su muerte, aparte de que ya no les atormentaría más, fue que les había dado a sus sirvientes la mañana libre en previsión de su visita.

Eso significaba que Melissa y Magnus tenían tiempo para pensar cómo explicárselo a los padres de Magnus, pero primero tenían que discutir si debían decirles la verdad sobre un hombre al que el marqués y la marquesa habían amado y admirado.

—¿Has perdido el juicio? —le preguntó cuando ella le dijo que sus padres nunca debían enterarse.

Melissa se rio.

—No le veo la gracia a esto, Melissa. —Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo, que ya estaba enmarañado.

Ella se puso de puntillas y lo besó.

—Shhh, sólo me río porque es lo que te he preguntado yo a ti una o dos veces. Pero en cuanto a la otra cosa, ¿contárselo a tus padres? No, es mi historia, Magnus, mi secreto, y te prohíbo que se lo cuentes a otra persona.

Abrió la boca de asombro.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no iban a saber que un hombre al que respetaban, un hombre al que estaban orgullosos de llamar familia y amigo, era peor que incluso el criminal más depravado? Debes...

Ella le puso un dedo sobre los labios y él se detuvo.

—Debes permitirme guardar mi secreto, Magnus. Es mío.

Le dieron vueltas y vueltas al mismo asunto hasta que Mel señaló que el cuerpo de lord Vanstone se estaba enfriando.

Entonces elaboraron un plan. Magnus había ido a darle a su tío el nombre de un hombre que podría querer comprarle unos terrenos y había descubierto que ya estaba muerto. Les contaría a sus padres cómo su tío le había confesado que estaba endeudado hasta las cejas ese mismo día, durante el paseo. También les diría que había consolado al conde y lo había convencido de que no todo estaba perdido, pero aparentemente se había equivocado.

—Mientras tanto, debería ir a la oficina de mi abogado, que es lo que los sirvientes me oyeron decir —insistió Melissa.

—Pero ¿estás segura, querida? ¿No estás demasiado...? —Miró fijamente al cadáver que se

enfriaba detrás de ellos y alzó las manos—. No sé... ¿Estás molesta?

—No —dijo ella, y en eso no mentía—. No estoy molesta.

Entonces, ella se fue y acordaron que él se ocuparía de contárselo a sus padres y volvería a verla más tarde, cuando regresara de su supuesto recado.

Habían compartido un último beso apasionado, y ella nuevamente le había hecho creer que lo volvería a ver en unas horas en lugar de nunca más.

Y entonces llegó a la posada y descubrió que no tenían ningún carruaje para ella.

—Lo siento, señora, pero hoy hemos tenido una mala racha —dijo el atribulado posadero, con el rostro enrojecido y los ojos inyectados en sangre dando fe de su estado mental—. No podré sacarla de aquí hasta mañana por la mañana, pero puedo darle alojamiento gratis esta noche.

Melissa se había rendido. Era obvio que el hombre no quería estar en esa situación. Además, no importaba si se iba esa noche o mañana. Para cuando Magnus se enterase de que no estaba en la Casa Blanca ni con Daisy ni con ninguno de sus otros amigos, ya se habría ido.

Entonces, alquiló una habitación y pidió comida. Luego, picó algo antes de devolver la bandeja de la cena.

Se había lavado y estaba acostada en la cama fingiendo leer cuando el sonido de un cristal roto la hizo incorporarse. Incluso antes de oír su voz, supo quién era.

Cerró los ojos y se hundió de nuevo en la almohada. Oh, no. Otra vez no.

Pero, por dentro, el corazón se le llenó de alegría.

Epílogo

Ocho meses después *A medio día de viaje de París*

Melissa observó a su marido desde la terraza mientras corría para escapar de la horda de niños que gritaban y reían y lo perseguían por el césped.

Como de costumbre, dejó que lo capturaran y lo tiraran al suelo. Su risa se extendió por todo el patio, acompañada por el sonido de su voz.

—Por favor, me rindo —dijo en francés, la lengua de los trece huérfanos que le trepaban por encima como cachorros exuberantes.

Se puso de pie con dificultad, con la ropa algo desgastada, y las tres institutrices que habían estado disfrutando de un breve respiro de sus bulliciosas cargas se acercaron a él y llevaron a los niños de vuelta al pequeño edificio de piedra gris donde tomaban sus lecciones diarias.

Magnus caminó hacia ella con una sonrisa, con trozos de hierba en el pelo y manchas verdes en las rodillas de sus pantalones.

La vio mirándole fijamente las rodillas y se detuvo a mirárselas él también, haciendo una mueca.

—Supongo que la piel de ante es un error. Probablemente debería volver a ponerme los pantalones negros.

Aunque él sonrió mientras lo decía, ella sabía que siempre sentía una punzada cuando recordaba cómo se había alejado de la Iglesia.

Se dejó caer a su lado y miró la canasta que estaba sobre la mesa entre ellos. Apartó la manta con un dedo.

—Solo voy a echar un vistazo.

—Shhh —dijo Mel automáticamente—. Ten cuidado de no despertarla. —Dejó a un lado el calcetín que estaba intentando tejer sin éxito. Los niños corrían con los calcetines como los gansos entre la hierba, así que Melissa había decidido que tejer podría ser una excelente manera de mantener sus manos ocupadas mientras pasaba las tardes cuidando a varios niños, ya fuera a su propio recién nacido o a los trece que habían acogido desde que se mudaron al castillo, un tanto ruinoso y destartado.

Magnus se rio suavemente.

—Si la joven Cornelius no se despertó con nuestra recreación extremadamente ruidosa e inexacta de la Batalla de Austerlitz, tampoco lo hará por un poco de admiración paternal.

Melissa sabía que tenía razón: no tenía mucha experiencia con bebés, pero todas las matronas le dijeron que había tenido suerte con su primogénita, que dormía a menudo y se quejaba muy poco.

—Melissa —dijo—, sabes que tendremos que ponernos de acuerdo en un nombre más pronto que tarde, ¿no? El bautismo es en menos de una semana.

—Me niego a llamar a nuestra primogénita Cornelius.

—Así se llamaba mi bisabuelo, y es un nombre espléndido.

—Sí, bueno, es un nombre perfecto para un bisabuelo o incluso para un bisnieto. Pero no para nuestra hija, Magnus.

—Tu mamá es una tirana —le dijo a su bebé de un mes.

Su hija sin nombre simplemente suspiró profundamente.

—Cuando era niño mis padres me dejaban ponerles nombre a todos los gatitos del granero —le dijo Magnus.

Melissa había escuchado esta historia casi a diario desde que le dijo a su marido que iba a tener su bebé.

No necesitaba ninguna respuesta para continuar.

—Una vez me dejaron ponerles nombre a unos cachorritos, pero Cecil se quejó porque no tiene sentido del humor.

Ahí fue cuando Mel aprovechó para discutir, algo que a él parecía encantarle.

—No puedo creer que quieras ponerle a nuestra hija los mismos nombres que les pusiste a tus gatos de granja.

—¿Por qué no? —preguntó con fingida indignación—. ¿Qué tiene de malo Ratoncito Stanwyck? ¿O Miaullidos o Piensito? Son nombres bonitos y nobles.

Ella se rio a pesar de que había escuchado la discusión incontables veces; se rio porque lo amaba. Él tomó su mano y la apretó, desparramándose en su silla e inclinando la cabeza hacia atrás, descansando al sol como los gatos de granero que tanto admiraba.

Vivir en un país extranjero fue más fácil y más difícil de lo que Melissa había esperado. Fue más fácil porque su marido hablaba francés y podía facilitarles el camino en cientos de pequeñas transacciones. Ella aprendió rápidamente el idioma (y descubrió que tenía un don inesperado para ello), pero él se ocupaba de la mayoría de sus asuntos incluso después de medio año.

Uno de los mensajes que Melissa había enviado aquella noche, hacía ya mucho tiempo, en Berkeley Square, había sido para Joss, que se había mudado recientemente a Francia para escapar de su propio escándalo. Su mensaje le advertía de que lo visitaría.

Se había llevado una sorpresa más que agradable cuando Melissa llegó a su puerta acompañada de Magnus, pero, afortunadamente, había sido una grata sorpresa.

Melissa solo había coincidido con su esposa, lady Selwood, una vez antes, y en esa ocasión ella había actuado como una manipuladora y mentirosa. Afortunadamente, la hermosa condesa apreciaba la manipulación de Melissa, pues la había unido al hombre que amaba, aunque Joss todavía le guardaba rencor. Melissa sospechaba que seguía enfurruñado porque le había demostrado, una vez más, lo superiores que son intelectualmente las mujeres a los hombres.

Se habían quedado con Joss y Alicia durante un mes antes de encontrar el lugar perfecto. Había sido Joss quien había sugerido acoger huérfanos cuando vio lo infeliz que era Magnus sin un oficio.

—Europa está llena de niños que necesitan un hogar —dijo Joss. Fue la misma noche en que les habló acerca del orfanato que él y su adinerada esposa patrocinaban—. Un nuevo orfanato se llenaría rápidamente —predijo. Y había estado en lo cierto.

La casa destartalada que habían alquilado tenía espacio para quince niños, pero Magnus acababa de dar en adopción a dos de ellos, lo que significaba que solo quedaban trece.

Podrían haber dado a muchos más en adopción, pero Magnus insistió (y Melissa estuvo de acuerdo) en que hicieran una investigación exhaustiva de cada pareja o empleador que acudía a ellos.

Los niños mayores de doce años podían ser aprendices, pero solo si el maestro tenía una reputación intachable. Eso significaba que no daban en adopción a tantos niños como otros orfanatos, pero también dormían mejor por la noche.

Aunque estaban a más de ochenta kilómetros de Joss y Alicia, los visitaban con la frecuencia que les permitían sus dos hijos. Melissa y lady Selwood habían dado a luz con solo unas semanas de diferencia, aunque los Gormley tenían un hijo en lugar de una hija.

Melissa y Magnus no tenían muchas visitas; sin embargo, el número parecía haber aumentado en los últimos meses.

Primero fueron lady y lord Darlington, quienes aparecieron después de que lady Darlington le escribiera a Melissa una humilde y suplicante carta, preguntándole si podían visitar a su única nieta.

Magnus le había dejado la decisión a ella, pero Mel se había percatado de cuánto añoraba a su familia. El tono de la carta era significativamente diferente a su último intercambio. Melissa creía que tenía algo que ver con el matrimonio de su hijo mayor.

Cecil le escribió a Magnus, aparentemente era la primera vez que lo hacía el hombre de campo, quien Magnus no creía que supiera lo que era una carta. Envalentonado por el escandaloso matrimonio de su hermano menor, Cecil había obtenido una licencia especial y se había casado con su amante de muchos años, una viuda casi diez años mayor que él. La mujer no solo pertenecía a la clase comerciante, sino que ya había pasado la edad de procrear.

—Mi hermano ama el apellido Stanwyck —dijo Magnus después de leer la carta—, pero nunca le ha molestado pensar en que Henry o James podrían heredar en lugar de su hijo. Ha estado con su amante (o supongo que debería decir lady Sydel) durante años. Me alegro de que haya elegido con el corazón en lugar de con la cabeza.

Y así llegaron el marqués y la marquesa.

Como sombras de lo que habían sido, Melissa se había compadecido de ellos. Su heredero se había casado con la viuda de un granjero y estaba destinado a no tener hijos; su favorito se había casado con una prostituta.

Se quedaron solo dos semanas, aunque ella sabía que la madre de Magnus se habría quedado indefinidamente con su nieta si su esposo no se hubiera opuesto.

Melissa sabía que ninguno de los padres de Magnus podría amarla jamás. De hecho, era cuestionable que siquiera la toleraran. Pero sentían devoción por la hija de su hijo predilecto. Melissa estaba satisfecha con su cortesía, aunque sabía que a Magnus le dolía que no pudieran aceptarla con los brazos abiertos.

Quizás los visitantes más inesperados fueron Daisy y su marido, Joe.

Daisy, Joe y Sarah habían comprado una posada no muy lejos de Calais por consejo de la amiga de Daisy, Julia, otra mujer que alguna vez había trabajado en la Casa Blanca, pero que ahora vivía en Francia con su marido.

Daisy enviaba cartas con regularidad y Melissa las leía en voz alta con frecuencia, haciendo llorar a Magnus con las historias de tres personas *muy* inglesas en un país donde no conocían el idioma. Fue una suerte para todos que Sarah se enamorara del cocinero de la posada, quien intervino y salvó el negocio del fracaso antes de que fuera demasiado tarde.

Los padres de Joe todavía dirigían la posada en Nueva Bickford y eran una fuente constante de información. Fue a través de ellos que se enteraron de que había llegado un nuevo vicario. Al parecer, el señor Heeley sufría de un problema cardíaco. Cuando murió de un ataque repentino, la señora Heeley había tenido la suerte de poder mudarse con una hermana menor.

También supieron a través de ellos cómo le iba a sir Thomas.

—Se quemó vivo... en el granero del señor Félix —les contó Daisy durante una visita que Mel sospechó que había hecho especialmente para transmitir esa información.

—¿Cómo? —preguntó Melissa. Magnus estaba demasiado sorprendido para hablar.

Daisy se encogió de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Parece que encontraron un farolillo entre los escombros.

—¿Sospechan del señor Felix?

—Oh, no. Estaba en Lincolnshire. —Miró a Magnus de reojo—. Parece que tiene un terreno allí que le permitirá cuidar de su familia.

Melissa miró a Magnus con la boca abierta.

—¿Tiene usted algo que ver con esto, lord Magnus?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez. —Pero la leve sonrisa en su rostro le indicó que había sido cosa suya. Su esposo ya no era el cura, pero todavía ayudaba a los feligreses de Nueva Bickford.

—Entonces, si no fue el señor Felix...

—La gente cree que sir Thomas bebió demasiado y se le cayó la linterna —dijo Daisy—. De todos modos, eso es lo que decidió el magistrado y la mayoría de la gente parece dispuesta a aceptarlo y seguir adelante con las cosas, especialmente lady Barclay. Nadie lo echará de menos. Desde luego, eso era cierto, pensó Melissa, girando el pequeño calcetín para inspeccionar un misterioso agujero en el talón.

—¿Querida?

Melissa levantó la vista de su desastroso tejido y vio a su marido observándola con una suave sonrisa en el rostro.

—Pensé que te habías quedado dormido.

—Y así era, pero luego tuve un sueño. —La mirada de Magnus se dirigió a su hija y luego a Melissa—. Un ángel se presentó ante mí y me dijo qué nombre deberíamos ponerle.

Melissa contuvo la risa.

—Adelante, ilumíname. ¿Cuál será el nombre, mi señor? ¿Tigrecito? ¿Botitas?

Sacudió la cabeza, con expresión seria pero amable.

—Deberíamos llamarla Hannah.

Como si alguien le hubiera ordenado que lo hiciera, su recién nacida abrió sus magníficos ojos azul verdosos.

—Hannah —dijo Melissa, pensativa.

Magnus asintió y recorrió con un dedo la dulce curva de la mejilla de la bebé.

—Esta Hannah tendrá una infancia maravillosa, rodeada de personas que la aman.

—Sí —susurró, con los ojos fijos en su preciosa niñita—. Hannah.

Melissa no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que él la miró y le dijo:

—Oh, querida, ¿qué ocurre?

Sonrió entre lágrimas (esta vez lágrimas de felicidad) al hombre que amaba con todo su corazón.

—Nada, Magnus. Todo es perfecto.

¡Muchas gracias por leer MELISSA Y EL VICARIO!

¡Visita www.minervaspencer.com para acceder a fragmentos de próximos libros y avances de manera gratuita!

Más libros de S.M. LaViolette y Minerva Spencer:

THE ACADEMY OF LOVE SERIES

THE MUSIC OF LOVE

A FIGURE OF LOVE

THE OUTCASTS SERIES

DANGEROUS

BARBAROUS

SCANDALOUS
NOTORIOUS
THE MASQUERADERS
THE FOOTMAN
ANTHOLOGIES:
BACHELORS OF BOND STREET
THE ARRANGEMENT

Sobre la autora

SM LaViolette ha sido fiscal penal, profesora de historia en la universidad, operadora de un B&B, trabajadora portuaria, fabricante de helados, lectora para ciegos, camarera de motel y cazarrecompensas. Bueno, lo de ser cazarrecompensas es mentira.

Sin embargo, SM sabe cómo hipnotizar un cangrejo Dungeness, coser su propia ropa de la Era de la Regencia, tejer un sombrero de rana, hacer malabares, reconstruir un Rambler americano de 1959 y obtener el control de Asia (y conservarla) en el juego de RISK.

S.M. también escribe bajo el nombre de Minerva Spencer.

